LOS ANARQUISTAS EXPROPIADORES, SIMÓN RADOWITZKY Y OTROS ENSAYOS

Osvaldo Bayer

LOS ANARQUISTAS EXPROPIADORES

Combatidos y hasta estigmatizados por sus propios compañeros de ideas, los anarquistas que a sí mismos se llamaban expropiadores o -para emplear otros términos- el anarquismo delictivo tuvo en nuestro país un gran auge en las décadas del veinte y del treinta.

Recordar, historiar no es, por cierto, reivindicar. Explicar objetivamente cómo se desenvolvía la sociedad de apenas tres o cuatro décadas es difícil y más que eso, peligroso. Porque precisamente a veces se confunde objetividad con reivindicación.

Se admite, sí, o son reserva alguna -y es hasta lectura ineludible para los niños- la historia de un Robin Hood, por ejemplo, que quitaba (quitar, robar, expropiar: términos que a veces se diferencian sólo en la mayor o menor fineza con la que se pronuncian) a los poderosos para entregar a los desvalidos. Pero, a siglos de su actuación, Robin Hood es hoy un personaje simpático, tal vez porque su existencia tenga ribetes de leyenda, o porque sea sólo el producto de la imaginación. Los anarquistas expropiadores no son producto de la imaginación. ¡Existieron, y cómo! No todos ellos fueron Robin Hood aunque más de una fue un Pimpinela Escarlata. Eran tremendamente crueles en la defensa de sus vidas porque sabían que el menor descuido, la menor conmiseración significaba el fusilamiento en la calle o en el paredón. Eran, sí, una especie de guerrilleros urbanos pero que no contaban con el respaldo de ninguna potencia extranjera que les enviará fondos y armas o donde poder refugiarse cuando las cosas se ponían demasiado peligrosas. Vivían con los segundos contados, sin treguas. Curiosos personajes que atacaban a la sociedad (“burguesa”) a bombas y a tiros, pero que en sus periódicos censuraban agriamente a la dictadura de los bolcheviques defendiendo un vellocino de oro transparente e inmanente: la libertad.

“No se los puede reivindicar”, nos decía una de los últimos grandes intelectuales anarquistas que viven en nuestro país. Sí, agregamos, pero no se los puede ignorar. El movimiento anarquista expropiador fue muy grande en nuestro país, tal vez más importante que en la misma España, aunque tuvo una efímera duración de 15 años. Estuvo integrado por universitarios, obreros y algún que otro delincuente nato, pero que conformaron una galería de tipos humanos definidos. Aquí los veremos desfilar.

El 19 de mayo de 1919 tuvo lugar el primer asalto con fines políticos en nuestro país. Y por la fecha y el ambiente en que se vivía no pudo haber sido organizado sino por rusos. Así es; el mundo social vivía atormentado por la Revolución Maximalista de Petrogrado y Moscú. En nuestro país, las filas anarquistas contaban con una profusión de apellidos eslavos que salían a relucir en los tiroteos frente a los sindicatos o en los atentados con bombas. Radowitzky, Karaschin y Romanoff habían perturbado la tranquilidad de los porteños. Por eso, cuando los diarios dieron los autores del primer asalto político, los lectores deben haber exclamado moviendo la cabeza: ¡No podían ser de otra manera, tenían que ser rusos!

---

[*] Digitalización: KCL.

Es que en este primer asalto todo es insólito, pero aun más lo son sus protagonistas. Tal vez el relato de un mero cronista no llegue a dar el matiz justo en la descripción de estos personajes, del ambiente conspirativo, de la mística nihilista y de la aceptación religiosa del destino de sufrimiento que rodea a los dos desesperados políticos que rompieron a tiros la tranquilidad del barrio de Chacarita en ese atardecer de mayo de 1919. Son personajes exclusivos para un Dostoiewski. O tal vez también para la melancólica ironía de un Chéjov.

El asalto -bien de época, por otra parte- comienza en tranvía. Había miedo en Buenos Aires. Hacía muy pocas semanas que a Hipólito Yrigoyen se le había ido la cosa de las manos y todo había terminado en la matanza de los talleres Vasena. El proletariado se había quedado con la sangre en el ojo. El “Peludo” tendrá qu8e aguantarse 367 huelgas en ese año, dos más que todos los días juntos del año. Y mientras los intelectuales anarquistas siguen discutiendo entre sí la forma en que se desarrollará la vida cuando no haya más gobiernos, los anarco-individualistas aplican la acción directa y queman tranvías o hacen saltar panaderías por el aire…

Ya para ese entonces se había producido un nuevo desgarramiento en las izquierdas, que iba a repercutir en la vida sindical de la Argentina: una parte del anarquismo apoyaría la Revolución Rusa, es decir, a los maximalistas (bolcheviques). Pero el resto del comunismo anárquico -casi la mayoría- atacará tanto a capitalistas como al gobierno de Lenin por ser para ellos dictaduras iguales con formas distintas.

La polémica era durísima. Los anarquistas “prácticos” -que apoyan a la Revolución Rusa- defienden su criterio desde las columnas de “Bandera Roja”, mientras que los anarquistas comunistas intransigentes los llamaban oportunistas y traidores desde “La Protesta”, “El Libertario” y “Tribuna Proletaria”.

De las filas del grupo anarquista que apoyaban a la Revolución Rusa salieron los dos personajes que serán protagonistas del asalto de mayo de 1919. Pero no lo harán por “oportunistas” sino por rusos: el fin de ellos era obtener dinero para sacar un periódico en idioma ruso y explicar a sus connacionales en la Argentina lo que estaba ocurriendo en la lejana “madrecita” Rusia.

El matrimonio Perazzo es joven y los negocios van bien. Tienen una agencia de cambios en Rivadavia 347, en el antiguo local de la Bolsa de Comercio. Cierran el local a las 19, arreglan sus cosas y regresan juntos a su casa, en el barrio de Chacarita. Para ello toman el tranvía 13 en el centro, que los deja a pocos metros de donde viven. Pedro A Perazzo suele llevar, cuando se retira del trabajo, un maletín.

En los primeros días de la segunda quincena de mayo, la señora de Perazzo ha notado en el negocio que a través de la vidriera la miran unos extraños ojos de extranjero. Primero uno, más bien rubio, con cara de polaco, y luego otro, de ojos negros, brillantes. Se lo hace notar al marido quien no da importancia al hecho.

Esa noche del 19 de mayo, el matrimonio Perazzo sale a las 19:30 del local y toma el obligado tranvía 13 rumbo a casa. El lleva el acostumbrado maletín.

Durante el trayecto, la señora está inquieta, Está segura que el pasajero sentado detrás de ellos es el desconocido con cara de polaco que los ha estado espiando últimamente Se lo dice a su marido quien la tranquiliza aunque no deja de estar alerta porque él ha notado otra cosa extraña: el tranvía es seguido por un automóvil que varias veces se ha aproximado y uno de sus dos ocupantes ha lanzado miradas hacia ellos.

Llegan a destino. Perazzo se tranquiliza. En esa esquina de Jorge Newbery y Lemos hay mucha iluminación y tránsito. Dos vías de tranvía cruzan por ahí y a poco más de cincuenta metros pasa la concurrida calle Triunvirato.

Pero al bajar, su señora le tira la manga del saco y se queda paralizada. El pasajero de cara de polaco ha bajado también en esa esquina. El tranvía sigue su marcha. El auto misterioso para allí mismo y de él baja el de los ojos negros y brillantes. El cara de polaco se abalanza sobre Perazzo con un revolver en la mano. La mujer sale corriendo a los gritos. Perazzo se ha quedado tan paralizado que retiene aun más el maletín. El cara de polaco le pega dos o tres tirones pero no logra quedarse con el bulto. Entonces pierde la calma y empieza a tiara tiros a todos lados.

En eso llega un tranvía 87 con un bagaje definitivo para los asaltantes: dos agentes de policía en la plataforma. Al ver el insólito espectáculo y oír los tiros, los uniformaos sacan sus armas y atacan al auto y al hombre rubio que ha disparado los tiros y que (ahora sí) ya ha logrado arrancar el maletín.

El otro asaltante, que ha bajado del auto, vuelve al mismo al ver que la cosa se pone fea y le grita al que acaba de arrancar el maletín a Perrazo que suba en seguida al vehículo. Pero éste no lo oye; está tan nervioso que huye a pie mientras sigue tirando a cualquier lado.

Uno de los balazos va a dar en el pecho del guarda del tranvía 87 quien cae (pero no le pasó nada; luego, el gallego contará a los cronistas que lo que le salvó la vida fue el hecho de haberse puesto dos camisetas gruesas de frisa ya que el balazo luego de rebotar en el suelo le atravesó la chaquetilla, la primera camiseta y no tuvo fuerza ya para perforar la segunda). Otro de los balazos del enloquecido asaltante hiere en un pie a uno de los agentes.

El de los ojos negros penetrantes y el chofer del misterioso automóvil han huido ante la imposibilidad de recoger a su compañero, quien perseguido por el otro agente toma por la calle Lemos, dobla por Leones y va hacia el norte por esa calle que es de tierra y oscura como boca de lobo. De allí desemboca en la calle Fraga pero, decididamente tiene mala suerte. En el número 225 de esa calle viven dos agentes de policía, quien al oír los tiros han salido a la calle con sus respectivas armas. Al ver venir al asaltante -que ya ha arrojado el maletín en cualquier parte- se parapetan detrás de los árboles y le hacen fuego graneado. El asunto ya se pone serio: una de las balas le rompe el brazo izquierdo al asaltante, quien enfurecido, va a buscar detrás del árbol donde se esconde al vigilante y le descerraja un mortal tiro en el pecho. Es el último tiro porque ya no le quedaban más balas y se mete en un corralón de carbonería. El carbonero, curioso, había salido al portón a mirar y recibe un balazo en un ojo que dispara uno de los agentes perseguidores.

El asaltante, sin balas y malherido se refugia detrás de unas macetas con malvones y helechos y allí caerá exhausto y será prendido por sus perseguidores.

Todo había terminado mal. Un verdadero “zafarrancho”. Un agente muerto, el carbonero y el asaltante heridos graves -éste último por la pérdida de sangre-, y el matrimonio Perazzo y un vigilante heridos leves. Total, para nada.

¿Quiénes eran los asaltantes? Ahí vendrá la sorpresa para la policía en la investigación. Investigación que será lenta y complicada a pesar del celo que se pone, principalmente porque ha sido muerto uno de los suyos.

El desconocido es curado un poco y llevado al interrogatorio que no debe ser muy liviano por cierto. Es alto, corpulento, de cutis blanco, pelo corto entre rubio y castaño, cara de eslavo. Viste ropas aseadas, aunque humildes. Tiene documentos a nombre de Juan Konovezuk,

nacido en la Besarabia rusa, el 27 de enero de 1883. Pero luego es identificado con su verdadero nombre; se trata de Andrés Babby, ruso blanco aunque de nacionalidad austriaca por haber nacido en la Bukovina, en la frontera entre los dos imperios. Tiene 30 años de edad. Hace seis meses que reside en la Argentina. Es tenedor de libros.

Después de horas y horas de interrogatorio, lo único que la policía ha sacado es una historia fantástica. Babby relata que estando en un banco de plaza, sin trabajo, se le aproximo un individuo conocido como “José, el alemán”, de grandes bigotazos y de temible aspecto quien lo invitó a comer y luego le ofreció ganarse unos buenos pesos haciendo un “trabajo fácil”. Tenía que seguir a un matrimonio en el tranvía y, al descender, debía arrancarle un maletín al hombre. Babby declara que no se atrevió a contradecirlo por el aspecto amenazador del proponente y que, ya en el tranvía, vio que “José, el alemán” lo seguía en un automóvil desde donde le lanzaba furiosas miradas para obligarlo a cometer el delito. Ninguna otra referencia dice poder dar Babby sobre el misterioso “José, el alemán”.

El asalto y el desarrollo de la pesquisa es la lectura obligada de los lectores porteños. Los diarios traen largas crónicas sobres las declaraciones de Babby y hacen conjeturas sobre “José, el alemán”. Hasta se van creando una psicosis y todos creen conocer a un personaje con esas temibles características. Llegan por eso a la policía decenas de denuncias, principalmente de prostitutas y dueños de cafés.

La policía -que no está muy convencida del relato de Babby- hace averiguaciones en todos los restaurantes alemanes. Pero tanto los propietarios como los mozos se ven en figurillas para responder porque la verdad es que entre su clientela germana hay muchos señores bigototes a lo Kaiser (aunque Guillermo II ya había perdido la guerra y el trono) y conspicuo aspecto.

Pero en ayuda de la policía llega un anónimo que da la clave: Andrés Babby vivía en una pieza de Corrientes 1970. Allí el encargado da una serie de datos precisos: sí señor, allí vive una persona de ese apellido en una habitación que comparte con el profesor Germán Boris Wladimirovich. La policía pide hablar con el citado profesor. No, imposible, el profesor se ha ausentado desde el 19 de este mes. Salió con valijas.

La habitación es allanada. La señota Perazzo reconoce a Boris Wladimirovich como el hombre que la miraba con sus penetrantes ojos negros a través de la vidriera, el mismo que bajó del automóvil cuando Babby quitó el maletín de la mano de su esposo.

Ya está la pista. La policía intuye que el cerebro de todo esto ha sido Boris Wladimirovich. Y actúa rápidamente. Averigua por las amistades y da con los hermanos Caplán, que no tiene empacho en decir que lo conocen, que Wladimirovich al igual que Babby son anarquistas, y que el primero es muy amigo de un empleado del observatorio astronómico de La Plata, lugar adonde va porque es muy aficionado a la cosmografía.

Buen hallazgo en el observatorio: allí están dos valijas de Boris Wladimirovich, llenas de publicaciones anarquistas, libros, cartas y escritos. El empleado amigo de Boris, que no sospecha en qué cosas puede andar metido su amigo indica a la policía que no sabe dónde puede encontrase, pero bien lo puede saber Juan Matrichenko, un ucraniano que vive en Berisso. Los empelados de investigaciones buscan a Matrichenko y le señalan su preocupación por el paradero del buscado porque -dicen- temen que haya sido raptado. El ingenuo y preocupado Matrichenko los consuela rápidamente: no él lo ha recomendado a un amigo en San Ignacio, en Misiones. El que puede saber bien qué día salió es el chofer Luís Chelli, porque Wladimirovich usa siempre sus servicios.

Dos pájaros de un tiro. Mientras se allana el domicilio del chofer, se telegrafía a la policía de Posadas.

A Chelli le encuentran material anarquista en su habitación y es reconocido por los Perazzo como el que manejaba el coche que intervino en el asalto. Todo aclarado.

Pero faltaba el plato fuerte en este primer episodio del anarquismo expropiador: la personalidad del principal protagonista del episodio.

En San Ignacio, Misiones, detiene a Wladimirovich. A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, de un intelectual. Maneras afables, mirada inteligente, rostro trabajado por algo que pareciera un íntimo sufrimiento. Allá en Posadas causa tanta sensación la captura que el propio gobernador de Misiones, doctor Barreiro, se hace llevar hasta la comisaría y conserva durante horas enteras con el anarquista. Y cuando llega la comisión policial de Buenos Aires al mando del comisario Foppiano el mismo gobernador decide acompañarla a llevar el proceso a la capital en el largo viaje en tren.

Antes de partir, las autoridades policiales y provinciales se hacen sacar una fotografía para la posteridad. Todos sentados, en estirada actitud, y Boris Wladimirovich detrás de ellos, parado. El preso, de nietzscheano aspecto, aparece cavilando, ajeno a todo ese despliegue, mientras los importantes funcionarios miran, tensos, el aparto fotográfico.

Mientras tanto, la policía ha averiguado bien la identidad de Wladimirovich. Es ruso, de 43 años de edad, viudo, de profesión escritor. “La prensa” informa a sus lectores más detalladamente: “Boris Wladimirovich presenta interesantes características. Es médico, biólogo, pintor y ha tenido figuración entre los elementos avanzados de Rusia. Está prontuariado en la policía como montenegrino y dibujante, pero es ruso, perteneciente a una familia de la nobleza”. Boris, a los veinte años contrajo enlace con una obrera revolucionaria y por esta causa renunció a su abolengo. Se sabe que ha sido un hombre de fortuna y la dilapidó por sus ideales.

Es médico y biólogo pero salvo el desempeño temporario de una cátedra en Zurich, suiza, nunca ejerció su profesión. El doctor Barreiro le ha escuchado en el viaje algunas disertaciones científicas que le han llamado mucho la atención.

Boris ha sido socialdemócrata ruso y participó como delegado de esa nacionalidad en el congreso socialista de Ginebra, en 1904, donde tuvo su primera disidencia con Lenin. De éste último dice que es un hombre inteligente, pero de Trotzki prefiere no hablar.

La policía sigue averiguando: Boris es autor de muchas publicaciones, entre ellas, tres libros de sociología. Habla a la perfección el alemán, francés y ruso y la mayoría de los idiomas y dialectos usuales en su madre patria. En castellano se expresa relativamente bien. Tiene un “hobby” artístico: la pintura, y antes de su fuga dejó en Buenos Aires 24 telas, entre ellas un autorretrato. Últimamente había dado conferencias libertarias en Berisso, Zárate y la Capital.

¿Pero por qué este hombre, miembro activo del movimiento revolucionario europeo, vino a dar a la Argentina?

Poco a poco se irán sabiendo más detalles. La muerte de su esposa y el tremendo fracaso de la revolución Rusa de 1905 inciden en su ánimo. Su carácter de por sí melancólico, comienza a encontrar consuelo en el Vodka, bebida a la que se aficiona luego de sufrir un colapso cardiaco. Dona su casa en Ginebra a sus compañeros de ideas y de allí se va a París donde decide hacer un largo viaje para descansar y levantar su espíritu. Un amigo tiene un hermano que posee una estancia en la provincia de Santa Fe, en la Argentina, y le recomienda que viaje allí. Wladimirovich llega en 1909 a nuestro país, donde se víncula con los círculos de obreros de nacionalidad rusa. Luego de descansar un tiempo en la estancia santafesina se va al Chaco donde vivió cuatro años y medio. Vive del poco dinero que le queda y se dedica al estudio de

esa región recorriendo el Chaco desde el Paraná hasta Santiago del Estero y explora preferentemente el Estero Patiño. Vive frugalmente aunque su afición a la bebida blanca sigue en aumento. En Tucumán le llega la noticia del estallido de la guerra mundial. Entonces regresa a Buenos Aires. Dirá “La Razón”: “en Buenos Aires será recibido con los brazos abiertos por los elementos avanzados que no podían olvidar a pesar de su larga ausencia, su actuación libertaria con respecto a su país de origen, que lo presentaba rodeado de una aureola de apóstol más luminosa aun después de sus ostracismos. Y volvió a su tarea de propagandista dado conferencias, persuadiendo, predicando en los centros ya fueran numerosas o reducidas asambleas, no importaba. Al estallar los disturbios de 1919, Boris fue la Chacarita para organizar allí un comité revolucionario de ideas, se entiende, con una base seria, pero se encontró con un montón de gente que no obedecía a plan alguno y que demostraba una absoluta incapacidad para ello, que se limitaba a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones. Su desaliente fue enorme”

Después de la semana trágica, Boris está obsesionado por la amenaza de los muchachos de Carlés de matar a “todos los rusos”. “La caza de ruso” fue expresión popular entre los jóvenes de la alta y media burguesía porteña que se alistaron en la guardia Cívica y en la Liga Patriótica Argentina, en la sangrienta semana de enero, y se realizaron inicuos y criminales atentados contra los barrios de israelitas porque en General, en la Argentina, al judío se lo llamaba “ruso”. Algunos exaltados creyendo estar iluminados por mandato divino hasta propusieron una “degollina de rusos”.

Boris ha meditado largamente y él se cree en el deber de esclarecer a sus connacionales que viven en la Argentina. Esclarecerlo además en lo que significa la Revolución de Octubre. Que él cree que llevará a la libertad integral del hombre. Y por eso lo obsesiona tener un periódico. Para él es fundamental contar con un periódico porque como dirá semanas después (cuando le levanten la incomunicación) a los periodistas “lo que viene de Rusia a la Argentina es la hez del pueblo, sobre todo hebreos, que forman en conjunto una masa incoherente, incapaz de formar un plan serio de carácter revolucionario y mucho menos, llevar a la realidad una gran teoría”.

Pero para poder publicar un periódico hacen falta fondos. Hay dos posibilidades: contar con los centavitos de los obreros rusos y algún intelectual que deje de comer dos o tres días para ayudar a pagar la impresión del primer número, o si no, ir a lo grande. Y Boris, por su origen, está acostumbrado a no andarse con pequeñeces o mezquindades. Por ejemplo, él que sólo vive de alguno de sus cuadros que puede vender o de alguna clase de enseñanza de idiomas, cuando tiene dinero se va almorzar al restaurante alemán Marina-Keller, de la calle 25 de mayo, donde se siente en típico ambiente europeo y, además, hay vodka ruso legítimo. Por eso, cuando piensa en su plan del periódico considera que es necesario contar con fondos reales. Y comienza a madurar un plan. Para ellos conversa con el “negro” Chelli. Este es un chofer anarquista que varias veces lo ha llevado a su habitación cuando el vodka le hacía perder el sentido de orientación. Chelli es hombre de acción que ha actuado con él en la semana huelguística de enero. De allí nace el plan, porque el chofer es quien tiene el dato de los Perrazo.

Wladimirovich contará también con Babby, su compañero de pieza. Un anarquista que lo admira y lo tiene como su maestro. Es capaz de dar la cabeza por Boris.

Cuando llega la comisión policial de Posadas, Wladimirovich se declara culpable, de instigador del asalto y de único responsable. Cuando le carean con Babby, le dirá a su compañero de aventuras que se olvide de su cuento de “José, el alemán” por cuanto él ya ha reconocido la autoría del hecho.

Involuntariamente, Boris originará un entredicho judicial. En efecto, su figura parece ser tan interesante, que durante su incomunicación es visitado por el ministro del Interior de la Nación y

varios legisladores yrigoyenistas que quieren conocerlo de cerca. Y conversan largas horas con el intelectual anarquista. Al salir, el ministro del interior responderá a los periodistas que “El detenido contestó serenamente a las múltiples preguntas que se formularon”. Esto hace hervir de indignaciones al juez interviniente que protesta por la visita del alto funcionario y de los diputados a quienes recuerda que el reo “esta incomunicado” y por tanto, impedido de recibir visitas.

Es que los jueces argentinos son en esa época muy severos con todo aquel que sea anarquista o tan sólo huelguista. A un empleado de Gath y Chaves, por ejemplo, por incitar a la huelga en la puerta del comercio, le dan dos años de prisión. A obreros que golpean a un “carnero”, ocho y diez años. Y nada de mandarlos a un colegio de señoritas: Ushuaia es permanente amenaza por los que se descarrían de las normas que se ha dado la sociedad. Hipólito Irigoyen es el presidente, pero deja en libertad a las instituciones para que se muevan por sus resortes naturales: ya sea el ejército -como en la semana trágica-: la policía en su lucha sin cuartel contra el extremismo político; la justicia con sus fallos ejemplarizadores contra todo lo que huela a subversión, y la Liga Patriótica Argentina -con Manuel Carlés, el almirante Domecq García, y los doctores Mariano Gabastou y Alfredo Grondona, al frente- en su vigilante defensa de la propiedad comportándose como un organismo de seguridad y choque “de facto”.

Por eso, los frustrados asaltantes las van a pasar mal. Más que todo, Babby que ha matado al agente de policía. El Jockey Club se ha apresurado a iniciar una colecta para la familia del “policía muerto por una banda argentina” y el primer día recauda 2.010 pesos ¡de los de 1919!

“La Razón”, que es un vocero inoficial de la Liga Patriótica, pone en duda la versión de Wladimirovich de qué quería el dinero del asalto para propaganda escrita. Sostiene que se supone que sus propósitos eran adquirir sustancias explosivas para fabricar bombas. “Crítica”, por su parte, los califica de bandoleros tipo Bonnot, recordando a la banda de anarquistas franceses que asaltaban bancos en Francia y Bélgica en los primeros años del siglo.

En primera instancia, el fiscal doctor Costa solicitará la pena de muerte para Babby, 15 años para Germán Boris Wladimirovich y dos años para Chelli.

Luego de largos meses de reclusión en celdas aisladas en la Penitenciaria, el juez Martínez impone 25 años de prisión a Babby, diez a Boris Wladimirovich y uno a Chelli. En la apelación, el fiscal de Cámara solicita meramente la confirmación de la sentencia juez Martínez. Y entonces ocurre lo insólito. Los jueces de la Cámara de apelaciones son más papistas que el propio fiscal e imponen la pena de muerte no sólo a Babby sino también a Wladimirovich.

El fallo fue largamente comentado y discutido. Los diarios anarquistas señalaron que se trataba de una “venganza de clase” de los jueces. En los círculos forenses no se dejaba de mostrar sorpresa por el fallo. Considerábase que el de Babby era justo porque había disparado contra la policía y muerto a uno de ellos. Pero Wladimirovich no había hacho uso de arma ninguna. El juez de primera instancia así lo había comprendido al señalar: “*Los autores deben responder ante la ley por las consecuencias de los hechos realizados por cada uno; por eso, a Boris no puede inculpársele lo acontecido posteriormente que protagonizo Babby -La muerte del agente Santillán y la herida del agente Varela- desde que no fueron concertados ni aquél (*Boris Wladimirovich*) aportó su cooperación*”.

En cambio, la Cámara saca a relucir el siguiente argumento: “*El tribunal señala que los acusados formaron complot, asociación criminal castigada por el art. 25 del Código penal. A Boris Matrichenko*, *no participó en el asesinato del agente Santillán, le corresponde la misma responsabilidad porque la ley considera que hay solidaridad absoluta en los delitos de los complotados, tanto que llega al extremo de equipar los cómplices a los autores.*” Agrega: “*respecto al hecho de haber sido menos la pena pedida por el fiscal manifiesta la Cámara que*

es prerrogativa suya aplicar la ley según corresponda, tanto en el caso de que el acusador recurra como en el caso de que el fiscal desista, pues ninguno de ellos puede limitar las facultades del tribunal”. Suscriben el fallo Ricardo Seeber, Daniel J Frías, Sotero F Vázquez, Octavio González Raura y Francisco Ramos Mejía. Sólo los camaristas Eduardo Newton y Jorge H Frías disienten del fallo y votan por la confirmación de la sentencia de primera instancia. Esto último salva a Babby y a Boris de ser ajusticiados, ya que la Cámara tendrá que decir: “*En vista de no poder imponer la pena de muerte a los reos en virtud del artículo 11 del código de procedimientos criminal que exige la unanimidad del Tribunal para hacerlo, condena a Babby y A Boris Wladimirovich a la pena de presidio perpetuo*”

Cuando le fue comunicada la pena a Boris, éste, sin la menor afección señaló: “La vida de un propagandista de ideas como yo está expuesto a estas contingencias. Lo mismo hoy que mañana. Ya sé que no veré el triunfo de mis ideas pero otros vendrán detrás más pronto o más tarde”

Pero en la vida del ex profesor de Biología de Zurich ya no habrá. Meses después será conducido engrillado y esposado con un contingente de presos comunes a la lejana Ushuaia. Si alguna vez corrió peligro de ser enviado a Siberia, es posible que nunca soñó en que iba a parar con sus huesos a una región de igual desolación y a un penal de un país tan distante.

Allá su salud, ya quebrantada, se resintió rápidamente. Los que lo conocieron en el penal señalaron que siguió haciendo profesión de sus ideas entre los presidiarios. Su fin se acercaba apresurado por la mala alimentación, el frío y las palizas que era el pan diario de aquello oscuros años del penal. Pero antes de morir iba a protagonizar un hecho que otra vez llevaría su extraña figura (“La Razón” lo calificará de “curiosa, siniestra, novelesca silueta”) a las páginas de los diarios: será el cerebro pensante de la venganza de los anarquistas contra el miembro de la Liga Patriótica, Pérez Millán, asesino de Kurt Wilckens, en la sangrienta secuencia que se sucedió luego de los fusilamientos en la Patagonia[1].

Wilckens, en un atentado, había muerto al teniente coronel Varela, acusado por los anarquistas de haber fusilado a 1.500 obreros y peones en la patagonia. Encarcelado, Wilckens fue a su vez muerto mientras dormía en su celda por el nacionalista Pérez Millán, amigo del doctor Carlés, presidente de la liga Patriótica Argentina. Pérez Millán fue hecho pasa por loco y enviado al manicomio de la calle Vieytes para protegerlo y al mismo tiempo zafarlo de la pena que le correspondía por su crimen. Boris Wladimirovich había quedado impresionado por la muerte de Wilckens y enterado de que a Pérez Millán lo habían internado por insano en Vieytes, comenzó a simular un desequilibrio nervioso y la más completa locura después en el penal de Ushuaia. Sabía que a los locos de remate, de Ushuaia, los trasladaban a las celdas para delincuentes existentes en el manicomio de Vieytes. Tanto hizo hasta que fue trasladado. El único inconveniente que encontró es que, una vez allí fue llevado a un pabellón distinto Pérez Millán, quien tenia trato preferencial en una salita especial. Pero, consiguió un revolver que le hicieron llegar los anarquistas porteños, Boris se lo entrego a Lucich, un internado que tenía entrada libre a todas las dependencias. Boris, con su poder de convención, convenció a Lucich de que tenía que vengar a Wilckens matando a Pérez Millán. Así lo hizo Lucich. Para los anarquistas esta venganza era una cuestión de honor, de ahí que -aquéllos que conocían bien la intervención de Boris en la muerte de Pérez Millán- consideraron al ex noble ruso con una aureola de héroe del movimiento.

Los nuevos malos tratos recibidos a raíz de su actuación en el episodio Pérez Millán, le llevaron rápidamente a la muerte. Boris, en los últimos años de su vida estuvo paralítico de sus dos miembros inferiores, debiendo arrastrarse por el suelo para poder moverse en la celda: un personaje de Dostoiewski con un final dostoievskiano. Parece calcado de “humillado y

[1] Ver, “Los Vengadores de la Patagonia Trágica”, por Osvaldo Bayer.

ofendidos” o de “La casa de los muertos”. Pero sigamos con la crónica de los anarquistas expropiadores.

Este primer e insólito asalto con fines políticos sirvió para el comienzo de una larga polémica que iba a desarrollarse durante toda la época en que el anarquismo tuvo una activa en nuestro país: ¿debía apoyarse a quienes recurrían a la “expropiación” o al delito para sostener el movimiento ideológico? ¿O había que rechazarlos porque desprestigiaban la lucha libertaria? Los hombres de la línea intelectual (principalmente en “La protesta”) y del anarcosindicalismo (en la FORA del IX congreso) estarán rigorosamente en contra de la delincuencia política así como también contra la violencia en lo que atañe al empleo de bombas y atentados personales. Mientras que los grupos de acción, partidarios de la denominada acción directa (cuyo vocero será a partir de 1921 el periódico “La Antorcha”) y los gremios autónomos apoyarán moralmente todo acto que vaya contra “los burgueses” por más delictivo que sea. Por otra parte, ya a partir del 21 y 22 los pocos anarquistas que habían apoyado a la Revolución bolchevique se habían decepcionada suficientemente de ella. Los asesinatos en masa de los partidarios de la bandera negra por parte de los comisarios de la bandera roja en la nueva Republica Socialista, levantada sobre las ruinas del imperio zarista, las deportaciones y las prisiones para los ideólogos anarquistas llegados a Moscú desde todas partes del mundo, habían volcado a la inmensa columna proletaria ácrata y a sus pensadores en contra de Lenin y sus hombres.

En nuestro país, todas las publicaciones anarquistas auténticas volcaban sus páginas tanta a atacar al régimen capitalista como el régimen comunista: son exactamente dos dictaduras iguales -decían- sólo diferenciadas por la clase que predomina, pero que suprime la libertad del pueblo. El único contacto que existía en Buenos Aires entre comunistas y anarquistas estaba dado en el Comité Antifascista Italiano, integrado por exiliados peninsulares de todas las tendencias. Allí estaban liberales, socialistas, anarquistas y comunistas que organizaban actos conjuntos en los que hablaba un orador de cada tendencia. Pero aun esto originó graves disidencias entre los anarquistas italianos por cuanto muchos sostenían que no podían compartir tribunas con los verdugos de sus compañeros de ideas en Rusia.

Y precisamente los anarquistas italianos que más se opondrán a la colaboración con los comunistas en el Comité Antifascista serán las dos figuras más preponderantes del anarquismo expropiador en la Argentina: Miguel Arcángel Roscigna y Severino di Gioavanni.

Los comunistas, por su parte, desde su periódico “El internacional” atacarán todo acto de violencia con bombas o todo asalto o robo realizado por los anarquistas del grupo “expropiador”.

El 2 de mayo de 1921 tuvo lugar un asalto a la Aduana de la Capital. Los delincuentes se llevaron una suma muy importante para aquel tiempo: 620.000 pesos. Pero el asunto se descubrió rápidamente por una torpeza del chofer Modesto Armeñanzas y todos los asaltantes -menos tres- cayeron en poder de la policía. En este asalto fue muerte un empleado aduanero. De los once implicados, tres eran realmente delincuentes profesionales y los demás, obreros que hacían sus primeras armas en el delito. Contra lo que sostuvieron algunos diarios, ninguno de ellos era anarquista, aunque el asalto sirvió para reiniciar la polémica entre los anarquistas mismos acerca de si era o no positivo cualquier clase de delito contra la “burguesía”

Rodolfo González Pacheco saldrá a la palestra en “La Antorcha” pocos días después para decir en un editorial llamado “Ladrones”, lo siguiente: “desde que se comprobó que la propiedad es un robo, no hay más ladrones a aquí que los propietario”. Lo único que está por verse es que si los que les roban a ellos no son de la misma data, de una auténtica moral ladrona. Apropiadora.

“Declaramos que no tenemos prejuicios respecto de unos ni de otros. Sobre todo, que un prejuicio de esta clase ampararía, más aún de lo que ya están, a los ladronazos clásicos. Porque estos gritan ¡ladrones!, de la misma forma como gritan ¡Patria y Orden!, sólo fin de

esconder, tras ese estruendo verbal, el producto de sus grandes robos. Es lo mismo que el salteador de caminos que te descerraja un tiro para asustarte y que una vez asustado, re desvalija.

“No, no, no. Vamos a casos concretos, a realidades. ¿Cuál es el fin del que roba…?” Acaparar. O, cuanto menos, sacarle el cuerpo al trabajo y la esclavitud que es su derivado inmediato. Para librarse de ser esclavo se juegan la libertad. La pierden, generalmente, puesto que en ese jueguito los burgueses son nuestros consumados, y además son ellos los que tienen el naipe y tallan. Y si gana un ladrón chico surge rico, propietario, es decir, llega a ser ladrón grande.

“Pero, a pesar de todo esto, y aunque todos son ladrones, estamos más con los ilegales que con los otros. Con los ladroncitos que con los ladronazos. Con los asaltantes de la Aduana que con Irigoyen y sus ministros. Valga ejemplo”

Lo que lleva a la formación del grupo anarquista expropiador o delincuente en la Argentina es la necesidad de formar cuadros dentro de esa ideología para su autodefensa. No sólo es el ejército quien reprime las actividades anarquistas (semana trágica, huelga agraria de la Patagonia, huelgas portuarias en 1921, etc.) y la policía (volcada en gran parte a combatir las tareas de agitación, detener a cabecillas, vigilar y disolver mítines, quebrar huelgas), sino y por sobre todo, la acción en todo el país de la Liga Patriótica Argentina comandada por Carlés. No hay semana en la que no se produzca, por esos años, un hecho de sangre protagonizado por obreros de ideología anarquista e integrantes de la organización en defensa de la propiedad organizados bajo el rótulo de la Liga Patriótica.

No sólo en la Capital tiene fuerza la Liga Patriótica, sino también en el interior donde los propietarios de tierras y sus hijos se arman de legión -bajo los auspicios de Carlés- y hacen ejercitaciones militares para defenderse de los peones agrícolas que están en constate agitación. Los choques eran inevitables y uno de ellos, ocurrido el 1º de mayo de 1921, fue una verdadera tragedia. Ocurrió en Gualeguaychú. En ese día la Liga Patriótica realizaba un gran acto -en oposición al que los obreros hacían en festejo del Día del Trabajo- con gran desfile de gauchos a caballo, de colegios religiosos de la zona, banderas argentinas de 50 metros de largo, señoritas que arrojaban flores al paso de la juventud de choque de la Liga, etc. El momento culminante fue cuando Carlés llegó en su levita negra y su sombrero hongo en un biplano directamente de Buenos Aires.

Terminando el acto de reafirmación patriótica y de los derechos de propiedad, la caballería gauchesca al comando del estanciero Francisco Morrogh Bernard se dirigió hacia la reunión obrera que se llevaba a cabo en la plaza de Gualeguaychú y que esta presidida por una bandera roja y otra negra. Ver esas banderas y sentir la santa indignación patria en sus pechos fue todo uno en los hombres de Carlés. Y arremetieron contra la endeble tribuna proletaria y sus tres mil asistentes. Fue una carnicera. En un principio se habló de 5 obreros muertos y 33 heridos graves. Los diarios anarquistas triplicaron las cifras, los diarios serios las disminuyeron.

“La prensa” trataba de explicar el asunto diciendo que “El 95 por ciento de las víctimas no son argentinas. Ello induce a pensar en el carácter de la reunión obrera que se realizaba y también a explicarse la violencia con que los oradores anarquistas se refirieron en sus discursos a los símbolos nacionales. Intervinieron solamente 20 ó 30 miembros de la Liga Patriótica en el suceso. La policía manifestó en el primer instante -seguramente por precipitación- que a los obreros no se les había encontrado armas”.

Un día después, el local de la Sociedad de Resistencia Unión Chaufeurs de la Capital, es atacado por dos automóviles en el que viajan jóvenes de la Liga Patriótica. Caen muertos dos obreros anarquistas: Los hermanos Canovi. Y no pasan tres o cuatro días que en el puerto -

donde los carreros y estibadores han declarado la huelga- ocurre un tiroteo en que caen un obrero anarquista y un miembro de la liga patriótica.

La violencia crece y desde las publicaciones anarquistas se exhorta a repeler por las armas todo ataque de la Liga y, si es necesario, “atacarla en su misma guarida”.

En esa década del 20 se hará cada vez más difícil arrear simplemente al obrero. Por los menos, aquellos anarquistas conscientes se precian de llevar un arma y la verdad que no son mancos en hace uso de ellas. Baste citar los hechos de Jacinto Aráuz, donde ocurrió tal vez por única vez en la historia un tiroteo entre policías y anarquistas dentro de una comisaría. En esa localidad había intranquilidad entre los trabajadores agrícolas porque se les desconocían los derechos y se suplantaba a los que osaban protestar por peones traídos de otros lugares. El comisario de la localidad, no halló nada mejor para terminar el problema que invitar a todos los disconformes a la comisaría “a fin de conversar y llegar a un buen acuerdo”. Allá fueron trabajadores -entre los que se encontraban varios delegados inspirados en las teorías de Bakunin- y fueron invitados a pasar al patio del local policial pero notaron con sorpresa que estaba todo rodeado de “milicos” con armas largas. El comisario no aparecía pero si lo hicieron dos sargentos que comenzaron a llamar uno por uno a los obreros, los hacían pasar a un pasillo donde los desarmaban y a continuación eran entregados a otras agentes que los dejaban tendidos a garrotazos. Es decir, una manera expedita de solucionar un problema gremial.

Pero los anarquistas que estaban allí, en el patio, no eran por cierto niños de pecho. Pelaron sus armas y, a pesar de estar rodeados, la emprendieron a tiros. Se origino así una verdadera tragedia con víctimas de ambos lados. Desde ese momento, Jacinto Aráuz fue como un símbolo para los trabajadores de otras latitudes de la república. Era una especie de concretización del “donde las dan, las toman”.

Claro, que a veces los anarquistas exageraban la nota en eso de ir armados. A veces, sus propias publicaciones tenían que darles consejos públicos. Como este anuncio de un pic-nic en Rosario publicado en “La Antorcha”: “Rosario, gran picnic familiar a beneficio de los presos sociales, en la isla Castellanos sobre el Río Paraná. Hombres $ 1,20; mujeres y menores, 0,5; niños gratis. Nota: advertimos que la subprefectura hará revisación en el embarque por lo que se recomienda no llevar armas”.

O este suelto publicado en la primera página de “La Protesta”: “El pic nic del domingo: la mala costumbres de hacer disparos de armas de fuego en el bosque de la isla Maciel durante el día y sobre todo al oscurecer, mientras se realizan los pic nics de la Protesta acarrea serios peligros y siembra la alarma entre las familias que concurren al que para los anarquistas debe ser un lugar de sana reunión y franca camaradería. Hemos recibido varias quejas de concurrentes al último pic-nic e incluso de un pescador que tiene su domicilio en aquel lugar, que estuvieron expuestos a recibir una bala perdida durante uno de los tanto tiroteos. Es necesario que los compañeros eviten que se hagan disparos de revólver en el bosque que llamen la atención a los aficionados a darle al gatillo, pues se siembra la alarma entre las familias que concurren a nuestros pic-nics y el día menos pensado puede ocurrir una desgracia. Se demuestra una absoluta falta de cultura con esos juegos peligrosos y corresponde a los anarquistas velar por el normal desarrollo de nuestros actos y sobre todo por la seguridad de todos los que nos dan pruebas de confianza concurriendo a los mismos. Recomendamos pues a los camaradas que no hagan disparos de armas de fuego en nuestros pic-nics y traten de evitar que lo hagan aquellos concurrentes que no estén en condiciones de leer estas recomendaciones”

Parece ser que estos tiroteos amistosos eran una costumbre bastante arraigada porque el diario ácrata seguirá publicando la recomendación varios días seguidos.

Serán incontables los casos de refriegas de obreros de distintas tendencias en lugares de trabajo, de gestos de rebeldía de trabajadores contra capataces y patrones que derivaban por las vías del hecho (uno de ellos, el caso de Pedro Espelocín -quién más tarde será un miembro activo dentro del anarquismo expropiador- que mata a un capataz que maltrataba a un niño), y de asalariados que enfrentaban a policías y a miembros de la Liga Patriótica. Largas son las listas de los presos sociales condenados por la justicia desde huelguistas hasta homicidas por cuestiones laborales o políticas. El Comité pro Presos Sociales y Deportados sostenido por el aporte humilde de los trabajadores anarquistas no da abasto con sus funciones: no sólo tiene que pagar el gasto de abogado0s y trámites para los procesados sino que también toma a su cargo el mantenimiento de las familias de éstos. Pero no únicamente pasiva es esta comisión. No se reduce a conseguir esos medios como si fuera un ejército de salvación o una sociedad de damas de beneficencia. Su misión oculta es la de conseguir la evasión de los presos. Y para eso es necesario contar con muchos recursos: hacer viajar a “compañeros de confianza”, merodear las cárceles a veces meses enteros hasta compenetrarse de los detalles, alquilar casas, contar con automóviles para la huida y, por sobre todo, sobornar a los carceleros, empleados judiciales y hasta secretarios de juzgados para que influyan en las sentencias.

Quien maneja todo eso es el secretario del Comité Pro-Presos y Deportados: Miguel Arcángel Roscigna, dirigente metalúrgico anarquista. Mientras los ideólogos de “La Protesta” y de “La Antorcha” señalan desde sus páginas que la libertad de los presos debe conseguirse solamente con movimientos huelguísticos o con movilizaciones de grandes masas del pueblo. Roscigna es hombre de acción y ducho en todas las artimañas para tener en jaque a la policía y a la justicia. Es un hombre cerebral, frío, planificador. Pero cuando hay que actuar, él es quien realiza las cosas, no sólo dirige sino que también ejecuta. Ya lo ha demostrado en el caso Radowitzky: con paciencia y astucia hizo todos los tramites para ser nombrado guardiacárcel en Ushuaia”. Allá preparará todos los detalles para que esta vez la fuga no fracase. Cuando todo estaba preparado, en el congreso de la Unión Sindical Argentina (USA) integrado por dirigentes socialistas y sindicalistas, un irresponsable denuncia -para atacar a los anarquistas- que “Roscigna está de perro en Ushuaia”. (Perro era el cariñoso calificativo que los anarquistas dispendiaban a carceleros y policías). La policía averigua y comprueba que Roscigna se halla en territorio fueguino. Es inmediatamente cesanteado y expulsado del penal. Antes de desaparecer y que todo no haya sido en vano, Roscigna le prende fuego a la casa del director del presidio.

Después será quien organice la primera fuga del panadero Ramón Silveyra condenado a 20 años de prisión, de la penitenciaría, quien prepare los medios de la segunda fuga del mismo. Dos sucesos verdaderamente espectaculares y que decían a las claras que detrás de todo eso había un verdadero talento organizativo. Talento que luego demostró en la preparación de célebres asaltos y actos de acción directa (o terrorista, como quiera llamársele).

La guerra sin cuartel entablada entre las dos fracciones anarquistas, los “protestistas” y los “antorchistas” (que vendrían a representar la derecha y la izquierda dentro del movimiento) llega a tal extremo que la Comisión Pro Preso Sociales y Deportados se divide, tomando ahora cada uno de esos organismos sus propios detenidos. La comisión orientada por “La Protesta” y la “FORA” del V congreso defenderá exclusivamente a los anarquistas presos por su ideología, mientras que la comisión antorchista lo hará con todos aquellos acusados de delitos comunes (es decir, los anarquistas expropiadores). Tal es el caso tan debatido de los presos de Viedma.

En 1923, en el territorio nacional de Río Negro es asaltada la diligencia del Correo, en un episodio realmente del Far West. La policía territorial detiene no lejos del lugar a cinco trabajadores rurales de ideología anarquista, que estaban juntando leña para hacerse un asado. Se loa tortura bárbaramente, estanqueándolos, y los cinco reconocen ser los autores del asalto. Uno de ellos Casiano Ruggerone, enloquece por efectos de las torturas y fallece meses después en el hospicio de Vieytes. Los otros cuatro son condenados en conjunto a 83 años de

prisión. Andrés Gómez, Manuel Viegas y Manuel Álvarez a 25 años cada uno y Esteban Hernando a 8 años.

La comisión orientada por la “Antorcha” iniciaría una gran campaña para lograr la revisión del proceso. “La Protesta” luego de una pálida defensa dirá en sus columnas de los presos de Viedma que “son delincuentes vulgares que nada tienen que ver con la propaganda y las ideas anarquistas”. Esto provocó un exacerbamiento de la polémica dentro del movimiento que iría a durar mientras el anarquismo tuvo vigencia en la vida obrera argentina. Una polémica que siempre fue constante en el anarquismo, desde Proudhon pasando por Bakunin, Reclus, Malatesta, Armand, Gori, Fabbri, Trni, Abad de Santillán: ¿Llegar a la revolución por todos los medios imaginables, o mantener de los anarquistas el concepto de hombres puros, intachables, que llegan a la revolución a través del convencimiento de los demás de que es la idea más humanística por excelencia?

Pero claro, las dos tendencias, a medida que se produjeran los hechos iban a caer en graves contradicciones. Por ejemplo el caso Sacco y Vanzetti. El caso más famoso de una injusticia judicial que tuvo aún más trascendencia -por la movilización obrera mundial- que en su tiempo el mismo “Affaire” Dreyfuss.

¿Qué ocurrió con Sacco y Vanzetti? Algo muy parecido que con los presos de Viedma, salvo que en este último caso no entraron a jugar eso que hoy se llaman “relaciones públicas” que Vanzetti y sus compañeros anarquistas italianos de Estados Unidos supieron emplear magistralmente logrando durante más de siete años una agitación popular en el mundo entero que tal vez no logre superarse. En el propio Estados Unidos es agitación fue diez veces más grande que la que hasta hace poco se realizó por la finalización de la guerra en Vietnam.

Todos se unieron; aquí no hubo banderías: anarquistas, individualistas, anarco-comunistas, anarquistas expropiadores y partidarios de la violencia, socialistas democráticos, comunistas, liberales, el Papa y hasta los fascistas que recibieron que beneplácito la resolución del juez de suspender la ejecución de los acusados”

Cuando Sacco y Vanzetti los detiene -después de 15 días en que ha ocurrido el asalto de Braintree donde son muertos dos pagadores de una empresa- hacen declaraciones que los comprometen tangencialmente con el atraco. Hacen esas declaraciones aconsejados por un abogado que cree que así se salvarán de la deportación a Italia que se les aplicaría de inmediato de reconocer que son anarquistas. Es decir, aquí no hay tortura física como en el caso de los de Viedma, aunque si un apremio, una tortura moral; o entran en una larga discusión leguleyo o los deportan. Y esa larga discusión leguleyo la pierden luego de largos siete años, a pesar del apoyo moral de todo el mundo.

Con la muerte en la silla eléctrica de Sacco y Vanzetti, la justicia perdió una gran batalla. En ningún momento los jueces norteamericanos pudieron demostrar palmariamente la culpabilidad de los dos italianos. Sólo tuvo indicios, testimonios, Legalmente, sin valor ni resonancia. Es evidente que en la sentencia valió ante todo el carácter de anarquistas de los acusados. Como en el caso de los de Viedma. Sobre la culpabilidad o no de Sacco y Vanzetti nunca podrá ser definitivo. Lo que sí es indiscutible que pertenecían a un grupo partidarios de la acción directa. “La aduana de Refrattari”, de Nueva York, órgano de los anarquistas italianos y que fue la publicación a la que gran parte se debe la iniciación de la gigantesca campaña de agitación mundial, la que dio el grito de alarma; era un periódico manifiestamente partidario de la acción directa. Tanto es así que años después defendería las actitudes de Severino Di Giovanni y su gente en Buenos Aires cuando aquí los propios órganos anarquistas lo atacaban o callaban. Tal vez la palabra definitiva sobre el caso Sacco y Vanzetti la haya dado la minuciosa investigación que hizo el escritor y periodistas Francis Russell, “Tragedy at Dedham”, publicada en 1962 y elogiada como un trabajo serio por toda la prensa europea. Francis Russell opina que -juicio

que también es citado por James Joll- Sacco era un “expropiador” convencido y actuaba de esa manera para allegar fondos para la causa, y es casi seguro que tanto él como vanzetti -quien siempre daba refugio sin preguntar al perseguido si era o no expropiador- fueron eliminados porque eran peligrosos agitadores.

Pero aquí, en la defensa que hicieron los anarquistas de Sacco y Vanzetti hubo indudablemente una dualidad. ¿Se los defendió porque eran inocentes o porque eran anarquistas? ¿Y si hubieran sido culpables de asaltar paran allegar fondos para la propaganda, para sus presos y para sus huelgas, se los hubiera defendido igual desde las columnas de la “prensa oficial” del anarquismo argentino?

La misma dualidad se iba a presentar con la epopeya delictiva de Buenaventura Durruti.

18 de octubre de 1925, tres individuos “a la manera del cinematógrafo”, como dirá “La Prensa” se introducen en la estación de tranvías Las Heras, del Anglo, en pleno barrio de Palermo. Uno de ellos va enmascarado. Los tres sacan a relucir pistolas negras y amenazan a los recaudadores que, en esa madrugada, acababan de hacer recuento general de la venta de boletos. Dicen “arriba las manos” en arcado acento español. Exigen el dinero. Los empleados balbucean que ya está en la caja de hierro. Exigen las llaves. No, las tiene el jefe, que ya se retiro. Los asaltantes hablan entre ellos. Se retiran. Al pasar se llevan del mostrador una bolsita que acababa de dejar un guarda: contiene 38 pesos en monedas de diez centavos. Afuera hay una campana y más allá un auto que los espera. Desaparecen sin poder ser perseguidos.

El que ha dirigido ese asalto fracasado, que se les ha reportado 38 pesos en moneditas (evidentemente, algo deprimente para asaltante que han actuado con absoluta precisión pero que les ha fallado el último detalle) es nada menos que Buenaventura Durruti, quien once años después se convertirá en el personaje más legendario de la guerra civil española, el guía indiscutido de los anarquistas españoles y de los anarquistas de todo el mundo que ha ido a España a defender la República del levantamiento franquista. Durruti, el comandante de la Columna Durruti, el que salva Madrid viniendo desde Aragón y derrota con tres mil milicianos mal entrazados a todo un ejército disciplinado con oficiales de Estado Mayor, generales de uniforme que han estudiado táctica y estrategia y tropa disciplinada.

Ese pistolero de las 980 moneditas de diez centavos será quien, luego de morir en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid recibirá las más imponentes exequias que jamás haya recibido un líder obrero en España. James Joll dirá: “La muerte de Durruti privó a los anarquistas de uno de sus más reputados y despiadados héroes legendarios; su funeral, celebrado en Barcelona, proporcionó el espectáculo de la última gran manifestación del contingente anarquista, integrado por doscientos mil adeptos, que desfilaron por las calles de la ciudad, lo que pudo hacer recordar manifestación similar a la que presenció Moscú catorce años antes, cuando el entierro de Kropotkin dio a los anarquistas rusos la última oportunidad de exhibir en público su fuerza, antes de que los comunistas arremetieran contra ellos” .

Y por ironía del destino o por esas adecuaciones a las circunstancias que tiene que hacer los hombres de ideas, el intelectual anarquista Diego Abad de Santillán -uno de los hombres que con más fuerza atacó a los “expropiadores” en las filas de los libertarios actuantes en nuestro país- llamará en 1969 a aquel pistolero de los 38 pesos en moneditas, “Buenaventura Durruti, el caballero sin miedo y sin tacha”.

La policía porteña está desorientada. ¿Pistoleros con pronunciación española? No tienen registrado a ninguno de esas características. Interrogan a elementos del hampa y tampoco consigue nada. Nadie los conoce. Como el botín ha sido irrisorio, la policía sabe que pronto darán otro golpe.

Y esto sucede el 17 de noviembre de 1925, apenas un mes después del asalto a estación Las Heras. Minutos antes de la medianoche, el boletero Durand de la estación de subterráneos Primera Junta, en Caballito, ha terminado de recontar el dinero de la recaudación del día. Falta el último servicio de subterráneo que viene desde el centro para finalizar la tarea. Se acerca de pronto un desconocido que saca despaciosamente una pistola y le dice con acento español: “¡cállese la boca!” mientras otro irrumpe en la boletería y se apodera de una caja de madera donde habitualmente se guarda la recaudación. Todo apenas dura un instante. Los desconocidos de dan vuelta y van hacia la salida de la calle Centera. Pero el boletero Durand comienza a gritar con todos sus pulmones: ¡Auxilio! ¡Ladrones! Es entonces cuando uno de los saltantes se da vuelta y hace un disparo al aire para amedrentarlo y que no inicie la persecución. Esos gritos y ese disparo han sido oídos por el agente que está de parada en rivadavia y centera. Y ya corre para ver qué sucede mientras desenfunda el arma. Pero le gana de mano. Hay otros dos desconocidos haciendo de “campanas” en las dos entradas del subterráneo y uno de ellos, cuando ve que el agente tiene el arma en la mano y va al encuentro de los otros dos que han realizado el asalto y ya salen por la escalera, le descerraja dos balazos que dan en el blanco.

El agente cae al suelo como una plomada. Los cuatro asaltantes corren hacia un taxi que los espera en Rosario y Centera. Pero el chofer no lo puede poner en marcha y, después de valiosos minutos de espera, los desconocidos se bajan del vehículo y echan a correr por la calle Rosario en dirección Este, y desaparecen.

El salto ha sido en vano. Igual fracaso que en la estación Las Heras. El dinero de la recaudación no había sido puesto, como ocurría habitualmente, en la caja de madera, sino en otra, de hierro, por debajo de la ventanilla. La caja de madera no contenía no siquiera una moneda de diez centavos.

Aquí ya las cosas cambian. Para la policía, los asaltantes de Caballito son los mismos de la estación Las Heras, por sus características físicas y por el acento español. Y en este nuevo asalto ha caído muerto un agente: el cabo Núñez.

La policía de Chile acaba de enviar a la Argentina las fotos y los antecedentes de una banda de asaltantes españoles, o mejicanos o cubanos, que el 16 de julio de ese año se llevaron 46.923 pesos chilenos del Banco de Chile, sucursal Mataderos. Los desconocidos, luego de apoderarse del dinero huyeron a gran velocidad en un automóvil, haciendo disparos al aire creando una gran confusión en ese populoso lugar. Un empleado del banco logró asirse al auto en momentos en que éste arrancaba. Uno de los asaltantes le grita que se baje, pero el empleado no ceja. Entonces lo bajan de un tiro.

Además de todos esos detalles, la policía chilena informa a sus colegas argentinos que la banda estaba integrada por 5 hombres, uno de los cuales embarcó en Valparaíso hacia Francia y los otros cuatro se han dirigido a la Argentina. En Santiago de Chile se ha descubierto la pensión donde vivían. La dueña de la misma declaró que “eran cinco hombres educados, continuamente hablaban de luchas sociales y se llamaban a sí mismos revolucionarios españoles y que recorrían los pueblos de América en busca de fondos destinados a financiar el derrocamiento de la monarquía española”.

Los cuatro que han pasado a la Argentina levan documentos a nombre de Ramón Carcaño Caballero, mejicano; José Manuel Labrada Pontón, cubano; Manuel Serrano García, de Valencia, España; y Teodoro Pichardo Ramos, mejicano.

Con las fotos en las manos, la policía argentina cita a los asaltados de la Estación Las Heras y de primera Junta, si, no tienen ninguna duda, son ellos. Se inicia entonces una investigación incansable. Se allanan pensiones, hoteles y casas que alquilan habitaciones en busca de

extranjeros. Pero no hay resultado positivo alguno. Interviene también Orden Social que detiene a anarquistas de acción para obtener algún indicio. Pero no saca nada en limpio.

En todos los coches de subterráneos y en los tranvías son colocados carteles con fotos de los cuatro extranjeros a los cuales “La Prensa”, después del asalto a Primera Junta, los describe así; “todas las personas que vieron en la madrugada de ayer a los asaltantes coinciden en que se trata de individuos de buen aspecto; visten correctamente bien y nada de ellos puede hacerlos sospechosos. Más aún, su presencia es simpática”

La policía tiene dos tesis: o se han marchado de inmediato después del asalto, al Uruguay o Brasil, a al no obtener botín en ninguno de los dos atracos, están esperando para hacer otra operación. La segunda de las tesis se iba a revelar como cierta.

“Cuando los habitantes de la tranquila ciudad de San Martín se hallaban entregados al almuerzo unos, y otros refugiados en sus hogares a cubierto de las inclemencias del sol y del calor, un grupo de forajidos armados de carabinas se situó en la puerta de entrada de la sucursal del Banco de la Provincia, frente a la plaza principal”. Así comienza “La Prensa” del 19 de enero de 1926 la descripción del famosos asalto al Banco de San Martín, que tan comentado fue en su tiempo.

Siete desconocidos (cuatro de ellos con antifaces) bajan de un doble faeton en la esquina de Buenos Aires y Belgrano, a dos cuadras de la comisaría. Cuatro se introducen en el Banco y los otros tres, con armas largas, se apostan en la entrada principal. Es un asalto muy curioso, con un matiz de bandoleros porque los tres que se han quedado afuera cuando ven que se aproxima algún peatón desprevenido lo apuntan silenciosamente con sus armas largas. Los desprevenidos creen al principio que se trata de una broma pero cuando ven que la cosa es seria salen disparando. Mientras tanto los cuatro que han entrado, trabajan rápidamente. Sortean los mostradores, revisan los cajones de los pagadores y van juntando todo el dinero que encuentran. Ni se molestan en llegar a la caja de hierro. Recolectan 64.085 pesos. Los empleados bancarios al ver entrar a los saltantes obedecen cuando una ronca voz española grita:

– ¡Al que se mueve… cuatro tiros!

Pero dos de los bancarios, que se han tirado tras el mostrador tratan de salir gateando por una puerta trasera. Es cuando uno de los enmascarados los ve y sin dudar un instante los balea, matando al empleado Rafael Ruiz e hiriendo a otro.

Con el dinero obtenido, escapan con el automóvil. Los persiguen pero cubren su retirada a balazos, no ahorrando pólvora.

La policía está ante un nuevo hecho. Esta vez la desorienta el número de los asaltantes: siete más un chofer. Es decir que si se trata de la banda venida de Chile, ha encontrado aquí nuevos colaboradores. Están en medio de las investigaciones cuando salta la gran noticia en el Departamento Central de Policía. Hay gran nerviosismo y se convoca a los periodistas a conferencia de prensa.

Se ha recibido respuesta de las autoridades policiales de Barcelona acerca de los cuatro asaltantes de la estación de tranvías Las Heras, de Primera Junta y del Banco de Chile: no son no mejicanos, ni cubanos -dice la policía barcelonesa- sino españoles y los cuatro nombres dados son falsos. Esta es la verdadera identidad:

Ramón Carcaño Caballero es en realidad *Buenaventura Durruti*, nacido en la ciudad de León, el 14 de julio de 1886, de profesión motorista.

Teodoro Pichardo Ramos es *Francisco Ascaso*, de Almudévar, Huesca, nacido el 2 de abril de 1901.

Manuel Labrada Pontón, es *Alejandro Ascaso,* de Almudévar, Huesca, nacido el 17 de octubre de 1889.

Manuel Serrano García es *Gregorio Jover Cortés*, nacido en Valencia en 1892.

Añade la policía de Barcelona que se trata de “una banda temible de anarquistas que durante mucho tiempo actuó en Barcelona donde cometió numerosos asaltos, robos y asesinatos”. Además, a Ascoso se lo sindica como el autor de la muerte del cardenal Soldevila, de Zaragoza.

Luego, con ayuda de las policías de Méjico y de Cuba se reconstruirá toda la trayectoria de este grupo anarquista español que comienza asaltando al banco de Gijón, en España, para obtener fondos en esa lucha que los libertarios españoles llevan contra la dictadura de Primo de Rivera. De Gijón pasan a Méjico donde realizan un asalto exitoso en Carolina, episodio en el que resulta muerto uno de los asaltados, de allí marchan a Cuba donde atracan también con éxito un banco. En la Habana embarcan en el vapor “Oriana” con el cual viajan hasta Valparaíso, Chile, donde llegan el 9 de junio de 1925. Allí trabajan en diversos oficios hasta que el 11 de julio asaltan el Banco de Chile en Santiago. Vuelven a trabajar como obreros hasta que a principios de agosto viajan por tren hasta Buenos Aires.

Está todo esclarecido. Ahora basta aprenderlos. Aquí ya está en juego una cuestión de prestigió internacional. Al tener la certeza de que se trata de anarquistas, las investigaciones se dirigen al sector ideológico que se sabe es partidario de la violencia y de la expropiación. Además, se vigilan atentamente los lugares donde Durruti puede abandonar el país.

Pero no tendrá la policía argentina la satisfacción de apresarlos, Aunque sí los franceses.

Cinco meses después del asalto al Banco de San Martín un cable de París informaba que la policía francesa había desbaratado un atentado anarquista contra la vida de Alfonso XIII, rey de España, durante la visita que éste realizaba a Francia. En efecto, dos anarquistas españoles, Francisco Ascaso y otro que se hace llamar Duretti, fueron apresados en un humilde hotel de Cliché con plano y armas que evidenciaban su propósito de realizar un atentado en gran escala contra el monarca español.

Esta información conmociona a la policía argentina, que desea vengar la muerte del cabo Núñez, caído en el asalto de Primera Junta, y se dirige a sus colegas de Francia pidiéndoles detalles de cómo han llegado Ascaso y Durruti a Francia, con qué pasaportes y también que traten de detener a Jover Cortés y al hermano de Ascaso.

Responde los parisinos que Francisco Ascaso llegó a Cherburgo el 30 de abril de 1926, por barco, lo mismo que Buenaventura Durruti. Días después los franceses logran detener también a Jover Cortés. Los tres llegaron con pasaportes uruguayos: el primero con el nombre de José Cotelo; el segundo de Salvador Arévalo, y el tercero, de Luís Victorio Repetto. Los tres pasaportes han sido obtenidos en el consulado del Uruguay en Buenos Aires.

Para la policía la cosa es pan comido: José Cotelo es un anarquista uruguayo que vive en Buenos Aires. Lo detiene pocas horas después. Cotelo reconoce que el 1º de abril obtuvo un pasaporte uruguayo a su nombre, pero que horas después lo perdió, posiblemente por que se le callo del bolsillo. Una explicación tan ingenua no puede menos que indignar a los pesquisantes, que le dicen a Cotelo que él va apagar todos los platos rotos por Durruti y compañía. Pero Cotelo se mantendrá en su ingenua respuesta. Los otros dos nombres, Arévalo y Reppeto,

pertenecen también a activos anarquistas -el primero es obrero panadero- del Uruguay que actúan en Buenos Aires. Pero estos dos últimos no pueden ser hallados. Cotelo, luego de centenares de interrogatorios infructuosos, es dejado en libertad por el juez, después de varias semanas de calabozo.

Pero en lo que no se da por vencida nuestra policía es en obtener la extradición de Durruti, Ascaso y Jover. Altos oficiales de la policía han llagado hasta el propio presidente Alvear para pedirle que ejerza su reconocida influencia en París -donde ha sido largos años embajador- para obtener la rápida entrega de los tres anarquistas. Para acelerar los trámites se envían a París a los tres mejores hombres que tienen las filas policiales porteñas: Fernández Bazán, Romero y Carrasco. Y la cancillería argentina solicita oficialmente la extradición al gobierno de Francia. Luego de largos tramites y vacilaciones los franceses acceden y comunican al ministro argentino en París, Álvarez de Toledo, que Durruti, Ascaso y Jover están a su disposición. Se alista entonces un buque de guerra de la marina argentina, el transporte “Bahía Blanca”, para traerlos a Buenos Aires.

Los anarquistas -por intermedio de “La Antorcha” -denunciarán que el trasfondo de todo esto es una maniobra de los gobiernos argentino, francés y español. Dicen: “En la infame confabulación en que se juega la surte de tres hombres, compañeros nuestros -Ascaso, Durruti y Jover- como en toda partida en que intervienen tahúres en complicidad, hay, además de los que aparecen -Francia y la Argentina- otro tahúr más siniestro que al parecer no participa en el juego, pero cuyas inspiraciones siguen y a cuyo servicio están aquellos. Este es España. Por guardar las formas, ya que no existe tratado de extradición, Francia no se la concedió a España. Pero solidarios en todo, los gobiernos cuando se trata de perseguir subversivos, se le da indirectamente satisfacción concediéndosela a la Argentina, con lo que el gobierno francés cumple un doble objetivo: obtiene de la Argentina a cambio de la extradición otorgada a despecho de todos los requisitos legales, un aplazamiento en el pago de la deuda de guerra por compras de trigo, y complace al mismo tiempo al gobierno español, quien confía obtener de la Argentina la extradición de los tres españoles, si no se les condena aquí, ya que existe entre ambos países tratado de extradición.”

El diario termina diciendo: “Tutti contenti, pues”.

Cuando a los tres jóvenes anarquistas les comunican que serán entregados a la policía argentina no se les mueve un pelo, pero son concientes de que deben movilizarse de inmediato, no perder un segundo. Recurren a todos los medios: desde la huelga de hambre, de protesta, hasta los llamamientos de solidaridad y las cartas a todos los movimientos anarquistas del mundo. Con gran éxito, se inicia una campaña formidable por Ascaso, Durruti y Jover que en determinados momentos eclipsa a la que se realiza por Sacco y Vanzetti en esa época.

“¡Ascaso, Durruti y Jover, los nuevos Sacco y Vanzetti!”, escriben todos los diarios anarquistas del mundo. En nuestro país la repercusión es inmediata, se organizan mítines, se publica un follero (en una semana se agotan 20.000 ejemplares y de inmediato de imprimen 30.000 más) en el que se sostiene que Ascaso, Durruti y Jover no estuvieron jamás en Argentina y que eso de los asaltos son patrañas e inventos para cubrir los fracasos de la policía argentina. En Francia, todos los rotativos -salvo los de derecha- reclaman la libertad de los tres y señalan que es antijurídica la entrega a la Argentina. Los intelectuales franceses (liberales, socialistas, comunistas y anarquistas de toda laya) firman manifiestos por “los tres esforzados que sólo buscan libertad de su patria”. En el parlamento francés el asunto tiene un eco inmediato y diputados socialistas presentan un proyecto de reforma de la ley de extradición.

El gobierno francés vacila. Tiene demasiados problemas internos para crearse otro nuevo. Busca entonces una “impasse” y dispone que no se lleve a efecto la extradición hasta que no se cumplan ciertos trámites legales. El primer “round” esta ganado. Pero la policía argentina

empuja a Alvear. Esta vez no quiere perder la batalla. Por su cuenta ha prohibido todo acto que en Buenos Aires se haga por los tres anarquistas. “La Antorcha”, el comité Pro-Presos Sociales y los gremios autónomos de panaderos, yeseros, pintores, chóferes, carpinteros, obreros des calzado, los lavadores de autos y lustradores de bronce, el comité de relaciones entre Grupos Italianos (que orientan Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi) y el Grupo Búlgaro, no se amilanan por las amenazas policiales, y organizan mítines “relámpago”. Y en ese sentido, los anarquistas son personajes un poquito estrafalarios. Aplican métodos realmente insólitos, por ejemplo, programan un acto en Plaza Once y lo anuncian. Por supuesto, la policía rodea el lugar con la montada y disuelve el grupito más insignificante. Entonces sale del subterráneo un anarquista y se apoya en las rejas de la salida del túnel hacia la plaza mientras otros dos, desde la escalera prestamente lo atan con cadenas a dichas rejas. El anarquista queda imposibilitado de moverse y es el momento en que comienza hablar con uno de esos vozarrones tremendos, ejercitados en centenares de asambleas y actos públicos en donde no se empleaban no amplificadores ni ningún sistema eléctrico para llegar al público:

– ¡Aquí, venid a escuchar, aquí estamos los anarquistas para gritar la verdad sobre los compañeros Durruti, Jover y Ascaso!

Los policías corrían al lugar de donde partían las voces y descubrían el increíble espectáculo de un hombre crucificado con cadenas, que hablaba como una ametralladora. Mientras reaccionaban, pedían ordenes y se consultaban, el anarquista hablaba de los lindo a los viandantes que miraban con ojos entre espantados y estúpidos.

El primer intento policiaco era siempre tratar de silenciarlo a garrotazo limpio, pero como el anarco seguía con su prédica, aquello adquiría ribetes de espectáculo público no conveniente. Eso de pegarle a un hombre atado e indefenso le revolvía el estómago a cualquiera. El segundo intento era tratar de taparle la boca, cosa muy difícil porque el ácrata se zafaba y le salían entonces las palabras entre cortadas conformando un espectáculo más grotesco todavía que iba reuniendo cada vez más curiosos. Al final, la policía se la tenía que tragar y esperar pacientemente hasta llamar a un herrero del Departamento Central que tardaba como una hora en cortar las cadenas. Mientras tanto por supuesto, el orador se decía tres o cuatro discursos tocando todos los temas: Ascaso, Durruto y Jover, Sacco y Vanzetti, Radowitzky, los presos de Viedma, atacaba a Alvear (a quien los ácratas llamaban “la buscona” o “cien kilos de manteca”) a los policías (“burros coceadores, milicos salvajes”), a Carlés (“el honorable sinvergüenza”), a los integrantes de la Liga Patriótica (“niños bien, crápulas invertidos”), a Leopoldo Lugones (“ave de pico ganchudo y plumaje pardo”), al comunismo (“cretinismo autoritario”), a los militares (“orangutanes idiotas”), etc., etc., ¡Como se ve, nadie se salvaba!

La defensa de Durruti y sus compañeros era -evidente o sin quererlo- la defensa del anarquismo expropiador. Del derecho que asistía a los libertarios de “expropiar” para hacer la revolución. Los anarquistas de línea “antorchista” sabían muy bien que Durruti había estado en la Argentina y había dirigido tres asaltos. Por eso resulta un poco ambigua la defensa “moral” que se usó en este caso: se sostenía siempre que eran inocentes, que los tres eran incapaces de actuar en hechos delictivos. Es decir, no se los defendía como revolucionarios, no se los justificaba en su acción sino que sencillamente se decía: son inocentes, son nuevas víctimas de la justicia burguesa.

Esto llama poderosamente la atención. “La Antorcha” estaba por la acción violenta pero no abiertamente sino defendiendo a los hombres que la practicaban haciéndolos pasar por mansos corderitos. Fue una línea que mantuvo durante todos los años violentos, hasta su desaparición en 1932. En la Argentina hubo una sola publicación sobre la base de la violencia: fue el periódico italiano “Culmine” que editó Severino Di Giovanni.

Y otra cosa que llama la atención es que mientras en Francia se vuelca toda la intelectualidad liberal y las organizaciones políticas de raíz liberal en la defensa de Durruti, Ascaso y Jover, el propio anarquismo argentino tiene sus puntos de vista divididos: los moderados de “La Protesta” orientado por López Arango y Abad de Santillán dirán en un editorial a fines de 1926: “La Protesta contra la extradición de Ascaso, Durruti y Jover no entra en la égida de la ética anarquista”. Con esto quedaba palmariamente sellada la guerra a muerte que el decano de la prensa anarquista de nuestro país llevaría contra todo aquel que dentro de la idea libertaria propugnara el asalto, el robo o la falsificación de dinero como medios para llegar al fin revolucionario.

En abril de 1927, el gobierno francés se sobrepone a las amenazas y protestas populares y resuelve confirmar la extradición a la Argentina de los tres españoles. Lo mismo hace la Cámara de Apelaciones de París. Júbilo en la policía argentina.

Todo se ha perdido. Al consignar la noticia, “La Antorcha” se dolerá: “¡*Carne a las fieras; señores gobernantes de la emputecida Francia que trafica con las vidas humanas*!”

Pero no sólo se la agarran con Francia sino también con la Argentina. Y la misma “Antorcha” dirá de nuestro país: “*Un país bárbaro, incivil, sin garantías individuales o colectivas expuesto a que todos los abusos, todas las violencias de arriba tengan fácil e inmediato asidero en él, eso es la Argentina*”. Y más adelante: “*La Argentina es un país inmensamente estúpido, sin relevante conciencia moral, sin el más mínimo atributo ni sentido de justicia. Aquí sólo hay un infame miedo que gobierna y aún más infame miedo que obedece. La única garantía es la de la cobardía ambiente, de la mentira ambiente, de la crapulosidad ambiente*”.

El ministro argentino en París, Álvarez de Toledo comunica al gobierno francés que se hará cargo de los detenidos a la brevedad posible y que para ello un buque de guerra argentino arribará a Le Havre. Ni qué decir que la prensa anarquista de Francia y de la Argentna la emprenden contra Álvarez de Toledo y “La Antorcha” le saca los trapitos al sol acusándolo de haber cometido “*irregularidades en la administración pública*”. Acusan a Alvear señalando que ha obtenido de Francia las extradiciones canjeándolas con una mora en el pago de las deudas de guerra que tiene Francia con la Argentina por compra de alimento.

El Comité Pro-Presos Sociales se prepara a defender a los tres españoles en cuanto pisen territorio argentino. Ese organismo advierte a la opinión pública que el Socorro Rojo internacional también se atribuye la defensa de Durruti y sus compañeros, cosa que nadie ha autorizado por cuanto los detenidos son anarquistas y nada tienen que ver con los comunistas. Y hace notar a los del Socorro Rojo que mejor harían en defender a los anarquistas presos en Rusia.

La agitación en Buenos Aires por Ascaso, Durruti y Jover es cada vez más intensa y se acopla a la campaña de Sacco y Vanzetti. Alvear se da cuenta de que cuando los tres españoles sean bajados a tierra van a ser otro factor de perturbación en in ambiente laboral muy enrarecido como es el de ese 1927. ¿Conviene Traerlos? ¿Con qué fin? ¿Solamente para dar satisfacción a la policía? Alvear es más vivo que esos norteamericanos que se han metido en el atolladero de Sacco y Vanzetti y se han ganado las iras de todo el mundo civilizado. ¿Vale la pena traer a los tres “gallegos” para juzgarlos aquí? No, evidentemente no. Ya es suficiente con los problemas que trae Radowitzky en Ushuaia como para meter otro factor irritante y dar nueva oportunidad a los anarquistas para que tiren más bombas, armen más manifestaciones y declaren nuevas huelgas. Alvear sabe que los anarquistas mienten cuando sostienen que Durruti y compañía son tres angelitos que nada hicieron en la Argentina, y que la policía tiene razón en querer cobrarse la muerte de un compañero. Pero, por otra parte está hecho de que la detención en Francia se debió a un delito eminentemente político y no común, como el de haber preparado un complot contra el enclenque Alfonso XIII.

Y todo se arregla de manera altamente diplomática: Francia le dará un mes de plazo a la Argentina para que proceda a embarcar a los reos. La Argentina demora la contestación y solicita que como en ese plazo no puede disponer de buque les envié a los detenidos con escolta de la policía francesa. El gobierno galo se niega a ello y los días van pasando. Entonces se hace aparecer un clima de descontento del gobierno argentino para con el francés: si los presos no van es por la culpa de Francia. Y viceversa: si los presos no van es por la decidía del gobierno argentino. Los días pasan y el plazo se cumple. Todos quedan bien sacándoselos de encima: Ascaso, Durruti y Jover son puestos en libertad en París pero inmediatamente expulsados a Bélgica.

Por supuesto, gran jarana entre los anarquistas que lo festejan como gran triunfo. Y no ahorrar palabras no befa: dirá “La Antorcha” en artículo titulado “El Rescate” que “*la partida empeñada entre el pueblo de Francia y la Argentina y los respectivos gobiernos y policías ha sido resuelta por forzado abandono de éstos, favorablemente a la cauda de la libertad y la justicia. Encumbren los gobiernos su derrota en los acostumbrados pretextos necesarios para salvaguardar la Razón de Estado. El gobierno de francés, so capa de aguardar la proyectada legislación sobre la materia, cedió a la opinión pública anulando varias veces la extradición. Y el argentino, temeroso a su vez de afrontar la presión popular del país y del mundo, que no dejaría de manifestarse vigorosamente, no insistió en la demanda, con lo que Ascaso, Durruti y Jover fueron puestos en libertad y ambos gobiernos y policías se dan el aire de no haber sufrido una derrota. Es como en el ajedrez, el abandono del juego ante el jaque mate inminente. Hemos rescatado a tres compañeros nuestros, sobre quines se cernían amenazas terribles. Es la alegría del recobro, del reintegro a la acción y la de la derrota reaccionaria. Doble alegría en la que templamos nuestro coraje para proseguir la acción de hoy y de siempre por el rescate de todos los nuestros: Sacco y Vanzetti, Radowitzky… Mientras, las policías en el resquemor de la derrota se preparan, mordiendo iras, a hacernos pagar duramente al primer síntoma de debilidad, nuestra victoria y su fracaso. Esforcémonos en hacerles morder, con sus afilados dientes de perros espumarajeantes de rabia, más frecuentes derrotas suyas, victorias nuestras, del pueblo*”.

Durruti y sus compañeros continuarán su lucha en otras tierras, pero no volverán más a la Argentina (aunque en 1933, la policía -adrede o por equivocación- los hace aparecer dirigiendo el asalto contra el Banco de Londres en Flores). Pero aunque no volvieron, su influencia en el anarquismo expropiador fue decisiva.

En el asalto a la sucursal del Banco Nación en San Martín había actuado junto a Durruti dos anarquistas de nuestro medio: Miguel Ángel Roscigna y Andrés Vázquez Paredes. Y ellos dos iban a ser ahora los protagonistas del más sonado asalto de la década del veinte: el del Hospital Rawson.

¿Cómo se explica que Miguel Ángel Arcángel Roscigna, un obrero metalúrgico altamente calificado -era herrero de obra- apreciado por su patrón debido a su contracción al trabajo, a su cumplimiento, al hecho de no faltar nunca a su agitada vida gremial e ideológica, se dedicara al asalto en banda? Tenía un hogar feliz -era un buen padre- y una casa sencilla pero con todas las comodidades. ¿Entonces?

¿Quién era, cómo era Roscigna? Uno de sus compañeros, Gino Gatti: “La vida de Miguel Arcángel, vista ahora a la distancia, fue un verdadero poema épico, un canto a la solidaridad”. Emilio Uriondo -uno de los anarquistas más consecuentes con su ideología y formado al lado de Roscigna- lo ha calificado como “el más inteligente de todos los anarquistas de acción, el más desinteresado, un hombre que en la vida burguesa hubiera podido vivir una existencia cómoda y sin sobresaltos, pero que prefirió abandonarlo todo para jugarse por la idea”. El mismo Abad de Santillán, enemigo de los expropiadores, nos dijo de Roscigna: “era un hombre capaz,

inteligente, decidido, generoso, por eso nosotros lamentamos muchísimo cuando se vio envuelto en hechos que lo llevarían a su definitiva perdición”.

Así como Severino Di Giovanni era un anarquista en el que su ideario estaba por encima de todo y que consideraba enemigo suyo a todo aquel que no fuera anarquista (y más, a todos los anarquistas que no participaban de la acción directa tal cual él la entendía), Roscigna era cerebral y trataba de aprovechar los intereses encontrados de la sociedad para enfrentarlos. Pero en donde Roscigna no transigía era en dos cosas: en el trato con la policía (según ex oficiales de Orden Social, Roscigna, Nicola Recchi y Humberto Lanciotti eran capaces de aguantar cualquier clase de tortura sin doblegarse en ningún instante) y en el trato con los comunistas.

En mayo de 1925, Roscigna publicó un escrito titulado “Anarquistas incongruentes” en el que califica duramente a los ácratas italianos que forman parte del Comité Antifascista junto a socialistas, liberales y comunistas. Dirá allí: “*No es admisible que en la actualidad quede un solo anarquista militando en la ignorancia de lo que es y de lo que aspira a ser el partido comunista. Millares de compañeros muertos, presos y proscritos: he aquí el balance siniestro del gobierno que en Rusia ejerce una dictadura no menos liviana que la del fascismo en Italia”.*

Y más adelante señala: “*¿Es que los compañeros ignoran la tradición del oprobio y la obra nefasta desarrollada por esos malos pastores dentro de las organizaciones obreras rebeldes de este país? ¿Reconocerán acaso la labor de “bomberos” desarrollada por los comunistas durante el inolvidable episodio de la toma de las fábricas en Italia? ¿Ignoran la diaria masacre que, como una reeditada Cronstadt, se abate la silenciosa e inexorable sobre todo lo que represente una oposición o simple discusión a las órdenes emanadas de los nuevos amos de Rusia, aun cuando ella expresen los mismos creadores del comunismo que pretenden conservarse en un terreno de honesta consecuencia?”*

Finaliza pronunciándose contra toda alianza con quienes “*como antítesis de nuestros fines de libertad propagan solamente autoridad*”

En julio de 1927 los anarquistas vuelven locos a todos aquellos que tienen algo de norteamericano, por el asunto de Sacco y Vanzetti. Los atentados terroristas se suceden unos a otros. La policía cree que el inspirador de toda la campaña es el italiano Severino Di Giovanni pero no deja de sospechar de ese otro anarquista de aspecto tan tranquilo que se llama Miguel Ángel Arcángel Roscigna. Éste, el 24 de julio de ese año comete la torpeza de ir a dormir a su casa, en César Díaz 4585. Allí lo detienen los empleados de investigaciones de Orden Social. Ya saben que no le van a poder probar nada, pero quieren “probarlo un poco”. Además, han recibido informes de la policía uruguaya de que Roscigna junto con Emilio Uriondo son los que pusieron la bomba a la legación de Estados Unidos en el Uruguay y los que prepararon un artefacto explosivo dentro de un libro -una verdadera obra de arte bombástico- para enviárselo al director de la cárcel de Ushuaia.

A Roscigna lo tiene varios días en Orden Social. Pero lo único que logran sacarle son mentiras: dice con cara de inocente que ha abandonado las ideas anarquistas, que su actuación en las luchas obreras son cosas de la juventud pero que ya tiene 36 años y ahora se dedica al estudio de la avicultura porque próximamente instalará un criadero.

Con hombres así, indoblegables, la policía tiene dos salidas: o liquidarlos directamente (ley Bazán) o soltarlos y seguirlos para descubrir la madriguera sorprendiéndolos con las manos en la masa para que así ningún juez los pueda liberar por falta de pruebas.

Los hombres de Orden Social, dedicados a la caza de Di Giovanni no insisten en Roscigna. Grave error para ellos. Les va a dar un terrible dolor de cabeza. Los convertirá en hazmerreír de la población apenas dos meses después.

Cuando la justicia pone en libertad a Roscigna por falta de pruebas, éste cree haber nacido de nuevo. Pero sabe que es la última. El sub-comisario Buzzo se lo ha dicho claramente: “tenés tres posibilidades: ir a criar gallinas a La Quiaca, meterte en un seminario y estudiar de cura o directamente suicidarte, así nos ahorras el trabajo, porque la próxima vez que te encotremos en alguna calle de Buenos Aires te baleamos, te ponemos una pistola en la mano con cápsulas servidas y te caratulamos resistencia a la autoridad”.

Pero Roscigna tiene otras preocupaciones: el problema de la atención de los presos anarquistas es un desastre, no hay plata que alcance. Por ejemplo, se ha tenido que suspender por falta de fondos la vianda diaria que se les mandaba a Caseros y a la penitenciaría y que salía nada menos que cien pesos mensuales por persona. Eso se ha tenido que reducir a una ayuda de 8 a 10 pesos semanales que se da por igual a todos los detenidos anarquistas, sean condenados, encausados o en averiguación en el departamento central. A pesar de esta reducción la sangría es tremenda, puesto que, además, hay que ayudar a las familias de los presos y a los fugitivos. Por otra parte Roscigna no se conforma con la parte pasiva de ayudar a los que están encanastados sino que lo seduce la liberación de los compañeros presos, así los tengan guardados en el lugar más inexpugnable. Y para todo eso -como ya dijimos- se necesita mucha plata. Si bien Roscigna es un optimista en todo, es hombre práctico; las cosas hay que hacerlas bien, a lo grande.

En ese sentido, al lado de Durruti ha aprendido mucho en los pocos meses en que anduvieron juntos: si, hay que insistir con las listas de solidaridad haciendo que los obreros den todos sus centavitos disponibles para los compañeros que estén entre rejas; eso habitúa a la fraternidad y crea una obligación moral revolucionaria, pero por otro lado hay que actuar y obtener fondos en actos expropiatorios, sin ninguna clase de miramientos con los que están gozando de la vida mientras otros sufren.

Roscigna quiere preparar algo meticulosamente para que valga la pena hacerlo, es decir, que dé bueno ganancia, sin mucho ruido. Pare ello, cuenta con su incondicional amigo Andrés Vázquez Paredes, un joven español decidido, de ideas claras, inteligentes. Tiene detrás de sí una vida muy activa en la lucha en el sindicato de pintores, experto en la fabricación de bombas, que ha sufrido cárcel por los atentados terroristas de 1921 en la campaña pro Radowitzky. El mismo Vázquez Paredes fue quien facilitó la bomba al anarquista alemán Kurt Wilckens con que mató al teniente coronel Varela.

Pero su bien lo tenía a Vázquez Paredes, le faltaba un hombre fundamental: Emilio Uriondo, preso en la cárcel de Punta Carretas, en Montevideo, por el atentado contra la legación de Estados Unidos.

La figura de Emilio Uriondo es un mentís para todos aquellos que dicen que el movimiento anarquista en la Argentina fue exclusivamente extranjero. Uriondo es criollo de pura cepa: Emilio Adelmo Uriondo, es de los pagos de Magdalena. En él se conjunciona todo lo positivo de nuestro hombre autóctono: noble, que se echa jamás atrás cuando están en juego los amigos o los principios de lealtad, de una sola pieza, entero siempre. Pero sobre esa base tiene la viveza del criollo, esa intuición que le hace ver quién es y quién no es. Su viveza la aplica con la policía, con la autoridad, porque como buen criollo es levantisco, rebelde a ultranza: a él no le gusta que lo manden ni que lo atropellen. ¿Quién les ha dado jinetas a los otros para que lo manden a él? Dios, la única bendición que les ha dado a los hombres es su libertad, palabra sagrada. El necesita esa libertad porque es respetuoso de la libertad de los demás. Posee esa cultura nata del criollo, es fino, hasta delicado cuando habla, no necesita de palabras gruesas

para expresarse. Y es aguantador. Es capaz de resistir cualquier dolor físico: sobre las anchas espaldas de su estampa de paisano bonaerense caerán muchos años de Ushuaia, muchos garrotazos, muchas lluvias y soles en interminables huidas a pie, de noche, por regiones desoladas y por montañas, muchos días de plantones de los interrogatorios de ”sillas” con los torniquetes que van aproximando cada vez más las piernas a las manos por la espalda, como se hace hoy en el Congo, y que cauda tanto espanto a los cristianos occidentales que miran las radiofotos en los diarios. Y tiene otra cualidad: es estudioso, autodidacta, posee una cultura política como pocos; no hace gala de ella, pero sabe muy bien lo que sostienen Bakunin y Marx, Kropotkine y Engels, Malatesta y Lenin. Y es un convencido de que a la teoría hay que acompañarla de la acción, porque si no, no sirve de para nada. Por eso no le hace mella la campaña de los anarquistas intelectuales que se persignan escandalizados ante los hechos de un Di Giovanni o de un Roscigna.

Este Uriondo es el hombre que le falta a Roscigna para dar el golpe deseado, pero está preso. Debe buscar a otros. Necesita hombres de acción, y éstos son pocos. Se decide entonces por los hermanos Moretti, dos hombres no muy claros en sus ideas pero que se han jugado más de una vez. Han sido protagonistas de la huelga contra la Energina, compañía petrolera. El movimiento de fuerzas se originó por los expendedores en los surtidores de nafta que allí hacían “expropiación” de combustible. La empresa los descubrió y los echó. Y vino la solidaridad anarquista en un momento pleno de violencias que provocó hasta la polémica dentro del movimiento libertario. Allí surge la figura de Eliseo Rodríguez, anarquista español de perfiles nítidos, del que no ocuparemos más adelante.

Roscigna tiene sus hombres: Andrés Vázquez Paredes, Vicente Moretti y Antonio Moretti, todos dispuestos a seguirlo a cualquier parte.

El 1º de octubre de 1927, en la entrada del hospital Rawson, en medio de la gente que viene y va, enfermos y familiares, hay tres hombres con vendajes en la cabeza. Posiblemente víctimas de algún accidente. A nadie le llama la atención que estén precisamente allí, en la puerta, tal vez esperando a alguien. Al que esperan es al pagador de los sueldos, que debe estar por llegar.

Los tres vándalos son Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vázquez Paredes, y Antonio Moretti. A treinta metros de allí en un doble faeton espera Vicente Moretti.

Cuando llega el auto con el pagador y éste baja con la maleta en la mano acompañado por el policía, los tres vándalos se le acercan y los amenazan con pistolas. Todo, luego, es rápido y desgraciado. El pagador suelta la maleta, uno de los anarquistas la toma y corre hacía el auto. Los otros dos hacen lo mismo pero uno de ellos, al darse la vuelta nota que el policía a sacado la pistola. El movimiento instintivo le gana de mano y en puntería: mientras corre va desdibujado cómo el policía cae. Luego se enterará por los diarios que se llamaba Francisco Gatto, era agente de la policía de la Capital y, que falleció casi en el acto.

El botín ha sido muy bueno: 141.000 pesos. Pero antes de pensar en qué se va hacer con esa cantidad nada despreciable, es necesario huir. Porque a pesar de varias pistas falsas, la policía no está muy desencaminada. El director de investigaciones, comisario Santiago -era amigo de Yrigoyen y viejo enemigo de los anarquistas- ha dicho desde un principio que ésa es obra de anarquistas. Y al primero que detiene es al chofer Dositeo Freijo Carballedo, víctima obligada de todas las investigaciones: cuando ocurre un atentado con bombas o un asalto, el primero que detiene es a ese español que, si bien no es ningún santo, en este caso nada tiene que ver.

Roscigna comprende que ha llegado el momento de dejar Buenos Aires y el país y trasladarse a Uruguay, donde tiene muy buenos amigos. Para eso recurre al andaluz Busto Duarte, un

lanchero del tigre, incondicional de los anarquistas, quien meses después será quien dará refugió en el Delta a Severino Di Giovanni cuando lo persiga toda la policía.

Bustos Duarte, esta dispuesto. Con él viajarán -en el bote “*E pur se muove*”- Roscigna, los hermanos Moretti. Vázquez Paredes tomará otro rumbo. Dejarán el automóvil en un garage de San Fernando que les recomienda otro vecino del Tigre, a quien todos conocen como el “Bebe Castro”. Los tres prófugos cruzan el Delta y pasan la noche en un rancho que don Hilario Castro -padre del “Bebe”- tiene en Palmaria.

Pero el dueño del garage de San Fernando es un hombre que trabaja a dos puntas. Luego de cobrarles sus buenos pesos para darle refugió al automóvil, hace la confidencia a la policía. Se moviliza de inmediato toda la dirección de Investigaciones y de Orden Social. Van al garage, descubren el auto del asalto, detienen al “Bebe” Castro y se dirigen a la casa del lanchero Bustos Duarte. Éste no está, pero si su esposa, quien sorprendida responde con pelos y señales todo lo que le pregunta la policía: reconoce a Roscigna y a los dos Moretti por fotografía, lo mismo que a Vázquez Paredes, agregando que éste no viajó en el bote con su esposo.

Para la policía está todo esclarecido. Solicita la colaboración de las autoridades policiales uruguayas y envía comisiones a Colonia, Palmira, Carmelo y Montevideo. Se movilizan todos los medios disponibles para la captura de los autores del asalto al Rawson. Mientras tanto Roscigna y los Moretti, luego de recorrer a caballo los montes cercanos de Palmira han alquilado un automóvil y emprenden viaje a Montevideo. Cuentan con el asesoramiento del “baqueano” Osores, un paisano oriental dispuesto a dejar el pellejo por los anarquistas.

Los comentarios a la prensa de los comisarios argentinos Santiago y Zavala llenan de optimismo a todos los que esperan la captura de los tres. Les van pisando los talones y el detalle de la persecución dala en los diarios hora por hora, de Palmaria se dirigen a La Agraciada, pasan por Drabble, hacía el Norte, lleguen a Soriano y siguen hasta Mercedes. De allí toman el camino a Montevideo y pernoctan en Cardona, en un hotelillo justo frente a la comisaría. De cada localidad que pasan llegan noticias de testigos. Y todo es reflejado por los diarios. Por ejemplo “La Prensa” denuncia que en Cardona, en el lugar denominado La Lata, los prófugos estuvieron haciendo ejercicio de tiro. Dice así, en su edición del 16 de octubre de ese año: “*A Roscigna se lo considera el cabecilla de los malhechores, suponiéndose que tiene sobre sus cómplices una influencia moral grande, inspirada en su mayor audacia y decisión, como así también en sus condiciones de tirador diestro y temible, como demostró en la exhibición que hizo delante de algunas personas de La Lata (Cardona), ante las cuales, a una distancia de 30 metros y usando winchester, máuser y revólver, agujereo el fondo de un envase que no tenía más circunferencia que una moneda de plata uruguaya del valor de un peso: Éste ejercicio lo encaraba Roscigna desde dos aspectos: como adiestramiento de una condición que le podría ser muy útil en cualquier momento, y como alarde de dominio absoluto en un `sport´*”.

De San José se salvan por unos minutos de caer en poder de la policía uruguaya que en todo es asesorada por la argentina. Llegan por último a Montevideo y lo primero que hacen es tomar un refresco en el café De Salvo, en avenida Millán y Vilardebó. Allí se despiden del baqueano Osores. Del café se dirigen caminando a la peluquería situada en las cercanías del mercado agrícola, de la calle José L Terra, donde se hacen afeitar y luego se pierden en las calles de ese barrio obrero, en que viven muchos ácratas. Esa es la última noticia que se tiene. Luego, pese a todos los esfuerzos, la policía no encontrará un rastro más. Todo el optimismo se derrumba. Y los diarios comienzan entonces a criticar duramente a la policía por su falta de rapidez. “Crítica” aprovecha para desatar una cruel burla contra los hombres del comisario Santiago, que dirige la pesquisa. A toda página titula, por ejemplo: “*En todas partes, en el Uruguay y aquí, la policía encuentra automóviles fantasma*”. Y un recuadro titulado “*En los dominios de Mark Twain*”*: “Mark Twain nos ha relatado la grotesca aventura de aquellos investigadores que, provistos de*

una lupa, siguen las huellas de un fugitivo elefante. Abstraídos en la búsqueda, con los ojos fijos en el suelo, examinan las marcas que, entre otras tantas del camino, van dejando las plantas del fabuloso paquidermo. De pronto, sus frentes chocan contra una mole imprevista, levantan sus ojos y se encuentran de narices contra el elefante, recién perceptible para ellos a pocos milímetros de distancia y gracias a un causal accidente, no obstante su monumental volumen. Algo exactamente es lo que está ocurriendo con nuestra policía -la mejor del mundo-. Por ver mejor, no se ve nada y cuando ven algo será porque los otros se dejan descubrir. Si alguna duda existiera sobre la eficacia teórica de nuestros detectives, quedaría desvanecida ante la infalible certeza de sus suposiciones. Pero ya en el terreno propicio, el malhadado, el pertinaz detalle, el minuto perdido, cualquier falta en el tiempo, en el espacio o la distancia, pone entre los sabuesos y la presa una desconcertante lejanía. La mente del vodevilista bulervardier más afortunado no podría idear, por cierto, situaciones tan espeluznantes y cómicas como las que nos ofrece, cotidianamente la mejor policía del mundo, en la más espectacular de las pesquisas”.

Con sus ediciones dedicadas al asalto del Rawson y a dar detalles de la persecución de los prófugos en el Uruguay, “Crítica” hace una pingüe ganancia: su tiraje sube constantemente, la gente se devora las crónicas. Hasta pareciera que tomara el partido de los perseguidos, pero no es así. Eso lo sabe bien Roscigna, que comprende muy bien que no es otra cosa que periodismo amarillo: en el fondo “Crítica” azuza a la policía. A los cuatro anarquistas les convendría que nadie hablara de ellos y no salir todos los días en la primera plana del diario más vendido que trae páginas con dibujos de sus rostros. Pero Roscigna no es hombre de turbarse. Si se trata de Severino Di Giovanni, por ejemplo, éste iría personalmente a la redacción de “Crítica” desafiando todos los peligros y le exigiría al director que terminara con la campaña so pena de meterle cuatro plomos en el cuerpo. Roscigna, no. El va a usar a “Crítica” en lo que pueda. Y le escribe varias cartas, que Botana hace publicar a toda página. En esas cartas -que luego también envía Vázquez Paredes- abunda en testimonios, lugares y testigos falsos que desorientan aún más a la policía.

Pasan los días y Santiago, Zavala, Garibotto y todos sus empleados de investigaciones tienen que darse por derrotados y regresar. Sólo les queda esperar y tener confianza en esa insustituible arma de la policía: los confidentes. Esos seres que se encuentran en las capas sociales más variadas: mucamas, porteros, canillitas, chóferes, empleados, abogados, médicos, parientes de militares, sacristanes, mujeres santurronas, prostitutas, rufianes, toda la gama de colaboradores gratuitos que fue la “quinta columna” más eficaz que tuvo la policía para derrotar al anarquismo combatiente.

Pocos acontecimientos han interesado tanto al público en esos años como el asalto al hospital Rawson y la persecución de Roscigna y sus amigos. En el Uruguay el asunto llega al parlamento y se propone un pedido de informes al Ministro del Interior por el fracaso de la policía oriental. En nuestro país “La Prensa” echa la culpa de todo a la falta de coraje civil de la gente “de ahora” ya que durante el asalto “nadie se jugó para impedirlo o capturar a los delincuentes”. Y por supuesto, un hecho de tal trascendencia llega al seno del anarquismo: mientras “La protesta” toma distancia del asunto y “de los Roscigna y de los Moretti” -con la firma de Abad de Santillán- exhortando a los anarquistas “*a poner fin; aislar ese foco de perversión y de desviación de las ideas y métodos de lucha; el anarco-banditismo es desgraciadamente una placa*”; el otro periódico, “La Antorcha”, que dirige González Pacheco dirá que todo es una patraña policial y que ni Roscigna, ni Vázquez Paredes, ni los Moretti tienen nada que ver con el asalto al Rawson.

Para Gonzáles Pacheco todo no es nada más que “*Un siniestro propósito reaccionario, un complot policiaco contra el anarquismo militante*”, “*hay un siniestro móvil en todo esto, y tras él, un personaje igualmente siniestro: el policía Santiago. Hecho a una vida de infamias, este nuevo inductor de persecuciones y violencias contra el anarquismo cree factible jugarse la*

última carta en contra nuestra en tal forma. Va mal y ha equivocado el camino. No es por estos medios como se podrá desvincular del contacto de las clases trabajadoras a un movimiento que ha surgido de su seno y es él único horizonte moral en esta hora del mundo. Lo que no ha vencido ni la violencia, ni el terror, ni la muerte, tampoco podrá vencerlo un siniestro y a la vez burdo complot policiaco”.

Y después -en clara respuesta a los hombres de “La Protesta”- el mismo González Pacheco tomará posición con respecto a los anarco-bandidos: “*Son buenos los delincuentes o son malos… ¿Qué puede importarnos eso a nosotros, compañeros…? Esta duda que debía plantearse el juez, y que nunca se plantea, tiene que ser superada por nosotros, absorbida en la llama pasional de nuestras vindicaciones: son víctimas. Sin caer en sensiblerías frente a los que hacen ilegalismo, podemos afirmar que son siempre mejores que los que los castigan. ¿Tablas para valorizarlos...? Si alguna podía aplicarse, debía ser ésta: ¿el llamado delincuente es más humano que el vigilante, éste menos perro que el comisario, éste todavía menos bestia que su jefe, en fin, éste último no tan canalla como el presidente de la república o el rey del reino. El que encarna el poder encarna el daño. Los demás son simples grados, eslabones de una cadena que termina en una argolla que aprieta el cuello del que cayó más abajo. Éste hace el gasto de la bacanal de sangre y lágrimas en que los otros se ahítan, con su miserable vida aherrojada. Esta es la victima; pero no sólo de la pena que le inflingen los perversos, sino también de aquellos “hombres honestos” que no han deshonrado en ellos toda legalidad. Esta es la palinodia que hay que cantar frente a los delincuentes. Todo puritano, aunque se diga anarquista, es en el fondo un legalitario; como toda mujer que se envanece de la castidad de su alma en el fondo una burguesa. Su capital de virtud, como el del burgués está hecho de las desventuras de sus hermanas. El delincuente es un despojado de su honradez; la prostituta es una desposeída de su amor virtuoso. Un anarquista frente a ellos nunca puede preguntase si son buenos o son malos, sino atraerlos al foco de sus reivindicaciones contra los burgueses y contra las burguesas. Reparto y reparto de todo. Menos virtudes legales; más militancia anarquista”*

Roscigna, con el dinero del Rawson -además de emplearlo para tareas de solidaridad con su causa- financiará falsificaciones de dinero argentino. La falsificación de dinero fue algo que subyugó a los anarquistas expropiadores que actuaron en la Argentina. Roscigna creía firmemente que a través del dinero falso se podía derrotar a la burguesía. Para ellos contaba con una figura de ribetes novelescos: el alemán Erwin Polke, un técnico hasta ahora insuperado en el arte de la imitación gráfica. Polke era un hombre silencioso -anarquista individualista, gran lector del teórico Max Stirner- y solidaros que vibraba solamente cuando le proponían alguna nueva falsificación. Jamás pidió participación alguna, se conformaba con poco y vivía como un monje. La única ganancia que tuvo en su vida fue la cárcel, donde consumó una hazaña delictiva todavía insuperable; en la prisión de Punta Carretas, en Montevideo, llevó a cabo una de las falsificaciones de moneda argentina más notable. Para ello contó con la ayuda de un discípulo bastante hábil y descabellado: Fernando Gabrielesky.

Pero el capítulo de las falsificaciones tiene un lugar aparte de la expropiación violenta que estudiamos hoy. Digamos entonces que nuestro conocido Roscigna debió permanecer por un tiempo en Montevideo. Sabía que regresar a Buenos Aires era esperar en cada esquina la pena de muerte. La policía argentina, en especial Investigaciones y Orden Social, iba a cobrarse bien el fracaso de la captura de la Durruti, la muerte del agente Gatto en el hospital Rawson y el papelón de persecución de Palmira a Montevideo.

El 11 de febrero de 1928, recobra la libertad en Montevideo Emilio Uriondo, acusado de poner una bomba en la legación de Estados Unidos en Montevideo. Roscigna y Uriondo se opndrán decididamente a un plan que han elaborado los dos Moretti junto a tres anarquistas cátales.

Antonio y Vicente Moretti a los pocos meses del asalto al Rawson han hecho venir a Montevideo a sus compañeras e hijos y se han instalado en los altos de una casa de la calle Rousseau de Villa de la Unión. Allí viven una vida llena de estrecheses ya que subsisten del producido de la venta ambulante de corbatas.

En cuanto a los tres catalanes, son tres muchachos jóvenes del grupo de Durruti a quien éste les aconsejó alejarse de España por estar muy comprometidos. Sobre ellos pesa la pena de muerte. Son autores de más de cien atentados con bombas en Barcelona y son perseguidos por la policía militar por hacer propaganda anarquista en los cuarteles, lesiones graves a un general, dos coroneles y varios oficiales y haber huido de una prisión militar. Se llaman Tadeo Peña, Pedro Boadas Rivas y Agustín García Capdevilla[2]. Han venido "recomendados" a Roscigna por Durruti. Y traen la invitación "especial" de Durruti para Roscigna, de trasladarse a Europa porque lo necesita como hombre de planeamiento de la acción. Pero Roscigna no aceptará: le contestará a Durruti que lo disculpe pero que la lucha en Argentina lo atrae demasiado como para poder abandonarla.

Los tres catalanes son muchachos inquietos, dispuestos a la acción: les queman las armas que llevan encima y no pueden "esperar" como les recomienda Roscigna. Para éste, cualquier acción "expropiadora" en el Uruguay es contraproducente. Ahora hay tranquilidad y desde allí se puede ayudar mucho a los prófugos de la argentina. Además, está en pleno apogeo la campaña por la libertad de Radowitzky que tiene gran eco popular y no hay que empañar el nombre de anarquista con hechos que tal vez puedan ser impopulares en ese preciso momento.

Pero los Moretti y los tres "gallegos" se lanzan por su cuenta y realizan un asalto que significa un verdadero "zafarrancho", y que a la postres resultaría la tragedia final de Roscigna.

El asalto a la casa de cambios Messina fue "a la Bonnot". Es decir, no sólo la búsqueda del botín sino también soliviantar la tranquilidad burguesa con un verdadero acto de terror.entraron tirando a diestro y siniestro y cubrieron su retirada descargando contra todo bulto que se meneara. Resultado: se llevan cuatro mil pesos uruguayos y hay tres muertos y tres heridos. Los muertos son el agenciero Carmelo Gorga, conocido hombre de turf oriental, el empleado Dedeo y el Chofer de taxi Fernández, quien se negó a llevar a los asaltantes. El hecho tiene una trascendencia tremenda porque ocurre a pocos metros de la propia casa de Gobierno.

Como durante el asalto a los tres catalanes de les escapan unas palabras en su rancia lengua española, la policía uruguaya colije que otra vez andan merodeando Durruti, los Ascasos y Jover Cortés. Para eso pode antecedentes en Francia. Pero también hacen grandes redadas de anarquistas: esta vez la policía tiene que hacer algo, todos los diarios lo exigen. El alma de la investigación es el famoso Pardieron, que tiene la misma fama que Velar en Rosario y Habiage en Avellaneda, es decir, que aplica métodos que luego servirán para calificar a Leopoldo Lugones (hijo) y que llevarán a los que es conocido como la "ley Bazán".

Por una confidencia, Pardeiro llega a saber que el grupo asaltante del agenciero Messina se encontraría en los altos de la casa de Rousseau 41 de Villa la Unión. Y no le han informado mal. A las 4 de la madrugada del viernes 9 de noviembre de 1928 -es decir, a 15 días del asalto- 300 hombres del ejército uruguayo y de la policía, armados con ametralladoras y armas largas y con el apoyo de 50 bomberos con toda clase escaleras se aprestan a tomar por asalto la casa. Le cortan la corriente eléctrica y llevan reflectores. El despliegue es tan perfecto que

[2] El placer de estos tres muchachos irresponsables es parar en la calle a todo militar de graduación que encuentren. Lo amenazan con arma de fuego, le toman la gorra que se la arrojan al medio de la calle, luego le hacen quitar las botas que también van a parar al medio de la calzada y por último le hacen sacar los breeches ante el atónito público que sólo osa disparar. Una vez en esas lamentables condiciones hacen correr al militar tirándole varios chumbos entre las piernas.

cuando los habitantes de la casa despiertan ven por los menos diez cabezas en cada ventana, apuntándolos.

Adentro están Antonio y Vicente Moretti y los tres catalanes. Pero también se encuentran Pura Ruiz y Dolores Rom, mujeres de los Moretti y dos niños de corta edad. Los anarquistas viendo que cualquier intento de resistencia supondría también la muerte de sus familiares, se rinden. Pero antes de hacerlo. Antonio Moretti tomo una resolución extrema. No se entrega: levanta las manos, lleva su arma a la sien derecha y se suicida. Ya antes había expresado a su hermano que no caería jamás vivo en manos de la policía.

El comisario Pardeiro que es felicitado por el propio jefe de la policía de Buenos Aires, el yrigoyenista Graneros, va hacer todo lo humanamente posible para que Vicente Moretti largue el paradero de Roscigna. Pero aquél, aunque está muy deprimido por el suicidio de su hermano, sabe aguantárselas y en sus declaraciones puede leerse: “si bien conozco a Roscigna no lo veo desde hace algún tiempo: él no tiene nada que ver con el asalto al Rawson ni con el asalto a Messia”. “Agrega que lo único que sabe es que Roscigna vivió durante 8 meses en una casa de Playa Malvin, honestamente”.

Pero, el dueño de la cada de la calle Rousseau dice que dos noches antes vio entrar a Roscigna quien converso con los Moretti y los catalanes. Quiere decir que el hombre que más interesa a Pardeiro está en Montevideo. Y prosigue la persecución. Ahora está entre la espada y la pared. Ya no queda refugio seguir. Y, mientras Emilio Uriondo se dirige al Brasil, Roscigna regresa a la Argentina.

Los dos han decididos volver para liberar a sus compañeros presos en la cárcel de Punta de Carretas, el penal de Montevideo. Pero para llevar a cabo esa operación tan difícil necesitan mucho dinero. Y están dispuestos a lograrlo por el único medio que pueden por su calidad de perseguidos: la “expropiación por medio de la violencia”

Roscigna cumpliría con su palabra y prepara la fuga de presos de Punta Carretas que, como todo acto que cometían los anarquistas tenía algo de novelesco, de inverosímil, de burlona ironía, de romántica aventura.

En la Argentina, mientras tanto, actuarán grupos anarquistas expropiadores muy importantes que tendrán breve actuación pero intenso y sin pausa. Son años verdaderamente violentos, principalmente el último gobierno de Alvear, los dos de Yrigoyen, los de Uriburu y los primeros de Justo. Todos aquellos que señalaban que el anarquismo violento había crecido debido a la pasividad de Yrigoyen se dieron cuenta de que estaban equivocados pues con Uriburu a pesar de los fusilamientos y de la tremenda represión los anarquistas siguieron saliendo a las calles, jugándoselas, metiéndose cada vez en un callejón sin salida, perdiendo uno a uno a sus hombres.

Roscigna participará en febrero de 1929 en el asalto a los establecimientos Kloekner y en octubre de 1930, en plena represión uriburista, junto con Severino Di Giovanni, en el atraco al pagador de Obras Sanitarias, en Palermo. El Botín, nada menos que 286.000 pesos, es empleado en un setenta por ciento para la ayuda de compañeros presos, gran parte de la cual llevan Miguel Arcángel Roscigna y José Manuel Paz (un anarquista español a quien sus compañeros conocen con el mote de “el capitán”) a Montevideo para financiar una obra que ya ha comenzado.

En efecto en agosto de 1929, un matrimonio italiano con su pequeña hija ha llegado a Montevideo procedente de Buenos Aires para instalarse allí. Dicen ser comerciantes y compran un terreno en la calle Solano García justo enfrente de la cárcel de Punta Carretas. La policía averigua enseguida de quién se trata por cuanto se tiene especial precaución con los vecinos

del penal. Pero está todo en regla: el nuevo vecino se llama Gino Gatti y piensa instalarse con un comercio de carbonería. Al poco tiempo se ha levantado una especie de galpón tinglado con vivienda que exhibe un cartel: “Carbonería El Buen Trato: venta de carbón de leña y piedra”.

El matrimonio Gatti es muy afable con todos los nuevos clientes. El es muy correcto y gana la simpatía de los vecinos. Se los ve salir todos los días, con el carro que le compró al antiguo carbonero Benjamín Dominici, a repartir las bolsas.

Pero en la primera semana de marzo de 1931, los vecinos se enteran, que a pesar de que el negocio de carbonería marcha bien, el matrimonio Gatti ha decidido dejarlo para regresar a la Argentina. Todos lo lamentan y el carbonero Gatti se despide con su amable sonrisa de siempre. Pasan los días y, precisamente el 18 de marzo por la tarde un guardiacárcel de la prisión de Punta Carretas observa atentamente a los reclusos que gozan de su corto recreo diario del patio. Tiene la sensación de que algo inusitado está ocurriendo pero no puede decir qué es. Se le ha dado instrucción precisa de que vigile expresamente al alemán Erwin Polke, pero éste está jugando allí, en el medio del patio, al ajedrez. Tal vez por eso mismo es lo extraño: pareciera que Polke se hubiera situado allí para que la atención de los guardias se volcara sobre él.

Minutos después se oyen gritos exteriores, pitadas y sirenas. Los gritos parten de vecinos de la carbonería “El Buen Trato”. Es que han visto salir a unos cuantos desconocidos por los fondos y han creído que se trata de ladrones que están desvalijando la ex carbonería de Gatti. Se agolpan enseguida policías y guardiacárceles y rodean el terreno. Es cuando aparecen dos nuevos desconocidos por la puerta del fondo, y al verse rodeados, tratan de meterse de nuevo al local. Pero ya es tarde. Los aprehenden y cuál no es la sorpresa de los guardicárceles presentes al reconocer que trata de dos penados de Punta Carretas, uno de ellos Aurelio Rom, anarquista, cuñado de Antonio Moretti.

Al entrar en el local, la policía se encuentra con algo inusitado: un profundo pozo perfectamente iluminado que pareciera ir al centro de la tierra: es un cuadrado de dos por dos apuntalados con maderas. Se baja con una escalerilla hasta cuatro metros de profundidad. De allí comienza el túnel de 50 metros de largo. “Es una obra técnicamente perfecta” dirán luego los ingenieros de la policía. Por él, una persona de mediana estatura puede caminar con absoluta comodidad, está realizado en forma de bóveda y tiene iluminación eléctrica, lo mismo que caños para su ventilación desde el exterior. Además, cada veinte metros hay una campanilla eléctrica por la que se emiten señales desde la entrada.

La salida del túnel perfectamente calculada da a un baño del pabellón de la cárcel donde estaban los anarquistas.

Los realizadores del túnel son además de Gino Gatti, a quien desde entonces se lo llamará siempre “el ingeniero”, Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vázquez Paredes, el “capitán” y Fernando Malvicini (un anarquista rosarino, integrante del grupo de Severino Di Giovanni hasta el fusilamiento de éste ocurrido dos meses antes en la Penitenciaría). El momento culminante fue, sin duda, el instante en que debían dar el último toque y hacer la salida en el baño de la prisión. Para ello, la noche anterior habían llegado a apenas 50 centímetros de la salida, y así lo dejaron, apuntalado al piso del baño y esa delgada capa de tierra con un gato de chata, es decir, esos poderosos artefactos que servían para colocar debajo de los pesados carros para cambiar ruedas. Cuando llegó la hora de recreo de los presos, Roscigna y sus compañeros desde adentro del túnel con el mismo gato de chata levantaron el piso del baño. En la cárcel los únicos que estaban enterados eran Vicente Moretti, su cuñado y los tres anarquistas catalanes presos desde el asalto a la casa Messina. El primero en ir al baño fue Moretti, quien se encontró no sólo con el agujero sino también con la escalerilla para bajar. Luego salieron los tres

catalanes y detrás de ellos cinco presos comunes que aprovecharon la bolada. Nueve en total. Cuando de dispuso a salir Rom y otro preso común, fueron apresados.

Tres eran los coches que esperaban a los prófugos en la calle que daba a los fondos de la carbonería. De allí hullero sin dejar rastro.

Roscigna había cumplido su palabra: liberar a sus compañeros. Pero esa fuga de presos que tan perfectamente sincronizada había sido realizada y en la que no fue necesario gastar ni una bala, iba a ser la cauda de la definitiva perdición de Miguel Arcángel Roscigna.

Apenas 9 días de libertad iba a gozar Vicente Salvador Moretti, y para peor, con él caerán sus liberadores.

Luego de pasar la noche en la casa del anarquista Germinal Reveira, en la calle Legionario 2326, Moretti y los tres anarquistas catalanes toman distintos caminos. A Moretti lo espera Roscigna en un escondite que considera seguro: una casa de la calle Curupí, próxima a la avenida Flores, frente al hipódromo de Maroñas. En la habitación de delante de esa casa está instalado el comité del Partido Colorado Radical uruguayo. A ellos, el dueño de la casa, Roberto Dassore, les ha alquilado el último cuarto del fondo. Es un lugar ideal del cual pueden salir y entrar por que siempre hay mucha gente y su presencia pasa inadvertida.

Todas las mañanas, Roscigna sale a comprar el diario. A él le gusta siempre cambiar opiniones con la gente de la calle: para despistar ha cambiado su atuendo por ropas humildes: usa saco pijama y un pantalón barato, alpargatas y gorra. Cada vez que llega a comprar el diario, Roscigna le dice le dice al canillita: “Deme el pasquín burgués que habla de los asaltantes”. Y se queda conversando con él. Esa forma de pedir el diario le llama la atención al vendedor de diarios que, ni corto ni perezoso se lo cuenta al comisario seccional. Éste, al día siguiente destaca a dos empleados de investigaciones a esa esquina para ver de qué tipo se trata. Pero ese día no vendrá Roscigna. La suerte en contra le ganará de mano a la alcahuetería del canillita.

El 27 de marzo de 1931 anda la perrera por la calle Curupí: una simple jaula en un carro donde amontonan a todos los cuzcos sin dueño. El cazador de perros, armada de lazo, es un ex penado, José Sosa, que ha pasado varios meses en Punta Carretas por carterista y canflinflero. Ahí frente al comité de los colorados radicales hay un miserable lanudo que no se deja atrapar y se mete en el caserón. El perro Sosa se mete detrás de él. En el ancho patio está Vicente Moretti tomando mate y gozando del fresco de la mañana. Ante la imprevista aparición del perrero, Moretti se sorprende primero y después le grita: ”Deje tranquilo al pichicho, amigo”. Sosa simula protestar y se va con las manos vacías pero contentísimo: acaba de identificar a Moretti, el evadido de Puntas Carretas. El lo conoce muy bien porque estuvo preso en el mismo pabellón. Y por eso deja el carro con los perros como está y corre a la comisaría. Allí, casi sin aliento el perrero habla de su gran descubrimiento: “¡es Moretti! ¡yo lo conozco bien!”

Los uruguayos son gente precavida: hasta concentran piquetes del 4 de Caballería del Ejército Oriental para tomar la casa de la calle Curupí. Pero no es necesario. Cuando a la casa entran 53 policías con armas largas encuentran a Moretti leyendo en el patio, ignorante de lo que ocurría. En ese ínterin, sale de su cuarto Roscigna. No está armado y ve que le apuntan. En un primer instante no sabe como reaccionar. El momento de la captura es un tema que se conversa siempre entre los anarquistas acosados por al policía. Y Roscigna solía repetir a sus compañeros las distintas reacciones en el momento de la muerte, que tuvieron dos anarquistas rusos en el patíbulo: el campsino Gabriel Michailoff y el estudiante Rissakof, los dos autores del atentado contra Alejandro, zar de todas las Rusias. Michailoff era un campesino de 21 años, enorme como un oso, de larga cabellera y penetrantes ojos azules. Lo trajeron a la plaza Simeón para ahorcarlo delante de todo el pueblo. En medio del silencio de hombre y de mujeres

que habían concurrido hasta con sus hijos para ver el espectáculo, el verdugo levanto el lazo de la horca para ponérselo al cuello, y el oso Michailoff con absoluta tranquilidad levantó la mandíbula como ofreciéndole caballerescamente su garganta. Pero ocurrió lo increíble.

Cuando el verdugo hizo funcionar el mecanismo y el pesado cuerpo del campesino cayó en el vació, se rompió la cuerda y Michailoff se vino abajo. Pero se levantó, con el cogote medio dislocado y el cuello casi reventado por el que se le escapaba sangre para afuera y para adentro, y nuevamente, con toda dignidad volvió a ofrecerle su garganta para la segunda cuerda. Pero no había caso, no eran cuerdas para el peso de Michailoff; nuevamente se rompió como un hilo de cocer. El hijo de la estepa hizo un esfuerzo sobrehumano para levantase de nuevamente pero quedó en cuatro patas, cegado por la sangre que le llenaba los ojos y respirando por medio de ronquidos por los borbotones que le estaban llenando los pulmones. Ocho hijos de campesinos como Michailoff pero con uniforme lo arrastraron como pudieron y medio sentado, medio en cuclillas, le pusieron la ter pero con uniforme lo arrastraron como pudieron y medio sentado, medio en cuclillas, le pusieron la tercera cuerda que esta vez sí, quedó soberana, tensa con su carga que pegaba sacudones como un gallo con el cuello retorcido.

El espectáculo iba a tener su gran final con el estudiante Rissakoff. A éste lo trajeron bien atado con cuerdas que parecían haber cortado la circulación de sus largas manos, tan pálidas parecían. Todo en él era palidez y en su cara se reflejaba el hambre de los estudiantes pobres de Rusia. Pero el no ofreció el cuello como Michailoff. Al contrario, comenzó una de desesperada resistencia y pasó al ataque. No tenía otra cosa con qué atacar que sus dientes y empezó una danza alocada, cómica, tratando de alcanzar con sus mandíbulas a todas las manos de los carceleros que procuraban sofrenarlo. Era imposible, parecía un lobo escuálido defendiéndose de una jauría de perros. Hasta que el más vivo de los policías dio el golpe maestro: lo agarró de los pelos y con otro que lo agarró de los pies lo tiraron al suelo donde le rompieron la cadera a patadas. Lo dieron vuelta y después, lo levantaron todo descangallado, como una cucaracha que le han pisado el abdomen y lo colgaron. Algunos les pareció que todavía en el último estertor, el estudiante Rissakoff seguía pegando dentelladas.

Roscigna tenía delante de él armas que lo apuntaban y él mismo estaba desarmado: ¿valía la pena hacer lo de Rissakoff, intentar una resistencia inútil? Esto ya lo había probado Severino Di Giovanni dos meses antes. ¿O hacer lo de Michailoff? ¿Ofrecer elegantemente el cuello y quedar a la merced de ellos? Se decidió por esto último. Sabía que sería entregado a la policía argentina. Con él, caen Vázquez Paredes, Malvicini y el “capitán” Paz.

La detención de Roscigna fue anunciada con toques de sirena por los diarios uruguayos. La policía oriental, no sabiendo qué hacer para demostrar su hazaña los expuso a los cuatro: Roscigna, el capitán Paz, Malvicini y Moretti en el patio de la jefatura, sentados en sillas, con las manos esposadas a la espalda. Todo el periodismo rioplatense se dio cita para mirar a los anarquistas. A Roscigna, que es corto de vista, le han quitado los anteojos. Cuando los periodistas le hacen preguntas responde con deferencia y tranquilidad, con frases cortas. Pero donde se extiende es cuando habla de la policía, con profundo desprecio. Dice que son “los sirvientes mal pagos de los explotadores y los burócratas del poder”. A manera de explicación de su modo de vida dice que “alguna vez se hará justicia a los anarquistas y a sus métodos: nosotros no tenemos a nadie quien nos financie nuestras actividades, como la policía es financiada por el Estado, la iglesia tienen sus propios fondos, o el comunismo tienen una potencia extranjera detrás. Por eso, hacer una revolución, tenemos que tomar los medios saliendo a la calle, a dar la cara”.

Con una celeridad pasmosa, a las pocas horas de la noticia de Roscigna llega el pedido de extradición por parte de la cancillería argentina. Es el comisario Fernández Bazán que ha hecho apurar las cosas y hay un Ministro del Interior don Matías Sánchez Sorondo que en ese sentido

responde de inmediato porque siente una singular alergia por todo lo que sea anarquista, más todavía que por lo radical o yrigoyenista. Fernández Bazán, con su modo práctico de ver las cosas, sabe que gente como Roscigna no se cura más. Por más cárcel que el metan, así lo pongan diez cerrojos siempre va a ser un peligro constante. A granes males, grandes remedios. Valga el ejemplo de Di Giovanni, cuatro tiros y a otra cosa. Muchos años van a pasar hasta que nazca otro Di Giovanni. Mientras tanto, paz y Tranquilidad.

Por su parte, Roscigna sabe que está en una situación muy difícil. Que si accede a la extradición será entregado atado de pies y manos a la dictadura de Uriburu que lo fusilará sin remedio si llega a pasar el puerto. El sabe bien los recursos que gastan allí: se lo recibe bajo acto, muy ceremoniosos, y cinco metros más adelante “el sujeto trató de resistirse quitando el arma a uno de sus custodios por lo que tuvo que ser muerto”.

Así como a Roscigna no le tiembla la mano en el momento de actuar, sabe que enfrente, a Fernández Bazán tampoco le tiembla la mano. El anarquista piensa y encuentra una salida: se acusa ante los uruguayos de ser el autor de la evasión de presos de Punta Carretas y de haber robado tres automóviles para la huída de éstos. Lo mismo harán Malvicini, el “capitán” Paz y Vázquez Paredes… Mientras dure el juicio no podrán ser remitidos a la Argentina. La justicia uruguaya los condenará a seis años de prisión. Lograrán así prolongar sus vidas por seis años. Pero más no. A Fernández Bazán no se le escapará la presa.

El anarquismo expropiador en la Argentina como vemos dio figuras muy singulares con personalidad propia. No está en discusión aquí la justicia, el delito de su acción. Eso ya lo ha juzgado la sociedad en que vivimos.

Dentro de este medio, de ese sentido de mirar las cosas, personalidades con características propias en el anarquismo expropiador fueron, sin lugar a dudas Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna, Buenaventura Durruti y Andrés Vázquez Paredes, Emilio Uriondo y Juan Piano, Eliseo Rodríguez y Juan Antonio Morán, Gabriel Arguelles y Gino Gatti, y muchos otros.

Los anarquistas expropiadores de ese breve década de la violencia en la que actuaron fueron encerrándose en un círculo cada vez más estrecho que, visto desde la perspectiva de hoy, aparece como un esfuerzo en vano, como un sacrificio inútil, con una violencia que sirvió más para destruirse a sí mismos que para hacer triunfar la idea: practicaron el asalto y la circulación de moneda falsa para atender las necesidades de su movimiento, para liberar a sus presos, para atender a las familias de los perseguidos: pero en esos asaltos y falsificaciones caía más de uno a su vez preso (cuando no era muerto) y entonces los que quedaban tenían que volver a recorrer el círculo sin salida, y de ahí en más. Salvo casos excepcionales que ya veremos contra todo lo que puedan afirmar las crónicas policiales o los anarquistas intelectuales o sindicalistas puros de aquella época, ninguno de ellos aprovechó para sí mismo el producto de lo “expropiado”: los que no fueron muertos y pudieron sobrevivir la dura cárcel de Ushuaia volvieron a trabajar en sus antiguos oficios, unos como albañiles, otros como obreros textiles, otros mecánicos, cumpliendo duras horas de labor pese a sus años. Es decir, lo que puede estar equivocado es el ideal abrazado por ellos y el método elegido pero no su honestidad en seguir hasta sus últimas consecuencias.

En ese círculo de actividades que iba cerrándose poco a poco tuvo vital importancia lo que ellos llamaron “vindicación”. Los anarquistas expropiadores la llevaron a cabo contra sus enemigos naturales: los policías. Eliminaron así al comisario Pardeiro de un certero balazo en la cabeza, en un atentado que llegó a conmover a Montevideo (el hecho, decidido por Miguel Arcángel Roscigna, fue ejecutado porArmando Guidot y por Bruno Antonelli Dellabella), y desfiguraron para toda la vida de un trabucazo en la cara al famoso “vasco” Velar, comisario especializado en la caza de anarquistas (el hecho fue decidido por Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna y realizado por Roscigna y Paulino Scarfó según los anarquistas o por Di Giovanni y

Scarfó según la propia víctima). Esos dos casos fueron de los más famosos de una serie de venganzas contra policías. Pero el más famoso fue el atentado contra el mayor del ejército José W Rosasco, nombrado por el presidente Uriburu “interventor policial de Avellaneda”, después de la revolución del 6 de septiembre de 1930 que derribó a Yrigoyen.

“Sánchez Sorondo, Leopoldo Lugones (hijo) y Rosasco son los tres únicos de la revolución que las tienen bien puestas”, es el comentario unánime de los muchachos conservadores ahítos de frases mussolinianas que esperaban otra cosa del golpe de septiembre que comenzó tan bien y tan fácil barriendo a toda la llorona radicalada con los chicos del colegio militar. Pero ahí se quedaron, a mitad de camino sin limpiar a fondo al país de radicales, anarquistas y ratas. Es que hacen falta hombres como Rosasco para que hagan realidad la que pregona Leopoldo Lugones padre, el vate de la Recolución, el que canta a lo nacional, a la fuerza nacional, a la violencia nacional. El sólo admite en el país a los “extranjeros honestos” que vienen a trabajar, pero no admite que “extranjeros hagan huelgas por un extranjero (caso Radowitzky) en suelo patrio”.

Por eso el teniente general Uribiru sabe lo que hace cuando nombra al mayor Rosasco con el insólito título de “interventor policial de Avellaneda” Porque es Avellaneda, la zona esencialmente industrial y obrera, donde los anarquistas tienen sentados sus reales. ¡De allí vienen las huelgas, de allí viene todo! Por eso Uribiru le dice a Rosasco: hay que limpiar Avellaneda.

El mayor Rosasco hace su entrada en Avellaneda atando a dos chorritos que lloran por su madre a un banco de plaza y los hace fusilar. Y Rosasco está allí, presenciando, porque no es hombre de aflojadas, y cuando esa sangre de charco comienza a chorrear por el cuerpo de los punguitas, Rosasco se refriega las palmas como para limpiarse de esa carroña que no merece vivir, y a otra cosa.

Rosasco no va a limpiar a Avellaneda de las timpas y lugares de juego que monopolizan caudillejos conservadores de barrio sino solamente a sanear el aspecto gremial. En ese sentido cumple. Cuando Rosasco se pega una ducha, se pone los breeches, se calza las botas relucientes, se viste de chaqueta con las insignias de mayor, se pone la gorra, pega una rápida mirada al espejo y sale… ¡a temblar, anarquistas! Hace unas redadas fabulosas: los celulares se amontonan en la entrada de la primera de Avellaneda y de allí los van dejando a empujones porque siempre sin retobados: gallegos, catalanes, tanos, polacos, búlgaros y hasta un grupo de alemanes que han constituido una sociedad vegetariana, a los cuales no les tiene ninguna confianza.

Cada vez que explota una bomba en Avellaneda, nueva redada. Los tiene locos. Y cuando Rosasco quiere que canten, cantan. Aplica métodos infalibles. Allí en Avellaneda no hay jueces ni abogados que valgan. Los intereses de la Patria están por encima de la Constitución y eso que los liberales llaman las garantías individuales. Extranjero anarquista que agarra Rosasco no pisa más suelo argentino: se lo manda a Sánchez Sorondo que le aplica la 4144, la ley de residencia. Y argentino anarquista que cae en sus manos va directamente por transporte naval a Ushuaia. Y por supuesto, Rosasco siempre juega con la pena de muerte instaurada por los hombres de septiembre: fusilamiento a quien se resista, fusilamiento a quien es sorprendido in fraganti.

Pero este apóstol de la fuerza y de la violencia encontrará en la vereda de enfrente a otro que también cree y usa la violencia como método. Se llama Juan Antonio Morán, marinero timonel de profesión, bien criollo, de Rosario, y esencialmente anarquista, de la punta de los pelos a los pies.

La figura de Juan Antonio Morán es de perfiles nítidos. Con Uriondo hace desmentir la afirmación de que el anarquismo activo en la Argentina fue protagonizado solamente por extranjeros. Morán llega a ser dos veces secretario general de la Federación Obrera Marítima, en su tiempo tal vez la organización obrera más poderosa. Morán dirigió huelgas portuarias que se caracterizaron por su singular violencia.

Era el prototipo del dirigente anarquista de acción: no es de esos directivos que publican solicitadas en los diarios. Cuando es huelga es huelga y no admite carneros ni crumiros pero no manda a piquetes de huelga y se queda en el sindicato, no, sale él mismo a recorrer el puerto, y cuando sale se calza la pistola. Cuando los marítimos remisos en cumplir órdenes lo ven aparecer, dejan el trabajo de inmediato. Y si no bajan, los baja Morán. En una oportunidad, en un barco en la Boca, Morán ve desde abajo que hay un “carnero” trabajando. Saca la pistola, le apunta apenas por encima de la cabeza y tira. El argumento es suficiente. El “carnero” baja y desaparece a la carrera.

El 12 de octubre de 1928, Morán se verá envuelto en un hecho gravísimo. Hay huelga. La Mihanovich emplea todos los medios para vencer a la Federación Obrera Marítima. Recluta “obreros libres” que son protegidos por la Liga Patriótica de Carlés y por elementos de choque, muchos de ellos traídos del Paraguay. Los incidentes portuarios se suceden hora tras hora. El día indicado, por la tarde Juan Antonio Morán está en la sede sindical, cuando dos marineros le avisan que en el bar de Pedro de Mendoza y Brandsen están los hombres de Mihanovich -hay más de 30- capitaneados por los paraguayos Luciano Colman y Pablo Bogado. Y que Colman acaba de decir: “lo estamos buscando a Morán para matarlo”.

Morán oye en silencio el relato de los dos marineros y no dice nada. Segundos después va a la puerta del sindicato y cambia dos o tres palabras con el agente que en la esquina vigila la entrada de los marítimos. Cuando el agente se da vuelta, Morán se desliza sin ser visto y minutos después aparece en el bar donde está la gente de Mihanovich y va directamente donde está Colman y le dice: “sé que me andas buscando para matarme, aquí estoy, soy Morán”. Ahí nomás comienza el tiroteo. Se intercambian más de 30 balazos. Cuando reina de nuevo el silencio y la gente tirada debajo de las mesas y detrás del mostrador va levantando las cabezas se ven los resultados: Colman, muerto, Bogado, herido grave.

Cuando el agente de custodia en el sindicato oye los tiros corre hacia el lugar del tiroteo. Morán vuelve a la sede sin ser visto y continúa su trabajo. El herido Bogado denunciará que el autor de la muerte de Colman ha sido Morán. La policía va a buscarlo y lo detiene. Pero la justicia no encontrará ningún testigo que lo acuse. Por eso, meses después saldrá en libertad.

Como hombre de acción, Morán buscó a los hombres de acción dentro del anarquismo y fue así como conoció a Severino Di Giovanni, a Roscigna, a todos los perseguidos por actividades “expropiadoras”. Y ese dirigente sindical que durante el día presidía asambleas, o discutía con representantes patronales, por la noche se encontraba con aquellos y le parecía lo más natural planear asaltos y atentados con bombas y salir luego a llevar a cabo lo planeado. ¿Quién podía suponer que un dirigente marítimo tuviera esa otra actividad? ”Era audaz en extremo, decidido y capaz de afrontar cualquier situación por difícil que fuese”, dirá “La Nación” poco tiempo después.

Cuando el mayor Rosasco comienza a diezmar a los anarquistas en Avellaneda y de paso le da con todo a los radicales, Morán comprende que la única salida es buscar a los “expropiadores”. Aquí no hay comunicados, protestas, recursos de amparo o de hábeas corpus que valgan, aquí se impone el mismo método de Rosasco. Del lado del interventor está el Estado, con todo su aparato represivo, está la sociedad, está el miedo de todo un pueblo que por las dudas se ha puesto a marcar el paso. Y enfrente de eso está ese grupito cada vez más pequeño de hombres a quien le faltan sus dirigentes principales: Severino Di Giovanni, fusilado; Paulino Scarfó,

fusilado; Miguel Arcángel Roscigna, preso; Andrés Vázquez Paredes, preso, Emilio Uriondo, preso, Humberto Lanciotti, preso, Fernando Malvicini, preso, el capitán Paz, preso; Eliseo Rodríguez, preso; Silvio Astolfi, herido gravemente; Juan Márquez, muerto a tiros, Braulio Rojas, muerto a tiros; y sigue la interminable lista de los que han quedado fuera de combate.

Morán decide enfrentar a Rosasco. En ese enfrentamiento hay una sola cosa que puede favorecer a los anarquistas: el factor sorpresa. Y los expropiadores le dicen que sí a Morán. Vendrá un muchacho de la Plata, Julio Prina, estudiante de filosofía.

También estará con Morán el “nene” Lacunza, hijo único de un campesino de San Pedro, que ha hecho sus primeras armas con Di Giovanni y Emilio Uriondo en el asalto a la compañía de ómnibus La Central. El tercero que acompañará a Morán será, como chofer, el “gallego” González (toda una vida novelesca que culminó en 1944 cuando entró con un tanque de la división Laclerc en la liberación de París), y por último “el ingeniero”, uno de los personajes más interesantes del grupo, enemigo en sí de la violencia porque sostenía que a la burguesía se la podía derrotar con otros medios más ingeniosos, pero que, cuando los compañeros se lo solicitaban, era capaz de concurrir a la más peligrosa y arriesgada de las acciones.

En la noche del 12 de junio de 1931, el mayor Rosasco acompañado del secretario de la comuna de Avellaneda, dejaban la jefatura para correrse a cenar al restaurante “Checchin”, a una cuadra y media de la policía. Rosasco estaba muy contento, acababa de hacer una redada de 44 anarquistas, entre ellos unos muchachos que repartían volantes: “*Hay que matar a Rosasco*”. ¡A decir verdad, a esos muchachos no les iba a quedar ganas de imprimir ni el cuento de Caperucita Roja! Rosasco había llamado a los periodistas para denunciar otro complot anarquista desbaratado. Entraron al restaurante y pidieron el fiambre, que comieron con muy buen apetito. Cuando habían terminado el primer plato, paró un automóvil del que bajaron “cinco individuos correctamente vestidos”. Uno de ellos se sentó a una mesa cercana a la puerta y los otros cuatro siguieron al fondo, como para pasar al patio. En ese momento el mayor Rosasco reía a carcajadas por una broma, cuando de improvisto los cuatro individuos se pararon frente a la mesa. Uno de ellos se adelantó, tenía aspecto de criollo, era musculoso, un verdadero toro físicamente, y dirigiéndose a Rosasco le dijo: -porquería-

Rosasco se fue poniendo de pie lentamente mientras sus ojos se salían de las órbitas. El desconocido. El desconocido -era Juan Antonio Morán- sacó, con la misma lentitud que el otro se iba parando, una pistola 45 y ale disparó cinco certeros balazos, todos ellos mortales. De inmediato emprenden la fugo y, para cubrirla, Julio Prina reparte unos cuantos tiros que hieren levemente a un mozo y a Prieto.

Y aquí ocurre otro acto del drama. Al salir, uno de los anarquistas trastabilla y cae estrepitosamente rompiendo el vidrio de una de las vidrieras. Sus demás compañeros lo aguardan ya en el coche, creyendo que se trata de un accidente pequeño, pero no era así. El muchazo es -Lacunza- no se levanta, está muerto. Los anarquistas vuelven apresuradamente y recogen el cadáver del compañero, metiéndolo como pueden en el auto. Y parten velozmente.

Dos son las versiones existentes sobre la muerte de Lacunza: una sostiene que recibió un impacto de bala del propio Prina, al ponerse involuntariamente en el camino, pero creemos en la segunda: Lacunza sufrió durante el hecho un ataque cardíaco y cayó muerto instantáneamente. Lo corrobora el hecho de que no fueron encontrados rastros de sangre en el lugar donde se cayó ni en el trayecto hasta el auto.

Las exequias del mayor Rosasco fueron verdaderamente imponentes. Una verdadera demostración de poderío de las autoridades revolucionarias: allí estuvieron las más altas autoridades de la Marina y del Ejército, volaron por encima del cortejo todas las cuadrillas de aviones disponibles en el Palomar; la Curia mandó su jerarquía en pleno, la Sociedad Rural, el

Jockey Club y el círculo Militar enviaron emocionadas delegaciones; estuvo allí el nacionalismo en pleno y hubo representantes de la mayoría de las fuerzas vivas de Buenos Aires, Avellaneda y La Plata.

El asesinato había sido un verdadero reto de los ácratas sediciosos contra el gobierno nacional, contra el ejército, contra la policía. Y hubo piedra libre en la investigación. ¡Pobrecito el anarquista que cayó en esos días en manos de la autoridad! Al primero que encontraron en un allanamiento lo pasaron para el otro mundo sin más trámite. Se llamaba Vicente Savaresse, era del grupo Tamayo Gavilán y nada tenía que ver con el asunto Rosasco. La policía jamás pudo descubrir quiénes fueron los autores aunque siempre sospecharon del marítimo Juan Antonio Morán. Y lo condenaron a muerte en ausencia. Esta es la primera vez que se pública la versión exacta del asesinato del mayor Rosasco y los nombres de sus miembros; han pasado casi cuarenta años y el hecho ya es historia. Develar lo que en ese momento fue un misterio insoluble ha costado al autor de estas líneas mucho esfuerzo y la verdad histórica exige que ahora se diga quiénes fueron los responsables de un acto que ellos creyeron de justicia.

El 2 de mayo de 1931 la policía logra localizar a uno de los anarquistas que más la obsesiona: Silvio Astolfi, gran amigo del fusilado Severino Di Giovanni. Astolfi es un italiano muy rubio, despreocupado, que se toma la vida con soda pero que cuando hay que tirar, tira que da miedo. Ha participado en cien hechos, siempre con la misma despreocupación. Pero ese 2 de mayo las cosas se le pondrán muy serias al tano. Últimamente se había unido al grupo de Tamayo Gavilán, y con él realizan ese día el asalto al pagador de Villalonga, en Balcarce y Belgrano. Un asalto que, como todos los de Tamayo, se singulariza por la cantidad de balazos que se disparan. Obtenido el dinero, los anarquistas huyen por Balcarce. Al volante va Silvio Astolfi, a quien le encanta manejar el auto a gran velocidad. En México y Balcarce, un agente alertado por los tiros balea el coche de los asaltantes y logra matar a un muchacho de apellido Mornan, de 18 años, que hacía su primera salida como “expropiador”, y que iba sentado en el asiento de atrás del auto y herir en la cabeza a Silvio Astolfi. Éste, a pesar de que la sangre le baña la frente y el rostro siguen en el volante. Así huye hasta la esquina de Villafañe y Ruy Díaz de Guzmán donde se queda sin nafta. Bajan todos. Astolfi tambalea, tiene todo el traje manchado de sangre. El chileno Tamayo Gavilán lo quiere acompañar pero el italiano le dice: “sálvense ustedes, yo estoy listo”. Y se sienta en un umbral. Luego se levanta y toma por Villafañe hasta Azara. En esa esquina se le aproxima el agente Máximo Gómez. Astolfi ñe saca la lengua y empieza a correr con las pocas fuerzas que le quedan. Y entonces comienza una increíble persecución. Toma por Villafañe hasta Diamante y de allí nuevamente hasta Ruy Díaz. Por cada dos tiros que le dispara el policía, Astolfi le responde con uno, para ahorrar proyectiles. Por Ruy Díaz llega hasta Martín García donde va a pasar un tranvía y se sube a la plataforma delantera. Con el tranvía llega hasta Caseros y Bolívar donde se sube a un taxi amenazando al chofer al que obliga a tomar por Caseros hasta Tacuarí. Allí dobla en Martín García y se baja a la altura del 669, edificio de una fundición de metales. En el momento que se baja ve que llega detrás de él el agente Gómez. Entonces de parapeta detrás de los pilares de un portón y apoyando la pistola en el brazo izquierdo apunta al vigilante. Este vacila y restricede y entonces Astolfi lo hiere en la región glútea. Aprovecha la oportunidad y extenuado, limpiándose con la mano la sangre que le tapa la vista, el anarquista prosigue su carrera. Esta vez toma por Martín García y llega a la calle España en medio del alboroto de todo el barrio de Barracas que ve atónito correr a este muchacho que tiene el diablo en el cuerpo. Por España toma hasta Uspallata. En Uspallata y Montes de Oca comienza la parte sangrienta de este increíble maratón.

Por esa última calle vienen de encuentro de Astolfi los cabos Fernández y Montes y el agente Martínez abarajándolo con una seguidilla interminable de balazos. Astolfi toma Montes de Oca en dirección contraría hacía Ituzaingó, corriendo en zig-zag porque ya no le quedan casi balas.

Astolfi ya arrastra los pies, jadeante ve venir a otro taxi y nuevamente lo para, amenaza al chofer y trata de ganar distancia de sus tres perseguidores, pero éstos también suben a un vehículo y lo persiguen originándose otro tiroteo en el que por lo menos se disparan 30 balazos. Y uno de ellos revienta el neumático trasero del taxi de Astolfi, que baja en el pasaje Pablo Giorello. Pero allí lo espera otro agente, que trata de pararlo a tiros. Astolfi se detiene, apunta y la da en la cabeza al representante del orden que cae muerto instantáneamente. Pese a eso, Astolfi sabe que en ese pasaje se ha metido en una ratonera y tienen que salir de allí en seguida. Pero ya son cuatro los que lo acosan. Ahora también está el agente Tranquilo Perna haciéndole fuego. Astolfi juega su última carta y se abre paso con las últimas balas por el mismo lugar donde lo esperan sus perseguidores, Del primer tiro mata al agente Perna y aprovecha el desconcierto para llegar al medio de la calle. Y en ese instante cuando aparece un taxi cuyo chofer le dice: “Suba rápido, compañero Astolfi”. Es un miembro de la Unión de Resistencia de Chauffeurs. La suerte lo ha puesto en el camino del perseguido. Huyen a toda velocidad perseguidos por un auto policial de la comisaría 16ª. Pero logran desaparecer.

Astolfi será llevado a la casa Benedicto Settecase de Montaña, de allí a la de Nicola Recchi, quien a su vez lo trasladará al refugio de Gino Gatti. Éste lo llevará a La Plata donde lo curará de sus gravísimas heridas el doctor Delachaux, un profesional amigo de los anarquistas. Meses más tarde, restablecido, después de esta porteña odisea, lo llevarán a Montevideo, de donde partiría hacia Barcelona, recomendado a Buenaventura Durruti.

Pese a la represión y a la pérdida de hombres, el anarquismo expropiador se mostró fuerte todavía en los años 32 y 33, principalmente en La Plata, Avellaneda, y esta Capital. En La Plata contaron con la constante y desinteresada protección de Antonio Papaleo, en cuya casa encontraron refugio los perseguidos.

Se sigue con el mismo ritmo, se asalta y se trata de liberar a los presos. En ese sentido, Eliseo Rodríguez logra fugar con singularidad astucia desde el calabozo del sótano de la propia jefatura de policía de La Plata y Pedro Espelocín desde el hospital donde estaba internado con custodia. Rodríguez (quien rechaza un ofrecimiento para ser llevado al Uruguay porque por otro conducto le han pedido intervenir en la liberación de un compañero) y Espelocín se unen a Juan Pablo del Piano (un obrero panadero de recia personalidad cuyas dos pasiones son el anarquismo y tratar de lograr una cura para su hijito enfermo de parálisis infantil) y a Gino Gatti y Armando Guidot. Actúan en Córdoba y Rosario. Mientras tanto, los hermanos Prina de la Plata (Julio y Toni) actúan con Juan Antonio Morán, Daniel Ramón Molina (también marítimo), Julio Tarragona, ángel Maure, Pedro Blanco y Víctor Muñoz Recio.

Son dos pequeños grupos pero que se batirán hasta el final.

A fines de 1932, por iniciativa de Rafael Lavarello y la ayuda de Morán, Prina, Molina y Gatti se planea un nuevo túnel. Esta vez desde un departamento cercano a la penitenciaría para liberar a Emilio Uriondo y a otros anarquistas. Va a ser todavía mejor concebido que el de Punta carretas. Su extensión será de 58 metros, hasta el lavadero del penal. Pero al llegar a los 23 metros de túnel, el trabajo debe suspenderse: todos los hombres complotados están siendo perseguidos de cerca por la policía y, además los medios escasean.

Después se suceden los golpes del implacable comisario Fernández Bazán. El 19 de enero de 1933 son muertos Tarragona y Molina, luego de matar a dos policías, en la localidad de Aldo Bonzi. El 16 de marzo en Rosario, es muerto Pedro Espelocín y son detenidos Eliseo Rodríguez y Armando Guidot. Un día después, en Córdoba, la policía logra capturar a Gino Gatti.

En esa época los hermanos Prina huyen a España y el 28 de junio, una brigada policial cerca una case en la avenida Mitre de Avellaneda y sorprende durmiendo a Juan Antonio Morán. Ahora sólo queda uno, Juan del Piano a quien se sabe que dan refugio chacareros del sur

santafecino. Y será allí, cerca de Firmat donde el 11 de agosto de 1933 se resistirá hasta la última bala siendo muerto por la policía.

Todo estaba terminado. Ya no quedaban hombres afuera para liberar a los de adentro. Por eso el 7 de octubre de ese año, los anarquistas presos en Caseros intentan un golpe desesperado. Pacientemente se han ido proveyendo del exterior de explosivos, granadas de mano y pistolas. Con los explosivos has dinamitado un muro y así, con las granadas y a balazos piensan abrirse paso hasta la calle. Al avance comienza a las 18:30. Adelante van Mario Cortucci (que fuera integrante del grupo de Di Giovanni) y Ramón Pereyra (del grupo de Tamayo Gavilán), más atrás vienen Gino Gatti y Álvaro Correa Do Nascimiento (un anarquista brasileño). Atraviesan rejas y pasillos en un tiroteo infernal. Cuando ya llegan al patio exterior, Cortucci recibe un balazo en la cabeza y muere y a Pereyra le estalla una granada que le vuela la mano izquierda. Lo guardiacárceles se rehacen y atacan desde todos lodos enfocándolos con reflectores y llegan ya los soldados del 3 de Infantería, que está enfrente del penal con ametralladoras.

Los anarquistas no pueden seguir avanzando y se van replegando a su pabellón hasta que se les acaban las balas. El intento ha fracasado. Los guardiacárceles han perdido 3 hombres, los anarquistas uno y otro herido grave… Pero, para ellos las consecuencias de esta acción desesperada serán funestas. En su mayoría irán a dar con sus huesos a Ushuaia.

A comienzos de 1935 el país está tranquilo. Pero Fernández Bazán no está conforme. Sabe que todavía están con vida Juan Antonio Morán y Miguel Arcángel Roscigna, quines aunque presos, siempre siguen siendo peligrosos. Morán está en Caseros y Roscigna en Montevideo.

En los primeros días de mayo de 1935 los jueces sobreseen por falta de pruebas en todos los casos a Juan Antonio Morán. Pero algo raro ocurre. A Morán lo han sacado varías veces de la celda y ante él pasan varios desconocidos que lo miran detenidamente. Son empleados de investigaciones que lo están *semblanteando*.

El 10 de mayo le comunican a Morán que en seguida va a recuperar su libertad. Sus compañeros anarquistas de la cárcel le aconsejan que no salga de la cárcel hasta avisar a un abogado. Pero eso sería demostrar miedo y Morán no lo tiene. Y firma su libertad, su sentencia de muerte. Las puertas de la prisión se abren, Morán respira hondo. Camina dos pasos y allí mismo es brutalmente tomado de la nuca, de los brazos y de las piernas, levantado en vilo y metido en un auto que parte a gran velocidad.

Dos días después, en un sendero de tierra de General Pacheco, un boyero encuentra el cadáver de un hombre. Tiene un solo balazo: en la nuca. Pero su cuerpo está horriblemente martirizado. Tardan en identificarlo: es Juan Antonio Morán, el anarquista.

El acto de su entierro será una manifestación de indignación obrera. Los oradores clamarán venganza con el puño en alto.

El 31 de diciembre de 1936 termina la pena que sufren Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vázquez Paredes, Fernando Malvicini y el “capitán” Paz. Esa fecha está subrayada en la agenda del comisario Fernández Bazán. Ya está todo arreglado. Ha ido a Montevideo una comisión policial al mando del Jefe de Orden Social, Morano. El Uruguay ha rechazado el pedido de extradición pero ya hay un arreglo tácito entre las dos policías. En Montevideo le aplicarán el edicto de “indeseables” y los expulsarán hacía Buenos Aires, pero en el mismo puerto de la Capital uruguaya le entregan los “paquetes” bien atados a la comisión de Morano. En el vapor de la carrera no los dejan ni moverse. Y de la dársena, directamente al departamento central. Los jueces La Marque y González Gowland que entienden en la causa del asalto al Rawson y del asalto a La Central van a tomarles interrogatorio al propio Departamento, porque de allí no los sacan. Cuando por falta de pruebas se los sobresee,

empieza Roscigna, Vázquez Paredes y Malvicini el camino sin retorno (al “capitán” Paz lo trasladan a Córdoba porque tiene una causa pendiente y será liberado poco después a punta de pistola de una comisaría).

Cuando el secretario de la Comisión Pro Presos, Donato Antonio Rizzo y la hermana de Roscigna van a inquirir al departamento de policía sobre el paradero de los tres anarquistas, un oficial les responderá que han sido trasladados a La Plata; en La Plata les informarán que están en Avellaneda, en Avellaneda que están en Rosario, en Rosario que están en la comisaría de Tandil, y así sucesivamente. Camino que seguirá la sacrificada hermana de Roscigna que tiene la esperanza de volver a ver con vida a su amado hermano. Pero todo será inútil. Un día renace la esperanza con amplia fuerza: un pescador de la isla Maciel ha visto cómo han bajado de un celular en la comisaría del Dock Sud a tres hombres esposados: adelante iba Roscigna. Se avisa de inmediato a Apolinario Barrera, un hombre del diario “Crítica” que hace publicar a todo trapo un gran titular: “Roscigna en el Dock Sud”

Esta parece ser la señal para Fernández Bazán de que hay que terminar con los trasladados. Desde ese momento ya no se podrá encontrar el más mínimo rastro de los tres luchadores anarquistas.

Los esfuerzos continuarán: hasta los grupos libertarios de Barcelona envían dinero para que se continúe con la búsqueda. Se tiene la certeza que han sido asesinados, pero no se quiere abandonar la última esperanza. Hasta que -pasados varios meses de la desaparición- un oficial de Orden Social se sincera con la Comisión Pro Presos y les dice con tono confidencial: “no se rompan más muchachos, a Roscigna, Vázquez Paredes y Malvicini les aplicaron la ley Bazán, los fondearon en el Río de la Plata”.

Hasta hoy no ha podido ser dilucidado este oscuro episodio. Nunca fueron encontrados los cadáveres. Tal vez nunca se conozca la verdad.

Juan Domingo Perón premiará los méritos del comisario Fernández Bazán nombrándolo en 1947 subjefe de la Policía Federal y después accederá también al pedido de éste: nombrarlo en la diplomacia. Que según el propio Fernández Bazán había sido siempre “su verdadera vocación”.

Con la Revolución Libertadora se retirará y vivirá sus últimos años en solidad. Antes de morir pedirá que sus restos sean cremados (como tantos anarquistas que él combatio). Fernández Bazán será el último funcionario peronista que a su muerte haya sido elogiado por “La Prensa” de Gaínza paz, que, en la necrología hará también el elogio de la “Ley Bazán”.

Llegamos al final de todo este capítulo amargo pero vivido por nuestra sociedad. El anarquismo delictivo existió en esa época evidentemente porque estaban las condiciones dadas para ello. Violencia contra violencia, justicia indiscriminada por la propia mano ante la injusticia social reinante. ¿Justificar a los anarquistas expropiadores? ¡No! Sólo exponer sus hechos. ¿Se justifican sus reacciones extremas? Eso, creemos, es algo inevitablemente personal: hay horteras y burócratas que pasan toda su vida aguantando injusticias y hay rebeldes tan susceptibles que reaccionan ante el más leve abuso de poder: están aquello que pasan sus vidas marcando el paso y vistiendo uniformes y están los otros que no aceptan imposiciones si no están basadas en la lógica, que no es siempre compatible con la naturaleza humana. Lo hemos visto ya en esos dramones rurales de principios de siglo: está el peón que acepta latigazos de su patrón para poder medrar con paciencia y está el otro que ante el primer latigazo saca su cuchillo, se hace justicia, y se hace matrero. Y hay rebeldes cuya rebeldía sólo les alcanza para dejarse el pelo largo y dejar boquiabierta a su chica, y hay otros cuya rebeldía los impulsa a lanzarse a una lucha tremenda, marginados por la sociedad, habitantes de un submundo de violencia, dureza y sangre. Aquí hemos reseñado la trayectoria, sórdida y épica

al mismo tiempo, de hombres que escogieron este último camino y lo transitaron hasta el final: hasta el abrupto y definitivo final…

SIMÓN RADOWITZKY, ¿MÁRTIR O ASESINO?

Ese primero de mayo de 1919 amaneció frío pero con sol; luego hacía el mediodía se iría nublando como presagiando tormenta. Tormenta que no sería de truenos y relámpagos sino de balazos, sangre y odio.

Los diarios no traían muchas novedades, salvo el nacimiento de Juliana, la princesa heredera de Holanda, y del estreno en el Odeón de "Casa paterna" con Emma Grammática como primera actriz. Pero más de un lector habrá leído con un poco de zozobra dos pequeños anuncios que parecían tener pólvora en cada una de sus letras. Se anunciaban dos actos obreros: uno organizado por la Unión General de Trabajadores (socialistas), que cita a las 3:00 p.m.: hablarán A Mantecón y Alfredo L palacios: el otro, es el de la FORA (anarquista) que invita a la concentración en Plaza Lorea para marchar por Avenida de Mayo, Florida hasta Plaza San Martín y de allí por Paseo de Julio hasta la Plaza Mazzini.

Con los socialistas no va a pasar nada, ya es sabido, pero… ¿y los anarquistas?

El país vive una situación interna bastante difícil. Gobierna Figueroa Alcorta un mundo que se va y una irrupción incontenible: la masa de la nueva raza argentina, la inmigración y sus descendientes. Las bombas, el cientificismo, las ideas económicas, todo repercute en Buenos Aires que se está estirando cada vez más, que cada vez más se parece a una ciudad Europea.

Enseguida después de mediodía La Plaza Lorea comienza a poblarse de gente extraña al centro: mucho bigotudo, con gorra, pañuelo al cello, pantalones parchados, mucho rubio, algunos pecosos, mucho italiano, mucho ruso y bastantes catalanes. Son los anarquistas. Llegan las primeras banderas Rojas: ¡Mueran los burgueses! ¡Guerra a la burguesía! Son los primeros gritos escuchados. Llegan estandartes rojos preferentemente con letras doradas. Son las distintas "asociaciones" anarquistas. A las 2 de la tarde la plaza ya está bien poblada. Hay entusiasmo, se oyen gritos, vivas, cantos y un murmullo que va creciendo como una ola. El momento culminante lo constituye la llegada de la asociación anarquista "Luz al Soldado". Parece ser la más belicosa. Han llegado por la calle Entre Ríos y según los partes policiales a su paso han roto vidrieras de panaderías que no cerraron sus puertas en adhesión al Día del Trabajo, han bajado a garrotazos a guardas y motoristas de tranvías y han destrozado coches de plaza y soltado los caballos.

Pero falta la otra piedra del yesquero para que se origine la chispa. En avenida de Mayo y Salta se detiene de improvisto un coche. Es el coronel Ramón Falcón, jefe de policía. La masa lo reconoce y ruge: ¡Abajo el coronel Falcón! ¡Mueran los cosacos! ¡Guerra a los burgueses! Las banderas y los estandartes se agitan.

Falcón se yergue. Su rostro impasible mide la masa. No es un gesto de cinismo no de compadrada. En ese momento está calculando las fuerzas enemigas, como un general en la batalla. Falcón es un militar de los de antes, un sacerdote de la disciplina. Severo, impertérrito, incorruptible, "Es un perro", dirán los subordinados que pertenecen a la categoría de los flojos. Pero lo dirán con miedo. Falcón, en una oportunidad, como única respuesta a un petitorio de

suboficiales de policía, los reúne a todos en el patio del departamento central, le arranca las jinetas al cabecilla y lo saca a empujones a la calle para que nunca más vuelva. Así es Falcón. Es viudo, sin hijos, no tiene vicios ni lujos. No habla nunca de sí mismo. Sólo de vez en cuando le gusta decir que él es descendiente de moros y que su apellido tiene dos cualidades guerreras: falcón es una especie de cañón usado antiguamente y a la vez quiere decir halcón.

Ahí está el hombre enjuto, sin carnes, de mirada de halcón frente a esa masa que a su criterio es extranjera, indisciplinada, sin tradiciones, sin orígenes, antiargentina.

Los insultos caen sobre el rostro de Falcón como una lluvia fina que apenas moja. Hay oficiales que se muerden los labios de rabia por no poder emprenderla a palos contra la turba. Falcón habla brevemente con Jolly Medrano, jefe del escuadrón de seguridad, y se retira. Minutos después ocurre el choque. Como siempre, las versiones serán contradictorias. La policía dirá que fue atacada por los obreros y los obreros dirán que la represión comenzó sin previo aviso. Pero lo cierto es que el es una de más grandes tragedias de nuestras luchas callejeras. Alguien prende la mecha y dispara un tiro. Se desata el tiroteo. Se lucha a balazo limpio. Ataca la caballería. Los obreros huyen, pero no todos. Hay algunos que no retroceden, ni siquiera buscan el refugio de un árbol. Luchan a cara limpia. Es una época donde muchos son los trabajadores que quieren ser mártires de las ideas.

Después de media hora de pelea brava la plaza queda vacía. El pavimento esta sembrado de gorras, bastones, pañuelos… y 36 charcos de sangre. Son recogidos tres cadáveres y 40 heridos graves. Los muertos son: Miguel Bech, español, de 72 años, domiciliado en Pasco 932, vendedor ambulante; José Silva, español, de 23 años, Santiago del Estero 955, empleado de tienda, y Juan Semino, argentino, de 19 años, peón de albañil. Horas después morirán Luís Pantaleone y Manuel Fernández, español, de 36 años, guarda de tranvía. Los heridos son casi en su totalidad de nacionalidad, española, italiana y rusa.

La conmoción de la ciudad es tremenda. Falcón no se duerme, hace detener de inmediato a 16 dirigentes anarquistas y clausura todos los locales de esa tendencia. La policía informa que llama la atención la forma en que han actuado los elementos rusos que forman parte de la masa cosmopolita de obreros. En el sumario policial han sido agregados manifiestos escritos “En lengua hebrea que encierran una propaganda violentísima”. Según la policía “se aconseja en ellos el asesinato y saqueo de la masa pública”. Y para dar más verismo a estos asertos, se informan oficialmente cosas como está: “al herido Jacobo Besnicoff, ruso de 22 años, no se le pudo tomar declaración porque no sabe castellano”

El sector obrero también reacciona: los socialistas se unen a los anarquistas y declaran el paro general por tiempo indeterminado. Lo levantarán solamente si renuncia Falcón. Todo el ataque se centra en el jefe de policía. La población, ese domingo, espera con temor el día siguiente. Se dice que reinará el terror en las calles, que los anarquistas no permitirán que nadie cumpla con su trabajo.

Pero en la mañana del lunes nace una esperanza: los diarios aparecen igual a pesar de que la Federación Gráfica Bonaerense se ha adherido al paro. Es decir, el gobierno ha logrado romper ya la unidad de movimiento.

A medida que avanzan las horas se va notando que el paro sólo tiene un éxito parcial. Se suceden los hechos de violencia: motoristas de tranvías con atacados y malheridos y un capataz de la playa de los mataderos es asesinado por los huelguistas. En Cochabamba 3055 es asaltada la fábrica Vasena por un grupo de obreros, pero éstos son rechazados. Cinco mil personas se agrupan frente a ka morgue para reclamar los cadáveres de los anarquistas muertos.

Ante el pedido obrero de que renuncie Falcón, el presidente Figueroa Alcorta responde en forma contundente: “Falcón va a renunciar el 12 de octubre de 1910, cuando yo termine mi período presidencial”.

La policía informa que fueron detenidos “nueve rusos nihilistas” y “La prensa” relata en forma patética las declaraciones de la esposa del anarquista Fernández, muerto en Plaza Lorea. Dice Antonia Rey de Fernández que ya hace tres años que se había separado de su esposo debido a las “ideas violentas de éste”.

A medida que pasan los días se va desinflando el paro general. Los anarquistas demuestran que son anarquistas hasta en la organización. Pero eso sí, los políticos y las clase alta y media son sorprendidos por la extraordinaria manifestación de duelo constituida por la columna de 60.000 obreros que acompañan al cementerio los restos de los compañeros caídos.

Y es justo a la salida del cementerio -pero el de la Recoleta- en donde tendrá lugar el segundo acto del drama. El coronel Falcón vuelve en su milord luego de haber asistido a las exequias de su amigo Antonio Ballvé, director de la Penitenciaría Nacional y viejo funcionario policial. Falcón está apesadumbrado pero no es hombre flojo. Más bien está pensando en el informe que acaba de presentar al ministro del interior, sobre la base de lo investigado por el comisario de la sección Orden Social, José Vieyra. Tema: actividades anarquistas. Allí se da cuenta de la indagación realizada para prevenir y hacer frustrar el atentado criminal que intentó realizar el anarquista Pablo Karaschin en la capilla, del Carmen. En el momento en que iba a depositar una bomba en la nave principal fue sujetado por Fernando Dufraichou y Rafael Grisolía. Falcón sabe que Karaschin -que vivía con su esposa y dos hijitas en la empresa de limpieza “La Española”, Junín 971- es jefe de un grupo de activistas terroristas. Por eso, en pocos días piensa someter a la consideración del ministro Avellaneda las medidas que a su juicio es imprescindible tomar para prevenir hechos análogos.

El coche sigue avanzando despaciosamente. Ahora ha tomado por la avenida Quintana. Lo conduce el italiano Ferrari, buen cochero que ingresó en la repartición en 1898. Al lado de Falcón el joven Alberto Lartigau, de 20 años de edad, único varón de una familia de nueve hijos, y que ha sido puesto por su padre como secretario privado de Falcón para que al lado de éste “se haga hombre”.

Desde la tragedia de Plaza Lorez, en mayo de ese año, muchas son las amenazas que se ciernen sobre Falcón. Los anarquistas lo han señalado como su principal enemigo. Y todos saben como se las gastan los anarquistas. Pero Falcón no teme. Va a todos lados sin custodia. Y siempre está en todos los lugares de peligro.

Pero está vez está preocupado por el grupo de Karaschin. ¿Se quedarán tranquilos ahora que el jefe está entre rejas? ¿O buscaran vengarse con un golpe sensacional?

El coche ya dobla por la avenida Callao rumbo al sur. Y es en ese momento que dos hombres -el chofer José Fornés, que conduce un automóvil detrás del coche de Falcón, y el ordenanza Zoilo Agüero del ministro de Guerra- observan que un mocetón con aspecto de extranjero comienza a correr a toda velocidad atrás del carruaje del jefe de policía. Lleva algo en la mano. ¿Qué habrá pasado, se habrá caído algo del coche y el muchacho quiere devolverlo? ¿Por qué no grita para llamar la atención? Pero ahí está la verdad. Al doblar el coche, el desconocido se acerca en línea oblicua y arroja el paquete al interior del mismo. Medio segundo después la terrible explosión. El terrorista mira para todos lados y comienza su huida hacia la avenida Alvear.

Después del primer momento de sorpresa, Fornés baja del coche secundado por Agüero comienza a correr al desconocido, que les lleva unos 70 metros. Dan grandes voces y se les

van engrosando más perseguidores, entre ellos los agentes Benigno Guzmán y Enrique Muller. El perseguido corre desesperadamente, quema todas sus fuerzas para ganar un metro de distancia: sabe muy bien que la gente lo linchará o lo matará a tiros. Ya siente el gusto de la muerte en la lengua y en los pulmones que le revientan de fatiga. Dobla por avenida Alvear y ve una obra en construcción. Hacia ella se dirige como si hubiera encontrado refugio, un nido donde esconder por lo menos la cabeza. Se para. Ya tiene encima a sus perseguidores. Saca un revólver y comienza a correr nuevamente. Y así a la carrera se dispara un tiro sobre la tetilla derecha y cae redondo sobre la acera.

Falcón es de los que saben morir. El también ha ido en el coche al muere. Los anarquistas saben preparan bombas y está no ha fallado. Ha sido lanzada con maestría. Ha caído ha espaldas del cochero y a los pies de Falcón y Lartigau. Al explotar ha desgarrado músculos, roto arterías y venas, cortado nervios y se ha adentrado bien en la carne antes de que las víctimas se dieran cuenta de lo que ocurría. Falcón siempre creyó que su cara y su mirada de halcón pararían la mano de cualquiera que atentara contra su vida. Pero es que ni le han dado la voz de alto. Ni siquiera él ha podido decir: “¡soy el coronel Falcón!”. Su barranca Yaco está allí, en avenida Quintana y Callao. Y allí se desangra por sus piernas desgarradas y rotas, allí, tirado en la calle hasta que algún acomedido le trae un colchón.

Es curioso. El estampido ha sido terrible y sin embargo apenas si los caballos dieron un salto, hociquearon y respondieron a las riendas del asustado italiano Ferrari. Mientras tanto Lartigau y Falcón se habían deslizado por el boquete abierto por la bomba en el piso del coche y habían caído a la calle. La sangre que fluía por las heridas hechas por decenas de clavos y recortes de hierro los iba rodeando igual que las caras de los despavoridos curiosos.

Falcón no pierde el conocimiento. Tirado sobre el colchón que le han traído señala con ademán autoritario que lo atiendan primero al “joven Lartigau”. A la pregunta de los curiosos responde “No es nada, ¿hubo más herido?”. La sangre que pierde es mucha. Mientras esperan la ambulancia de la Asistencia Pública, dos o tres vecinos tratan de vendarle las destrozadas piernas con vendas y trozos de sabanas. A Lartigau, que ha perdido el conocimiento, lo llevan al sanatorio Castro, muy cerca de allí.

Llegan las ambulancias. Conmueve ver a todos esos hombres que se esfuerzan por levantar el colchón con el hombre herido y meterlo en el coche. Llegan al consultorio central y los médicos que lo atienden no ven otra salida que amputarle la pierna izquierda a la altura del tercio superior del muslo. Pero ya es tarde, Falcón está ya casi vacío de sangre. No aguanta el shock traumático y expira a las 2 y cuarto de la tarde.

La juventud de Lartigau se defiende más. Sus heridas son tan profundas como las de Falcón pero igual le han tenido que amputar una pierda -a él la derecha- y la pérdida de sangre ha sido tremenda. Aguanta hasta las 8 de la noche.

Los dos serán velados en el departamento central. Pocas veces Buenos Aires asistirá a una expresión de duelo tan grande. Con delegaciones policiales de todo el país y del exterior. El ejército argentino y la policía lo han tomado como una afrenta. Y por eso para ellos no habrá jamás perdón para el asesino. Pasarán muchos años pero la consigna seguirá siempre fresca: no habrá perdón para el asesino de Falcón. Consigna que sólo logrará quebrar un cabezadura: Hipólito Yrigoyen.

El terrorista ha caído en la calle. Pero lo levantan del pelo y de la ropa. Lo dan vuelta y lo acuestan cara al sol. Es desagradablemente blanco, el pequeño bigote es rojizo, medio lampiño, las facciones huesonas, mandíbula de boxeador, ajos aguachentos y las orejas grandes tipo pantalla. Indudablemente es ruso, un anarquista, un obrero. Ahí está tirado, resollando como un chancho jabalí cercado por los perros. Lo insultan. Le dicen “ruso de

porquería” y algo más. El tiene los ojos bien abiertos, asustados, esperando recibir la primera patada en la cara. Está perdido y por eso no pide perdón sino que grita dos veces seguidas: “¡Viva el anarquismo!”. Cuando los agentes Muller y Guzmán le dicen “ya vas a ver lo que te va a pasar”, responde en un castellano quebrado y gangoso: “No me importa, para cada uno de ustedes tengo una bomba”.

Son las últimas dentelladas del animal acorralado.

Pero la policía hace una excepción. No cumple con la ley no escrita de vengar la muerte de uno de los suyos. Aparece el subcomisario Mariano T Vila de la comisaría y ordena cargarlo en un coche de plaza y llevarlo al hospital Fernández porque el terrorista está perdiendo mucha sangre por el costado derecho del pecho. Al registrar sus ropas le encuentran otra arma: una pistola máuser que tiene en la cintura que tiene a la cintura. Lleva un cinto charolado que contiene balas de revólver y cuatro cargadores con nueve balas cada uno del calibre nueve. El hombre había ido dispuesto a todo.

En el hospital Fernández lo revisa el médico de guardia y el diagnostico es: herida leve en la zona pectoral derecha. Con una vendas provisorías, el preso es enviado al calabozo de la comisaría 15ª rigurosamente incomunicado. Los interrogatorios se suceden pero el terrorista no habla. Sólo ha dicho que es ruso y que tiene 18 años de edad. De ahí no lo sacan. El parte policial sólo se complementa con las prendas de vestir del detenido: “Viste saco azul marino, pantalón negro, botines de becerro, sombrero chambergo negro, usa corbata verde con cuello volcado de camisa de color, no teniendo ningún papel por el cual pudiera descubrirse su identidad”.

Reina intranquilidad en el gobierno. El presidente, los ministros y altos jefes militares son custodiados para evitar ser víctimas de nuevos atentados. Figueroa Alcorta establece el estado de sitio y a los diarios se les prohíbe terminantemente cualquier información sobre el preso y sobre actividades anarquistas.

Luego de varios días de febril trabajo, la policía logra identificarlo: se trata de Simón Radovitzky o Radowitzky, ruso, domiciliado en el conventillo situado en la calle Andes 194. Llegó al país en marzo de 1908 dirigiéndose a Campana donde se empleó de obrero mecánico en los talleres del ferrocarril Central Argentino. Posteriormente regresara a Buenos Aires, donde trabajara de herrero y mecánico. Son solicitados antecedentes a las embajadas argentinas y el entonces ministro argentino en París, doctor Ernesto Bosch, contesta que Radowitzky ha participado en disturbios en Kiev, Rusia, en 1905 y que por ello fue condenado a 6 meses de prisión. En esos disturbios recibió heridas de las que le quedaron cicatrices. Además, el informe contiene algo muy interesante. Señala que Radowitzky pertenece la grupo ácrata dirigido por el intelectual Petroff, juntamente con los conocidos revolucionarios Karaschin (el del atentado en el funeral de don Carlos de Borbón), Andrés Ragapeloff, Moisés Scutz, José Buwitz, Máximo Sagarín, Ivan Mijin y la conferencista Matrena; apellidos, todos ellos, para poner los pelos de punta a los tranquilos porteños de aquellos tiempos…

Identificado y reconocido el crimen por el reo, sólo queda esperar el día y hora en que será fusilado. . Porque eso de que tiene apenas 18 años no lo cree nadie. Tener 18 años significa ser menor de edad. Y todos los diarios sin excepción señalan que Radowitzky es un hombre de más de 25 años. No hay nadie que lo defienda. Ni “La Protesta”, el diario anarquista que ha sido silenciado por muchachos del barrio norte. El lunes 15 forzaron las puertas del taller de Libertad 839, y destruyeron todo lo que los anarquistas fueron haciendo, pesito a pesito. No hay nadie en las esferas que levante la voz para que no se trate con severidad a Radowitzky. Militares, políticos, funcionarios estaban por el castigo ejemplar. Y nadie hesitaba en decir que para aplicar la pena de muerte no había que tener en cuenta en este caso la edad del reo.

El dictamen del agente fiscal, doctor Manuel Beltrán, es por demás claro de lo que aquí se quería hacer con el preso. “Simón Radowitzky -dice el fiscal- pertenece a esa casta de ilotas que vegetan en las estepas rusas arrastrando su vida miserable entre las inclemencias de la naturaleza y las esperanzas de una condición inferior”. Y no hay perdón para el extranjero: “En su primera indagatoria el detenido se presentó al juez de Instrucción soberbio, resuelto a resistirse a toda interrogación sobre su identidad personal; se niega a contestar las preguntas que se le dirigen pero, contrastando con ese propósito, se apresura a confesarse autor del hecho que se investiga jactándose de su origen y celebrando que el señor Lartigau haya fallecido también”.

Al tosco herrero lo hacen aparecer como un asesino sutil y refinado: “La sangre fría y la altanería con que se expresa demuestran el propósito exhibicionista, la pose del sectario en esta primera confesión, en que el orgullo de la hazaña lucha visiblemente con el temor de la sanción. Por eso se jacta del hecho que no puede negar y oculta, el mismo tiempo, los antecedentes de su persona, creyendo que de este modo podrá dificultar la instrucción”.

Y esa es una tremenda contradicción del agente fiscal. Porque Radowitzky está diciendo la verdad: tiene 18 años. Más todavía: reconoce que él solo ha cometido el crimen, encubriendo a un compañero que estuvo en Callao y Quintana a la hora del atentado pero que jamás se podrá determinar su identidad.

Sigue el informe del fiscal: “La fisonomía del asesino tiene caracteres morfológicos que demuestran bien acentuados todos los estigmas del criminal. Desarrollo excesivo de la mandíbula inferior, prominencia de los arcos cigomáticos y superciliares, depresión de la frente, mirada torva, ligera asimetría facial, constituyen los caracteres somáticos que acusan a Radowitzky el tipo de delincuente”.

El fiscal ve en Radowitzky a un criminal nato, como esos que asesinan para robar. No reconoce que es un hijo de la desesperación, nacido en una tierra donde reina la esclavitud y el látigo para el pobre, donde el castigo es terrible para el desobediente al régimen absolutista de los zares. Aunque tiene unas palabras de descargo por el origen racial del preso, lo hace con un profundo desprecio y asco: “Parias de los absolutismos políticos de aquel medio, sometidos a los poderes discrecionales del amo, perseguidos masacrados por la ignorancia y fanatismo de un pueblo que ve en el israelita a un enemigo de la sociedad, emigran al fin, como Radowitzky, después de sufrir condenas por el solo hecho de profesar ideas subversivas”. Está última frase del Dr. Beltrán no concuerda con lo que exige párrafos más adelante. Pide que “a los efectos de la profiliaxis social” los juicios “sean verbales y de rápida aplicación”.

Termina su presentación pidiendo la pena de muerte para el anarquista. Sólo se le opone el “pequeño” inconveniente de la edad. Para los menores de edad, las mujeres y los ancianos no hay pena de muerte en la Argentina de aquellos tiempos. Pero el Dr. Beltrán encuentra un método original para encontrarle la vuelta a la dificultad. Hace calcular la edad del preso por “peritos médicos”. Algunos calculan que tiene 20 años de edad, y otros 25. Entonces el fiscal dice: 20 más 25 son 45, la mitad es de 22 y medio. Radowitzky tienen 22 años y medio. Es decir, está maduro para el pelotón.

Con toda tranquilidad dará su dictamen: “Debo manifestar aquí que no obstante ser la primera vez que en el ejercicio de mi cargo se me presenta la oportunidad de solicitar para un delincuente la pena extrema, lo hago sin escrúpulos ni vacilaciones fuera de lugar, con la más firme conciencia de deber cumplido, porque entiendo que nada hay más contraproducente en el orden social y jurídico que las sensiblerías de una filantropía mal entendida”.

Y para terminar con los pruritos que pudieran tener los pusilánimes, Beltrán finaliza: “En las consideraciones de la defensa social debemos ver en Radowitzky un elemento inadaptable

cuya temibilidad está en razón directa con el delito perpetrado, y que sólo puede inspira la más alta aversión por la ferocidad del cinismo demostrando, hasta el extremo de jactarse hoy mismo de ese crimen y de recordarlo con verdadera fruición”.

Todo venía mal para Radowitzky. Nadie quería creer en sus 18 años. La prensa, influida por los sectores poderosos de la población, pedía la pena de muerte. Así estaban las cosas hasta que un buen día apareció en escena un personaje singular, con algo de rabino y ropavejero. Dijo llamarse Moisés Radowitzky y ser el primo del terrorista. Envuelto con papel de estraza en forma de rollito tenía un documento que iba a dar un vuelco de 180 grados al proceso. Era la partida de nacimiento de Simón Radowitzky. Un documento extraño, escrito con caracteres cirílicos.

Al dar la información, “Caras y Caretas” dice: “Radowitzky tiene cada vez menos años. Al principio se le atribuía hasta 29, y desde los 29 le fueron rebajando hasta dejarlo en lo imprescindible para el fusilamiento: 22. El afirmaba siempre que tenía 18 y parecía dispuesto a no pasar de esta edad en mucho tiempo, pero ¿quién le creía? Sin duda que ni los anarquistas. Era lógico suponer que Radowitzky trataría de hacerse pasar por menor de edad. ¿El punto de la edad de Radowitzky ha sido por fin aclarado? El señor Vieyra, comisario inspector, acaba de recibir el documento que reproducimos en facsímile y que, a jugar por la pinta, es copia fiel de la fe de bautismo de Radowitzky. Según afirman los traductores del señor Vieyra, ese documento a vueltas de tantos garabatos y caracteres estrafalarios, viene a decir que Simón Radowitzky nació en la aldea de Santiago, provincia de Kiev, Rusia, el 10 de noviembre de 1891. Según lo cual Radowitzky tendría ahora 18 años y 7 meses”.

Pero el documento no será reconociendo por los jueces por falta de legalización. Eso sí, tendrá una influencia directa en el ánimo de los jueces, que no se animarán a mandar al patíbulo a un menor de edad. Aplicarán el criterio de “en duda abstente” Radowitzky se salva del fusilamiento. Pero es condenado a la muerte lenta: penitenciaría por tiempo indeterminado, con reclusión solitaria a pan y agua durante 20 días todos los años al aproximarse la fecha de su crimen.

Empezaba la larga noche para el muchacho anarquista. Toda su juventud detrás de las rejas y los silenciosos muros. Pasará 21 años -de los cuales 10 años en calabozo, aislado- entre la basura de la sociedad: asesinos de niños, sanguinarios individuos que matan sin pestañear por robar, ladrones, degenerados. Diecinueve de esos años los pasará en Ushuaia, un presidio que no necesitó de calificativos para infundir miedo. Pero Radowitzky no desaparecería de la opinión pública. Al contrario, al cerrarse las puertas de la cárcel comenzaría el segundo capítulo de su vida, de su aventura por la vida. Un capitulo con sabor a “Conde de Montecristo”.

Lo que sí queda cerrado para siempre es el capítulo del asesinato de Falcón y del joven Lartigau. Radowitzky no hablará jamás de ello ¿Quién inspiró? ¿Fue idea propia? ¿Fabrico él la bomba? ¿Acaso sus compañeros le ordenaron cometer el atentado porque era menor de edad y se podía salvar de la pena de muerte? Cinco años después ocurrirá un atentado similar que originará la primera gran guerra mundial. Garbillo Princip -también menor de edad- será el autor de la tragedia de Sarajevo. Sus compañeros serán todos fusilados menos él, por no haber cumplido 21 años. Pero morirá tuberculoso tres años después en una cárcel austriaca. Radowitzky, en cambio, soportará todas las torturas, la deficiente alimentación, el frío y la insalubridad de las cárceles y llegará a ver la libertad. Cuyos primeros destellos los vio apenas 14 meses después de haber sido apresados.

El 6 de enero de 1911, Buenos Aires tiene un tema para conversar largo y tendido: los Reyes le han traído una noticia sensacional. Trece penados de la Penitenciaría Nacional se han escapado por un túnel construido por debajo del murallón. Han podido escapar dos famosos anarquistas: Francisco Solano Regis (condenado a veinte años de presido por haber atentado contra el ex presidente Figueroa Alcorta) y Salvador Planas Virilla, (que tiene una pena de diez

años por tentativa de homicidio al presidente Quintanilla). Los once restantes fugados son presos comunes. Hay otro preso en la penitenciaría que no ha podido huir: Simón Radowitzky quien pocos minutos antes había sido llevado a la imprenta de la cárcel. Los anarquistas recibieron ayuda desde afuera ya que poco antes de la huida (a las 13:30 de un bochornoso día de calor) de un coche de plaza se bajaron varios bultos con pantalones, camisas y sacos que se arrojaron entre la verja y el murallón. Los reclusos salieron por un tunel que tenía forma de U, es decir, sencillo y hecho sólo para salvar el murallón de centinelas. La entrada del túnel fue hecha en un jardín con flores y evidentemente fue cavado a mano, puñado por puñado arrojándose la tierra en el mismo jardín sin hacer montículos. La salida da a los yuyales que hay entre el murallón y la verja. Es evidente que los anarquistas trabajaron en connivencia con los centinelas, soldados conscriptos del 2 de infatería. El túnel está a la altura de la calle Juncal casi esquina Salguero. Los anarquistas Regis y Planas Virilla después de cambiarse de ropas subieron a un coche de plaza que los estaba esperando y desaparecieron. Los presos comunes que aprovecharon la oportunidad y el túnel tuvieron que huir con el traje del penal; otros aprovecharon las ropas destinadas evidentemente a Radowitzky.

Por supuesto, gran vergüenza para las autoridades penitenciarías, pedidos de informes, remoción de funcionarios, juicio a centinelas. Y alguien tenía que pagar los paltos rotos de todo esto: el “ruso” Radowitzky. Ningún directo del penal quiere correr el riesgo de que los anarquistas planeen otra tentativa de fuga para salvar al compañero ruso: además, se ha observado una cosa poco común en un penal: Radowitzky concita la simpatía de todos: de presos y carceleros. Así lo señala el director de la penitenciaría nacional cuando pide que lo saquen a Radowitzky de allí: “Únicamente encargándome yo en persona de la vigilancia de Radowitzky podría responder del cumplimiento de su condena, pues se trata de un penado con quien simpatizan los bomberos y los conscriptos”.

Se lo describe como “el tipo del místico ruso que ni aun en la cárcel concibe que los hombres cometan mala acción y sobre todo que se conduzcan en forma perjudicial para sus compañeros. En cierta circunstancia solicitó que se le diera una celda menos húmeda y como sólo se le podía habilitar una que se estaba revocando, el director le propuso que terminara él; pero esos días el gremio de albañiles se hallaba en huelga y así que lo supo Radowitzky, prefirió continuar en el calabozo húmedo alegando que cuando un obrero se resigan a abandonar el trabajo, debe tener razón”.

Ese mismo año se decide y se lleva a cabo el traslado del anarquista al penal de Ushuaia. Será la última vez en su vida que pise tierra porteña. Jamás podrá volver a su pieza del conventillo de la calle, Andes 194 (hoy José Evaristo Uriburu) de donde salió aquella mañana de noviembre de 1909 para cometer el atentado.

Nos imaginamos lo que debe haber sido un transporte de presos a la Patagonia en 1911. Un guardiacárcel -Martín Chávez- relató muchos años después -en 1947-, en ocasión de levantarse el penal, un trasporte semejante. Parece entresacada de una novela de Dostoiewsky. La serie fue publicada por el diario Clarín en marzo y abril de 1947, transcribimos algunos párrafos:

“Hacia dos meses que había sido nombrado para ocupar un puesto de celador en el penal de Ushuaia permaneciendo adscripto al personal de la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, hasta que estuviera en condiciones el transporte “Chaco”, que me llevaría al lejano sur. En esa aburrida espera me consumía en la penitenciaría cuando una tarde fui notificado que tenía cuatro horas para arreglar mi equipaje. A las 18 estuve de vuelta. Media hora más tarde se realizó la acostumbrada formación para el recuento y encierro en las celdas de los reclusos. No veía por ningún lado al contingente que iba a ser trasladado al sur. Una hora más tarde me incorporé a una comisión de empleados y con más de cincuenta guardianes nos internamos en los pabellones. Fuimos abriendo celdas, a las que penetraban dos soldados que sacaban al “candidato” llevándolo rumbo a la Alcaldía. El ruido de las lleves en las fuertes puertas de hierro

ponía sobre aviso a todos los “vecinos” que proferían gritos de insulto. Así recorrimos cinco pabellones y al regresar a la Alcaldía, ya estaban allí mis compañeros de viaje: “62 números”, sentados en largos bancos colocados junto a las paredes. Se pasó lista y se les ordeno desnudarse. Si alguno no hacía caso o demorara en cumplirla, los guardianes se les acercaban amenazantes y los “ayudaban” a quitarse la ropa. Sesenta y dos sombras. Sesenta y dos fantasmas quedaron en el gran salón. Dos practicantes de la enfermería revisaron minuciosamente el cuerpo de los viajeros. Ningún contrabando puede pasar, las limas y cualquier otro objeto cortante es peligroso. Vestidos de nuevo, entra en funciones el herrero. Las argollas se cierran en el tobillo y se las une con una barra de hierro de 20 cantímetros de largo, que luego se remacha a golpes de martillo”.

“¡Pom, pom, pom!” Resuenan los golpes como si estuvieran remachados ataúdes. En el silencio de la noche esos tres golpes sobre el negro remache suenan como una campana que dobla por la vida de los que ya no son. El alarido del llanto los acompaña.

Algunos parecen más fuertes y miran la operación con indiferencia: es porque no conocen lo que son los grillos y caen cuando quieren dar un paso; entonces ellos tam bién sienten los tres golpes del martillo sobre el corazón.

“Luego, en un carro celular rumbo al puerto. Allí la vigilancia es más estrechada y dos guardias se responsabilizan del penado entregado a su custodia. En 125 se evadieron 114 penados amotinándose en la bodega del “Buenos Aires”. Nunca se pudo establecer con exactitud cuál fue el penado que logró romper los grillos y luego libertad de ellos a sus demás compañeros. Se atribuye tal hazaña a Brasch, el alemán. Lo cierto es que los 114 penados se amotinaron en la bodega y a golpes de puño se abrieron paso y fugaron. Entonces les era más fácil, no vestían el uniforme a rayas, podían confundirse fácilmente en las calles. Casi todos volvieron a ser detenidos. Desde esa época se toman toda clase de medidas de precaución: guardianes de abundancia y hasta potentes reflectores que iluminan las siluetas de los fantasmas que bajan a la bodega del trasporte que antes del alba, como si tuvieran vergüenza de su carga, pone su proa rumbo a Tierra del Fuego”.

“Se nos había informado que para llegar a Ushuaia eran suficientes 15 días de navegación. Nuestro viaje duró 29, en el mes de marzo de ese año. Yo iba con la oficialidad del trasporte y un día bajé al entrepuente a ver a los penados. Jamás olvidaré la impresión que recibí. Aquello era un infierno. Humedad, calor y pústulas. En Bahía Blanca se había detenido la embarcación para cargar carbón que iba depositado en la bodega ubicada debajo del entrepuente donde viajaban los presos. El polvillo del carbón se filtraba imperceptible, persiste, como una maldición sobre los hombres engrillados. Se les pegaba en la cara, lo respiraban, lo escupían, ponía máscaras en los rostros acentuados las orejas.

“Fantasmas, espectros, no sé lo que vi. Salí de esa cámara de tortura con el alma dolorida, preguntándome si los directores del penal, si los jueces, si los ministros no tendrían noticias de ese bárbaro suplico. Pero el destino me reservaba comprobación más amarga aún”.

“En el puerto de Ushuaia nos esperaba el director del penal, algunos empleados y muchos guardianes, los que tomaron posiciones estratégicas para el desembarco de los penados. Y los espectros salieron al aire libre, a la luz después de 29 días. ¡Cómo salieron! Sucios y enfermos es poco para dar una idea del estado de esos 62 hombres. Flacos, con la barba crecida, llagados los tobillos a causa de los aros de los grillos, cos escoriaciones sangrantes en los muslos, la ropa deshecha como pañuelos o toallas”.

“Habían llegado al infierno blanco, mil veces preferible a la bodega de transportes”.

Cuando Radowitzky llega al penal de Ushuaia hace ya nueve años que ha sido colocada su piedra fundamental y comenzado a construirse íntegramente por los penados. Ha sido la obsesionada idea del ingeniero Catello Muratgia la que ha hecho realidad al que será famoso penal de reincidentes de Ushuaia. Con muy poco dinero y el trabajo de los condenados se ha ido levantando esa mole de cemento y piedra destinada a mantener bajo custodia a los criminales más feroces y a todos aquellos denominados “reincidentes”, es decir, los que han repetido tres veces hachos delictuosos. Por ello los compañeros de Radowitzky serán no sólo los homicidas sino también los rateritos incorregibles, los estafadores y toda la hez de la sociedad. Pero, por supuesto, en más de una oportunidad, las puertas del penal se abrirán para presos políticos.

Los que leen “La casa de los muertos” o “El sepulcro de los vivos” de Dostoiewsky y sufren con el autor los padecimientos de los condenados no sospechan tal vez que en territorio argentino existió un lugar exactamente igual de donde son muy pocos los que salieron con vida o retornaron a la sociedad con sus facultades mentales normales.

Pasan muchos años para el ex hombre de Radowitzky. Todos iguales. Cuando se aproxima el 14 de noviembre, los terribles veinte días de calabozo aislado, a pan y agua, con frío húmedo del cemento que penetra en los doloridos huesos. ¿Y la conciencia? ¿Lo ablandan a Radowitzky los interminables castigos, la vida sin sentido junto a todas esas fieras? ¡Si por los menos tuviera algo que leer! Pero desde Buenos Aires lo persigue un chisme inventado por algún jefecito de turno de la penitenciaría. “Radowitzky quiere leer Denle la Biblia” Así es, en Ushuaia también. Cuando Radowitzky quiere aislarse de ese submundo y pide algo de leer, le traen la Biblia. Y todos lo gozan, los carceleros y los penados también.

¿Y sus compañeros de Buenos Aires? ¿Se han olvidado ya del mártir del movimiento, como lo llaman ellos? La primera guerra europea ha hecho perder fuerza a los movimientos obreros nacionales. Los anarquistas de Buenos Aires demostrarán ser buenos amigos. A pesar de que habían pasado nueve años, su principal aspiración era la libertad de Radowitzky. En mayo de 1918 la ciudad es inundada por un folleto editado por el diario “La Protesta” y escrito por Marcial Belascoain Sayós. Se llama “El presidio de Ushuaia” y está dedicado “A mi amigo Simón Radowitzky, ciomo una ofrenda. A los viles esbirros, como una bofetada”.

El folleto está muy bien informado y, en un estilo propio de los anarquistas de aquella época, denuncia las torturas a que ha sido sometido Radowitzky. Centra su ataque en el subdirector del penal, Gregorio Palacios, y le dice: “Tú, como los tigres, como las hienas, asesinas con lentitudes siniestras de degenerado, esa voluptuosidad debes haberla sentido al matar lentamente al penado 71, a quien volvieron locos los martirios; esa misma histérica vibración de placer habrá sacudido tus nervios al ver los suplicios de Radowitzky, ayer fuerte y lozano, hoy triste, decrépito y enfermo por tu culpa. ¡Asesino infame! ¡Muere maldito!”.

Como se ve, un estilo más que incisivo.

En el capítulo “La sodoma fueguina” el autor acusa al subdirector Palacios de haber hecho cometer delitos sexuales contra Radowitzky y más adelante detalla los castigos a que fue sometido éste por los guardicárceles Alapont, Cabezas y Sampedro: “Estando en el calabozo Simón Radowitzky, desearon los tres experimentar la histérica sensación de ver sufrir a un hombre y se llegaron hasta el encierro del mártir”, de aquel que en aras del ideal sacrificó su vida, de ese hombre generoso y santo; fueron hasta su dolor para acrecentarlo más. Estaba aislado en un calabozo sin aire, luz ni sol, sin comida. ¿Qué había hecho? ¡Nada! Se le castiga siempre por ser quien es, no precisa dar motivos. Estaba debilitado por el ayuno, cuando llegaron los bárbaros a consumar su acción heroica. Lo agredieron por detrás, los taleros le abrieron el cráneo y los puños mancillaron aquella faz sagrada. Corrió la sangre del cautivo, pero no la hicieron brotar como él con valentía en su hecho inolvidable; ellos lo hicieron en

montón, armados, contra un hombre desfallecido y sin fuerzas. Lo dejaron tendido en el suelo, agónico, exánime, tras la feroz paliza. Semejaba un cadáver, lívido y tendido en el suelo; entonces al verlo así, Cabezas, el infame, desnudó su arma y le apuñalo un brazo. Con esto se retiró satisfecho y triunfal, a contar la hazaña y a celebrarla con otros tan viles, tan infames como él. Levantar la mano contra un hombre en ese estado, contra un individuo como Radowitzky, es una profanación infame que nunca, ni por nada, podré perdonar, por ello les grito mi reproche en estás líneas; por ello los acuso de viles y cobardes, arrojándoles mi maldición tremenda, mi maldición justiciera”.

El folleto es un impacto en la opinión pública. Los anarquistas logran un éxito psicológico; tanto, que el gobierno de Yrigoyen ordena un sumario administrativo para saber la verdad sobre los malos tratos. En el sumario se calificará a los tres carceleros mencionados de “personas de malas costumbres y peores antecedentes” y se los suspende.

Por último en el folleto se insinúa algo que seis meses después se llevará a la práctica: “Amigo generoso, Simón, amigo del alma vives de esperanza, en la noche lóbrega, de tu martirio circundado por fieras que te acosan, sin un rayo de sol que te acaricie, pero con el corazón de tus amigos, de los que te comprenden y te aman; allí estás consagrado por el culto celoso del recuerdo; estás constante en el pensamiento de salvarte, por ello, ya que tú no llegas a implorar el olvido para tu hecho, no faltará quien lo haga por ti, lo humanamente posible debe hacerse para liberarte **y no faltará quien encare esa tarea**. Vayan a ti estás líneas comprendidos los efectos de los seres que te aman; **de los que comienzan a preparar el magno acontecimiento de volverte a la vida** arrancándote de la ferocidad de los criminales carceleros, que tanto te han hecho sufrir”.

Así es. El 9 de noviembre llega a Buenos Aires una noticia que causó más sensación que las que vienen de Europa con la rendición de Alemania, la abdicación del Káiser y la revolución de los obreros alemanes: EL 7 DE NOVIEMBRE SE HA FUGADO SIMÓN RADOWITZKY DE LA CÁRCEL DE USHUAIA.

El público quería saber detalles. El sentimental público porteño, olvidándose del doble crimen, estaba porque Radowitzky venciera el maleficio de Ushuaia. ¡Basta ya!, decían, Ya ha purgado bastante su delito. ¿Podrá salir de esas regiones? Nadie lo había podido hacer. Catello Muratgia, el creador del penal, lo había sostenido ante el propio presidente de la república: el penal es totalmente seguro contra fugas. Nadie podrá hacerlo. El que se aleje morirá de hambre o de frío o tendrá que entregarse. Y menos Radowitzky, con nueve años entre rejas, debilitado por los castigos y la falta de una alimentación adecuada.

¡Pero sí, es posible! Allá va ya Radowitzky metido en un pequeño cúter por el canal de Beagle hacia la libertad. Ya respiraba el aire puro y deja cada vez más el penal, con su olor característico de todos los penales, olor a hombre degradado, a mugre de cuerpo y de alma. Es que los anarquistas de Buenos Aires son buenos amigos. Prepararon los planes para derrotar la imposible y juntaron dinero. El hombre elegido para la proeza no es ni ruso, ni italiano ni catalán. Es un criollo de pura cepa: don Apolinario Barrera. Será ayudado por Miguel Arcángel Roscigna, quien años después llegará a ser el representante más sobresaliente del anarquismo expropiador.

Los anarquistas viajaron a Punta Arenas. Venían “recomendados” a los dirigentes de la Federación Obrera, los chilenos Ramón Cifuentes y Ernesto Medina. En Punta Arenas alquilan el cúter “Ooky”, propiedad de una dálmata. La tripulación también es dálmata -de nacionalidad austriaca en aquella época- y muy ducha en la navegación por los canales fueguinos. La goleta, pintada de blanco, llaga a Ushuaia y hecha anclas en un pequeño puerto de la bahía donde se halla el ex presidio militar. Allí llega el 4 de noviembre. El 7, a las 7 de la mañana, un guardián

cruza las líneas de centinelas del penal. Es Radowitzky disfrazado de guardiacárcel, que no ha sido reconocido.

Eduardo Barbero Sarzabal, periodista de “Crítica”, quien años después realizará un reportaje sensacional a Radowitzky, reconstruye así ese momento de la huida: “Radowitzky trabajaba entonces de mecánico en el taller del penal. Todo se había calculado matemáticamente. Allí estaba el guardia accidental que facilitaría el traje. Un cuarto de hora después de entrar Radowitzky al taller, salía del penal atravesando la línea de centinelas armados. Era un nuevo guardián también uniformado… cruza el cementerio donde están otros definitivamente muertos para ir hacia donde, en un lugar indicado, el cúter espera… Atraviesa un monte. Detrás de un añoso árbol, Barrera está oculto. Los dos hombres se encuentran. El salvador, ignorando que Radowitzky iría de guardián, echa mando al revólver presintiendo una delación”.

La escena rápida es paralizada por un frito.

– Apolinario -dice Radowitzky.

– Simón -responde Barreda, comprendiendo.

Era la consigna que presentaría a quines nunca se habían visto”.

Una vez embarcado, Radowitzky cambió de ropa. Barrera fue de la opinión que una vez alejados varias millas de Ushuaia, Radowitzky desembarcara en uno de los tantos refugios de la costa. Allí se le dejarían víveres para dos meses hasta que las persecuciones y búsquedas hubieran cesado. Pasado ese tiempo se aventuraría a ir a buscarlo o a dejarle nuevamente víveres. Pero Radowitzky no acepta y allí cometerá el error que le costará doce años más de prisión, doce años de vida, de libertad. Convence a Barrera para que sigan navegando sin interrupciones hasta Punta Arenas. Allí, en esa ciudad le resultará mucho más fácil pasar inadvertido que en una isla solitaria.

Mientras tanto, en el penal nadie traiciona a Radowitzky. Los prisioneros no delatan su huida. Recién a las 9:22 de la mañana, el guardiacárcel Manuel Geners Soria se presenta al director del penal para denunciar la desaparición del anarquista preso. En una parte posterior, el comisario nacional de Tierra de Fuego señala que se inició la persecución sirviéndose de los “valiosos datos proporcionados por el empleado Miguel Rocha” y una partida se embarca en una lancha a vapor facilitada generosamente por el señor Luís Fiuchui”.

Pero el cúter es más veloz y se aleja cada vez más de sus perseguidores. Deja el canal de Beagle, toma por el canal ballenero y luego el de Cockburn y entra en el estrecho de Magallanes. Así amanece el cuarto día de navegación. Hasta que de pronto divisan en el horizonte el humo de una embarcación que se aproxima. Radowitzky intuye el peligro y pide que el cúter se acerque lo más posible a la costa de la península de Brunswick, tierra chilena. Así se hace hasta unos doscientos metros. Radowitzky se arroja entonces al agua helada y nada hacía la costa, en donde desaparece. El humo negro, que se aproxima era el de la escampavía de guerra chilena “Yáñez”, nave que ha ido para apresar a Radowitzky ante el llamado telegráfico de las autoridades argentinas de Tierra del Fuego.

Los tripulantes del cúter declaran no haber visto al fugado, pero los chilenos conducen presos a todos hasta Punta Arenas donde luego de un severo interrogatorio uno de los tripulantes, el maquinista, declara la verdad y señala el lugar donde alcanzó tierra el buscado.

Mientras la “Yáñez” ha estado al costado del cúter, Radowitzky quedó pegado a la tierra para no ser divisado. Tanta es la tensión que ni siquiera el frío le hace mover una pestaña. Una vez alejada las embarcaciones, Radowitzky, con todas sus ropas mojadas, comenzará a caminar en

dirección a Punta Arenas, donde espera que encontrará refugio. Ignora que las autoridades chilenas ya saben la verdad. De Punta Arenas sale mientras tato una partida de fuerza de policía de la marina chilena: siete horas después, en el paraje conocido como Aguas Frías, apenas a 12 kilómetros de Punta Arenas, es localizado Simón Radowitzky, extenuado y con las ropas heladas. Esposado es llevado al puerto chileno donde los alojan en un calabozo del buque de guerra “Centeno”.

La noticia de la captura de Radowitzky llena un poco de desazón al porteño medí, pero pronto lo olvida por otro tema: la carrera del siglo, Botafogo contra Grey Fox.

Veintitrés días después de su búsqueda de la libertad entra nuevamente Radowitzky en el penal de Ushuaia. Lo entra de noche para no provocar disturbios entre los penados. Pero éstos esperan despiertos al mesías de las rejas, a su místico de calabozo. Gritan y golpean las puertas de las celdas. ¡Viva Simón! ¡Mueran los perros sarnosos!

A los carceleros les han dado piedra libre esa noche con Radowitzky. Por culpa de su fuga han recibido un severo llamado de atención. Y no es cuestión de que quede impune por culpa del ruso Radowitzky. Pero tal es la amenazadora actitud de los penados que “Rasputín, el bueno” se salva esa noche de la inevitable paliza. Pero la venganza será mucho más refinada. Durante más de dos años, hasta el 7 de enero de 1921, lo tendrán aislado en la celda, sin ver la luz del sol, y sólo a media ración.

En 1963 el autor de esa nota tuvo largas conversaciones con un guardicárceles de origen español que había servido durante años en el penal de Ushuaia y que le relató diversos aspectos de la vida que hacía Radowitzky allá. Sin proponérselo, el anarquista era un hombre muy peligroso: a él recurrían todos los presos cuando eran castigados a tenían algún problema. Se arreglaban para verlo en el taller o le trasmitían sus cuitas por intermedio de otro penado. Radowitzky siempre escuchaba a todos y era una especie de delegado de los hombres de trajes de rayas. En la primera oportunidad exponía el problema ante el director o ante algún visitante del gobierno. Lo hacía en forma clara y convincente y siempre traía algún problema para las autoridades o los carceleros. Cuando no lograba su propósito organizaba la resistencia por medio de hambre, de brazos caídos o de coros de protesta. Por supuesto venían las represalias y él siempre era la víctima. Aguantaba cualquier castigo y nunca le lograron quebrar el ánimo ni tampoco pidió perdón o misericordia. Era un personaje extraño, dostoievskiano, siempre rodeado de un halo místico y una inconmensurable predisposición para el dolor. Una mezcla de campesino ruso y rabino de ghetto. Eso sí, siempre de buen humor dispuesto a responder cordialmente a cualquier pregunta.

Por muchos años, la vida de Radowitzky entrará en el silencio. Ya nadie habla de él como si la fuga hubiera sido su capítulo final. Sólo en los círculos anarquistas el mito de su figura iba creciendo año tras año.

En 1925 -7 años después de la fracasada huída- un periodista del diario “La Razón” logra entrevistar a Radowitzky en Ushuaia. Es interesante la descripción que hace el cronista: “Simón Radowitzky es un sujeto de mediana estatura, delgado, frente despejada y alto calvo, quijada prominente, cejijunto y ojos pequeños, vivos. El rostro es pálido y en los pómulos se le observan algunos vetas rojas. Tiene 34 años y hace 16 que está en el presidio, en el que trabajo de todo. Su celda es modelo de limpieza y en ella se ven algunos retratos de familia. Cuando lo vemos se encuentra algo afiebrado y tiene envuelta en el cuello una bufanda de color azul. Es voluntarioso para hablar, casi diríamos locuaz, pero a ratos, por falta de hábito de mantener conversaciones largas, repite lo que ya ha dicho. Es sencillo en sus expresiones y de tanto en tanto de le escapa una palabra en el argot criollo pero lo corrige en seguida y reclama disculpas. Sabe que como ácrata continúa gozando de popularidad y que sus compañeros de ideas han tejido sobre él una corona de mártir, pero dice que tales manifestaciones le molestan

y que no mató a Falcón para hacerse célebre sino a impulsos de sus convicciones. En víveres y medicamentos, especialmente tónicos, recibe socorros del grupo de Afinidad”.

Pasan los años y el mito sigue creciendo. Radowitzky, para los anarquistas, es un santo en el poder de los herejes. Y esa figura se va adentrando también en toda la clase trabajadora y, en general, en el público porteño. Por eso, todos los petitorios, todos los actos que se hacen por su libertad cuentan con gran apoyo y simpatía. En 1928, 29 y 30 su nombre podía leerse en las paredes de la ciudad: “Libertad a Radowitzky”, y “La Razón” sostiene que su nombre “era como el broche de vigor con que cerraban las protestas en los conflictos del capital y del trabajo y en los pliegos de condiciones”. Cuando asume Hipólito Yrigoyen su segunda presidencia las diversas organizaciones de trabajadores presionan para el indulto. Es entonces cuando se origina una discusión en la prensa y en los círculos políticos y jurídicos acerca del delito de Radowitzky y su interpretación. Porque era evidentemente: Radowitzky no había matado para robar, pero había matado.

Creemos que el que mejor ha interpretado este hecho ha sido Ramón Doll, en un folleto publicado en 1928. Doll -brillante periodista, hombre de lucha infatigable quien, pese a las distintas corrientes en que actuó, mantuvo una unidad de pensamiento, y a quien todavía no se ha hecho justicia en lo que atañe a su real valer- califica el delito de Radowitzky con las precisas palabras de “crimen repugnante y estúpido”, pero añade: “no es un crimen pasional o de un mercenario; es un crimen social, nace o, mejor dicho, aborta como cuerpo amorfo o monstruoso engendrado en esa escisión honda que trasciende a todas las sociedades y que la hiende en la moderna guerra de clases. He aquí pues que los jueces de estos casos judiciales -que se presentan como ineludibles aberraciones de todo fenómeno social pero que aún así anuncian el despertar de las clases explotadas y el futuro vuelco de todo el contenido social en los moldes del nuevo estado y de nuevo derecho- suelen encarnarlos con doble severidad: primero por ser crímenes y después porque son cometidos por un individuo de la clase adversaria, a la que pertenece el reo. Es evidente que un juez pertenece siempre a la burguesía y que por lo tanto sus intereses, prejuicios, su comunidad misma lo llevarán a solidarizarse con su clase y no con los de la clase proletaria, del tal modo que a la intolerancia que debe tener para todo crimen doblase lo que puede tener para el criminal que además es un adversario”.

“El proletario -agrega Doll- tiene personería propia en el pleito económico y político, nadie se asusta de la lucha de clases sino tal vez los parásitos que bajo la ruda ley del trabajo se encuentran indefensos y atrofiados. Ya no hay machete ni nadie lo pide contra los socialistas, comunistas y anarquistas, y los estudiantes de derecho que en 1909 se presentaban babeantes de servilismo a pedir puestos honorarios de pesquisas en el Departamento, para incendiar bibliotecas, hoy en plena Facultad han manifestado repugnancia por la intromisión ‘académica de los militares en las aulas’”. Dice muy bien que “el crimen de Radowitzky no es ni más ni menos horrendo que los crímenes que a diario se cometen en las luchas electorales argentinas”. Y sin embargo nadie que intervino en esos crímenes recibió ni la cuarta parte de la pena impuesta a Radowitzky.

“Obsérvese -dice finalmente- la actitud de la burguesía frente a dos crímenes igualmente nauseabundos: un atentado anarquista y un asesinato nocturno. En el caso del asesinato por robo se comenta, se critica quizás apasionadamente pero siempre se termina dejándolo librado a la ‘serena majestad de la justicia’; en el atentado anarquista, la burguesía toma parte en su represión, se producen razzias policiales, se agitan las guardias blancas. Y parece que mientras el crimen común obra en la sugestión de los satisfechos como amable distracción que la facilita, el atentado anarquista produce asientos, perturba el trabajo gástrico y origina dificultades posteriores. Reconocido que entre uno y otro no hay, no puede haber ninguna diferencia, que los dos son igualmente brutales (que, como decía un diputado del Congreso Nacional al discutirse la antigua ley de defensa social, uno no debe perturbar más que el otro), el reconocimiento por parte del presidente de que ello sea realmente así dentro de la masa del

pueblo aunque entre los banqueros, los obispos y los generales ocurra algo distinto, permitirá reconsiderar el caso Radowitzky”.

Finaliza el gran escritor nacionalista señalando que “si el presidente indultara hoy a Radowitzky no haría más que adelantarse a conceder por gracia lo que en rigor podría obtener Radowitzky por derecho en 1930 solicitando su libertad condicional”.

En enero de 1930 ocurre el naufragio del “Monte Cervantes” en los canales fueguinos. Los náufragos -en gran parte personas de los sectores influyentes de Buenos Aires- son alojados en Ushuaia y los presos demuestran un comportamiento ejemplar al compartir frazadas y comida con el inesperado contingente. El diario “Crítica” envía al Sur a uno de sus mejores cronistas, Eduardo Barbero Sarzabal, con el barco que traerá a los náufragos. El periodista aprovecha las pocas horas en que el buque estará en Ushuaia para dirigirse al penal y allí se las ingenia para conseguir una entrevista que dará lugar a un reportaje que resultará sensacional. Damos la experiencia de Barbero Sarzabal: “este enviado especial consiguió una orden escrita para hablar con los presos. El alcaide interior, señor Kammerath -que actúa hace 20 días-, ordena:

– Que venga a la alcaidía el penado 155.

A la izquierda del hall de entrada está el despacho del alcaide. La ventana deja pasar débilmente la luz. La máquina fotográfica escondida al entrar en los bolsillos es luego ocultada debajo de la gorra de viaje y puesta encima de un sillón. Solo con el alcaide estaba el representante de “Crítica”. Radowitzky demora en llegar. Hasta que el eco de unos pasos fuertes por un largo corredor de madera que muere en la puerta de la alcaidía anunciaban la llegada. La voz fuerte del carcelero anunció:

“– Aquí está el 155 ¿Puede pasar?

“– Sí.

“Radowitzky, sorprendido, franqueó la puerta, llevando el casquete entre las manos. Y avanzó resuelto, vestido con su traje color cebra, azul y amarillo, con grandes números en el saco y pantalón. El 155. Es de estatura mediana. De gesto enérgico. La cabeza erguida, la cara de rasgos firmes en la que se destacan sus gruesas cejas. El pelo corto, tirando a negro, descubre algunas canas. La frente amplia fuertemente, con grandes entradas. Y al expresársele que es un redactor de Crítica quien desea hablar con el, extiende la mano que aprieta fuertemente. Sonríe más bien escéptico. En breves palabras le dimos la sensación de que era un redactor verdadero de ‘Crítica’ quien hablaba con él”.

Hace pocos días, Barbero Sarzabal nos contaba que la palabra mágica para despertar la confianza de Radowitzky fue “le traigo saludos de Apolinario”. Aquel Apolinario Barrera -intendente de “Crítica”- protagonista de su huida en 1918.

Continuemos con el reportaje: “Las palabras de Radowitzky sonaban dentro de la alcaldía como un martillo. Radowitzky impresiona por la sensación de dinamismo hombruno. Cuando habla parece que mascara las palabras. Y ellas salen, breves, concisas, como de un percutor. Sus mandíbulas parecen que fueran de hierro. Es que hay en él, desde cualquier punto de vista que se juzgue su personalidad, un recio espíritu desbordante. Tiene individualidad propia. Dice a ‘Crítica’:

”– Me es muy grato poder hablar por su intermedio a los camaradas que se interesan por mí. Yo me hallo relativamente bien. Tengo aún un poco de anemia a pesar que desde un año no me infligen penas. Es que durante los meses de noviembre y diciembre hicimos 20 días de huelga

de hambre como protesta por la actuación inhumana de un inspector llamado Juan José Sampedro, quien castigó a causa de un altercado sin importancia a un penado a quien lastimó”.

(Es el mismo Sampedro que propinó la paliza a Radowitzky a principios de 1918.)

“La protesta manifestada con la huelga de hambre -continúa el penado- dio resultados. Sampedro está suspendido”.

”El alcaide que escucha la entrevista, asiente. Y agrega Radowitzky:

“– No deseo los choques entre obreros, En estos episodios siempre hay un provocador policial que actúa de instrumento. Yo viví intensamente aunque era muy joven, el dolor de la jornada trágica, de la matanza de aquel 1º de mayo que puso tristeza eterna en muchos hogares proletarios. Quise hacer justicia.

”A Radowitzky parece torturarle el recuerdo de los sacrificios que por él realizan desde hace cuatro años sus compañeros. Y luego de breve silencio, agrega:

“– Sí, diga Ud. a los camaradas trabajadores que no se sacrifiquen por mí. Puede expresar también que me hallo bien… que se preocupen por otros compañeros que sin estar en la cárcel o en ellas, merecen también ayuda, quizá más que yo.

“Esta evocación la hace Radowitzky dulcemente, pugnando por hacer áspera la característica recia de su voz y continúa:

”– Hace poco recibí 500 pesos.

“– Es exacto -subraya el alcaide

“–Lo he empleado entre los enfermos del penal. Uno estaba mal del hígado y requería especiales cuidados. El otro, pobrecito, llamado Andrés Baby, está loco. Los cuidados que les hemos propiciado con esta ayuda financiera determinaron la mejoría del primero. Ahora a Baby lo llevarán al hospicio.

“–La biblioteca nuestra es pésima. Hacen falta más libros. Los pocos que tenemos los conocemos de memoria de tanto releerlos.

“– En Buenos Aires tengo un primo llamado Moisés. Los demás miembros de la familia están en Norteamérica. Me refiero a los que están unidos a mí por lazos de consaguinidad porque a los compañeros trabajadores que sufren la injusticia de la sociedad actual, los considero también muy míos. Yo integro, pese al encierro, la familia proletaria. Mi ideal de redención está siempre latente”.

El enviado de “Crítica” logrará un mensaje por escrito de Radowitzky: “Compañeros trabajadores: aprovecho la gentileza del representante de “Crítica” para enviarles un fraternal saludo desde este lejano lugar donde la fatalidad se ensaña con las víctimas de la sociedad actual”. Luego la firma: la letra despareja, rasgos duros, una escritura torpe. Pero lo sorprendente es el contenido: a pesar de los veinte años de prisión no se le han borrado los conceptos fundamentales de su ideología.

El reportaje, dado a toda página tiene amplia repercusión. Ya nadie duda de que Radowitzky tendrá que ser indultado. Los anarquistas no se ahorran medios: a través de las organizaciones hermanas de Estados Unidos logran localizar a los padres de Radowitzky y éstos escriben al

presidente Yrigoyen: “Antes de morir -dicen los ancianos- queremos ver a nuestro hijo en libertad”.

Las radicales que rodean a Yrigoyen aconsejan que lo indulte dos o tres días antes de las elecciones del 2 de febrero de 1930, de diputados por la capital. Si lo hace es seguro que la mayor parte de los obreros votarán a los radicales. Yrigoyen escucha en silencio. Por otro lado sabe que hay mucha inquietud en el ejército y en la policía por el asunto del indulto. Los días pasan y el presidente no toma ninguna determinación. Llega el dos de febrero y caen derrotados los radicales por los socialistas independientes. Los radicales se desesperan: otra vez el viejo ha dejado pasar una oportunidad.

Pero el “peludo” sabe lo que hace. El tiene buena memoria y se acuerda que en 1916 antes de su primera elección a presidente de la República prometió a una delegación de anarquistas que indultaría a Radowitzky. Y él cumple las promesas. Claro… es un poco lento, han pasado ya 14 años. Ha elegido la oportunidad: nadie le podrá decir nada. Pero ahora comienzan los mismos correligionarios a decirle: “Doctor, ahora convendría indultar a Radowitzky… hay mucha inquietud entre los militares”.

El domingo 13 de abril de 1930, por la mañana, se lleva a cabo en el cine Moderno -Boedo 932- un gran acto “Por la liberación de Simón Radowitzky” organizado por la Federación Obrera Regional Argentina y la Federación Obrera Local Bonaerense. Hablan J Menéndez, H Correale, J García, B Aladino y G Fochile. Los discursos están plagados de palabras difíciles de un léxico muy particular: “Para sentenciar a Simón fue necesario dejar de lado las conquistas de la ciencia positiva en materia de responsabilidad criminal, los jueces tuvieron que olvidar el determinismo”. Pero el público mantiene una atención emocionante y un silencio más religioso.

Ese día es domingo de Ramos, comienza Semana Santa. Los días donde se habla del sacrificio del Señor y del perdón de los pecados humanos. Perdonar a los que yerran, amar a tu prójimo como a ti mismo son los fundamentos del cristianismo. Es la oportunidad que aprovechará don Hipólito. Les va a tocar en la fibra íntima a los que no quieren el perdón para el matador de Falcón. El lunes 14, imperceptiblemente llama a su secretario y le dice: “M’hijo, tráigame el borrador de ese decreto sobre los indultos”.

Y las sextas ediciones de los diarios de ese día traen la gran noticia: “FUE INDULTADO SIMÓN RADOWITZKY”. Los diarios se agotan. Es el tema de la avenida de Mayo, de los cafés, de los patios de los conventillos. En los locales anarquistas hay clima de triunfo, los viejos dirigentes -esos que tienen pantalones emparchados pero que saben citar a Anatole France- se abrazan y pierden algunas lágrimas. Tal vez la más grande alegría que hayan tenido los anarquistas argentinos.

Pero a pesar de que Hipólito Yrigoyen ha disimulado las cosas (ha tenido que indultar a 110 presos en el mismo decreto para que el nombre de Radowitzky aparezca perdido entre ellos), la reacción del ejército y de los cuadros superiores de la policía no tardan en sentirse. Y todo esto a pesar también de que Yrigoyen en una disposición muy oscura y enredada -muy particular de él- crea una nueva figura jurídica que evidentemente es anticonstitucional: indulta a Radowitzky pero al mismo tiempo lo destierra. Es decir, le abrirán las puertas de la prisión pero tendrá que salir de inmediato de suelo argentino. Por otra parte, ya se sabe la reacción de los círculos militares: el señor Radowitzky no va a pisar el puerto de Buenos Aires.

Contra la resolución de Yrigoyen se levantan tremendos editoriales de “La prensa”, el primero de los cuales se titula “El abuso de la facultad de indultar”. “El poder de perdonar las penas -sostiene- inherente a la soberanía, debe ser ejercitado en casos excepcionales y constituye un abuso cuando se aplica por razones de clemencia a favor de decenas y centenares de delincuentes. El último decreto presidencial además de incurrir en este abuso, contiene graves

fallas legales. Al conmutar penas de reclusión y de prisión por la de destierro, el P E olvidó que esta última fue abolida por el congreso hace 9 años, lo que no debió pasar inadvertido para un ministro de Justicia que es doctor en Jurisprudencia y que fue miembro de la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires”.

Y luego otro más incisivo titulado “Fallas legales del decreto de indultos”. “constituyen graves fallas del decreto del 14 de este mes la falta de fundamentos para cada caso relacionado con los informes de los tribunales, que deben ser previos, y la aplicación de la pena de destierro, suprimida por el código Penal en vigor que promulgó el propio presidente Yrigoyen el 29 de octubre de 1921. El decreto de indultos deberá ser reformado para que sea posible aplicarlo, en la parte observaba. En efecto, siendo imposible legalmente la conmutación ordenada y no habiendo sido indultados los ‘los desterrados’, la nulidad de la decisión del P E deja en pie y en toda su integridad las condenas judiciales respectivas”.

Pero a testarudo no le van a ganar Yrigoyen. Aguanta todos los ataques en silencio, sin responder, Anticonstitucionalmente o no, se comunica el indulto a Simón Radowitzky y las puertas del penal se abren después de haberlo encerrado 21 años como muerto en vida.

El 14 de mayo de 1930 llega a la rada del puerto de Buenos Aires el transporte nacional de la armada “Vicente Fidel López”. A su bordo está simón Radowitzky. El capitán espera órdenes de Buenos Aires. Están a la altura del kilómetro 40. Las luces de Buenos Aires se aprietan en el horizonte. Y de allí viene avanzando otra luz. Es el remolcador “Mediador”. A su bordo viajan el oficial Carlos Armendáriz y los marineros Alejandro Corbalán e Ireneo Ojeda, de la prefectura. Radowitzky he pedido ser desembarcado en Buenos Aires pero se da cuenta de que algo extraño ocurre. El oficial sube a bordo y habla con el capitán. Luego llaman a Radowitzky. Le dicen que tendrá que embarcarse en el “Mediador”. Radowitzky insiste: quiere ir a Buenos Aires a fin de visitar a sus amigos y compañeros. El oficial le dice que no podrá desembarcar en Buenos Aires y que tiene órdenes de llevarlo a Montevideo. Pero aquí hay otra jugada de mala fe contra el ex penado. No le han dado documentos. El director del penal de Ushuaia los pidió a la policía de la Capital. La policía contestó con una carta burocrática. Pero había la consigna de ignorarlo. Para la policía argentina el señor Radowitzky no existe: murió en 1909 porque debió ser fusilado.

Mientras Radowitzky viajaba desde Ushuaia al Río de la plata su nombre había originado un tremendo conflicto en la sociedad Uruguaya. La prensa ataca y defiende al anarquista, igual que la opinión pública. El diario “La Mañana” escribe que “los argentinos nos mandan de regalo al indeseable porque no saben qué hacer con él, y nosotros los uruguayos tenemos que prestarnos a resolver sus problemas”. Los sectores de derecha presionan al presidente Campisteguy para que haga uso de su facultad del artículo 79 de la Constitución y no acepte al viajero. Pero el Uruguay tiene toda una tradición. “La tierra más libre del mundo”, señala “El País” del 14 de mayo. “Sagrario del derecho de asilo”. Y el Dr. Campisteguy, espíritu liberal, cristiano y bondadoso, señala que Radowitzky podrá desembarcar en “tierra charrúa”.

Antes de dejar el “Vicente Fidel López” y embarcar en el remolcador “Mediador”, Radowitzky solicita se le conceda un minuta de tiempo para “lavarse las manos”, pues el aseo en el trasporte no podía mantenerse mucho tiempo por el humo que lo ennegrece todo.

El “Mediador” está en alerta y cuando a las 23:30 ve deslizarse como un collar de luces por medio del Río enfila hacia Buenos Aires. Es la “Ciudad de Buenos Aires”, vapor de la carrera a Montevideo. En el kilómetro 29 las dos embarcaciones se juntan y asciende Radowitzky al paquete junto con los tres hombres de la prefectura. Casi todo el pasaje se ha ido a dormir, pero quedan algunos hombres curiosos en la cubierta. Cuando sube Radowitzky le dan la mano y le hacen preguntas. El desterrado saluda a todos y contesta con cortesía hasta que el comisario de a bordo le comunica que tendrá que sacar el pasaje. Ante tal ridícula imposición, Radowitzky

no protesta, al contrario saca de su bolsillo el dinero -proveniente del último envió de sus compañeros de Buenos Aires- y saca de tercera clase. Se disculpa ante quienes lo rodean y se dirige a la estación de radio donde envía dos telegramas: uno al capitán y tripulación del “Vicente Fidel López” agradeciéndoles el trato y otro a Montevideo, al anarquista Capurro, señalando la hora de llegada.

Los pasajeros que acaban de hablar con Radowitzky se miran un poco decepcionados: ¿Y éste es Radowitzky? Se lo han imaginado con lago demoníaco, tenebroso, un personaje de terrible mirada y gesto demoledor. Y la verdad es que sólo se trata de un hombre tosco, con manos y cara de albañil, que sonríe, pide disculpas y responde amablemente.

Pero los pasajeros no serán los únicos decepcionados…

El “Ciudad de Buenos Aires” atraca en Montevideo. Allí están: cerca de cien compañeros que han podido ser avisados de su llegada. Entre ellos hay gente de Buenos Aires: Berenguer, de “La Protesta”, Eusebio Borazo que estuvo también en Ushuaia, Cotelo y otros. Hay piquetes de agentes policiales a pie y acaballo.

Son las 7:15. Suben funcionarios de inmigración. Pueden bajar todos los personajes menos Simón Radowitzky. Hay una desagradable sorpresa para las autoridades uruguayas: el desterrado no tiene ningún documento para acreditar su identidad. Bajan. Comienzan los támites. Dirigentes anarquistas se trasladan en taxi a la casa de gobierno. A las 9 sube a bordo el jefe de la policía de investigaciones, Servando Montero. Minutos después llega el director de inmigración, Juan Rolando, quien firma el visto bueno para el desembarco del anarquista. Ahora sí: se asoma a la cubierta: es Simón Radowitzky, “el camarada más amado”, “la víctima de la burguesía”, el “vengador del honor de las clases humildes”. Viste un termo de gabardina claro, un echarpe enredado como víbora al cuello y sombrero orión. Todas prendas compradas a un turco en Ushuaia, con dinero enviado por la solidaridad ácrata. Saluda a sus compañeros moviendo el sombrero orión en gesto bastante torpe y discontinúo. “¡Viva el anarquismo!”. “¡Viva Simón!” gritan desde tierra. Los caballos del piquete comienzan a caracolear. Se animan los compañeros y los seis dirigentes máximos suben por la plancha. Nadie se lo impide. Están en el Uruguay. Allí todo es distinto. Todos abrazan largamente a “Simón”. Cuando quieren llevarlo a tierra se oponen amablemente los dos médicos de inmigración: hay que revisar al pasajero. Disposiciones son disposiciones y hay que cumplirlas. Nueva demora. El examen es a fondo, lo llevan a un camarote. Veinte minutos después el diagnóstico: “puede ser desembarcado, pero tiene el pulmón izquierdo muy afectado”.

Simón Radowitzky pisa tierra uruguaya. Él, ahí, con su sombrero orión, es rodeado por un mar de hombres con gorra, pañuelo al cuello y alpargatas. El cuadro es un poquito desigual. El hombre mito, el mártir, el vengador, estaba allí, de cuerpo entero. Sonreía, agradecía con gestos torpes. Luego, las primeras declaraciones periodísticas, el primer error: dice que quedará unos días en Uruguay y luego viajara a Rusia. ¿A Rusia? Los dirigentes anarquistas se miran. ¿Es que acaso no conoce la masacre de los marineros anarquistas de Kronstadt? ¿Ignora que los anarquistas son calificados de enemigos del Estado?

Es que Radowitzky sale de la cárcel con su intención ingenua de conversar con todos los dirigentes del proletariado y unirlos. No sabe que entre socialistas, comunistas, trotzkystas y anarquistas hay mucha sangre y mucho odio de por medio y que ya es algo que nadie podrá unir. Siguen las preguntas y a todo Radowitzky responde con diligencia. Hasta que, con sonrisas, pero con decisión es llevado por los altos jefes anarquistas hasta un taxi. Y de allí, a las casa de la calle Justicia 2058. El taxi parte. Radowitzky sigue saludando con la mano a los obreros que lo aplauden.

Ha comenzado a desinflarse el mito: comienza a volver a la vida del hombre, el obrero, el autodidacta limitado por 21 años de encierro. Ironías de la vida, ahora Radowitzky vive en la calle Justicia y allí van los periodistas a entrevistarlos. Pero claro, sus temas de conversación son muy limitados. Le brillan los ojos al relatar el día en que se conoció el indulto en Ushuaia. Hubo gran algarabía entre los presos; todavía se quedó siete días entre ellos -como quien permanece en su casa- a la espera del trasporte de la Marina. Al salir del penal y bajar los escalones de la pequeña escalinata lo esperaban más de cincuenta marineros de cuatro avisos de la Armada que estaban en Ushuaia. Lo felicitaron y armaron un poco de alboroto, tanto que el comisario creyó que se trataba de una sublevación cuando vio que se aproximaba Radowitzky a la comisaría rodeado de marinos. Radowitzky tiene a demás sensibles palabras sobre los niños de Ushuaia. ¡Claro, había estado 21 años sin ver rostros infantiles!

Pero en los diálogos con los periodistas y curiosos con el ex penado vuelve siempre al penal y repite: “La separación de mis compañeros de infortunio fue muy dolorosa”. No habla mucho sobre sus sufrimientos pero se le ensombrece el rostro cuando recuerda el período del administrador Juarr José Piccini. “Me hacia despertar cada media hora poniéndome la linterna en la cara. El invierno es horroroso. El edificio, hecho con cemento armado, es extremadamente frío. Solo teníamos dos frazadas como abrigo”.

Sobre su libertad tiene una frase escrita que saca del bolsillo y la lee: “Mi libertad la ha hecho el proletariado universal y el Dr. Yrigoyen al firmarla ha hecho un acto de justicia que el pueblo reclamo”.

Pasadas las primeras horas de curiosidad. Radowitzky sufrió un período de agobiamiento y nerviosidad. El tránsito y el bullicio lo asustan. Se siente indefenso ante la vida como un monje que después de veinte años de convento lo trasplantan al centro de una ciudad. Pero se fue adaptando y, en vez de aislarse, encontró poco a poco el ritmo de la nueva vida.

Terminados los agasajos a Radowitzky se le buscó un trabajo. No podía ser otro que el de mecánico. Trababa liviano porque sus pulmones no le permitían mucho esfuerzo. Así pasaron varios meses. Pero el cambio de clima desmejoró notablemente la salud del anarquista. Por eso, sus amigos resolvieron que hiciera trabajos aún más livianos. Esos trabajos “livianos” serán los que luego darán pábulo a la policía para sospechar e intervenir. Radowitzky hará varios viajes a Brasil. “Para descansar y distraerse”, dirán sus amigos anarquistas. Para llevar mensajes y coordinar acciones, dirá la policía.

El periodista rioplatense Luís Sciutto (Diego Lucero) nos ha relatado que cuando él -bien muchacho todavía- estaba empleado en Italcable era de los primeros en subir a los barcos de ultramar que provenían de Buenos Aires. Eran los años 30 y 31 del gobierno de Uriburu, en los que se aplicaba la ley de residencia a todos los anarquistas extranjeros. En esos buques siempre venían varios expulsados. Los barcos quedaban pocas horas en Montevideo y había que aprovecharlas: los anarquistas sabían que Sciutto se prestaba a recibir la lista de anarquistas expulsados que le entregaban a bordo y llevarla hasta un café cercano donde esperaban impacientes dos o tres “compañeros” -entre ellos Radowitzky-, quienes apenas recibido el papel con los nombres corrían a la casa de gobierno donde se les extendía el correspondiente permiso de asilo. Así, muchos italianos y rusos en vez de ir a parar a Italia de Mussolini o a la Rusia de Stalin quedaban en la generosa tierra uruguaya. Radowitzky era uno de los asignados para hacer ese trabajo. Sciutto lo recuerda como un hombre de mediana estatura, algo chueco, morrudo, con principios de calvicie que le hacía ver más grande la frente y con el pelo de los costados “a lo Einstein”. Su aspecto era juvenil con cutis rosado, tal vez proveniente del clima austral que le tocó soportar durante tantos años.

Pero en Uruguay, se acaba el sistema democrático y viene la dictadura de Terra. Mal anuncio para todos los izquierdistas. Comienza el año de 1933. Todo ese año y gran parte de 1934.

Radowitzky pasa casi inadvertido entre viajes a Brasil y pequeños trabajos partidarios. Hasta que un caluroso 7 de diciembre de ese año, una partida policial lo ubica en una pensión de la calle Rambla Wilson 1159. Allí lo identifican y con toda la cortesía le señalan que permanecerá detenido en su domicilio. Ponen un vigilante en la puerta de la pensión y se marchan. Radowitzky está maldito por suerte, evidentemente. Ha soportado tantos años de prisión para que nuevamente vuelve a repetirse lo de antes: perseguido por las autoridades.

Tres días después de la Navidad que él nunca celebrará por ser cosa de burgueses, es visitado por el ceremonioso jefe de investigaciones de la policía uruguaya, señor Casas, quien le señala que lamenta profundamente pero que deberá abandonar el país con toda urgencia pues se le acaba de aplicar la “ley de extranjeros indeseables”. Radowitzky acepta la intimación y contesta que abandonará el país lo más pronto posible.

Pero sus amigos presentan su caso ante el doctor Emilio Frugoni, tal vez el más brillante jurisconsulto que ha tenido el Uruguay. Y Frugoni acepta defender al perseguido. Le aconseja no abandonar el Uruguay porque su caso servirá de precedente para muchos otros que sufren persecución policial.

Advertido de esto, el jefe de la policía ordena la inmediata detención de Radowitzky. Con muchos otros dirigentes izquierditas. Radowitzky es detenido y confinado a la isla de Flores, frente a Carrasco. Allí las condiciones son pésimas. Debe dormir en un a especie de sótano o cueva que antes era refugio de ovejas. Protesta el abogado Frugoni exigiendo que se lo devuelva a la jurisdicción judicial correspondiente. Pero lo único que logra es que el detenido se le permita dormir en un excusado en vez de la cueva. Pasan varis semanas y disminuye la tensión política en el Uruguay. Uno a uno, los presos de Isla Flores fueron recuperando la libertad. A cada despedida se oían gritos de júbilo, canciones y la renaciente esperanza de la libertad para los que quedaban. Pero esa esperanza se hacía casa vez más lejana para Radowitzky. Él y otros cuatro dirigentes continuaron en el encierro.

Prosiguió incasable Frugoni con su alegato. El 21 de marzo de 1936 llegó la ansiada libertad de Radowitzky. El hombre maldito por la suerte prepara sus tres o cuatro cositas de preso y parte para Montevideo. Allí, con toda cortesía -esa cortesía que él conoce muy bien y por eso prefiere los palos antes que el trato meloso-, se le comunica que deberá permanecer preso en su domicilio. Pero lo cierto es que ya no tiene domicilio, porque siempre vivió en pensiones. Entonces la policía es terminante: deberá permanece en la cárcel “hasta nueva orden”. La “nueva orden” tarda en llegar. Seis meses después, las puertas de la cárcel se abren. Por últimas vez. Luego, hasta su muerte, Radowitzky gozará de libertad aunque su vida sólo encontrará descanso en sus últimos años.

Es interesante la sentencia de libertad definitivamente que produce el juez Pitamiglio Buquet, ya que pinta de cuerpo entero la idiosincrasia de Radowitzky, por lo menos durante los años que vivió en Uruguay.

Así dice la sentencia: “Montevideo, junio 25 de 1936. Visitas: de conformidad escrita a la probanzas aportadas por el defensor y a los datos que obran en el prontuario reinvestigaciones cabe sentar sin hesitaciones que Simón Radowitzky no es un indeseable: desde que se radicó en el país de las autoridades policiales sólo han tenido que ver con él por simples sospechas muy explicables en virtud de sus antecedentes de ácrata exaltadísimos, y a pesar de que pronunciará acá conferencias públicas de tendencia anarquista, su conducta ha sido siempre correcta y la de un hombre honesto a carta cabal que buscó sus vinculaciones entre personas intachables, muchas de ellas ajenas a su credo filosófico”.

Con eso termina una etapa de Radowitzky, la de las cárceles. Ahora comenzará su largo deambular con sus compañeros de ideas, cada vez más raleados, cada vez con el sentimiento

de que luchaban por algo demasiado ideal y ya, por eso mismo, un poco caduco. Por eso fueron a su holocausto, a quemarse en la sangrienta lucha de España.

El desafío de Francisco Franco el 18 de julio de 1936 a la República Española es tomado por los anarquistas de todo el mundo como una cuestión de honor, de vida o muerte. Y todos hicieron la larga marcha: Madrid será el lugar de la cita. Y entre ese grupo de hombres venido de Argentina, Brasil y Uruguay que como único bagaje traen la decisión y coraje está Simón Radowitzky. Vienen a dar la vida, a enfrentar esta vez cara a cara a sus enemigos. El ex penado de Ushuaia, prestará valioso trabajo en los servicios de ayuda a las tropas anarquistas en los diferentes frentes. Estaba casi siempre en Madrid, adscrito al comando anarcosindicalista. Radowitzky cree que la guerra civil española ha convertido en realidad su viejo sueño de ver juntos a todos los hombres de izquierda. Hasta que en 1939 es testigo de una lacerante verdad: en Madrid, en Valencia y en Barcelona comienzan los fusilamientos de anarquistas. Pero no son los rebeldes de Franco. Son los propios comunistas que “para evitar indisciplinas” y forzar el comando único en sus manos eliminan sin piedad a todo aquel que tenga olor a anarquista. Centenares de muchachos y hombres curtidos en todas las luchas son obligados a cavar su propia tumba y luego son fusilados por sus propios aliados. Así, sin juicio previo. Esos no dan ninguna oportunidad, Radowitzky más de una vez debe haber pensado que la burguesía por lo menos le dio la oportunidad de un juicio, la presentación de una partida de nacimiento, y que un presidente calificado de caduco, débil, irresoluto, le dio el indulto contra todos y a pesar de todos.

Al terminar la guerra son muy pocos los anarquistas que quedan. Apenas un grupito logra pasar los Pirineos, llegar a Francia y embarcarse luego a Méjico. Simón Radowitzky seguirá incansable a su estrella, a su idea. Pero eso idea ya sólo le da para vivir de recuerdos y para editar revistas de pequeña circulación. En Méjico tendrá lugar para hacer periódicos viajes a Estados unidos y visitar a sus parientes y a la vez intercambiar impresiones con organizaciones anarquistas de ese país. En Méjico, el poeta uruguayo Ángel Faco lo empleará en el consulado donde era titular. Radowitzky cambiará de apellido y se llamará simplemente José Guzmán y compartirá su pieza de pensión con una mujer, la única que se le conoció en su vida.

Así fueron deslizándose sus 16 últimos años: entre el trabajo, las charlas y conferencias con los compañeros de ideas, y su hogar. Hasta que el 4 de marzo de 1956 -tenía 65 años de edad- cayó fulminado por un ataque cardíaco; murió sin darse cuenta. Sus amigos le pagaron una sepultura sencilla.

Tal vez al morir, cerró ese capítulo tan extraño y a veces tan inexplicable de los anarquistas que buscan conmocionar a la sociedad con bombazos indiscriminados. Y tan extraño es que todavía hay su nombre es execrado -principalmente en la policía, cuya escuela de cadetes se denomina precisamente Ramón L Falcón- y venerado por los pocos que todavía se sientes solidarios con el ideario anarquista.

Cosa extraño. Simón Radowitzky es de esas apariciones que muestran la contradictoria que es la vida, el ser humano, la razón misma de ser.

Mató por idealismo ¡Qué dos contraposiciones! Lo malo y lo bueno, lo cobarde y lo heroico. El brazo artero, movido por una mente pura y bella.

LA MASACRE DE JACINTO ARÁUZ

¿Dónde queda Jacinto Aráuz? ¿Qué ocurrió el 9 de diciembre de 1921 en Jacinto Aráuz? Tal vez, la mayoría de las respuestas quedarían en blanco. Jacinto Aráuz es una población en plena pampa, sobre la llanura rica de espigas en el linde entre la provincia de La Pampa y la de Buenos Aires, allá, hacia el sur, donde para el oeste comienzan a ralear las poblaciones y para el este va bajando a Bahía Blanca. En ese lugar, hace cincuenta años ocurrió un hecho insólito que tal vez pueda parecer anecdótica pero que nos servirá para pintar el estado de cosas que se vivían hace cinco décadas en el campo argentino, al término del primer gobierno de Yrigoyen. Y esto que pareciera anécdota conforma una cita insustituible para quien quiera historiar las luchas y la vida de los trabajadores de la tierra en nuestro país.

En los hechos sangrientos de Jacinto Aráuz se conjugan todos los factores sociológicos para descripción de una época: las condiciones de trabajo en la cosecha, la vida de campo, el grado de educación gremial de la peonada, la influencia de las ideas anarquista -principalmente a través de la FORA- en la lucha por sus reivindicaciones, los medios de represión gubernamentales, los cuerpos paralelos de represión de extrema derecha que toleraba Yrigoyen haciendo la "vista gorda" ante hechos de violencia, etcétera.

Nunca como en esos primeros años de la década del veinte estuvo tan agitado el campo argentino (hubo sí, en otros años, movimientos tal vez de más importancia pero no tan seguidos y constantes). El hombre del campo -despreciado como elemento revolucionario por Marx- tuvo en nuestro país un actitud de vanguardia en palucha de las condiciones de vida del trabajador, aunque parezca curioso. No le fue en zaga al obrero de la ciudad. Y los elementos que llevaron la agitación fueron, sin duda alguna, los extranjeros: italianos, españoles, alemanes, polacos, rusos. En su mayor parte de ideología anarquista.

Fue obra de la FORA del V Congreso casi exclusiva esa lucha por la mejora de salarios y condiciones de trabajo. La central obrera anarquista había logrado algo que luego ningún movimiento político-gremial superó en nuestra historia: la formación de las "sociedades de oficios varios" en cadi todos los pueblos de campaña. Y lo que es más, casi todas con sus órganos propios de expresión o sus propios volantes impresos. Es a la vez curioso e increíble lo que hizo el anarquismo por el proletariado agrario argentino: hubo pueblos o pequeñas ciudades del interior donde el único órgano de expresión, el único periódico, era la hoja anarquista, con sus nombres a veces chorreando bondad, a veces oliendo a pólvora. Y los únicos movimientos culturales dentro de esas lejanas poblaciones fueron los conjuntos filarmónicas que representaban obras de Florencio Sánchez, Guimerá o Dicenta.[3]

Por supuesto que la idea anarquista entró con el extranjero. De ahí que en forma tan inteligente para sus fines Manuel Carlés con su Liga Patriótica exaltó lo nacional frente a lo extranjerizante, la bandera de la patria frente al trapo rojo, el hijo del país frente al extranjero desarraigado y apátrida. Lo que hizo Manuel Carlés con su Liga Patriótica para detener principalmente en el campo la influencia de las ideas revolucionarios no tiene parangón. Fue una verdadera obra de titán lo que hizo este hombre para combatir a socialistas y anarquistas y defender la "familia, la tradición y la propiedad". Todos los que se beneficiaron de su obra han olvidado muy pronto lo que hizo Carlés enarbolando la "patriótico, lo nacional, la forma tradicional de vivir argentina contra lo extranjerizante y la inmoralidad de las ideas socializantes".

[3] Con justa razón escribía Diego Abad de Santillán que desde 1890 la Argentina ocupaba el primer puesto en el mundo por el número de sus publicaciones anarquistas.

Carlés -que creo cerca de mil brigadas de la Liga Patriótica en todos los rincones del país, formadas por propietarios, estancieros, latifundistas, empleados públicos, militares, marinos y policías- se dio cuenta de que la única manera de para al socialismo que venía con arrolladora fuerza en la mente de los inmigrantes que desembarcaban en el país, era la de dividir, de enfrentar lo extranjero con los argentino.

Y a fe de verdad… los anarquistas daban una gran ventaja en este aspecto. Sin importarles un pito de demagogia ni dar un ápice de sonrisa para el que estaba en la vereda de enfrente seguían arrimando garrotazos desde las columnas de sus periódicos y desde las tribunas callejeras contra todo lo que fuera Patria, nacionalismo, ejército, clericalismo e Iglesia, y por sobre todo, policía. Les gustaba frases como la de Karr: “*El patriotismo es el último refugio de los bandidos*”, o cantaban con ritmo de milonga versos como éstos:

“Somos los que combatimos
las mentiras patrioteras
porque son la ruina entera
de toda la humanidad,
porque la patria y sus leyes
son las que engendran la guerra
sembrando en toda la tierra
la miseria y la orfandad.
”Somos los que aborrecemos
a todos los militares
por ser todos criminales
defensores del burgués,
porque asesinan al pueblo
sin fijarse de antemano
que asesinan a sus hermanos
padres e hijos tal vez.

“Somos los que despreciamos
las religiones farsantes
por ser ellas las causantes
de la ignorancia mundial:
sus ministro son ladrones
sus dioses son una mentira
y todos comen de arriba
en nombre de su moral.

“Somos por fin los soldados
de la preciosa ANARQUÍA
y luchamos noche y día
por su pronta aparición;
somos los que sin descanso
entre las masas obreras
propagamos por doquiera la Social Revolución.

Nada se salvaba, ni siquiera la bandera argentina. Por ejemplo en esta canción que entonaban las roncas voces obreras con música del tango “Pájaro Azul”:

La bandera azul y blanca
por el suelo está rodando
Y en su sitio la Roja,
Yen su sitio la Roja,

Allí está flameando.

Y es la bandera del pueblo,
la bandera más hermosa,
pues su insignia libertaria
por su insignia libertaria
es del color de una rosa.

Y nos imaginamos la cara que pondrían los militares, los comisarios y las señoras y señores de pasar tradicional cuando escuchaban a todas esas multitudes de gorra, traste parchado y zapatillas, entonar -ya un verdadero sacrílego- estas estrofas con la música del Himno Nacional Argentino:

¡Viva, viva la anarquía!
No más el yugo sufrir
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.

Oíd mortales el grito sagrado
de Anarquía y Solidaridad
oíd el ruido de bombas que estallan
en defensa de la Libertad.

El obrero que sufre proclama
la anarquía del mundo a través
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido el burgués.

De los nuevos mártires la gloria
sus verdugos osan envidiar
la grandeza anidó en sus pechos
sus palabras hicieron temblar.

Al lamento del niño que grita:
dame pan, dame pan, dame pan,
le contesta la tierra temblando,
arrojando su lava el volcán.

Guerra a muerte, gritan los obreros
guerra a muerte al infame burgués,
guerra a muerte, repiten los héroes
de Chicago, París y Jerez.

Desde un polo hasta el otro resuena
este grito que al burgués aterra,
y los niños repiten en coro:
nuestra patria, burgués, es la tierra.

En los pueblos de campaña con estación de ferrocarril se juntaban tres organizaciones obreras anarquistas: la de conductores de carros, la de oficios varios (en la que entraban los peones de la cosecha) y la de estibadores, es decir, los que hombreaban las bolsas de los carros al depósito, de la estación y de la estación a los vagones. Las tres organizaciones eran autónomas pero a su vez pertenecían a la FORA en un sentido descentralizado y de amplia libertad interna. Ya lo decía el pacto federal de la FORA: *las sociedades (*los sindicatos*) serán*

absolutamente autónomas en su vida interior y de relación y sus individuos no ejercerán autoridad alguna. Además se reafirman este principio de libertad y descentralización en el punto 10, cuando se establecía con énfasis: “la sociedad (el sindicato) es libre y autónoma en la Federación comarcal, libre y autónoma en la Federación Regional”.

Es decir, la democracia a ultranza; los anarquistas eran extremistas en la defensa del derecho a discutir, a disentir, del derecho de la libre opinión, del derecho de no aceptar imposiciones de ninguna organización más poderosa.

Todo lo contrario de la verticalidad del sindicalismo marxista y del sindicalismo argentino que se corporizaba poco después en la CGT.

Y como para que no quedara ninguna duda sobre sus fines, la FORA establecía: “*nuestra organización puramente económica es distinta y opuesta a la de todos los partidos burgueses y políticos obreros puesto que así como ellos se organizan para la toma poder político, nosotros nos organizamos para que los estados políticos y jurídicos, actualmente existentes, queden reducidos a funciones puramente económicas, estableciéndose en su lugar una libre Federación de libres asociaciones de productores libres*”.

Por eso eran tan peligrosos los hombres que engrosaban las filas de los sindicatos anarquistas: tenían tal sentido de la libertad individual y de la rebeldía que para encauzarlos hacia el camino de la obediencia al Estado, a sus símbolos y a sus fines, iba a ser necesario mucho garrotazo, muchas rejas, y tiros; y enfrentarlos con organizaciones represivos que arrancaran de raíz esa levadura malsana y extranjerizante que poco a poco estaba entrando ya debajo de les crenchas duras del hombre auténticamente argentino. Y si no que lo digan estas estrofas que cantaban auténticos payadores anarquistas en almacenes y pulperías de la pampa en esos atardeceros rojizos llenos de cantos de pájaros. Se refieren a la semana trágica.

Fue la semana de enero
un festival policiaco
albedrío del cosaco
del milico, del bombero,
que en nombre de Patria y clero
masacraron por su cuenta.
Y el Mesías del noventa
y del cuatro de febrero[4]
¡resulto más bandolero
que Rosas en el cuarenta!

Ayer los rusos sicarios
en nombre de sus caudillos,
segaron con sus cuchillos
tantos cuellos proletarios;
hoy, bandidos honorarios,
suplen a los mazorqueros
y en nombre del patriotismo
van sembrando el terrorismo
en los hogares obreros.

Chusma ignara, cuartelera,
que en la gran lucha social
ignora el valor moral

[4] Se refiere a Hipólito Yrigoyen.

que entiende la clase obrera.
Horda nula, montonera
del cantón y del piquete
que rudamente arremete
a la pensante ralea
creyendo tronchar la idea
con un tajo de machete.

El gran Sarmiento escribió:
las ideas no se degüellan (sic)
a los hombres se atropella
pero al pensamiento no;
¿Acaso lo comprendió
esa chusma electoral,
esa recua comicial[5]?
que piensa en bancas con puertas
esas muchedumbres muertas:
la vergüenza nacional?

La revolución social
es sin patria ni frontera
es la revolución obrera
derrumbando al capital,
es la casta universal,
es el pueblo soberano
negándole a su tirano
derechos de explotación
buscando la redención
de todo el género humano.

Avance la masa obrera
del taller y de las trillas
armada con las horquillas
esgrimiendo
una mancera
empuñe hojas de tijeras
a falta de buena bala
y den golpes las piquetas,
que abran huellas las barretas
y los garrotes de tala.

Además la FORA con sus ideas gremialistas, de solidarias y de destrucción del capital, además de los cuadros filodramáticos y oradores y conferenciantes anarquistas con su afán didáctico para las masas analfabetas y hundidas, hubo un personaje en el campo argentino, que ayudó a las ideas de rebelión, de emancipación individual, de desprecio por los bienes materiales y que fue una especie de mensajero o lento chasque entre las poblaciones, entre las cuadrillas de trabajadores, entre las vías férreas: en linyera[6].

Prototipo del anarquista individualista, el linyera lanzó su protesta pasiva contra la sociedad, dejó crecer sus cabellos y sus barbas y sin más bagaje que su atadito (la “linyera”) salió a recorrer los campos argentinos, a vivir con muy poco y a disfrutar y padecer e el contacto con la

[5] Se refiere al partido radical.
[6] Ver el versado trabajo de Alicia Maguid publicado en la revista “Mundo Nuevo”, Nº 44.

naturaleza. En su atadito llevaba un libro de versos, o alguna obra del príncipe Kropotkine o del desbordante Bakunin, y un número de “La Protesta” o “La Antorcha” que cambiaba en General Pico por “Pampa Libre”, o en Bahía Blanca por “Brazo y Cerebro” o “En el Camino”, o “Tierra Libre” en Tucumán, o “La piqueta” de Rosario, “Abriendo Cancha” de Colón (Entre Ríos), o “La Obra” hoja suelta de Santa Fe, o “La voz de los agricultores” de Charata, “La verdad” de la Agrupación Aurora Libertaria de Tandil, o “La acción obrera” de San Juan, o “El obrero granitero” de Sierra Chica, o “Libertad” de Laguna Paiva. O “El Croto” de Junín: o “La voz de Baigorrita” o “El Látigo del carrero”, o “La Social” dirigido por Federico Ritsche, hombre que entregó su vida entera al ideal libertario.

Los linyeras eran extranjeros y argentinos, los había alemanes, rusos, polacos, italianos. Soportaban los puntapiés de la policía con una resignación tolstoiana. El placer de los milicos era patearles los tachitos en los cuales se hacían comida. Esperaban a que estuviera lista la comida de un grupo de linyeras pata patearles los tarros y emprenderlas a puñetazos y patadas con esas extrañas figuras que parecían salidas de silenciosos bosques nórdicos. Al linyera argentino le faltó un Knut Hamrun para que lo pintara en toda su grandeza de alma y en su misteriosa búsqueda.

Pero vamos a hacer justicia con don Manuel Carlés y su liga Patriótica Argentina. El fue quien realmente enseño a autodefenderse a patrones y propietarios. Si las ideas sociales y los partidos revolucionarios preparaban sus milicias obreras agrupándolas en sindicatos, en centros de estudio o culturales, Carlés formó las brigadas de la Liga Patriótica integrada de patronos, propietarios, pequeños propietarios y los hijos y familias de todos ellos. A los argumentos del racionalismo socialista opuso los de la fe en los símbolos: Patria, bandera, propiedad, tradición. Al hombre revolucionario le opuso la mujer: en la mujer, tanto en la humilde como en la acaudalada, estaba la esperanza del porvenir de la patria, ella es la que podía influir hora tras hora en el marido y en los hijos para que se apartaran de las malas ideas que sólo perseguían la disolución del hogar, de la familia, de la patria.

Carlés no sólo agrupó a los poderosos sino que también organizo los “obreros buenos”. Fue el primero que les aconsejo “de casa al trabajo y del trabajo a la caso”. De las brigadas de obreros buenos salían los que iban a reemplazar a los huelguistas Los obreros buenos rompían muchos movimientos propugnados por la FORA (eran llamados “los patoteros de Carlés” o “crumiros”). Cárles sabía lo que hacía: premiaba a los obreros que más se destacaran en su lucha contra anarquistas y maximalistas y hacía de ellos los futuros capataces. Y también premiaba a los miembros de las fuerzas represivas que se habían destacado en su lucha con los elementos disolventes: así se condecoraban a agentes de policía, pesquisas, comisarios, bomberos, soldados, suboficiales y oficiales del ejército y de la marina.

Su labor fue incansable. Carlés viajó por todo el país con sus arengas que chorreaban colores azules y blancos y atronando los oídos de paisanos de todas latitudes con la palabra Patria. Era secundado eficazmente por damas jóvenes del barrio norte que les enseñaban a los obreritas moral y civismo.

Sus comunicados diarios en la prensa iban marcando los alertas ante las huelgas y las organizaciones obreras. Leamos, por ejemplo, el manifiesto de la Liga Patriótica Argentina del 1º de octubre de 1920: *La agitación que va produciendo en las filas de los trabajadores de la campaña la ilusoria promesa de repartirles tierras, vacas y dinero ha tenido lógica repercusión entre los habitantes sensatos y laboriosos expuestos a la rapiña de locos y aprovechadores. No hay transeúnte a quien no se le invite a formar parte del gobierno comunista, donde ya las mujeres y los vagos se dan el título de comisarios del pueblo así sean ellas y ellos personajes desprestigiados por su moral pervertida. A la incitación de los haraganes, los hombres de conciencia deben responder con altivez como cuadra a hombres que hemos vivido de la libertad ya que nuestro orgullo de hombres libres no conoció jamás la condenación del servilismo que*

ha destruido tantos pueblos. Los hombres de trabajo que quieren su bienestar personal y el progreso colectivo dentro del orden y la moral están en el deber de repudiar a los explotadores profesionales que al amparo de la ignorancia de algunos de dedican al saqueo y al pillaje.

Como se ve, Carlés no empleaba palabras menores. Además tergiversaba -con mucha viveza- la realidad. El sabía que los anarquistas no propiciaban ningún gobierno comunista. Todo lo contrario. Fueron ellos los primeros que alertaron contra lo que llamaban la traición a la revolución rusa por parte de los bolcheviques. Y así, mientras los grandes Estados capitalistas negociaban con Lenin y Trotzky y poco después el jerarca bolchevique Tchigherin, en Génova, asistía a un agasajo del rey de Italia y almorzaba con el delegado papal, los anarquistas rusos hacían un llamado a sus compañeros de ideas del mundo entero exhortándolos: “*No repitáis nunca nuestro error: no introduzcáis el comunismo de Estado. ¡Viva la revolución Social del mundo! ¡Viva la solidaridad mundial del proletariado! ¡Abajo la burguesía y el Estado, comprendido el Estado del proletariado!*”. Los proletarios rebeldes de Kronstadt eran masacrados por las tropas de Trotzky, quién fusilo proletarios como jamás lo había hecho ningún general burgués. Y el legendario Makhno, el líder campesino anarquista que se batía en lucha desigual con los ejércitos zaristas y los bolcheviques al mismo tiempo, habían declarado la guerra a muerte contra toda clase de Estado al grito de “*Viva el soviet libre*”.

Así están las cosas en el mundo y en la Argentina a fines de 1921, cuando Yrigoyen finaliza ya su mandato. A pesar de las grandes represiones obreras, la clase trabajadora ha tenido más libertad en el gobierno radical y se hicieron importantes leyes que mejoraron sensiblemente las condiciones de trabajo. En lo demás, el “Peludo” pareciera inclinarse a la filosofía de que cada uno defienda lo suyo: si los poderosos no querían perder sus ventajes, que se defiendan; si los obreros quieren algo, que den la cara. Pero llegado el momento pone las fuerzas de represión del lado de los poderosos. No olvidar que no es nada más que un gobierno de radicales…

Y en este episodio de Jacinto Aráuz se enfrentarán los obreros contra la policía y la Liga Patriótica (la escarapela de los reclutados por Carlés decía: “*El que no es amigo de la patria es mi enemigo y lo combatiré sin descanso ni cuartel*”).

Diciembre de 1921. Se esta trillando ya la cosecha de trigo en la interminable llanura bonaerense-pampeana. Hermoso cuadro para poetas y para colegiales en vacaciones, pero no para los que tienen que hacer el trabajo.

El levantamiento de las cosechas se hacía con máquinas espigadoras. Es decir que, por medio de una lona conductora, la paja del trigo que acababa de ser cortada era llevada hasta el carro. El carro era conducido por un carrero y la carga era acomodada con pies y horquillas por un peón a quien se llamaba “pistín”. Cuando la carga estaba completa, el carro salía al trote rumbo a la parva. Ese trabajo, sumamente pesado, se hacía de sol a sol y los salarios eran miserables y ni que hablar de las condiciones de trabajo, que eran realmente inhumanas. Oigamos a un peón, que trabaja en las cosechas de la zona de Villa Iris (relato corroborado por otros viejos trabajadores agrícolas de distintas zonas del agro bonaerense): “*Los más penoso no era el trabajo en la chacras, no importa lo agotador de la tarea, sino que lo inaguantable era el trabajo en las máquinas trilladoras, verdaderos lugares de esclavitud. Los horarios por lo regular, eran desde las 4 de la mañana hasta las 11 de la noche, la comida se componía de un puchero de carne de oveja con una sopa de arroz y galleta dura. Los maquinistas -eran los dueños de las trilladoras que hacían campañas de leguas y leguas de campo- respaldados por la policía y apañados por los políticos lugareños (casi siempre conservadores) eran la única justicia imperante. Si por el viento se podía gastar más la correa del motor, se hacía trabajar a los horquilleros contra el viento, es decir, que recibían en la cara toda la tierra y la paja que volaba*”.

Hace pocos meses hablamos con Teodoro Suárez, dirigente obrero anarquista, protagonista de los desgraciados sucesos de Jacinto Aráuz y obrero de las cosechas durante muchos años.

Quien señaló que “*la menor protesta de los asalariados en la cosecha era comunicada a la policía y detenidos los atrevidos que se dignaban protestar contra la esclavitud a que estaban sometidos. La campiña argentina se vio favorecido* -nos dice Suárez- *por la presencia en los lugares de la cosecha de obreros rebeldes e idealistas que, en nombre de la FORA aconsejaban a los trabajadores a organizarse y defenderse de todos los negreros y explotadores. Ustedes son seres humanos* -se les decía a los peones- *no son bestias de carga ni una clase inferior, son hombres que merecen respeto y deben luchar para vivir con dignidad: desconocer este derecho por parte de la sociedad es motivo de lucha para convertirla en otra mejor*”.

“*Les decíamos a los trabajadores* -nos relata don Teodoro Suárez en su típico idioma anarquista- *que a la vez que luchen por el pan debían frecuentar bibliotecas, leer libros, combatir los vicios y pensar en el porvenir humano. Nuestra frase era: hagamos de nuestras organizaciones obreras universidades populares porque si bien la lucha económica es necesaria más importante son los valores morales y la conquista y defensa de la libertad, tal como lo entienden y propaga la filosofía romántica del anarquismo. La organización de los productores -se les decía a los sencillos trabajadores del campo- es sumamente necesaria, pero para ser eficaz y poder llenar las aspiraciones emancipadoras que emanan de nuestras concepciones anárquicas deben de estar fincadas en los principios que dan imperecedera vida a la FORA.*

Y se les remarcaba: *“Sólo tienen valor en el campo gremial aquellas organizaciones que no se inclinan ante el déspota ni se dejan manosear por políticos arribistas o por grupos confusos y dictatoriales; nuestra organización ha de ser limpia y siempre al servicio de la libertad y la justicia”.*

Pero volvamos al trabajo del campo. Además de lo hombres que trabajan junto a la trilladora, estaban los estibadores. Junto a las estaciones de ferrocarriles de las localidades de zona de cosecha era donde más abundaba el trabajo: allí están los galpones y planchadas donde se almacena el cereal. Y era abundante porque no todos los peones podían resistir trabajo tan pesado. Oigamos a un estibador de aquel tiempo: “*Las bolsas pesaban 80 kilos, se trabajaba corriendo cuando se cargaban vagones; las estibas tenían una altura de 24 bolsas; se subían por una escalera de madera denominada “burro”. El trabajo de estiba se pagaba por día en los puertos, pero en la campaña no. En el campo se trabajaba a destajo y nadie sabía lo que ganaba por día ya que los capataces pagaban los domingos lo que ellos querían*”.

Fue en aquel tiempo que la FORA presentó un pliego petitorio de condiciones a los cerealistas que es muy significativo: “*El peso de la bolsa será de sólo 70 kilos; los horarios serán de ocho oras diarias de trabajo de cuatro a cuatro; no se permitirá la consumición de bebidas alcohólicas ni el uso de armas en los lugares de trabajo; en lo que toca a la corrida de vagones, tapado de chatas, movimeitno de “burro”, como movimiento de balanza, se cobrará extra; el trabajo no será al trote sino al paso normal de hombre*”.

Estas condiciones de trabajo se lograron luego de duras luchas gracias a la acción de la FORA. Sobre esto nos dice el anarquista Suárez: “La lucha fue tremenda: persecuciones, asesinatos, procesos falsos, torturas y cuanta infamia se pudo cometer por el sólo hecho de poseer un carnet de la organización forista. No obstante logrado el triunfo de la organización, los policías ignorantes y sumisos se desvivían para demostrar a sus amos su fiel servilismo, llenando los calabozos de obreros organizados y amantes de la libertad”.

Consignamos esté último párrafo porque es típica de los anarquistas su aversión por la policía. Tanto así que en el quinto congreso de la FORA realizado en Buenos Aires se hizo pública una resolución por la cual se aconsejaba a los obreros “a no dejarse conducir presos llegando hasta

la violencia práctica para poner coto a los abusos policiales, debiendo las sociedades a que pertenecen prestarles ayuda material y moral”.

Esa resolución la cumpliría al pie de la letra los anarquistas en el caso de Jacinto Aráuz. Pero antes no podemos menos -sobre esta aversión a la policía- que transcribir un pequeño suelto aparecido en el periódico anticlerical “El Burro” -de marzo de 1919- en el cual se insita a los lectores a boicotear a la policía en los siguientes términos: “Nuestros lectores deben repudiar al agente de policía, el rufián es más digno que el agente; ser policía es demostrar al mundo ser la escoria inmunda; su misión no es otra que ser un tristísimo alcahuete. Después de haber dado la nota triste con sus asesinatos al pueblo, hoy los tenemos convertidos en ladrones y salteadores”.

En Jacinto Aráuz los obreros de la FORA habían logrado la firma del pliego de condiciones y además sumaron un nuevo triunfo: la eliminación de loa capataces. Como buenos anarquistas no querían que los mandara nadie y la organización gremial se hacía responsable por intermedio del delegado de semana de que se hiciera el trabajo que solía hacer el capataz. A los capataces -que no eran puestos por las casas cerealistas sino por los jefes de estación- los obreros les dijeron claramente: “*Como sanguijuelas no los queremos; como compañeros pueden quedarse con nosotros*”.

Es que el capataz tenía una ganga especial: por cada bolsa cobraba un centavo, sin trabajar. Bolsa pesada es la que iba del carro a la balanza y de la balanza a la estiba. Es decir, había dos clases de bolsas: la que iba del carro directamente a la estiba era una bolsa que pesaba 70 kilos o menos (por ésta el capataz cobraba medio centavo) pero cuando el estibador que la bolsa pesaba más de esa cantidad la llevaba a la balanza. Además de eso los capataces ganaban igual que los obreros 6 centavos por bolsa “pesada” y cuatro centavos por bolsa “derecha”, es decir, la bolsa que iba del carro a la estiba.

La resolución de los foristas de Jacinto Aráuz de o permitir capataces produjo gran disgusto en el jefe de la estación y en los candidatos a ese cargo, casi siempre “punteros” del caudillo conservador.

Se trabajaba tranquilo en Jacinto Aráuz. Eso sí, duro. Hombrachones que cargaban sobre el lomo pesadas bolsas hora tras hora, llenos de tierra y sudor y que no sufrían de ninguna alergia pese a que las fosas nasales se les llenaba de esas briznas del trigo tan cantado por poetas. Y a la noche tenían cita de honor: ir a escuchar al delegado de turno o algún orador anarquista viajero sobre la traición de los bolcheviques a la revolución Rusa o la necesidad de eliminar todas las formas del Estado o la de educar a sus hijos en la negativa a cumplir con cualquier clase de servicio militar o policial.

Pero esa tranquilidad de aquel lugar era sospechosa. A principios de diciembres de ese 1921 comenzaron a circular rumores en el pueblo. Se hablaba que la Liga Patriótica Argentina estaba preparando matones en Bahía Blanca. Y estas versiones se hicieron realidad. Un buen día apareció en Jacinto Aráuz un señor de Apellido Cataldi. Llegó hasta el galpón del ferrocarril y preguntó por el delegado de la semana. Lo llamaron a Machado -un gauchazo nacido en el Uruguay- que estaba hombreando bolsas. Machado se presentó a Cataldi: “Yo soy el delegado”.

Cataldi lo miró de arriba abajo y le dijo: “Yo soy el nuevo capataz nombrado para esta estación. Si ustedes me reciben como capataz trabajarán conmigo, de los contrario traeré cuadrilla para remplazarlos”.

“*Vea señor capataz* -respondió Machado-, *lo mejor que puede hacer, ya que usted no es del pueblo, es irse y no aparecer más por aquí* “.

Cataldi sonrió y, sin saludar, se fue.

A los pocos días, el sindicato anarquista de Jacinto Aráuz recibió una nota del superintendente del Ferrocarril Pacífico, señor Callinger, con oficinas en Bahía Blanca, que requería una delegación de la FORA para “*comunicarle con urgencia algunos problemas que interesan a esa organización*”.

Ese mismo día se reunió la asamblea de estibadores y se dio lectura a la comunicación del superintendente del ferrocarril. Se resolvió enviar a tres delegados a Bahía Blanca. Allí, el funcionario ferroviario les comunicó que había recibido quejas de los chacareros en el sentido de que los estibadores eran injustos con ellos pues le cobraban doble las bolsas del carro porque algunas pasaban del peso. Les propuso que si ellos dejaban sin efecto esa cláusula del pliego de condiciones, él no enviaría una nueva cuadrilla con capataz a Jacinto Aráuz.

Regresaron los delegados e informaron a la asamblea, que luego de extenso debate decidió aceptar el temperamento propuesto por el funcionario ferrocarrilero. La Sociedad de Resistencia de Obreros Estibadores de Jacinto Aráuz contestó por escrito al superintendente la aceptación de la propuesta.

Pero la suerte de la organización anarquista estaba echada. Lo que esperaba el superintendente era el rechazo y no la aceptación. Todo se había planeado para terminar con los anarquistas de la zona. La victoria obtenida por los obreros al forzar la firma del pliega de condiciones había alarmado a las casas cerealistas, a los políticos conservadores y algunos radicales de la zona y, por supuesto a la policía. El plan era liquidar la organización sin más trámite. Para eso contaban con el visto bueno de Manuel Carlés y su Liga patriótica que piso a disposición de los organizadores del plan una brigada de “obreros bueno” de Coronel Pringles a las órdenes del incondicional Cataldi, que las oficiaba de capataz.

Luego de enviar la carta a Bahía Blanca, los anarquistas se quedaron tranquilos pensando en que ya habían aflojado demasiado aceptando el pedido del superintendente. Además, aunque nunca habían confiado en la policía, veían que tanto oficiales como agentes se había acercado a ellos y habían iniciado una especie de entendimiento cordial.

Pero el 8 de diciembre aparecieron por las calles de Jacinto Aráuz 14 hombres al mando de Cataldi provenientes de Coronel Pringles. Todos fueron alojados en el mejor hospedaje de la localidad. Los anarquistas volvieron a la realidad, ahora sí, sabían que si aflojaban lo iban a perder todo. Ese día cumplieron normalmente sus tareas, pero ya ala anochecer, cuando el delegado Machado fue a entregar las llaves del galpón de la estación al jefe de la misma, éste le expreso:

– Mañana se hace cargo de los galpones la nueva cuadrilla.

La policía cundió de inmediato. Machado reunió a sus hombres y todos se desparramaron en distintas direcciones. A caballo y en sulquis se dirigieron a convocar a los compañeros de las localidades vecinas: de Bernasconi y de Villa Alba (que hoy se llama José de San Martín), ambas de la Pamapa.

Mientras tanto, dos o tres foristas, entre ellos Teodoro Suárez salieron al paso al grupo de hombres de la Liga Patriótico y les inquirieron qué era lo que los traía por Jacinto Aráuz. Los recién llegados contestaron primero con evasivas pero luego confesaron que venían a trabajar a la estación pero “que los habían traído engañados”. Pero que ya no podían hacer nada porque no tenían dinero para regresar a sus hogares.

Los foristas les contestaron que no se preocuparan, que ellos les iban a juntar el dinero para pagarles el pasaje y más, todavía, si alguno de ellos quería quedarse a trabajar en Jacinto Aráuz podía hacerlo, pero a la par de los de la cuadrilla de obreros organizados. Por último se los envió a participar a la asamblea que la Sociedad de Resistencia iba a realizar esa noche.

Pero por supuesto, no concurrieron. La asamblea comenzó a las dos de la madrugada del 9 de diciembre de 1921. De ella participaron los trabajadores Jacinto Aráuz, de Bernasconi y de Villa Alba. Todos lo oradores estuvieron de acuerdo en una sola cosa: defender el lugar de trabajo “*ya que lo planeado era una desvergüenzada y provocación incalificable a los hombres de trabajo, y el tener ideas de bien, personalidad responsable y decencia, era un delito para los negreros de la Pampa*”. Además, se calificaba a los hombres de la Liga Patriótica de “*carneros, matones y guardaespaldas*”.

De allí, la cuadrilla de trabajadores se dirigió a tomar el galpón y, cuando se aproximo Cátaldi y la gente de la Liga Patriótica no se les permitió la entrada. Los policías, mientras tanto, habían ocupado la playa de estacionamiento y cuando notó que se estaba por iniciarla refriega, comenzaron a dar grandes voces dirigidas a los obreros anarquistas:

– ¡Muchachos, no tiren todo se va arreglar!

Las armas que ya habían salido a relucir en todos los sectores volvieron a esconderse. Hasta el capataz Cataldi volvió a embolsar los revólveres que había mostrado en sus manos.

El delegado Machado resolvió entonces dirigirse a la oficina de la estación para enviar un telegrama (por el telégrafo ferroviario) al superintendente de Bahía Blanca, reclamándole por el cumplimiento del pacto. El jefe de la estación se negó en principio a transmitir ese telegrama, demostrando que estaba en el plan, pero la actitud resuelta de los obreros foristas determinó que cambiará de actitud. Al telegrama de Machado, el superintendente comunicó al jefe el siguiente cable: “*Clausure galpones, yo viejo*”.

Esto tuvo virtud de serenar los ánimos. Se aguardaba entonces la llegada del alto funcionario. Los anarquistas tenían confianza que se cumpliría con lo convenido.

Todos se desconcentraron y los foristas se fueron hasta el boliche de Amor y Diez donde se pusieron asar un cordero. Eran las 8 de la mañana. El lugar donde se reunieron los trabajadores fue rodeado enseguida de policías de Jacinto Aráuz habían sido reforzados por agentes de pueblos cercanos.

El oficial Merino, que estaba al frente de la tropa, se llegó hasta la comisaría para comunicar a sus superiores el lugar donde se encontraban los trabajadores. Al poco rato llega el oficial de policía Américo Dozo y se dirige a los obreros que se disponían a comer:

-Señores, traigo órdenes del comisario Pedro Basualdo para que vengan conmigo a la comisaría y dejen sus armas.

Los obreros se miran; están sorprendidos pero no intuyen todavía lo que se les tiene preparado. Es cuando toma entonces la palabra el obrero Carmen Quinteros, santiagueño de pura cepa y tan anarquista como Bakunin. Quinteros señala a los compañeros que era necesario desacatarse a la orden del policía pero que creía suficiente con que enviaran a tres delegados hasta la comisaría para ver qué es lo que quería el comisario Basualdo.

Pero el oficial Dozo insiste:

– Tengo orden terminante del comisario de que tienen que ir todos y desarmados.

El asunto pinta feo. Es entonces que se levanta el cubano Manuel Oyarzún a quien todos conocen como “el maestro”. Es un hombre de la localidad de Villa Alba, muy respetado por todos los de la FORA; se puede decir que su palabra es siempre acatada porque tiene el matiz de la razón.

– Compañeros, estos señores parece que tiene mucha prisa en darle a nuestro problema un mero corte policial. Es necesario ser prudentes y que no parta de nuestro lado un motivo de choque con la policía que es lo que esta buscando la patronal. Si rehusamos ir a la comisaría se nos puede acusar de desacato y vemos que la policía tiene órdenes de cumplir con lo resuelto por el comisario. Yo sé cuál es el ánimo de los compañeros por la injusticia que se está cometiendo con nosotros, pero igual les aconsejo ir hasta la comisaría para saber de qué se trata.

Pero Carmen Quinteros aclaró algo a los compañeros -ya que en todos estaba latente aquella recomendación de la FORA de no dejarse conducir presos- y agregó a lo de Oyarzún.

– Estoy de acuerdo de ir todos a la comisaría pero no en calidad de detenidos. Vamos a ir acompañando al oficial voluntariamente y por eso debe retirarse la policía.

El oficial Dozo percibió que los obreros habían mordidó el anzuelo y sin perder tiempo dijo:

– Así me gusta, muchachos, miren -y se levantó la chaquetilla para demostrar que no llevaba armas.; sargento, vaya con los agentes para la comisaría, los muchachos van a ir conmigo.

Con el oficial Dozo marcharon los obreros hacia la comisaría. El sargento con los vigilantes marchaban a prudente distancia, escoltando al grupo, cosa que no les daba gran tranquilidad a los estibadores.

Así llegaron al patio de la comisaría. Allí era otro el cantar: la trampa estaba preparada. El grupo obrero se quedó en el centro del patio y fue rodeado por seis agentes armados. El oficial Dozo hizo como que iba a buscar al comisario Basualdo, pero volvió con armas y dirigiéndose a Machado le dijo.

– Pase usted, Machado.

Machado, pasó, creyendo que en su calidad de delegado de semana el comisario lo quería hablar con él. Pero se equivocó. Porque no habían pasado dos minutos cuando Dozo, dirigiéndose de nuevo al patio señaló a Guillermo Prieto: ahora venga usted. Prieto pasó pero lo que vio lo hizo retroceder unos pasos mientras gritaba.

– ¡Compañeros! ¡Dan la biaba!

Lo que había visto Prieto era suficiente: a Machado lo habían rodeado entre el comisario Basualdo, el sub-comisario, otro oficial, varios agentes y un particular y lo habían bajado a garrotazos. Prieto apenas pudo gritar porque también desapareció en cuarto donde daban la gran paliza.

– Pase un tercero -grito entonces Dozo a los anarquistas.

No se movió nadie. Y se escuchó al santiagueño Carmen Quinteros al mismo tiempo que daba un paso adelante:

– Aquí no hemos venido en calidad de detenidos. Que salga el comisario Basualdo para que nos diga que e propone con nosotros.

En ese momento apareció el comisario Basualdo por molinete; llevaba un Winchester con el que apunto a Carmen Quinteros mientras gritaba:

– ¡Ahora vas a ver! ¡Agentes, métanles bala, no dejen a ningún anarquista vivó!

De un certero balazo, el comisario degolló literalmente a Quinteros que cayó desangrándose.

– ¡A tiros no, Basualdo! -se oyó gritar todavía a Jacinto Vinelli, secretario de la Sociedad de Resistencia de Estibadores.

Les había ganado la mano. El grupo de obreros les caían balas de todos los costados. Estaban cercados. Pero esos anarquistas no eran nenes de teta. No practicaban el “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Quien más quien menos sacó su arma de fuego o su cuchillo. La sorpresa les ocasionó varios heridos pero se repusieron y se armó de lo lindo durante más de veinte minutos. ¡Cuidado con las fieras enjauladas!, y eso era lo que parecía ese grupo de hombrachones tirando a diestro y siniestro. Los policías vieron que la cosa no eran tan fácil de pegar cuatro tiros y que todo el mundo levanta los brazos rindiéndose, comenzaron a buscar protección. Diez minutos más y los anarquistas tomaban la comisaría y hacían presos a los representantes del orden en este hecho único en la historia policial argentina: un tiroteo con anarquistas en el patio de una comisaría.

Pero a los discípulos de Malatesta se les acabaron las balas. Ninguno de ellos tenía más de un cargador o más que el tambor lleno del revólver. Y tuvieron que dejar el lugar. Algunos lograron detener dos automóviles que pasaban por el camino y desaparecer mientras otros trataban de buscar los bosques cercanos.

El patio de la comisaría presentaba un espectáculo escalofriante: los estibadores habían tenido una baja: Carmen Quinteros. La policía dos muertos: el oficial Dozo y el agente Freitas. Pero de ambos lados muchos heridos graves (de ellos moriría poco después otro oficial, Eduardo Merino y otro agente, Estiban Mansilla, y el estibador Ramón Llabrés, que había venido de la localidad de Villa Alba a dar su solidaridas a los hombres de Jacinto Aráuz). En total, cuatro policíasy dos anarquistas muertos.

Las cosas habían resultado mal para la policía. El comisario Basualdo no había pensado ni remotamente que los anarquistas iban a luchar tan fieramente. Pero ahora la situación cambiaba porque los trabajadores se habían quedado sin armas y él había pedido urgentes refuerzos a Bahía Blanca, Villa Iris, Villa Alba y Bernasconi. Además de alertaron las comisarías generales de General Villegas, Genaro Pinto, Carlos Tejedor, Rivadavia, Trenque Lauquen, Pellegrini, Adolfo Alsina, Saavedra, Puán, Tornquist, Guaminí, Villarino y Patagones para que detuvieran a los prófugos.

Iba a empezar así la caza de anarquistas. ¡Guay del cayera en manos de la policía!

Las partidas policiales iban de mando del comisario Modesto Rivaldi, de Villa Iris; del oficial Roberto Randone, de Villa Alba, del sub-comisario Luís A Bianchi, de Bernasconi; del comisario López Osorno, también de Bernasconi; del comisario Hipólito Almeyra, de Puán; del oficial Pedro Gómez, de Darregueira y del oficial Velásquez de Guatraché. Luego llegarían el inspector Bacigalupi, de Santa Rosa y el comisario Antonietti, de General Acha.

La versión policial de los sucedido señala que un grupo de peligrosos anarquistas, en número superior a los 40. Habían asaltado de improvisto la comisaría de Jacinto Aráuz pero que habían sido rechazados por la abnegada defensa de los representantes de la ley que aún, arriesgando sus vidas lograron mantener el local y hacer huir a los individuos de ideas extranjerizantes.

Mientras los caminos eran cortados y se buscaba en los bosquecillos cercanos, el comisario Basualdo empleaba su tiempo en allanar el local de la Sociedad de Resistencia, del que no quedó nada en pie: los muebles destrozados fueron a aparar a la calle y no quedó vidrio sano, secuestrándose mucho material de “carácter subversivo”. También fueron allanados sin contemplaciones los domicilios de los obreros federados no sólo en Jacinto Aráuz sino también de todos los pueblos vecinos. Había que aprovechar la bolada y dar el gran escarmiento. Y valía la pena porque según la policía, se hicieron hallazgos como para poner los pelos de punto a más de un tranquilo burgués. Por ejemplo, lo encontrado en el domicilio del secretario de los estibadores de Bernasconi, Alfonso de Las Heras “*alias del sordo, donde se hallaron cartas comprometedoras, banderas rojas, insignias subversivas y un frasco de estricnina*”.

El subcomisario Bianchi fue quien más se distinguió en la persecución. Y precisamente fue quien logró detener a Alfonso de Las Heras quien había huido a pie, con Teodoro Suárez a campo traviesa. Los dos buscaron refugio en un puesto y allí fueron rodeados por una comisión policial al mando del comisario Bianchi. Los hicieron venir con las manos en alto, los rodearon y Bianchi en persona los comenzó a golpearlos con un caño de hierro dándoles golpes en la cabeza, en las costillas y en los riñones. Las Heras cayó al suelo y Teodoro Suárez corrió hacía el auto policial para buscar refugio. Pero allí fue peor porque los acomodaron en el piso y los fueron pisoteando con las botas.

Los llevaron al patio de la comisaría que estaba lleno de charcos de sangre. Habían recogido los cadáveres de los policías pero todavía estaba tirado el de Carmen Quinteros. Allí iban siendo concentrados los prisioneros. Cada uno que llegaba era atado de pies y manos con alambres y se los dejaba a merced de los policías que habían quedado en la comisaría que se sacaban la rabia y el gusto a latigazo limpio. Luego fueron traídas las mujeres de los anarquistas presos que tuvieron que asistir a los castigos a que eran sometidos sus compañeros. Entre uno de esos castigos se contaba el siguiente: mientras un policía lo levantaba en vilo de los pelos al preso, otro vigilante le orinaba la cara.

El doctor Enrique Corona Martínez, brillante jurisconsulto que tomaría días después la defensa de los detenidos, describió las torturas sufridas por ellos y señaló que pocas veces se había empleado tanta crueldad en el trato de la gente presa. A los heridos y a los golpeados no se les prestó atención médica en ningún instante hasta que llegó el juez federal del territorio, doctor Peraazo Naón.

Oigamos ahora el relato de lo que fue aquella noche en la comisaría de Jacinto Aráuz, de los labios de la criolla Zoila Fernández. Esta mujer a pesar de tener “ideas extranjerizantes” era criolla de pura cepa. Era un tipo de mujer que curiosamente se dio mucho entre las que acompañaban a hombres de ideas libertarias. Eran “compañeras” y nunca negaron nada a los compañeros que iban en busca de descanso o de refugio: allí encontraban en todo momento alimento, ropa limpia, caricias. No pocas de ellas fueron criollas, otras judías y algunas que otra italiana.

Esas mujeres servían de horrorizado mal ejemplo de inmoralidad a Carlés y su Liga Patriótica que ensañaban a las “obreras buenas” lo que no debían hacer.

Zolia Fernández Tania tres hijos y era compañero de Jacinto Vinelli el secretario de la Sociedad de Resistencia de Jacinto Aráuz. Éste, con Machado, José María Martínez y Francisco Real habían logrado huir. Por eso, la policía fue a buscarla a Zoila Fernández para que dijera dónde se hallaba el compañero (o su “concubino” de acuerdo a la jerga policial). Leamos el relato que hizo Zoila Fernández al juez sobre el mal trato recibido: “*Poco después de las once me visitaron no menos de veinte policías, entre ellos el comisario de Villa Iris, lo que entre insultos y amenazas me pusieron las esposas, dedicándose luego al saqueo de la casa. Destrozaron lo que pudieron en la mía, pasando de inmediato al local de la sociedad donde lo que no pudieron*

llevarse le prendieron fuego. Como todo esto hicieron en presencia mía, les pedí me sacaran las esposas para llevar a ni hijito, que apenas tiene cuarenta días, pero mis ruegos fueron desoídos, conduciéndome a la comisaría. Allí contemple el cuadro más horrible. Los chorros de sangre causaban una dolorosa sensación. Los heridos respiraban con dificultad, y de vez en cuando hacían oír un quejido entrecortado. Cuando por la tarde los policías se habían repuesto del susto, me llevaron a la oficina, después de dirigirse toda clase de improperios me tomaron por la nuca y me llevaron hasta el patio para hacerme limpiar con la cara los charcos de sangre. (Testigos presénciales de este hecho nos relataron que Zoila Fernández gritaba histérica: “¡no me importa que me hagan esto, es sangre de machos, sangre de anarquistas!”*). Luego fui conducida a un calabozo, con la amenaza de que en la noche la pagaría; esta amenaza que yo la veía cumplirse, porque no hay espíritu más ruin que el del policía, y el recuerdo de mis queridos hijitos, a quines no vería más, me estremecieron de espanto y pasé unas horas que me serán inolvidables mientras viva. Sin embargo estaba convencida que antes de ser ultrajada tendría la fuerza para hacerme asesinar. Felizmente las amenazas no llegaron a cumplirse gracias a un oficial, que habiendo sorprendido las provocaciones de los policías me hizo poner guardia. Más tarde, y por indicación del mismo oficial, logre que me trajeran a mi hijito, que se me moría de hambre y con el presencia las horribles torturas que les fueron aplicadas a los obreros, que ni habían participado en el hecho. Nunca vi crueldad más grande. Se les cruzaban las muñecas por detrás y se les ligaba con alambres de púas. El juez Perazzo Naón encontró a los presos en esas condiciones, y por orden suya, después de las declaraciones de práctica se nos puso en libertad a mí y a otra compañera, y a los presos se les quitó las ligaduras. Pero cuando el juez se fue a comer, los polizontes volvieron a ligarles las muñecas a los presos, aunque esta ves con alambres de fardo. Así permanecieron hasta el otro día en que fueron conducidos hasta Santa Rosa”.*

Así es, al día siguiente los presos, terriblemente golpeados y heridos fueron encadenados unos con otros y allí, antes de la despedida de Jacinto Aráuz fueron víctimas de nuevos castigos. El que más se distinguió en esta paliza de despedida fue un cabo de la policía montada de Bahía Blanca, de apelativo “Barullo”. Pero, en el tren especial que lo iba a conducir a Santa Rosa, se hizo cargo de ellos un policía de ley, el sargento Zárate, quien dijo a sus subordinados: “*estos presos son ahora mis presos, mucho cuidado con tacarlos que a la postre quién sabe su son culpables*” y dirigiéndose a los presos: “*bajo mi custodia nadie los va a tocar; se los garante el sargento Zárate*”.

Y cumplió con su palabra aún en el momento de más peligro. En Santa Rosa, los esperaba la Liga Patriótica. Al llegar los presos a la estación, un profesor del Colegio Nacional y un abogado arengaron a los presentes para que “*el pueblo se hiciera justicia por propia mano*”. Con ellos caldearon el ambiente porque Santa Rosa reinaba gran indignación por la muerte del oficial Dozo, perteneciente a una apreciada familia del lugar. A duras penas el sargento Zárate logró salvar a los presos de que los lincharán.

Nada menos que el dramaturgo Pedro E Pico y Enrique Corona Martínez fueron los abogados de los estibadores. Corona Martínez se fue a vivir a Jacinto Aráuz y allí se hizo pasar por corredor de comercio para reunir los antecedentes del caso. Fue él en un profundo alegato demostró que al comisario Basualdo se le había prestado dinero para que se prestara a la eliminación de la Sociedad de Resistencia.

Pero, esas fueron palabras que se llevó el viento. La única realidad fue que no sólo fue destruida para siempre la organización obrera en esa localidad sino en muchas localidades vecinas.

No bien se tuvo la noticia en Buenos Aires, La FORA se puso manos a las obras. Hizo un llamado de solidaridad y los primeros que se presentaron fueron los obreros ladrilleros que

sacaron 600 nacionales de su caja para ayudar a los presos de Jacinto Aráuz y para dar protección a los prófugos.

La FORA dará a conocer un indignado manifiesto titulado: “*La barbarie policial en la pamapa*” y que decía entre otras cosas: “*por la verdad y la justicia, el proletariado de la FORA debe aprestarse a la lucha. No es ya el simple encierro en los inmundos calabozos, ni en las simples deportaciones por los comisariotas en convivencia con los señores de la Liga Patriótica y el comercio lo que se practica, sino el asalto, el crimen y la alevosía, bajo la inmunidad del código y de la fuerza*”.

“*El cobarde y vandálico atropello -continúa- perpetrado por las hordas policíacas contra un grupo de trabajadores, compañeros nuestros, en el pueblo de Jacinto Aráuz, es uno de los tantísmos jalones manchados con sangre proletaria por los lacayos incondicionales del capitalismo. Pero frente a las hordas criminales de los que usurpan la riqueza y el poder, frente a la venalidades de esa prensa que mide la verdad, y la justicia según el valor de la de los que antes de sentirse hombres un solo minuto de su vida, prefieren con su silencio complicarse en los crímenes más abominables, están centenares de trabajadores que no abandonarán a sus hermanos de infortunio*”.

“*La vieja FORA que en más de una ocasión hizo temblar a la canalla gubernamental, no abandonaría a sus hijos a merced de una injusticia que se inclina siempre del lado de quienes detentan el poder. Por eso, contra la prensa celestina y mercenaria que desde el primer momento está empeñada en tergiversar los hechos para se sepulte en las mazmorras carcelarias a nuestros hermanos de Jacinto Aráuz, damos hoy este manifiesto a los trabajadores del país y a los hombres de sentimientos sanos para que juzguen quiénes son los criminales y quiénes son lo que deben ir a ocupar los calabozos*”.

Termina diciendo la FORA: “*La ofensa inferida a los trabajadores de Jacinto Aráuz es la ofensa a todos los trabajadores de la FORA. Recojamos el guante*”.

Pero un hecho más importante vendría a ocupar a la FORA y a la opinión pública en general. Comenzaba a venir las noticias de la represión de huelgas patagónicas por el teniente coronel Varela. Los obreros comenzaron a tener conciencia de lo que significaba la tremenda lección impartida por el ejército argentino a los obreros patagónicos. Las noticias de los fusilamientos en el lejano sur quitaron importancia a lo de Jacinto Aráuz aunque este último hecho marcaba la forma diametral opuesta de reaccionar de los obreros: en el Patagonia se entregaba sin luchar. En Jacinto Aráuz habían demostrado que había que luchar aún presos dentro de la comisaría.

Al delegado Machado y al secretario Jacinto Vinelli jamás pudo capturarlos la policía. El primero desapareció u nunca más de supo nada de su vida. Jacinto Vinelli siguió prófugo durante casi ocho años dedicándose en esos años al anarquismo “expropiador”. El 21 de agosto de 1928 fue detenido en una farmacia con un fajo de billetes de diez pesos falsos, de la falsificación realizada por el anarquista alemán Polke.

De los protagonistasde los hechos de Jacinto Aráuz -pese a la brillante defensa- seis fueron condenados a tres años de prisión: Manuel Suárez, español, con ocho años de residencia en el país; Alfonso de la Heras, de Bernasconi; Gabriel Puigserver, de Villa Alba, y Abelardo Otero, también de la misma localidad. A Otero luego le adicionaron un año más por un hecho huelguístico acaecido en Salto. Estos pasaron once meses en la cárcel de Santa Rosa y el resto de sus condenas en la cárcel de Genaro Acha. El resto de los compañeros salieron a los tres y once meses. Los policías fueron todos absueltos.

De los que sufrieron mayor condena, Teodoro Suárez se destacó posteriormente como dirigente obrero de la FORA. Luego de actuar largos años en Villa Constitución donde floreció una de las

federaciones locales más fuertes, prosiguió en la Capital. En 1952 conoció nuevamente la cárcel y las torturas por haber sido el autor de un manifiesto de la FORA contra descuentos compulsivos a los obreros, ordenado por la CGT peronista. Se lo detuvo en la subprefectura de Boca y Barracas donde el oficial Méndez le rompió tres costillas a garrotazos y luego fue colgado de un gancho por las esposas junto a los obreros de Oliva Cenaumont, Santana, Zacarías y Mayorga y a los imprentos Loeda y Galepi. Habían pasado los tiempos y los gobiernos, pero seguía habiendo cárceles y torturas para los últimos anarquistas que seguían firmes en sus convicciones.

Al recordar el hecho de Jacinto Aráuz no podemos poner punto final sin recurrir a aquel ardiente escrito de Rodolfo González Pacheco, titulado precisamente “¡Anarquistas!”, y en donde otras cosas dice:

“*El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego; es la arena en que mejor él destaca su bravura fatal, o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea jubiloso. La derrota o el triunfo no cuentan; son impostores que el anarquista y desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino no es tan poquita cosa como una corona de flores o de espinas, sino mucho más: morir peleando, pelear para ser libre.*

“*Todo lo que no sea batalla, le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Es un hombre de batalla y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; luchas y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida*.

“*Y la batalla es su juego, es la luz que destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava.*

“No ve mal ¡no! los que no le ven como a un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tiran a matarle, le conocen, los que le llenan de peligroso, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, son romperse, su talla de granito.

“¡Anarquistas! ¡Os hablamos con la voz de huracán de la Anarquía; crespa, ruda sostenida. La guerra con los burgueses es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitiva y a muerte. No poséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Sólo un peso debéis sentir en vosotros; el pero que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la vida: el peso de los testículos!”

Casi cincuenta años han pasado. Y no en vano. La vida en el campo ha cambiado. No sólo por el adelanto de la técnica que ha terminado con el trabajo humano más sacrificado sino también por las leyes sociales que la humanidad ha sabido ir imponiéndose principales a partir de la finalización de la segunda guerra mundial.

Del inmigrante extranjero que iba a trabajar al campo se ha pasado en nuestro país al hijo de la tierra que se viene a la ciudad a engrosar los conglomerados urbanos. Y este fenómeno no se debe a la explotación del hombre sino a la falta de posibilidades. A partir de 1943 se le dan leyes sociales al hombre del campo que si bien no lo dignifican en su aspecto integral lo sacan del oprobio y de la dependencia más primitiva a la que estaba sometido.

Así como no en vano pasan los años de la humanidad con sus marchas y contramarchas en el aspecto social, así tampoco fueron vanas las luchas de esas “sociedades de resistencia” que copularon en olvidados pueblos de nuestro extenso país. Nada se puede negar, como no se puede negar la acción de los parlamentos socialistas que desde sus bancas lucharon por las primeras leyes sociales en nuestro país -leyes que afirmaron presidentes conservadores y radicales- como los estatutos de las diversas ramas del trabajo que impuso Perón.

En este trabajo se ha tratado de dar el clima cierto de aquellos años. Por ejemplo, el odio tremendo de los anarquistas a todo lo que vistiera uniforme, en este caso la policía, odio que los llevaba a no diferenciar a la policía en función política de la policía en función social. Y, debemos reconocer, que en algo les cabía la razón porque fue culpa de todos los gobiernos en este país al usar a la policía en la represión de las ideas. Al mismo policía que ordenaba el tránsito o ayudaba a un accidentado se lo usó para allanar un sindicato o apresar a un intelectual o reprimir una manifestación política. Cuando al gobernante de turno se le quemaban los papeles recurría a la sirvienta para todo servicio: la policía. Es así como luego se generalizaría el concepto y no se sabía diferenciar entre un comisario Basualdo que la emprendía a tiros con peones de ampo y un sargento Zárate que los protegía de ser apaleado y linchados. Así, nuestra policía ha tenido que apalear radicales en tiempo de conservadores; apalear socialistas y anarquistas en tiempos de radicales; apalear antiperonistas en tiempos peronistas. Eso ha sido tan peligroso para la institución policial como el otro aspecto en la que es culpable nuestra sociedad: se a glorificado y batido en palmas a los “policías en acción” estos que descargan sus armas antes de preguntar, en vez de poner alto el ejemplo de esos comisarios concienzudos que sen han transformado con ser fieles ejecutores de la justicia y que han tenido en cuenta siempre que es preferible dejar escapar a diez culpables y no matar a un inocente.

Finalizado este pequeño capítulo para la historia de las ideas anarquistas en nuestro país nos queda por decir que, a pesar de tener en la década del veinte y aún del treinta varios momentos de esplendor, la influencia libertaria y la acción de la FORA fue decayendo sensiblemente hasta pasar a límites mínimos después de la guerra civil española y la guerra europea y, aquí por la influencia del sindicalismo estatal peronista. Su campo actual está circunscripto al terreno de las ideas, que será valioso si el anarquismo se conforma en la tarea anónima pero gigantesca marcada por Malatesta: “*a los anarquistas les compete la especial misión de ser custodios celosos de la libertad, contra los aspirantes al poder y contra la posible tiranía de las mayorías*”.

PALOMAR: EL NEGOCIADO QUE CONMOVIÓ UN RÉGIMEN

El 23 de agosto de 1940 Buenos Aires sufrió un impacto emocional. El diario “Crítica” alcanzo ese día una tirada record. ¿Qué había ocurrido? Un político, un diputado nacional, se había quitado la vida. El hecho se comentaba en los concurridos cafés de avenida de Mayo, en los alrededores del congreso y llegaba hasta los barrios alejados del centro, casi siempre impermeables a la política, pero que esta vez había sido sacudidos por la raíz sentimental de este suicidio

“La Prensa” trajo la noticia casi con vergüenza, apenas 6 líneas de cuerpo 7. “Falleció el diputado nacional Víctor Juan Guillot”. “La Nación” fue un poco más amplia e informar que el legislador se “había quitado la vida”. Agregaba que la esposa del ex legislador, Laura Alcira Monzón de Guillot, se había negado a que velaran a su esposo en el Congreso. Por El velatorio -realizado en el domicilio de la familia Guillot, Cangallo 2630- desfiló una interminable fila de políticos radicales. El silencio, con mucha preocupación en los rostros. Afuera se había reunido el vecindario, que rumoreaba sordamente cuando veía entrar a algún dirigente político.

– A Guillot lo llevaron al suicidio. La culpa la tiene los políticos. En el asunto de El Palomar están metidos todos… y los platos rotos los paga Guillot, el que menos tuvo que ver con el asunto.

EL PALOMAR. Esas eran las palabras que tenían preocupado a todo el país en el año difícil de 1940, justamente cuando los alemanes victoriosos en Francia, lanzaban la brutal “blitzkrieg” aérea contra la capital de Inglaterra, Londres.

El argentino medio asistió atónito en agosto de ese año a la investigación del “affaire” de las tierras de El Palomar, donde aparentemente estaban emporcados desde el presidente de la Nación hasta conocidos diputados radicales y conservadores, pasando por el ministro de guerra y otro general de la Nación. Todo esto con un presidente, el doctor Roberto M Ortiz, enfermo de muerte, casi ciego, que trataba de reivindicarse históricamente haciendo cumplir la ley Sáenz Peña, el respeto del sufragio, cosa que lo llevó al enfrentamiento con los conservadores, representados por el propio vicepresidente Castillo.

El 5 de julio de ese año, Ortiz delega a Castillo por consejo médico. La junta de facultativos le aconseja reposo absoluto. Pero no era con reposo absoluto que Ortiz se iba a reponer. La diabetes no se lo permitiría y será así que ya no regresará al poder. Pero antes debería afrontar las consecuencias del “affaire” que quizá haya tenido más resonancia en nuestra historia política. La investigación del mismo se desarrolla como una apasionante novela policial. Paso a paso van quedando al aire todos los hilos de la urdimbre del negociado. Caen personajes, y otros padres de la patria deben realizarse múltiples explicaciones para salir del paso. El pueblo es el gran espectador. El porteño se siente justificado en su sempiterno pesimismo: “son todos iguales” “no va a pasar nada”, “se van a cubrir entre todos”.

Pero no es así. Los hechos demuestran que no todos son iguales. Que hay hombres en el Senado que no se dejan intimidar por las presiones y que, a veces con apasionamiento, a veces con gran temor por las consecuencias, van haciendo luz en el asunto, caiga quien caiga.

En julio, y ya antes, todo el mundo habla del negociado de El Palomar, aunque a ciencia cierta nadie conoce los detalles. En los pasillos del congreso, En pasos Perdidos, en las asambleas partidarias, se habla en voz baja y todo misterioso. Los rumores exigen una investigación, ya no cabe otra instancia. ¿Pero quién le pone el cascabel al gato?

En el Senado de la Nación hay un personaje curioso. Es un viejito provinciano casi octogenario que ha asombrando a la Cámara Alta con sus discípulos mechados de frases altisonantes y de citas de Víctor Hugo y Gaspar Núñez de Arce. Los planteos del senador jujeño Benjamín Villafañe son temidos aun temidos por las personas más probas. Porque cuando comienza a hablar arrasa con todo. No queda títere con cabeza, y guay de quien quiera interrumpirlo. Será anatematizado. Tiene una voz francamente chillona y es sordo. Muchas veces recurre al instinto directo y, cuando su contrincante le va a responder, desconecta su aparato audífono y mira al techo. En la sesión del 16 de mayo, cuando se había terminado una discusión acalorada sobre el proyecto de Sánchez Sorondo acerca de la interpelación al ministro del Interior por la intervención de las provincias de Buenos Aires y Catamarca, el senador Villafañe, como un francotirador, saca de la manga una bomba y dice con voz monocorde que trae “algo que no se puede menos de calificar de horroroso”. Es la denuncia de las tierras de El Palomar, que se acaba de dar en un pasilla el periodista nacionalista José Luís Torres, de la revista “Ahora”. Y propone que sobre tablas se apruebe la formación de una comisión investigadora integrada por senadores de todas tendencias políticas. El vicepresidente Castillo ve enseguida la gran posibilidad la gran posibilidad política del proyecto. En la Cámara Alta nadie se opone. Es el arma secreta que poseerán los enemigos de Ortiz para hacerlo trastabillar y, al mismo tiempo, terminar con su programa de elecciones libres en todas las provincias.

Castillo sabe que sólo se necesita una investigación absoluta imparcial para que la verdad salga a luz. Y por eso designa a tres hombres de distintas tendencias, insospechados: Alfredo L. Palacios, socialista; Gilberto Suárez Lago, conservador de Mendoza; y Eduardo Laurencea, radical.

Villafañe, autor de un libro llamado “La chusmocracia”, ha dicho, para consternación de los que lo oyen, que el asunto de El Palomar “está afectada la dignidad del ejército”.

Comienza la investigación. El trabajo que se tomaron Palacios y Suárez Lago es increíble. Cuando se lee el voluminoso despacho con decenas de enterratorios parece mentira que en tan poco tiempo pudieran trabajar tanto y con tanta ecuanimidad.

El 25 de julio, Palacios, presidente de la comisión investigadora, anuncia la admisión del senador Laurancena a dicho organismo. Es reemplazado por González Iramaín. Es que ya la comisión ha comprobado la culpabilidad del ex diputado Aguirrezabala, pariente directo de Laurencena.

El 8 de agosto, ante un recinto que aguarda sus palabras, Palacios anuncia que ha llegado a su fin la investigación. “Ayer hemos firmado el despacho -dice- con gran amargura en el alma pero con convencimiento profundo de que servíamos lealmente al país”. Se aprueba que el despacho sea tratado en el sesión del 19 de ese mes. ¿Cómo es el negociado? En pocas palabras, éste fue el trámite: dos particulares, Jacinto Baldasarre Torres y Néstor Luís Casás, compraron 222 hectáreas en El Palomar a 65 centavos el metro cuadrado, y en el mismo momento de firmar las escrituras se la vendieron a la Nación a 1,10 pesos el metro. ¿Ganancia neta? Un millón de pesos limpio de polvo y paja. Alrededor de 2.000 millones de pesos ahora.

Pero para llegar a esa ganancia se han necesitado años de trabajos, múltiples entrevistas, gestiones inacabables y, por sobre todo, el soborno o, mejor dicho, exactamente, la “coima”.

Todo comienza en 1934 cuando las señoras María Antonia Pereyra Iraola de Herrera Vegas y María Luisa Pereyra Iraola de Herrera Vegas, propietarias de las 222 hectáreas en el Palomar, ofrecen el terreno al ministerio de Guerra a un peso el metro cuadrado. Las tasaciones, empero, de la Dirección General de Ingenieros del Ejército señalan que esos terrenos son anegadizos y de poca calidad, y fijan un precio máximo de 19 centavos por unidad métrica. Las propietarias hacen múltiples gestiones para que el ministerio cambie de opinión, pero éste se mantiene impertérrito: las tierras sólo cuestan 19 centavos el metro cuadrado.

Pasan tres años. El 24 de diciembre de 1937, las señoras de Herreras Vegas hacen saber al director general de Ingenieros, general Juan Bautista Molina, que retiran la oferta de venta.

Dos días antes, las propietarias habían firmado un contrato de compraventa de las tierras con el señor Néstor Luís Casás, a 65 centavos el metro cuadrado. Se da un plazo de 120 días para la firma de la escritura. Y ahora si comienza el trabajo febril de Casás a través de su apoderado, Jacinto Baldassarre Torres para volver al Estado esas tierras sin gastar un solo centavo y obteniendo una ganancia líquida da casi el cien por ciento.

Por eso, el primer paso de Baldassrre Torres es ir a verlo al ministro de Guerra, general Partiné. Por ello se hace presentar por el general Alonso Baldrich, muy amigo de Baldassarre Torres. Pretiné escucha a éste pero le dice que su ministerio no tiene dinero, que le interesa el terreno pera ensanchar las instalaciones del Colegio Militar y para unificar todo el acantonamiento de Campo de Mayo, pero que definitivamente su ministerios no disponía de fondos para realizar tal compra.

Y aquí, Baldassarre Torres le insinúa: “¿Y si el congreso vota una partida especial en el presupuesto del próximo ejercicio?” “Ah, entonces, encantado”, le responde Pretiñe.

Comenzará entonces Baldassarre Torres el trabajoso intento de que la comisión de presupuestos y Hacienda de la Cámara de Diputados aconseje la compra de tales terrenos por

el “*precio de de un peso diez el metro cuadrado*”. Preside la comisión de diputados demócrata nacional por Mendoza Gregorio Raúl Godoy.

Las cosas se hacen hábilmente. Se llama al ministro Partiné y al general Juan Bautista Molina al seno de la comisión para preguntarle sus opiniones sobre la compra de los terrenos. Los dos jefes militares viendo la oportunidad de ensanchar las instalaciones de El Palomar, se pronuncian favorablemente y apoyan la compra. *Pero no se habla del precio.* Posteriormente, en otra reunión de la comisión se propone que el proyecto diga que se autoriza la compra pagando 1,10 pesos el metro cuadrado. Protestan los diputados Julio A Noble y Américo Ghioldi señalando que no se tenía porqué poner precio, ya que éste tendría que ser determinado por las tasaciones. Este inconveniente hace tambalear los planes de Baldassarre Torres, Juan Kaiser, que salva la situación: se pondrá que para la adquisición se fije un precio de “hasta 1,10 el metro cuadrado”.

La ley de presupuesto con el artículo de las tierras el 27 de enero de 1938; la promulga el P E el 8 de febrero. El general Juan Bautista Molina se dirige al ministro de Guerra, general Pretiñe, recordándole que existe autorización para comprar las tierras, y le acompaña un proyecto de decreto del PE por el que se ordena la formalización de la compra. Pero ahí el expediente e detiene. Para desgracia -o suerte del intermediario Balassarre Torres- cambia el gobierno. Ortiz sucede a Justo. Y el general Márquez toma su primera resolución como ministro. Es justamente una nota a Baldassarre en el sentido que debe acompañar los títulos de propiedad. Pero Baldassarre Torres en el sentido no puede acompañarles por que no los tiene. Sólo posee un boleto de compra-venta, vencido ya, en el que se traspasa la propiedad a nombre de Casás. Sin embargo, Baldassarre Torres no es hombre de amilanarse, y dos días después se dirige por nota a Máquez señalándole que acompaña los títulos de propiedad de las señoras de Herrera Vega y el boleto de compra-venta de éstas a Casás. Márquez, sin dilación, lo eleva al presidente Ortiz. Pero ¡oh inconveniente! Ortiz los rechaza y, por intermedio del jefe de la Casa Militar, coronel Carlos Celso, devuelve el expediente a Márquez señalándole que deberá acompañar los títulos definitivos que atestigüen que la propiedad es de Casás.

Aquí se produce un derrumbe moral en Baldassarre Torres. Porque para acompañar los títulos definitivos había que escriturar primero, y para escriturar había que pagarles a las señoras de Herrera Vega más de un millón de pesos. Y para esto ya no convenía el negocio. Porque, ¿quién le aseguraba a Baldassarre Torres que una vez adquiridas las tierras, y pagadas, el gobierno iba a comprar? ¿Invertir tanto dinero sin seguridad? ¿Y si después del pago el presidente de la nación no firmaba el decreto? No el negocio, para ser negocio, estaba en pagar a las señoras Herrera Vegas 65 centavos con el mismo momento que a él el gobierno le pagaba 1,10. Es decir, con la suma recibida del gobierno, sacar un poco más de mitad para las propietarias reales y el resto, ganancia liquida.

Para cumplir con lo ordenado por el presidente de la República, Casás-Baldassarre tenían que desembolsar 1.450.000 pesos. Más honorarios, gastos de escritura, etc.

Al llegar a este punto tomamos las palabras del senador acusador Suárez Lago en su vibrante alegato en la sesión del 20 de agosto de 1940: “¡Cómo iban a realizar Casás y Baldassarre Torres un desembolso de ese monto dada su insolvencia, y además, sino era eso lo convenido cuando el negocio se planteó! Si todo iba a marchar sobre rieles., ¿qué significaba este entorpecimiento imprevisto? ¡Debió haber sobrevivido un indignado desconcierto y un atroz desconsuelo para esta gente! El 3 de septiembre de 1938 les comunican que debe presentar la escritura ¿Qué ocurre desde el 3 de septiembre al 20 de octubre? ¡Cuántas conversaciones, cuántos trotes, cuántos viajes en auto, cuántos cabildeos! Pero el 20 de octubre, espontáneamente -yo tomo como base la documentación enviada por el ministro de guerra, general Márquez- el capitán Giraud, jefe accidental de Campos, Propiedades y Barrios militares de la dirección general de ingenieros, le envía una nota a Casás, solicitándole quiera pasar por

su oficina. ¿Qué se tenía que conversar con el señor Casás el 20 de octubre sobre el ofrecimiento de venta de la propiedad después de la orden terminante, no dejada sin efecto, impartida por el presidente de la República?”

Ahora los hechos se precipitan. No se sabe qué ocurrió en el conversación con Casás, al que acompañaba Baldassarre Torres. Lo único que se pudo comprobar son las consecuencias de esa conversación: una nota fechada el 11 de noviembre de Casás al ministro Márquez proponiéndole que, en vez de la presentación de las escrituras de la propiedad, “se haga un trámite menos engorroso”. Este trámite era en síntesis lo siguiente: hacer tres escrituraciones simultáneas: por la primera, pago de la deuda hipotecaria de las señoras Herreras Vegas al Estado que pesaba sobre los terrenos; escrituración de venta de las propietarias al señor Casás y, tercer paso, escrituración de Casás a favor del Estado. Es decir, todo al mismo tiempo y todo con el mismo dinero: el del Estado. En un solo acto, de 65 centavos a 1,10 el metro cuadrado. El 15 de noviembre se produce una orden verbal de Márquez al general Verdaguer. Esto se sabe por la nota que ese mismo día Verdaguer le eleva a Márquez: “Cumplimentando la orden verbal telefónica recibida del señor ministro, en la fecha le elevo el expediente con proyecto de decreto en acuerdo de ministro autorizando la adquisición de El Palomar. Sobre este asunto debo informar primero que *el ofertante ya ha presentado a esta dirección general los documentos exigidos para justificar el carácter invocado, de conformidad al pedido que se formulara en su oportunidad como asimismo la conformidad de los acreedores hipotecarios*”.

Pero la verdad era otra. Casás no había presentado nada. En sus declaraciones posteriores ante la comisión investigadora del Senado, el general Verdaguer responderá con indignación: “Señores mientras yo he sido director general de Ingenieros no he ofrecido otro precio que el de 40 centavos por metro como máximo. Si la operación se ha realizado, ha sido determinada por el poder Ejecutivo -dígase el ministro de Guerra-, del cual nosotros no somos otra cosa que instrumentos ejecutores. La responsabilidad, pues, recae sobre él”. Con el proyecto de decreto por Verdaguer eleva a Márquez se da un caso definitivo para el éxito del negociado.

Y ese paso definitivo se da el 11 de enero de 1939 cuando el presidente Ortiz estampa su firma en el decreto 21.683 autorizando la compra a un precio no mayor de 1,10 pesos el metro cuadrado.

“Ese decreto resulta inexplicable -acusa el senador Suárez Lago- porque yo no puedo suponer, mi imaginación no supera a mi perplejidad cómo pudo el ministro de guerra hacerle firmar al presidente de la República un decreto que autoriza a comprar un inmueble “de propiedad -así dice el texto- de don Néstor Luís Casás o de quien resulte propietario”. ¿Cómo se pudo llevar a la firma del presidente de la República, que el 4 de agosto ordenó terminantemente que se paraliza por completo el trámite de esta venta, hasta que Casás probara su condición de propietario, con escritura pública que acreditara la transferencia del dominio de la propiedad a su favor, cómo con esa orden y sin que ella se cumpliera cómo pudo desobedecer el ministro la orden del presidente y hacerle firmar dicho decreto? ¿Cómo hubo desaprensión para dejar de tal modo estampada la desobediencia y la situación inenarrable de autorizar la compra de un bien raíz “de propiedad de Néstor Luís Casás o de quien resulte propietario?” ¡Incomprensible!”.

Ahora ya se tiene el decreto, falta establecer el precio. Porque el decreto dice *hasta 1,10* el metro. Eso ocurre el 16 de marzo de 1939. En este sentido dice el senador Suárez Lago: “El 16 de marzo de 1939 el ministro Márquez produce su espectacular salto en el vacío. Suscribe la orden urgente y terminante de que se firme el boleto de compra-venta al precio de 1,10 con el señor Néstor Luís Casás. ¡Ya no es “con quien resulte propietario” sino con quien está probado en el expediente que no es el propietario! Para él es un hecho axiomático y necesario que Casás es el propietario de la tierra”.

Ya está fijado el precio. Ahora irá todo sobre rieles. El 21 de marzo, un representante del director general de Ingenieros suscribe con Jacinto Baldassarre Torres el boleto de compra-venta por el cual este último se obliga a transferir al gobierno de la Nación el campo de El Palomar. Un día después del Poder Ejecutivo., por decreto-acuerdo 26.641, aprueba el boleto compra-venta. El 24 de abril queda consumado el hecho: con todo descaro y sin que se levante una sola voz de protesta, se firman las tres escrituras simultáneas en dependencias del Banco Central, aunque se las hace figurar en los protocolos como firmadas en la Ciudad de La Plata.

En el acto de las firmas de las escrituras se realizan tres pasos sucesivos. Primeramente el gerente de la sucursal La Plata la hipoteca que gravaba la propiedad de las señoras de Herrera Vegas. En segundo término, las señoras de Herreras Vegas venden el campo de El Palomar a Néstor Luís de Herrera Vegas representado por Jacinto Baldassarre Torres en la suma de 1.447.906 pesos. Por último, Casás le vende al gobierno nacional el mismo terreno en la suma de 2.450.303 pesos. Es decir, que en el mismo momento Casás gana la suma de 1.003.000 pesos a costa de la Nación. Pero el detalle más desvergonzado viene ahora: el pago es en orden inverso a la firma de las escrituras. El gobierno paga en primer término a Casás la suma de 2.450.303 en títulos del crédito Argentino Interno y del Empréstito de Repartición. Casás paga en segundo término a las señoras de Herrera Vegas 1.447.906 pesos en títulos del Crédito Argentino Interno y del Empréstito de Repartición. Por último, las señoras de Herrera Vegas cancelan su deuda hipotecaria que pesa sobre el terreno (723.953 pesos) al Banco de la Nación con los mismos títulos recibidos de Casás. Es decir, que Casás se ha ganada más de un millón de pesos sin poner un solo centavo. Todo se ha hecho a costa del dinero del Estado.

Pero aunque el negociado es tan evidente que hasta un niño podría darse cuenta, nadie protesta, nadie denuncia nada. Ni el escribano Cristián Fernández Madero, que autoriza las dos primeras escrituras, ni el escribano general de la Nación, doctor Enrique Garrid, que firma el tercer protocolo, ni las autoridades del Banco de la Nación.

El negociado había llegado a feliz término. Ahora había que cumplir con los que habían allanado el difícil camino de las gestiones de Jacinto Baldassarre Torres. Es aquí donde han quedado las huellas digitales de los que intervinieron en el negociado. Porque si el Estado hubiera pagado en dinero en efectivo, nunca se hubiera podido descubrir a los coautores. Pero el pago se hace en títulos y Baldasserre Torres no se molesta en vender los títulos y luego pagar los servicios. No, paga directamente en títulos, y es por eso que la comisión logra saber los nombres de los beneficiados y descubrir a los implicados.

Cuando se conocen los nombres de los que han recibido títulos de Baldassarre Torres, el país queda estupefacto. ¿Es posible que gente tan encumbrada haya podido hacer eso? Sí, es posible. Así lo dice la comisión investigadora. Con lenguaje parco y claro: “de la ganancia líquida obtenida por la venta del terreno de El Palomar, participaron las personas que a continuación se indican: *Juan G Kaiser,* ex presidente de la Honorable Cámara de Diputados, le produjeron 126.925,18 pesos: doctor *Gregorio Raúl Godoy*, ex presidente de la Comisión de Presupuestos y Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, con 117.000 títulos y además 140.689,26 pesos en n cheque de Jacinto Baldasserre Torres; doctor *Miguel Aguirrezabala*, con 30.000 títulos los que vendidos le produjeron 25.373,85 pesos; diputados nacionales *José Guillermo Bertotto* y doctor *Víctor Juan Guillot* -actual presidente de la Comisión de Presupuestos y Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados-, con 15.000 títulos que llevan juntos al Banco Español del Río de Plata. El productor de dichos títulos -12.612,8- lo recibió el diputado Bertotto”.

Añade la comisión que Títulos por calor de 35.000 pesos han sido cobrados por una señorita que se presentó con el nombre falso de *Ana Gómez* (este misterioso nombre lleva encerrado quizá el drama que provocó el suicido del diputado Víctor Juan Guillot). La comisión añade: “Los

diputados mencionados estarían comprendidos dentro de las disposición penales que se refieren al cohecho o a las asignaciones incompatibles con el ejercicio de funciones públicas”.

Pero siguen los acusados “los señores *Franklín Fernández Lusbin,* empleado de Obras Sanitarias de la Nación hasta el 27 de marzo de 1939, y *Agustín Marcelo Echeverría*, empleado de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación y ex secretario del diputado Gregorio Raúl Godoy, recibieron de Jacinto Baldassarre Torres en Títulos las sumas de 167.000 y 10.000 pesos, respectivamente: el general (S. R) don *Alonso Baldrich*, quien recibió del señor Jacinto Baldassarre Torres 10.600 títulos, los que vendidos le produjeron 8.871 pesos; los señores *Néstor Luís Casás* y *Jacinto Bladassarre Torres* había incurrido en notoria responsabilidad penal”.

Hasta ahí los civiles. Pero había un capítulo más interesante todavía pata la avidez pública, y que iba a tener insospechadas repercusiones políticas: el capítulo referido a las implicancias que en el asunto había tenido el propio ministro de Guerra, general Márquez.

La comisión senatorial acusa al general Carlos D Márquez de haber infringido la ley 3.727 sobre organización de los ministerios nacionales, el artículo 1º de la ley de expropiación Nº 189, y los artículos 26, 43 y 44 de la ley de contabilidad Nº 428. También, en ese sentido, se acusa al presidente de contaduría general de la Nación, doctor Mario de Tezanos Pintos. Y termina diciendo el despacho: “estaría comprendidos, por lo tanto, el señor ministro de Guerra general Carlos D Márquez, y el presidente de la contaduría general de la Nación, doctor Mario de Tezanos Pinto, en la disposición del artículo 248 del Código Penal, pues habría incurrido en la violación de los deberes de los funcionarios, con las responsabilidades civiles emergentes” .

En la sesión del Senado del 19 de agosto de 1940 concurre el general Márquez a defenderse. Su argumento principal es la urgencia de compra, y que si el Congreso había autorizado esa compre él no tenía por qué oponerse. Agrega que el precio no le parecía desmesurado porque otras tierras expropiadas en las cercanías del Campo de Mayo habían costado aproximadamente un peso el metro cuadrado. Además hace un grave cargo al general Juan Bautista Molina al decir éste “Jamás me planteó cuestión alguna ni formuló objeciones que pudieran haberme inducido a adoptar una resolución contraria”. Y vuelve a repetir una y otra vez que “hacía ya aproximadamente tres meses que el Colegio Militar estaba en su nuevo edificio y había que ocupar el terreno inmediatamente para no entorpecer el desarrollo de la instrucción diaria”.

Aquí se equivoca Márquez. Le contestará de forma implacable el senador Suárez Lago: “Según lo que hemos oído de boca del señor ministro de Guerra, general Carlos Márquez, había una extraordinaria urgencia de carácter militar en adquirir el campo. Se necesitaba como oxígeno para resolver las dificultades de la enseñanza y de la práctica de ejercicios en el Colegio Militar, pues, por las razones que dio el ministro, parecía que los cadetes se ahogaban en ese pañuelo de tierra en que está edificado el Colegio. ¡Imagino cuál sería a alegría y satisfacción del director del Colegio Militar cuando supo que se había realizado la compra de la propiedad lindera! Pero no es asó. ¡No bien comprados los terrenos a Casás, se dan en arriendo a un particular para la explotación de la industria tambera a 40 pesos la hectárea! Se pagó 11.000 pesos, señores senadores. La hectárea para enseguida arrendarla a 40 pesos anuales. ¡Oh sarcasmo irritante!”.

Y Suárez Lago, luego de este argumento irrebatible, pasea su mirada por los rostros serios e inmóviles de los demás senadores. Hay un profundo silencio. Suárez Lago sufre de algo de tartamudez, pero cuando se entusiasma en una pieza oratoria apabulla con sus gestos, sus gritos, sus argumentos. Peso casi 140 kilos, pero su banca gira y se mueve para todos lados al impulso del empuje del senador conservador por Mendoza.

Después del silencio se oye de nuevo la voz de Suárez Lago que se va levantando como un murmullo: “que cada ciudadano que ame a nuestra patria, que cada inteligencia en acción orientadora, que cada órgano que representa y que hace opinión, que casa uno y que todos, interpreten y comprendan el profundo y trascendente significado moral de la labor que hemos cumplido; que comprenden el profundo y excluyente sentido ejemplarizador de despacho y de la comisión investigadora del Senado. Así y sólo así nuestro trabajo ímprobo, nuestro esfuerzo penoso y nuestro dolor íntimo -todo en persecución de la verdad- no serán estériles. Nada más”.

El despacho se vota por unanimidad en lo referente a que se envíen a la justicia los antecedentes delictivos del negociado. La segunda parte, en la que la Alta Cámara pide a Diputados que sólo inicie juicio político contra el ministro Márquez, solo tiene la oposición de cinco senadores: Tamborín, Cepeda, Cantón, Laurencena y Eguiguren.

El escándalo gana la calle. Al ministro de Guerra se lo llama “Palomárquez”. En el teatro San Martín -que estaba situado en Esmeralda 255- se estrena la revista “Se alborotó… El Palomar”. Sobre este terreno dice el circunspecto crítico teatral de “La Prensa”: “la novedad glosa en forma humorística o satírica el negociado de la venta del terreno en El Palomar, que es de conocimiento público. Se inicia con cantable también con alusiones al mismo motivo, que se complementa con un discreto número coreográfico. Luego, otro Sketch, de formas irreverentes, con algunas ilusiones de relativo gusto. Sigue otro pasillo cómico que reproduce, en caricatura, sesiones de una Cámara de Diputados y que, también, se refiere a dicho negociado. Sobre el mismo tema va el cuadro final. Carmen Lamas, Alberto Anchart, Carlos Morganti, Vicente Climent y demás intérpretes fueron, con justicia, aplaudidos por el público”.

La situación política se pone tensa. Hay quienes interpretan que todo es una maniobra política de los conservadores para desprestigiar a Ortiz. Otros son menos generales en sus apreciaciones y se quedan en lo anecdótico. Señalan, por ejemplo, que es una venganza del senador Alfredo Palacios contra el diputado Guillot porque éste en una oportunidad le ganó de mano en un “affaire” amoroso. Otros manifiestan que los hilos los manejan sutilmente el general Justo y el ex gobernador Fresco, quien no le perdona a Ortiz haberle intervenido su providencia. Los hechos se precipitan. Mientras tanto también pesa en el ambiente lo que ocurre en el viejo Continente. Aquí, los nacionalistas que defienden el Eje luchan a calle abierta contra los de Acción Argentina. Y precisamente, los nacionalistas, que apoyan a Castillo, tratan de exagerar la trascendencia del negociado para voltear a Ortiz, que es sostenido por todas las fuerzas que apoyan a los aliados.

En su editorial del 22 de agosto, el diario “La Prensa” hace referencia a la situación institucional. En la misma exige la renuncia del gabinete, ya que “por enfermedad del Presidente de la Nación que lo mantiene alejado de su despacho desde hace dos meses, se ha creado una situación diremos no difícil pero sí complicada debido a que el reemplazante constitucional, el vice, está gobernando con ministros en cuya designación, verosímilmente, no intervino”.

Un día después se produce una noticia sensacional. Los titulares de los diarios lo expresan con letras de cuerpo “catástrofe”: “Como consecuencia de la reciente sanción del Senado sobre el negociado de El Palomar renunció el presidente de la República”.

El texto de la renuncia es dramático: “El H. Senado de la Nación me ha implicado -sin nombrarme- en su pronunciamiento sobre la investigación realizada con motivo de la compra por el estado de las tierras de El Palomar. Mi investidura resulta así salpicada en el negociado promovido por un grupo de ciudadanos inescrupulosos, algunos de los cuales son o han sido miembros de ese Parlamento, elevado jerarquía que pusieron al servicio de sus propósitos inconfesables. Nadie -que no sea un malvado- podría insinuar siquiera que yo haya encubierto

o facilitado la venalidad en ningún momento de mi larga vida política y de funcionario, concepto en que incluyo al señor ministro de Guerra, el dignísimo general don Carlos D. Márquez”.

“protesto y no acepto -sigue Ortiz- la intención de vincularme a esta menguada confabulación de intereses -que repudio y condeno-, en la que se ha puesto al Poder Ejecutivo como cabeza de proceso, rompiendo el equilibrio que debe existir entre los dos poderes como condición necesaria para la permanencia de nuestra organización institucional. No se ha excluido la posibilidad de tan irritante equívoco y es por ello que envío a vuestra honorabilidad mi renuncia de presidente de la Nación Argentina, a cuya alta magistratura fui elevado el 20 de febrero de 1938 por la voluntad soberana del pueblo de la República”.

“El escándalo de las tierras de El Palomar -prosigue Ortiz- ha sido puesto enfrente de nuestro sistema democrático como si fuera una consecuencia necesaria del mismo, relación que se establece para conmoverlo. El afán de lucro deshonesto es resultante de la imperfección humana y no consecuencia de ningún orden institucional. Se ha querido establecer la verdad y eso es necesario y plausible, pero es sugerente que no se haya profundizado más la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado, que apuntan en las entrelineas del proceso”.

Este es el párrafo fundamental de la renuncia de Ortiz. Habla de que “no se ha profundizado la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado”. ¿Qué quería decir Ortiz? El propio presidente de la Nación denuncia que la investigación no se había realizado a fondo, que había alguien detrás de todo esto. Y, en efecto, Ortiz siempre estuvo convencido de una confabulación y que todo el negociado había sido motivado por el general Agustín P. Justo. En la asamblea legislativa que dos días después rechazó la renuncia de Ortiz, el Senador Suárez lago recoge el guante que le había tirado el presidente de la Nación y aclara un poco el ministerio de las palabras de éste en su renuncia. Es esa secesión, relata Suárez Lago lo siguiente: “Después de un mes de trabajo y aunque no poseíamos, todavía, prueba concreta alguna que individualizara nombres y fijara responsabilidades personales, teníamos, sin embrago, el juicio conjunto sobre el asunto que estábamos estudiando. Yo había percibido su sentido grave. Me apersoné al presidente del Senado, doctor Robustiano Patrón Costas. Lo informé de mis impresiones, de la convicción moral que iba formando, y le pedí que gestionara una entrevista en el domicilio particular del presidente, doctor Roberto M. Ortiz. El doctor Patrón Costas me dijo dos días después que teníamos fijada audiencia en la residencia presidencial. Concurrimos juntos. Expuse allí al señor presidente todo lo que, preveía ya entonces, como consecuencias gravísimas de la investigación, claro que, todavía, sin perfeccionar mi impresión en el detalle de las responsabilidades administrativas y personales. Le dije: señor presidente, me habría resultado inexcusable no traerle a usted este informe; informe que, naturalmente, en ningún caso podía significar subordinación de mi conducta ni de mi criterio a una norma que no fuera dictada exclusivamente por mi propio albedrío y conciencia. El Dr. Ortiz coincidió explícitamente, calurosamente, con los propósitos de la comisión de ir hasta los últimos extremos en su función investigadora, y me dijo: ¡deben ir ustedes hasta el fondo, caiga quien caiga!”.

“Esta conversación -continúo diciendo Suárez Lago- se ha realizado como digo en presencia del doctor Robustiano Patrón Costas. Es más: el primer magistrado me prometió colaboración, a cuyo efecto ofreció enviarme una cantidad de antecedentes que, me dijo, había reunido él mismo, hacía algún tiempo, cuando -enterado del rumor y reiterando de que el asunto de venta de tierras de El Palomar había significado un negocio escandaloso- él dispuso una investigación dentro de lo que ya estaba permitido en su órbita ejecutiva. Estos antecedentes -me reiteró- voy a hacerlos llegar a usted. Me señalo en particular, además, el nombre de un ex empleado de una gran repartición pública que, según la información que tenía, había participado con comisión con una utilidad grande en el negociado. Le dije: “presidente, la comisión conoce el antecedente que implica a ese ex empleado, y ya se ha dispuesto citarlo a su seno”. El señor

presidente creía que atrás de dicho empleado se escondía alguien, como auténtico beneficiario de la participación que dicho individuo aparecía percibiendo.. Y poco después vuelve a recalcar Suárez Lago: “recuerden los señores legisladores el detalle que acabo de dar: el presidente de la Nación creía que atrás del empleado estaba oculto un embaucador ex funcionario, quien realmente habría recibido el beneficio deshonroso, y no el empleado que cobró”.

Pero la investigación, en este aspecto, no pudo llegar a buen término, tal cual lo quería Ortiz. Porque Ortiz sospechaba del general Justo. “el ex funcionario encumbrado” era nada menos que el ingeniero Domingo Selva, ex presidente de Obras Sanitarias de la Nación, y el empleado a quien se le comprobó haber recibido dinero del negociado de El Palomar era Franklin Fernández Lusbín, ex secretario privado de Selva. Ortiz tenía comisión que el general Justo y el ingeniero Selva eran muy amigos. Fernández Lusbín fue nombre a quien manejó Baldassarre Torres (o Selva, esto no está comprobado) para obtener por medio de dinero el voto de los diputados implicados. Para abundar en más detalles diremos que la ambición del general Justo era llegar a la segunda presidencia. Por eso, cuando llegó en 1937 la hora de designar un sucesor, Justo promovió a Ortiz, sabiendo, quizás, que éste padecía una enfermedad incurable que lo llevaría a la tumba, y como vicepresidente a Miguel Ángel Cárcamo. Pero finalmente, Justo no pudo imponer la candidatura de Cárcamo a la vicepresidencia. Los conservadores lo impusieron a Ramón S. Castillo.

Pero volvamos al 22 de agosto de 1940, jueves. La gran ciudad daba entretenimiento para todos los gustos. Mientras en la avenida Mayo se armaban grescas ante las pizarras de los diarios, el gran público de la avenida Corrientes, se mantenía indiferente ante los acontecimientos políticos. En el gran Rex, el maestro Leopoldo Stokowsky daba su último concierto con gran orquesta All American Youht. En el cine Monumental, gran acontecimiento de la cinematografía local: “Flecha de Oro”, con Pepe Arias. En el teatro París -Suipacha 193- Luís Arata estrenaba “El sol de los viejos”, de Arniches y Escobar. En el cine Suipacha “llega a su novena y última semana triunfal” “Rebeca, una mujer inolvidable”, con Lawrence Oliver y Joan Fontaine.

Hacia frío en Buenos Aires. De ahí los grandes avisos de La Piedad ofreciendo “sobretodos de pura lana forro de rayón con un retazo para gorra al precio de 17,50 pesos”. Y ese día, gran oferta para las amas de casas: las Grandes Despensas Argentinas ofrecen el kilo de azúcar a sólo 0,32.

Pero en las altas esferas, el horno no está para bollos. Al saber la decisión de Ortiz concurren todos sus ministros a la residencia presidencial de la calle Suipacha. Además del gabinete, están allí el director del Banco Hipotecario Nacional, escribano Alfonso Romanelli; el rector de la Universidad, doctor Vicente Gallo; el director general de Correos y Telégrafos, Adrián C. Escobar; el director general de Ferrocarriles del Estado, ingeniero Pablo Nougués; el concejal Reinaldo Elena y el presidente del Banco de la Nación, Jorge Santamarina.

La admisión se anunció después de la visita del vicepresidente. Oficial fue dada a conocer por el ministro de Interior, doctor Diógenes Tabeada, en su despacho. Hasta tanto la Cámara de Diputados no debata el problema de las tierras, los ministros continuarán en sus carteras. Se le da licencia al ministro de Guerra, general Márquez, haciéndose cargo de ese misterio el almirante León Scasso.

Se produce una fisura en el ejército. El general Ramón Molina envía una carta al senador Palacios felicitándolo por su investigación y llevando un violento ataque al general Márquez. Otro general, Juan Bautista Molina, se dirige al senado señalando: “no puedo ocultar que he sido ingratamente sorprendido por la actitud del señor ministro de Guerra, quien, lejos de hacer su defensa frente a la acusación que pesa sobre él, se ha preocupado en atacar injustamente a sus camaradas ausentes”. Y luego rebate uno a uno los argumentos del general Márquez

expuestos ante el senado. La reacción de Márquez es inmediata. Se ordena arresto a los dos agentes.

La policía mantiene guardias reforzadas en todos lo lugares claves de la ciudad. La situación puede desembocar en cualquier cosa. Al caer la tarde se organiza una manifestación que llega a la residencia de Ortiz. Entre los manifestantes que iban dando vítores a la democracia y al doctor Ortiz, avanzan los dirigentes radicales Aníbal Arbeletche, Julián Sancerni, Oscar Rosito, Camilo Stanchina, Francisco Turano, etc. Los oradores se trepanan la verja y desde allí hablan Emilio Ravignani, Emir Marcador y Mario Posse, que termina su encendida arenga con esta frase: “Morir antes que se quiebre la democracia”.

Así termina la jornada del jueves. Mientras, el Sanado remite los antecedentes de la investigación a la justicia. Se anuncia que el procurador fiscal promoverá ante el juzgado federal del doctor Jantus las acciones pertinentes.

Amanece el viernes 23 de agosto de 1940. El escándalo llegará este día a su punto culminante. Se suicida uno de los acusados: el brillante diputado nacional Víctor Juan Guillor, que une a su personalidad de legislador dotes poco comunes de escritor y periodista. Ha sido acusado de haber recibido una suma irrisoria en el negociado: 15.000 pesos junco con Bertotto. Es decir, apenas 7.500 pesos… Pero la verdad es otra y bastante desgraciada. Hay una mujer de por medio, la misteriosa “Ana Gómez”, que ha cobrado 35.000 títulos del negociado. ¿Quién es Ana Gómez? Los allegados a Guillot guardan reservas. Por ahí alguno hace resbalar una confidencia. Dice que es la bella hija del ex diputado Ferraroti. Algunos atan cabos. Y recuerdan que Ferraroti refugió en su casa a Guillot en el año 30 ante las persecuciones de Uriburu. Los que creen saber más dicen en voz baja que hay dos hijos de ese amor apasionado y que Guillot siempre ocultó la verdad a su familia… “Guillot se sentía viejo -tenía 51 años- y su sola entrada era la dieta”, dice un periodista a manera de explicación. “Él no quiso nada del negociado, pero votó a favor del proyecto porque sabía que “Ana Gómez” iba a recibir una suma que la ayudaría a educar a sus hijos”.

Se conoce una gestión personal del senador Tamborín para salvar a su amigo Guillot. Concurre a la casa de palacios y le pode que en lo posible no lo haga figurar a Guillor en el dictamen. Pero Palacios se mantiene inconmovible. Luego acusarán de vengarse de Guillot por un episodio amoroso.

La misma gestión hace el diputado conservador mendocino Godoy -uno de los principales implicados- ante su amigo Suárez Lago, el implacable senador acusador. Pero la entrevista termina con este dialogo.

– Gilberto. ¿Qué podes hacer por mí? Vos que sos mi amigo… ¡No me podes dejar en la estacada!

– Mirá, Gregorio -le responde Suárez Lago-, lo único que podría hacer por vos en este momento sería morirme.

El suicidio de Guillot conmueve a toda la opinión pública. El episodio de El Palomar tiene ahora el tinte sentimental que le faltaba al porteño. Pero a su delito, el porteño admirará esos días a Guillot comparándolo con otros políticos flojos. “Se portó como un macho, supo ser hombre ante su amor y no vendió su secreto”, dirá un orador juvenil en un acto radical en su homenaje.

Una comisión de legisladores despedirá sus restos en la Chacarita: Américo Ghioldi, José Luís Cantilo, Ismael López Merino, Romero Saccone, Fernando de Prat, Pío Pandolfo, Urbano de Iriondo y José Aguirre Cámara. Los oradores fueron: Luís Boffi, Manuel Pinto, Eduardo Araujo, Luís García Conde, Amadeo Brunetti y Carlos Alfredo Tornquist.

Pero no hay tiempo para lamentaciones. Alvear lo considera así y concurre a visitar a Ortiz -dos años antes su enemigo en las urnas- para darle su solidaridad. En cambio, los conservadores dan a conocer un comunicado en el que protestan por los términos usados por Ortiz en su renuncia.

Por la noche se realiza una concentración monstruo en el Luna Park realizada por la UGT en apoyo a la democracia, a los aliados y al presidente Ortiz. Luego de actuar los actores Gloria Ferrandiz y Fernando Ochoa hablaron los dirigentes obreros Camilo Almarza, José Doménech, Ángel Gabriel Borlenghi y Francisco Pérez Leirós. Por último luego de tomarse un “juramento democrático a la concurrencia”, se organizo una manifestación hacia la casa del presidente de la República. Centenares de personas atravesaron el centro al grito de “El país quiere a Ortiz”. La algazara duró hasta las 0.15 del sábado. Y “La prensa” anota: “Algunas señoritas que integraban la manifestación sufrieron desvanecimientos por causa de la aglomeración frente a la residencia presidencial”.

El segundo acto del drama será apurado el sábado 25. Pese al “sábado inglés” una impresionante multitud se halla concentrada frente al congreso ante una nutrida guardia de la montada. Está reunida la asamblea legislativa para tratar la renuncia de Ortiz. Comienza a las 16 y termina bien entrada la noche. El ambiente en el recinto está por demás caldeado. Hay tres posibilidades definidas: los radicales, que rechazan la renuncia y apoyan el texto de la misma; los conservadores, que rechazan la renuncia, pero censuran agriamente su texto; y los socialistas, que también la rechazan, pero que exigen el cambio de gabinete. Pero hay otra posición, una muy personal, de francotirador. Es el único que se atreve a decir la verdad, tal cual la siente. Y la dice así, brutalmente. Es el senador nacional Matías Sánchez Sorondo. Dice que la renuncia de Ortiz es el principio de la prueba que al presidente de la República le va “faltando idoneidad constitucional”, y es el único que vota aceptando la dimisión del primer mandatario para “acabar con este período de septicemia institucional”. Pero Sánchez Sorondo no puede hilvanar bien su discurso. Raúl Damonte Taborda y Agustín Rodríguez Araya lo interrumpen a cada frase para sacarlo de quicio. Al final se vota: se rechaza la renuncia por 170 votos contra 1: Delirio en los centenares que aguardan el resultado en torno al Congreso. El sábado termina con una gresca descomunal en el hall de la facultad de Medicina. Se enfrentan estudiantes de la FUA contra grupos nacionalistas. Son más de doscientos. Ocho detenidos y tres estudiantes de tenidos: Salomón Rusak, Mario Greischman y Alberto Álvarez Pereyra.

El domingo establece una pausa a tanta pasión desbordada. Son más importantes que todo eso los dos clásicos de fútbol; ante 50.000 personas River le gana a Racing nada menos que por 5ª 1. Los goles, 2 de Pedernera, 2 de Labruna y 1 de Deambrosi; el de Racing, el half José García. Boca le da una paliza a San Lorenzo: 4 a 1, con goles de Hémela, Sarlanga y dos de Gandulla; Fabrini, el del perdedor. Los iniciados de la noche porteña van al velatorio de la ecuyere “Rosita de la Plata”, la compañera del payaso Frank Brown.

El lunes 26 la comisión de Diputados resuelve aconsejar la separación del diputado radical por Santa Fe José Guillermo Bertotto, por hallarse implicado en el negociado. EL expediente Guillot se archiva “ante la trágica desaparición del inculpado”.

El invierno arrecia, la mínima es de 8 décimas bajo cero. El presidente de la Nación comunica que acepta la decisión de la asamblea legislativa retira su renuncia. Siguen los incidentes callejeros. Hay lucha a palos en un acto en un acto de la Alianza de la Juventud Nacionalista, en la que hablaron Adolfo Sánchez Zinny, José Lorenzo Bó y Alberto Bernardo, en Corrientes y Callao. Esa noche los dirigentes radicales “están en la precisa”. Saben que el general Márquez se levantará en armas y marchará hacia la casa Rosada. Hay dos personas que llevan los hilos de la conspiración: el mayor Pedro Eugenio Aramburu y el diputado nacional Emir Mercader. Al tener noticia del inmediato levantamiento -que tenía por fin reponer a Ortiz y gobernar a su nombre-, Alvear se dirige a la residencia de la calle Suipacha y conversa con el enfermo primer

mandatario. Sin perder un minuto, Ortiz llama a su gabinete, incluido el propio Márquez, y rechaza el movimiento. Señala que un gobierno cuestionado por el negociado no podía hacerse cubrir por una revolución, por razones éticas. Y las aspiraciones de Márquez fracasan.

El martes 27 se produce, en cambio, un golpe de efecto para hacer olvidar y salvar las posibles culpas en el asunto de El Palomar: renuncia todo al gabinete, incluido Márquez. Pero el ejército exige que Márquez siga en el cargo hasta que se termine el juicio político que tiene que llevar a cabo la Cámara de Diputados. Los días siguientes Castillo iniciará consultas para formar ya “su” gabinete. Ortiz y su gente, con la crisis de gabinete, han salvado su honor, pero han perdido definitivamente el poder.

El jueves 29 la Cámara de Diputados, por unanimidad, separa de su seno al diputado José Guillermo Bertotto por hallarlo culpable del delito de cohecho.

El 2 de septiembre se llega al acto final: se da a conocer el nuevo gabinete nacional: en Interior, Miguel Culacciati reemplaza a Taboada; en obras públicas, Salvador Oría al ingeniero Barbieri; en Agricultura, Daniel Amadeo y Videla a Cosme Massini Ezcurra; en Relaciones Exteriores, Julio A. Roca a Cantilo; en Guerra, Tonáis a Márquez; en Marina, Mario Fincati a León Scasso; en Justicia e Instrucción Publica, Guillermo Rothe a Coll, y en Hacienda, Federico Pinedo a Pedro Groppo.

El 5 de ese mes, por 69 votos contra 27, la Cámara de Diputados rechaza el pedido de juicio político contra el general Márquez. Un día después, una tragedia hace olvidar un tanto los hechos políticos: en un accidente de aviación muere en Altos San Bernardino el presidente uruguayo, José Félix Estigarribia, y su esposa quienes meses antes habían estado en nuestro país.

Terminaban así las acusaciones políticas suscitadas por el negociado de El Palomar, unido a otros sucesos no menos condenables, como el “affaire” de CHADE, los colectivos, los “niños cantores”, etc., fueron creando un ambiente en la opinión pública que los revolucionarios del 4 de junio interpretaron correctamente al aludir, en la proclama revolucionaria, a la necesidad de moralizar la administración. Así, un suceso de orden casi policial se convertiría en una de las causas profundas de un movimiento que tendría vastas consecuencias en la política argentina.

El otro aspecto, el judicial, tuvo un trámite por demás enredado. Los beneficiados por el negociado: los ex diputados Kaiser, Godoy,. Y los otros gestores: Fernández Lubín, Baldasarre y Casás, recién tuvieron la condena definitiva el 7 de abril de 1945. Kaiser y Godoy fueron condenados a seis años de prisión e inhabilitación perpetua; Aguirrezabala, Bertotto, Baldassarre Torres, Casás y Fernández Lubín, a cinco años de prisión e inhabilitación perperua, salvo Casás y Baldassarre Torres, cuya inhabilitación se limitó a nueve años. Bertotto, Kaiser, Aguirrezabala y Fernández Lusbín se hallaban pr´fugos en Montevideo. A Godoy se le comunicó que su pena se cumpliría el 24 de marzo de 1951. A Casás y Baldassarre Torres le pena les vencía el 26 de marzo de 1950.

Pero el presidente Juan Domingo Perón indulta en 1947 a José Guillermo Bertotto y lo recibe en la casa Rosada, a la que el ex penado concurrió en compañía de su amigo el señor Colom, director del diario “La Época”. El 6 de mayo el mismo Perón indulta a los ex legisladores Kaiser y Aguirrezabala.

¿Qué se hizo luego de los siete culpados? Salvo Bertotto, que tuvo una pequeña actuación con el peronismo como director de una biblioteca en Rosario, los demás fueron como muertos en vida. El 8 de mayo de 1948 falleció Jacinto Baldassarre Torres; el ex presidente de la Cámara de Diputados, Juan Gaudencio Kaiser, murió en Luján el 1º de febrero de 1952; el 12 de mayo de ese año fallecía en esta capital Miguel A. Aguirrezabala. El ex diputado conservador

Gregorio Raúl Godoy falleció en Mendoza en 1961. En su memoria, su viuda regaló una valiosa biblioteca a la Universidad de Cuyo. Franklin Fernández Lusbín falleció en el año de 1965, a la edad de 75 años. De Néstor Luís Casás se sabe que falleció, pero se ignora en que año. El único que vive todavía es Bertotto, quien cuenta actualmente 84 años y está radicado en Rosario.

¿Y de Ana Gómez? ¿Qué se hizo de ella? ¿Quién era en realidad? En toda la investigación e guardó absoluto silencio sobre ella, como si hubiera existido un pacto de caballeros entre todos. Como si el suicidio de Guillot la hubiera lavado de todas las culpas. Sólo en el interrogatorio al contador público Mauricio Greffier -quien fue el que individualizo a los que había recibido los títulos- hay una leve referencia. Dice Greffier: “por conversaciones, dicen que es una niña de 22 años, morocha, elegante, conservadora, simpática, que el empleado recuerda perfectamente”. Eso es todo. El silencio absoluto. Silencio cómplice tal vez, pero hidalgo en el fondo. El propio Jefe de policía, general Andrés Sabalain, contesta a la comisión investigadora sobre la identificación de Ana Gómez que “no se han logrado resultados satisfactorios”; poco después contesta en el mismo tenor el jefe de la división Investigaciones, inspector general Miguel A. Viancarlos.

Quizá eran otros tiempos… en los cuales a pesar de una oligarquía dominante todavía se conservaban ciertas virtudes democráticas. Donde un parlamento era capaz de denunciar un negociado y llevar su investigación hasta las últimas consecuencias aunque en el mismo se le mancharan los galones a señores generales de la Nación. Tal vez haya sido la última vez que nuestro parlamento cumplió el gran papel como fiscal del pueblo. Luego sobrevinieron muchos gobiernos con muchos negociados detonantes. Todo el mundo habla de ellos, de las fortunas hechas de la noche a la mañana, pero nadie se atrevió a dejar desnudos antes la opinión pública a los aprovechados. Nuestros parlamentos llegaron a ser apéndices anodinos de Ejecutivos absorbentes.

Se sucedieron negociados ante los cuales, el de El Palomar queda reducido a un juego de niños. Hoy ya no se lo vería como un delito. La mayoría d nuestros generales, de nuestros altos oficiales retirados de las fuerzas armadas pertenecen a directorios de empresas extranjeras, nacionales y multinacionales. Tener un general en el directorio tranquiliza a los empresarios. Es un dinero bien gastado. Antes se decía “palomárquez” ¿Cuántas combinaciones podríamos hacer hoy entre apellidos de militares y nombres de empresas? Resultaría un “puzzle” divertido e interminable.

Por eso, vaya nuestro homenaje a ese Parlamento de 1940 y a esos legisladores que supieron descubrir la verdad. Donde queda en claro que siempre hay hombre dignos aun en la época más oscuras.

EL NAUFRAGIO DE LA “ROSALES”: UNA TRAGEDIA ARGENTINA

9 de julio de 1892. Ese día naufraga en medio de una terrible tempestad, frente al cabo Polonio en las costas uruguayas, el flamante buque de guerra argentino “Rosales”. Perecen ahogados los marineros y suboficiales. Se salva el capitán con toda su plana mayor. Desde ese mismo momento comienza el misterio. Un misterio que tal vez ya nunca podrá descubrirse. ¿Qué paso en la noche el de julio de 1892 frente al cabo Polonio? Sólo los 25 sobrevivientes sabrán supieron la verdad. Pero sus declaraciones fueron contradictorias. Algunos pintaron al capitán

de fragata Leopoldo Funes -el comandante de la “Rosales”- como un héroe. Otros le achacaron actos verdaderamente criminales. La ciudad, el país, conmocionados por la tragedia y las sospechas que el hecho despertaba, se dividieron en dos bandos. ¿Fue Funes un héroe o el más infame de los cobardes? En la noche del 9 de julio de 1892 el destino juega Funes a cara o cruz. ¿Fue un hombre de acero y alma de ángel que se juega el todo por el todo -hasta su honra militar- por los suyos, o meramente un asesino vulgar que para salvar su desnuda vida utiliza el revólver y la prepotencia que respalda con sus galones? El Capitán Funes calló, ni para defenderse ni para justificarse, ni siquiera para quedar bien con los que lo defendían. Cumplió con el sumario y dio, eso sí, una declaración, que a la luz de los detalles que se fueron conociendo apareció como un tanto infantil para ser creída: la marinería murió ahogada gritando ¡Viva la Patria! ¡Viva el Capitán Funes! Sus detractores, en cambio, sostuvieron lo contrario: viendo perdido el buque, no contando con los botes suficientes, Funes hizo distribuir toda la caña existente para emborrachar a la marinería, a la que después, a punta de revólver, ayudado por la oficialidad, encerró en los sollados. La marinería -en su mayor parte paisanaje reclutado en Córdoba- pereció íntegramente. Se ahogaron como ratas mientras el comandante y los oficiales se salvaban en los mejores botes. Ni la mejor novela de suspenso puede igualarse con las alternativas del juicio a que fueron sometidos los náufragos. Por un lado, pena de muerte, por el otro, la absolución, y más todavía, la gloria. Después del veredicto final subsistió la duda en todos. Se dijo en aquel entonces que la historia alguna vez diría la verdad. Aquello tan repetido de que “cuando se aplaquen las pasiones”. Porque el proceso a los sobrevivientes de la “Rosales” tuvo un profundo significado político y se tomó como una crítica a las clase dirigente de aquellos años. Pero no fue así. La historia no esclareció nada. La historia no se definió, no se jugó por el capitán Funes a cara o cruz, como éste tuvo que hacerlo en la noche del 9 de julio de 1892. La historia prefirió olvidar al capitán Funes, olvidarse de la “Rosales” y de todos los oficiales sobrevivientes que llevaron como una marca de Caín el haber salvado sus vidas. Decíamos que tal vez ya nunca pueda saberse la verdad. Todos los protagonistas han muerto. Por otra parte, se cometió el error de esconderse, de olvidar a sabiendas el hecho como si nunca hubiera ocurrido. Algunas mentes estrechas o un exagerado sentido de cuerpo hizo que toda alusión a la “Rosales” se tomara como un ataque a la Marina de Guerra. Lo mismo que en la década del treinta, todo propósito de enterarse la verdad del caso del capitán Mac Hannaford se interpreta como una malicia antimilitarista. El capitán Funes no merece ser olvidado por la historia. Su caso debe discutirse. Es el de un hombre puesto frente al destino. Los griegos hubieran hecho a una de sus célebres tragedias. Lo hubieran inmortalizado precisamente porque él se da la reacción de un ser humano cuando la vida le da a elegir, inexorablemente, entre el bien o el mal, que en este caso, para un marino de guerra, era entre el heroísmo y la cobardía. El pampero no paró un solo día en ese junio de 1892. Mes de tormentas tremendas, duras, frías. Ese mes se han hundido en las cotas atlánticas el crucero brasileño “Solimoes” (sólo se salvaron cinco tripulantes) y el buque uruguayo “Dolores”. Comienza julio y siguen las tormentas. El 6 de julio llega una noticia que emociona a los habitantes de Buenos Aires: en el cabo polonio encalle el buque “Pelotas”. El Capitán Castro e Silva luego de asegurarse que se ha salvado todo el pasaje y la tripulación, ante la evidencia que se buque esta perdido, se encierran en su camarote y se pega un tiro en la sien. “Hasta los brasileños cumplen con la ley del mar”, dijo un semanario humorístico con respetuosa sorna.

Es que el destino ya en este hecho prepara la trampa al capitán Funes. La ley del mar: el capitán muere con su buque luego de haberse asegurado que está a salvo hasta el último tripulante.

El mismo día en que llega la noticia del naufragio del “Pelotas” parten tres buques de guerra argentinos hacia la Madre patria. Tendrán el alto honor de representar a la Argentina, Brasil y Chile (estos dos países no pueden enviar ninguna clase de navío) en los festejos del 400 aniversario del descubrimiento de América. Tiene que llegar a Palos el 3 de agosto, justo el día en que el gran almirante partió para descubrir el nuevo continente. Se hará una revista naval como jamás se recuerda en la historia. El presidente Carlos Pellegrini ha contestado de

inmediato la invitación ordenando que partan los cruceros “Almirante Brown” y “25 de Mayo” y la cazatorpedos “Rosales”. En el “Almirante Brown” enarbola su insignia el almirante Daniel de Solier (empecemos a anotar los nombres porque serán los protagonistas del drama), altivo marino a quien los diarios de la época lo saludan con respeto señalando que tiene “gran sentido de casta”. En la “Rosales” ocupa el puente de mando el capitán de fragata Leopoldo Funes. Un oficial “correcto”, hombre sencillo, taciturno, buen profesional, buscado siempre por sus superiores para las misiones difíciles o por lo menos de gran responsabilidad. Cuenta con 33 años de edad pero ya lleva mucho mar recorrido. Pertenece a la segunda promoción de la Escuela Naval y de allí marchó a perfección a la marina española. Conoce los mares protagónicos y tiene en su haber dos peligrosos viajes a Europa. Uno, como segundo comandante de “La Argentina” y otro en 1891, en el viaje inaugural de la “Rosales”, ya como comandante de la pequeña nave, en la que estuvo a punto de zozobrar frente a las costas de Río Grande. El capitán Funes es de esos oficiales, que van recibiendo sucesivos ascensos en silencio, sin destacarse por actos extraordinarios pero que dan seguridad y son respetados por los subalternos.

El cronista naval de “La Prensa” que firma bajo el seudónimo de “Nelson” escribe alborozado: “Noticias de la escuadra en viaje; envió estas líneas por el vapor “Castro Sundblad”. El entusiasmo general por la honrosa comisión lo domina todo. Acaba de darse la orden de marcha. Son las 9.22, los buques están colocados en este orden: `Almirante Brown`, `Rosales` y `25 de mayo`. Media como una cuadra de distancia entre uno y otro. En este orden se romperá la marcha. Son las 9.50. Todo está lista y… partimos en medio del mayor entusiasmo”.

La “Rosales” parte hacia la muerte.

Esta “Rosales” es en realidad una cáscara de nuez, aunque nueva. Tiene 20 pies de eslora, 8 pies de calado y lleva sólo dos hélices colocadas a dos pies de la línea de flotación. Es decir, en un barquito de acero para recorrer los ríos Paraná y Uruguay y el Río de la Plata. Funes quiere al barco como a un hijo porque lo vio construir en los talleres ingleses de Birkenhead y lo trajo hace apenas un año.

Pero Funes empieza mal el viaje. Esconde algo a sus superiores. Una semana antes de la partida, la “Rosales” viaja a Rosario pero al partir, en la Boca del Riachuelo, la choca el “Spencer”, un pesado buque con espolón, y lo hace encallar en un banco de arena. Funes logra hacer zafar su buque luego de varias horas y sigue viaje. Pero no informa. ¿Por qué? Algunos dirán después que es por no perderse el viaje. Pero otros responderán que no es por eso porque recién se le imparte la orden a Funes de viajar a Europa cuando llega a Rosario.

Lo cierto es que el correcto oficial Funes parte en pecado venial a buscar su destino.

Ya navegan rumbo a Europa las tres naves. A cielo despejado pero con mucho pampero en el Río de la Plata. Se sigue la línea que marca De Solier en su “Almirante Brown”. Todo el día 7 es así. Cuando salen del Río de la Plata aguantan un violento viento de proa. La “Rosales” se va quedando atrás. La noche del 7 al 8 se presenta amenazadora. A la madrugada del 8 empieza el drama. Todo es oscuridad desde ese momento. Hasta hoy. En las declaraciones, en los partes, en los relatos, todo es contradictorio. Se cambian los rumbos de los vientos, la altura de las olas. Funes dirá una cosa, De Solier otra, el fiscal dice saber su propia verdad, lo mismo que los abogados defensores.

Empecemos por la versión oficial, que es la que hace quedar bien a De Solier, a Funes y a todos los jefes. Es la versión que se puede leer en un pequeño opúsculo de Ismael Bucich Escobar (lo único que se ha escrito sobre la “Rosales”) en el cual la tragedia es sólo una novela rosa.

En las primeras horas de la madrugada se desata el temido huracán. La cazatorpedera aguanta como puede. Las olas alcanzan hasta 9 metros. El casco vibra. Después de varias horas de lucha durante las cuales nadie duerme, ocurre lo inesperado: las vibraciones del casco hacen que el choque con el “Spencer” muestre sus reales consecuencias: las planchas del casco se abren y empieza a hacer agua. A las 6 de la mañana De Solier, desde el “Almirante Brown” pierde las pisadas de la “Rosales”. No se intercambian más señales con los faros. De Solier cree que Funes se ha puesto “a la capa” del temporal y ha enfilado hacia la costa. En esa creencia, decide “correr el temporal” y se despreocupa de la frágil “Rosales”. El temporal azota durante todo el día 8 a la frágil nave. A las 8 de la noche el primer maquinista informa que ha sentido un ruido extraño bajo la caldera de proa y que sigue filtrándose agua. Se presume que se ha tocado algún escollo o algún casco hundido. “Los golpes de mar -dirá luego Funes en su escuela declaración de descargo- pasaban de banda a banda y destrozaron todo lo que encontraron sobre la cubierta soliviantando las tapas de la carboneras y guardacalores arrojándolos fuera de su sitio y abriéndose camino para inundar el buque”. Las olas rompieron el tambucho, llenaron los pañoles de ropa penetrando en las hornillas y apagando los fuegos. Así dejaron de funcionar las máquinas. Tampoco respondía el timón. El velamen, completamente inutilizado. La cazatorpedera se iba sumergiendo por proa.

Comienza el 9 de julio, día de la Patria. Todos están extenuados e íntimamente desesperados pero se mantiene la disciplina en forma ejemplar. La situación se torna insostenible. Pero a pesar de que el navío puede irse a pique en cualquier instante, oficiales y marinería prosiguen el desagote mediante baldes y “picando la bomba”. Se llega a las 6 de la tarde, todo es oscuridad en el horizonte, las olas juegan a no sumergir tan pronto a la “Rosales”, la dejan agonizar, ninguna quiere darle el golpe final. Funes hace lo que dicen los reglamentos: llama al consejo de oficiales. Allí se resuelve lo único que queda: abandonar la nace.

Pero para ello hay un gran inconveniente: los botes de salvamento no alcanzan para todos. Aquí comienzan las matemáticas del diablo. Nunca, nadie de los declarantes pudo ponerse de acuerdo sobre cuál era el número real de tripulantes de la nave. Oficialmente se dijo que eran 80; el abogado defensor, 75; el fiscal, 80, y el altivo almirante de la flota Daniel de Solier señaló que eran “ciento y pico”. Cosas de la época, a la marinería se la embarcada por tanda, a veces sin registrar los nombres.

Sigamos con la versión que hace quedar bien a todos. Al darse cuenta Funes que no había lugar para el total de la tripulación ordena construir una balsa: “uniendo largos tangones con las tablas de las batayolas y amarrando los enjaretados del buque con los cabos y cuanto elemento insumergible se halló”. Así quedan listas las dos lanchas de salvamento, el guigue del comandante, el chinchorro de pintar y la balsa recién construida. Se distribuye en las embarcaciones agua y víveres. Funes reúne a la tripulación y les da instrucciones precisas de cómo actuar para llegar a tierra. La tripulación haciendo gala de una total disciplina y tranquilidad grita espontáneamente: ¡Viva la Patria! ¡Viva el Capitán! Seguidamente, el comandante y el segundo, revólver en mano, hacen ocupar a los suboficiales y la marinería una de las balsas, el guigue, el chinchorro y la balsa. En la lancha restante hace embarcar a toda la oficialidad, a los maquinistas, al mozo del capitán y dos o tres tripulantes avezados.

Es decir que en las embarcaciones de los tripulantes no embarca ningún oficial para dirigirlas. Funes explicará después que todos los oficiales le solicitaron valientemente compartir la suerte de los tripulantes pero que él no accedió por lo siguiente: que el segundo comandante, Jorge Victorica, estaba enfermo con alta fiebre, que el teniente de navío Mohorade había sido sacudido por un golpe de mar abriéndole dos heridas en el rostro y que los otros oficiales de guerra eran demasiado jóvenes para comandar a marineros náufragos. Más prudente -según Funes- era confiar la salvación de la marinería al contramaestre, los condestables y los oficiales de mar (así se les decía a los suboficiales).

Funes aguarda hasta que el último tripulante embarque y recién después de recorrer el buque por última vez se dirige a la segunda lancha en la que lo esperan la totalidad de los oficiales, maquinistas y tres o cuatro tripulantes. Cinco o diez minutos después se hunde la “Rosales”. A la balsa construida a bordo, Funes la hace remolcar por la otra lancha, la que conduce a los tripulantes y que está comandada por el contramaestre. Después dirá Funes que un golpe de mar rompió el cabo que unía a esa lancha con la balsa y que ésta quedó a merced de las olas.

Tenemos pues 24 hombres en la lancha del capitán. De las otras embarcaciones jamás se tendrá noticia: ningún cadáver, ni salvavida ni siquiera un palo fue recogido. Nada de nada. Ningún testimonio de la “otra parte” para atestiguar si lo que relató Funes era cierto.

El abandono del buque se ha hecho en plena noche. Cuando amanece el 10 de julio la tempestad ha amainado, se arbola la lancha, se distribuyen los víveres entre los 24 desesperados y se pone rumbo hacia la costa. En medio de las gigantescas olas nace una esperanza: el viento los impulsa rápidamente hacia tierra. Así transcurre todo ese día y la noche. El 11 a la mañana, grandes voces de esperanza: se acerca la gallarda corbeta norteamericana “Bennington”, un punto brillante en el horizonte. Los náufragos lanzan al aire los rudimentarios cohetes-señales que se poseían en aquellos tiempos y se hacen señales con un poncho, al que se utiliza como bandera. Nada. Los marinos norteamericanos no se aperciben de la pequeña embarcación. Pero si bien la desesperanza es mucha, otras buenas nuevas dicen que Dios no ha abandonado a ese grupo de argentinos que lucha por salvar sus vidas. El color del mar es más verde, se distinguen lobos marinos y a eso de las 3 de la tarde, un pailebote costero. A las 5 de la tarde, el ansiado grito: ¡tierra! Cae la tarde y se comienza a percibir una luz intermitente: es el faro de cabo Polonio. Hacia él dirigen la lancha. Es de noche ya, a las 19:30 las olas comienzan a impulsarlo contra los escollos y arrecifes de la costa. Es el momento decisivo. La suerte no los acompaña. Una ola gigantesca arroja el bote contra las rocas. La embarcación vuelca y los que no son devueltos a la costa por otras olas deben nadar los últimos metros. De los 24 sólo 19 salvan la vida: el aprendiz González Casas, de 14 años, muere al pegar con la frente contra el borde de la lancha; el alférez Giralt, el maquinista Silvany y el foguista Heggie desaparecen tal vez tragados por el mar y el guardiamarina Gayer cae extenuado en las rocas y es hecho pedazos por los lobos hambrientos.

Los náufragos están en tierra firme pero totalmente extenuados. A una legua está el faro de cabo Polonio. ¿Quién llega hasta allí? El alférez Julián Irizar se ofrece a iniciar la marcha. Es el mismo Irizar que décadas después comandará el “Uruguay” y salvará a la expedición científica sueca de Nordenskjold, en la Antártica.

Irizar camina guiado por la luz del faro. Es una noche intensamente fría de pleno invierno, y sin luna. Es de imaginarse como el náufrago llegó hasta el faro. Allí es atendido por el farero Pedro Grupillo, un siciliano, y algunos cazadores de lobos. Preparan un carro y varios caballos y se dirigen hacia la costa. En sucesivos viajes traen a los náufragos. El capitán Funes quiere ser el último, igual que al abandonar la “Rosales”. Por eso se dirige caminando hacia el faro. Es el más extenuado de todos porque él ha sido quien ha manejado el timón de la lancha, sin interrupción, sin cambiar de guardia, durante 40 horas. Pero no llega hasta el faro: cae extenuado en mitad del camino y luego es recogido por el farero y los cazadores. Al día siguiente son rescatados los cadáveres del aprendiz González Casas y el destrozado del guardiamarina Gayer. Del cuerpo del alférez Giralt, ninguna noticia, lo mismo que de Silvany y Heggie.

El 12 de julio, el ministro argentino en Montevideo, Enrique B. Moreno, recibe un telegrama de la pequeña población de Castillos, situada a 5 leguas del faro de cabo Polonio: “Ministro argentino, Montevideo. Comunico que el 9 naufragó a 200 millas al Este de cabo Polonio torpedera “Rosales” de mi mando. Oficialidad y tripulación trasbordaron a botes y balsas. Embarcación ocupada por mí, oficiales y maquinistas embicó costa Polonio salvándonos. No

tengo noticias de las otras embarcaciones. Pido auxilios en su búsqueda urgente. Leopoldo Funes”.

Horas después el ministro argentino de Relaciones Exteriores, Zeballos, visita apresuradamente al presidente Pellegrini; quien en ese momento estaba por salir para asistir a una función del teatro de la Opera. Inmediatamente el primer mandatario cancela el paseo.

Buenos Aires, al despertar el día 13, recibe la terrible noticia. Estos son los títulos de “La Prensa”: “*La división naval. Temporal en Alta Mar. Dispersión de las Naves. Lucha de la “Rosales” con el mar. Naufragio de la misma. Probabilidades de lo ocurrido según opiniones de peritos. Medidas de salvación de oficiales y tripulantes. Náufragos a merced del océano. Impresiones de sentimiento. La marina se forma en los contrastes del mar. Suscripción popular espontánea para reponer la “Rosales”. Salida de la ‘Espora’ en socorro de los náufragos*”.

Luego señala que el primero en obtener la noticia ha sido el director de Correos y Telégrafos, Dr. Carlos Carlés, quien fue notificado por su colega uruguayo, señor Jones.

La reacción popular es inmediata. No hay asociación, club, partido político, etc.; que no quiera colaborar, hacer algo, tratar de demostrar su solidaridad. Ese día, Carlos Pellegrini firma un decreto por el que se vota una partida de 50 mil libras esterlinas y se comunica al embajador argentino en Londres, Luis L. Domínguez, que inicie las gestiones para la compra de un nuevo torpedero de alta mar.

Pero dentro de las muestras de dolor y solidaridad unánime, ese día nace una especie de descontento, de desazón, de intranquilidad: a diferencia del capitán brasileño naufragado en el mismo lugar, el capitán argentino se salva con toda su oficialidad y no hay noticias de los suboficiales y marinería. Y ese desconcierto ya se nota en las informaciones periodísticas. Veamos “La Prensa”: “No intentamos siquiera insinuar una defensa del capitán Funes. El responderá de sus actos con arreglo a las ordenanzas y en la tremenda situación en que se encuentra luego de peregrinar tres días entre las olas en su guigue hasta tocar puerto de salvación. Solamente podemos desear que su conducta resulte del crisol a que será sometida, honrosa para él y para la marina en la desgracia en la cual quisiéramos también poder decir que no hay desdoro de caer vencido por el océano y por el huracán después de haber cumplido su deber. No pierden buques los arrieros porque no navegan”.

Ahí comienza a levantarse la punta del telón del drama que acaba de desarrollarse. Todavía, con la mejor buena voluntad, el pueblo quiere creer y convencerse que no puede ser el hecho como lo indican las primeras informaciones. Por eso, se da esta versión en la que se señala que el capitán se salvó en su “guigue”. Dice “La Prensa”: “La ‘Rosales’ tenía cuatro botes en esta forma: el guigue del comandante, el chinchorro de pintar y dos lanchas grandes. Se deduce que el salvataje en tan horribles momentos ha sido operado con serenidad, tomando el guigue o bote insignificante para luchar con el mar, el jefe y oficialidad de guerra y de máquina, cediendo las lanchas a la tripulación. Como eran 70 hombres y es probable que embarcaran agua y víveres es claro que las lanchas no bastaban y de ahí la idea de última esperanza de atar maderos improvisando una balsa. El guigue del capitán ha tardado tres días en llegar a la costa oriental de Castillos”. Por su parte, “La Nación” también insinúa algo ese día 13: “Es objeto de conjeturas la circunstancia de haber llegado al Polonio el comandante y la oficialidad de la “Rosales” no explicándose cómo el capitán Funes ha dejado a las tripulantes a su sola acción sin distribuir entre ellos a los oficiales”.

Mientras tanto han salido varios buques para rescatar a los náufragos y hacer rastreos en búsqueda de los desaparecidos. Al cabo Polonio llega primero el remolcador uruguayo “Emperor” a cuyo bordo viaja el conocido armador Antonio Lussich. Después describirá el impresionante aspecto de esos veinte hombres salvados de la muerte y dice “conservan

empero sus fisonomías los rasgos varoniles que caracterizan a una raza vigorosa y noble. Constituían un grupo digno de ser trasladado al lienzo”.

El capitán Funes está tirado en un catre, enfermo. Sólo su mente sabe si se siente culpable o cree haber hecho todo lo humanamente posible para salvar a sus hombres y a su barco. Pero una pregunta debe rondar su pensamiento: ¿por qué justo a mí me ha tenido que tocar esto? Ahora comenzará recién el verdadero drama que no lo dejará hasta su muerte: el del reproche de los hombres por haber salvado su vida, su vida de capitán que no le pertenece.

Por fin, los náufragos con trasladados a Montevideo en el buque “General Lavalleja”. Allí son alojados en el Hotel de Europa, Colón esquina 25 de Agosto. El periodismo describe la llegada de los náufragos: “Funes no tenía camisa, se cubría con un vasto redingote color almendra, un sombrero chambergo proporcionado por el farero y botines de género de verano. Mohorade vestía de oficial con la ropa de diario de a bordo, poco abrigada. Traía chambergo negro y la cabeza vendada. El resto venía con la cabeza descubierta y ropas livianas despedazadas. Los maquinistas y marineros, descalzos”.

¿Quiénes son los que se han salvado? Veamos primero los que integraban la plana mayor del buque al partir de Buenos Aires: comandante, capitán de fragata Leopoldo Funes; segundo comandante, teniente de navío Jorge Victorica; plana mayor: alféreces de fragata Jorge Goulú, Carlos González, Florencia Donovan, Pablo Tejera y Miguel Giralt; guardiamarinas: León Gaudín y N. Gayer.

A ellos hay que agregar el teniente de fragata Pedro Mohorade y el alférez de navío Julián Irizar quienes viajaban en la “Rosales” con el objeto de incorporarse en Europa a la oficialidad del crucero “Libertad”, que se construía en Inglaterra.

Completaban la oficialidad: comisario Juan Solernó, farmacéutico Tomás Salguero, primer maquinista Manuel C. Picasso; maquinista Martín Barbará, Pedro B. Alvarez y Luis Silvany.

Todos ellos sin excepción (en total 17) se embarcaron en la lancha de Funes. Además, subieron a la misma el mozo del capitán, Manuel Revelo; el primer condestable Iglesias (hombre ducho en las lides marineras), cabo de cañón Pérez, el foguista Heggie, el guardamáquinas Marcelino Vilavoy, el aprendiz González Casas y el foguista Battaglia. Todos estos tripulantes desempeñarán un papel protagónico tanto en la noche del naufragio como en el curso del posterior juicio. Principalmente Battaglia, cuyas declaraciones harán tomar un rumbo diferente a las investigaciones.

De los 24 nombrados González Casas, Giralt, Silvany, Gayer y Heggie. Es decir que quedaron con vida 19 de un total aproximado de 80 tripulantes.

El 15 de julio, a las 7 de la mañana los 19 náufragos llegaron en el vapor de a carrera “Saturno”. Van a recibirlos los notables de aquel tiempo: Roque Sáenz Peña, Dardo Rocha, Miguel Cané, Manuel Láinez y Marcelino Ugarte, quienes abrazan y ayudan a bajar a los náufragos. Esto se toma como un gesto de solidaridad a la Marina y para dar por tierra a todas las habladurías y versiones que ya se están tejiendo. Al bajar, y luego de las escenas emocionantes del encuentro con los parientes, los sobrevivientes son llevados en calidad de presos e incomunicados hasta que presten declaración. Se sabe que Funes ha pedido permiso para redactar un parte. A las once de la noche le es levantada la incomunicación a Funes y su habitación se llena de amigos. El primero que entra es el coronel Cabassa. El cronista de “La Prensa” relata así el encuentro:

“El coronel Cabassa abrazó con cariño a Funes y ambos sintieron humedecerse sus ojos.

– No me digas nada porque lo sé todo -le dijo Cabassa-.

– Hemos salvado lo que habría salvado Ud. en el mismo caso -acotó Funes-, con viva emoción pudiendo apenas pronunciar la frase.

– Lo sé -repuso Cabassa-, los conozco y cuando conocí la noticia de la desgracia: los muchachos han perdido bien el barco”.

Pero las dudas subsisten, hay como un círculo de rumores que rodea a los náufragos. El público los mira con conmiseración pero con tremendas sospechas.

“La Prensa” trata de aclarar lo que antes llamamos las matemáticas del diablo, es decir, qué número de náufragos ocupó cada una de las embarcaciones y señala que en la balsa construida a último momento embarcaron 49 tripulantes. Aunque otras veces se levantarán para sostener que en la pequeña “Rosales” no había tanta madera para poder construir una balsa con capacidad para medio centenar de marineros y los víveres necesarios; “La Prensa” insinúa que “aseguran que la balsa en que embarcó la tripulación estaba bien construida y que en ella se colocaron provisiones para diez días, teniendo galleta y agua en abundancia”. Añade que por otra parte “los reglamentos navales no señalan que los oficiales deben repartirse entre los botes y que sólo establecen que el capitán debe cuidar hasta lo último el buque y los tripulantes”.

Es decir, lo que aparentemente no podía defenderse se trataba de explicar a través de los reglamentos.

También para oponerse a los rumores y el degrado que originó la conducta de Funes y los oficiales al salvarse, “El Bien Público” del 17 de julio publica un enérgico editorial: “Si a los ladrones y a los asesinos vulgares no se les puede condenar sin oír su defensa en juicio ampliamente garantido ¿no sería una monstruosidad que a los soldados de la República se les incrimine en su pericia y aun en su honor antes de escuchar la explicación y la justificación de sus procederes en una ocasión en que todos jugaban la vida? ¡No! lo que corresponde al país en presencia de asunto de tanta solemnidad que afecta la honra misma de una de las armas del ejército de la República es dejar que el proceso se desenvuelva desembarazadamente libre de la presión pública y sobre todo de cuanto se asemeje a espíritu preconcebido. La severidad con que la causa debe ser conducida no excluye esta verdad: que el país no está interesado en buscar culpables, sino en la comprobación fidedigna y seria de que nuestros marinos cumplieron con su deber, bajo cuya impresión estamos por deber patriótico y por impulsos del corazón”.

A la 1 de la madrugada del 17, Funes y Mohorade salen en libertad: horas antes ha ocurrido lo mismo con el resto de los salvados. Todos, sin excepción, se hallan resfriados. Funes y Mohorade caen en cama con alta fiebre.

Los días siguientes mostrarán que la tragedia va adquiriendo un trasfondo político. Es que los enemigos de Roca han encontrado una magnífica oportunidad para molestar al ex presidente. El capitán Funes es pariente de la esposa de Roca, doña Clara Funes de Roca; el segundo comandante, Jorge Victorica, es hijo del diputado Víctor Victorica y sobrino de Benjamín Victorica, previsto ya para el cargo de Ministro de Guerra y Marina de Luis Sáenz Peña, y el oficial Florencio Donovan es hijo del jefe de policía.

Insensiblemente se van formando dos bandos: los que defienden a los náufragos de la “Rosales” son tildados de oficialistas, los que quieren saber solamente la verdad y los malintencionados que ven todo misterioso, son los “contreras”.

Por ejemplo un detalle de tantos: ¿por qué el grumete González Casas embarcó con los oficiales? Porque era un “recomendado” del diputado Victorica y por eso fue protegido del segundo comandante Jorge Victorica y llevado en la lancha de los oficiales. Esto queda en descubierto cuando los diarios publican un telegrama enviado por el padre del muchacho, desde Entre Ríos, al diputado Victorica: “Le ruego que si sabe que mi hijo ha perecido me lo diga francamente. Ante todo soy hombre para afrontar cualquier desgracia. El consuelo será que, si ha perecido, ha sido al servicio de su patria. Espero contestación. José María González”.

Dos son las grandes dudas: ¿el capitán Funes hizo todo lo posible para salvar a la “Rosales” o la abandonó sin intentar el último esfuerzo? ¿Qué ocurrió con la tripulación, por qué aparecen todos los oficiales en una lancha? ¿Es que acaso existió la balsa?

El 18 de julio se agrega una tercera pregunta, la más negra, la más terrorífica de todo este episodio: ¿qué ocurrió con el brillante alférez Giralt? ¿Es cierto que murió entre los peñascos del cabo Polonio? ¿O fue asesinado por sus propios compañeros? ¿O más aún, por el propio capitán Funes? La versión llega a la madre del joven oficial desaparecido. Y “La Prensa” del 19 explicará a sus lectores para tranquilizarlos: “es inexacta la noticia que circuló ayer de que la señora madre del joven Giralt, víctima de la “Rosales”, haya perdido la razón. Se encuentra enferma, es cierto, pero no en estado de demencia”.

La catástrofe de la “Rosales” da oportunidad a todos. Hasta los anarquistas aprovechan. Informa “La Prensa”: “He aquí el orden aprobado en la última sesión celebrada anoche por el grupo anarquista del cual es órgano el periódico “El Perseguido”: este grupo contrario a todo elemento de guerra entre la humanidad no apoya la suscripción iniciada para construir un buque que reemplace a la “Rosales” naufragada, pero en cambio abre una suscripción en favor de las familias de los náufragos, suscribiéndose la asamblea con 10 pesos. Más donaciones se reciben en La Cruz Blanca, Cuyo 1664”.

El Jockey Club, la Logia Masónica, las damas de la sociedad con tarjetas “bola de nieve”, etc., colaboran en la gran cruzada en pro de una nueva “Rosales”.

Los días pasan. El capitán Funes guarda absoluto silencio. No se defiende contra sus detractores. Los “oficialistas” sólo saben salir al paso de las versiones diciendo: “hay que esperar el juicio del tribunal militar”.

El 17 llegan a puerto los oficiales Victorica e Irizar, quienes habían embarcado en el “Emperor” para buscar restos de los náufragos. Victorica declara a los periodistas que él dirigió la construcción de la balsa a bordo de la “Rosales”, que tenía dos tangones de 5 metros de largo y diez centímetros de espesor y dos perchas iguales, y que sobre esta armadura se colocaron tablas de cedro y de pino que existían a bordo, los enjaretados del buque y que todo se amarró perfectamente con cabos nuevos que al mojarse debían apretar más las uniones aumentando la solidez de la balsa”.

“La Prensa” de ese día tal vez previendo que los acontecimientos se están volviendo contra el capitán Funes y sus oficiales trata de tomar una posición neutral y objetiva y dice: “algunos que pretenden de bien informados aseguran que han podido traslucir que en las declaraciones del sumario hay notables divergencias pues mientras la mitad de la tripulación salvada del buque náufrago afirma que ha asistido a la completa desaparición de la nave, la otra mitad lo niega diciendo que, hasta perderse de vista, el casco se mantenía a flote”.

Se produce, además, un hecho que es calificado como muy sugestivo por los enemigos de Roca: el ex presidente y actual presidente del Senado abandona Buenos Aires, con su familia y se dirige a Rosario de la Frontera a pasar una temporada de descanso. Con eso -señalan sus

críticos- quiere hacer parecer que no tratará de influir en el juicio que se ha iniciado contra el capitán Funes.

Los días pasan. El capitán de navío Pérez ha sido nombrado fiscal en el juicio a los oficiales de la “Rosales”. El 28 de julio se realiza el solemne funeral en memoria de las víctimas de la nave. Leemos la crónica de “La Prensa”: “Se celebró ayer en la Catedral la ceremonia religiosa que, para rogar por el descanso eterno de las víctimas del naufragio de la cazatorpedera “Rosales”, había organizado el Centro Naval cuya comisión directiva la presidió. La ceremonia fue solemne y conmovedora. Desde temprano, en la metropolitana se notaba inusitado movimiento. La gente afluía desde las 8 de la mañana de tal modo que a las 10 se hallaban ya enteramente ocupadas sus vastas naves. La iglesia estaba severamente enlutada. Negros crespones pendían de las paredes y cubrían las arañas, los cuadros, todo aquello que pudiese disonar con el duelo general. De la araña central filtraba a través de las letras de luto una luz opaca y triste bien en consonancia, por cierto, con la fúnebre ceremonia. En la mitad de la nave principal bajo la cúpula, se levantaba el catafalco, cubierto con la bandera argentina y rodeado de dos ametralladoras de pequeño calibre, anclas, clarines, tambores, cabos sueltos, coronas de flores, etc. Estaba colocado sobre una gradería tapizada con merino negro en cuyos escalones ardían numerosas hachas. Antes de llegar a él, un faro enlutado. A la derecha se veía una cineraria y encima de ella una espada de empuñadura de oro cuyos tiros pendían a un costado. A la izquierda, otra urna y sobre ella un frac y un elástico de marino. En el espacio que mediaba entre el túmulo y las urnas, armas en pabellón”. Hacían la guardia de honor cuatro guardiamarinas. Nuestras principales familias llenaban las naves laterales y una parte de la principal, separada con cordones del espacio reservado a los invitados oficialmente. La concurrencia de caballeros era numerosísima, hasta el punto de que apenas comenzada la ceremonia ya no podía entrarse al templo. Concurre el presidente Pellegrini. Otro detalle que dice bien de la duda y desorientación que ha producido la aparición de Funes y sus oficiales: en el funeral, en vez de estar colocados los náufragos en primera fila en reconocimiento por las horas terribles vividas y la tenacidad por salvar sus vidas, se los ignora. Los diarios mencionaban a todos los oficiales del ejército y marina presentes pero no lo nombran al capitán Funes y sólo señalan que “también se hallaban los sobrevivientes de la ‘Rosales’”.

El acto es solemne y emocionante. Señoritas de la sociedad cantan desde el coro la romanza “Ridonnami la calma” y la “Preghiera” del maestro Tosti.

Es que el funeral lleva también implícita una manera de descargar culpas, de demostrar que la muerte de los humildes tripulantes tiene la misma importancia como si hubiera ocurrido lo mismo con los oficiales, muchos de los cuales pertenecen a la alta sociedad. Sí, por lo acaecido en la “Rosales” hay mucha intranquilidad en los buques: la suboficialidad y la marinería murmuran y se hacen eco de las versiones que alientan los enemigos del gobierno.

El 12 de agosto el Colegio Electoral, con la presidencia del general Roca, proclama Presidente y Vice de la República a Luis Sáenz Peña y José Evaristo Uriburu, quienes asumirán el 12 de octubre. Mientras tanto han ocurrido cosas no muy claras en el juicio que se les lleva a los oficiales de la “Rosales”. Ha pasado más de un mes desde el naufragio y todavía la opinión pública no ha sido informada de nada. Los diarios y las autoridades que habían pedido calma y que no se prejuzgara la conducta de los náufragos, ahora callan. ¿Qué ocurre? ¿Qué fuerzas poderosas actúan para que la verdad no salga a la luz? El 17 de agosto renuncia el fiscal, contraalmirante Pérez, “por razones de salud”. Lo reemplazará el coronel Jorge H. Lowry. Un hombre que en las fuerzas armadas tiene fama de una severidad a toda prueba. Todos los casos difíciles se le dan a él. Muchos oficiales odian a ese coronel que aplica penas severísimas aun por el mero hecho de no saludar correctamente o no guardar la posición debida. Es un hombre apasionado por descubrir la verdad, pero muchas veces su apasionamiento lo ha llevado a enfrentarse violentamente con jueces y abogados defensores.

Un solo día dura el coronel Lowry en su cargo fiscal: renuncia también “por razones de salud”. Se dice que ha pedido plenos poderes y ninguna interferencia pero no ha recibido satisfacciones suficientes.

Ese mismo día ocurre algo que por primera vez rompe con toda la artificial atmósfera que rodea al naufragio. Uno de los náufragos, salvado en la lancha, tal vez el más humilde de todos, el foguista Pascual Battaglia se presenta a la redacción de “La Prensa”. Ese diario publicará un suelto titulado: “Indignación”.

“No sin profundo desagrado -dice- del que estamos seguros han de participar nuestros lectores, vamos a dar cuenta de haberse presentado en estas oficinas el foguista de la “Rosales”, Pascual Battaglia, uno de los salvados en el naufragio a manifestar que se encuentra en la última miseria, sin recursos, y debiéndosele el haber de los meses de junio y julio sin que se abonada esa mísera suma no sabe por qué dificultades de contabilidad a expedientes. Creemos que el ministerio de Marina, el estado mayor o quien quiera que deba entender el asunto, previa justificación de identidad personal que es bien difícil de establecer por los mismos jefes y oficiales que vinieron con él en el bote, debe atender, pagar y cuidar de ese náufrago a quien no puede dejarse en medio de la calle sin darle siquiera sus sueldos. Battaglia se aloja en el hotel de la Estrella de Italia calle Cuyo entre Cerrito y Artes”.

La noticia conmociona al público lector. ¿Por qué no le pagan a Battaglia? ¿Hay algo contra él?

Todo es misterioso en este caso. Pero tres días después al fiscal Lowry se le ha pasado la enfermedad y es confirmado en su cargo. En la lucha sorda ha triunfado la parte que quiere que todo salga a la luz y que se discuta públicamente sin temor a nada ni a nadie.

Lowry comenzará desde ese momento con una tarea que calificaríamos de científica disección. Nada escapará a su minuciosidad. Su investigación durará meses; más, años. Revisará sin verlas madero por madera del buque náufrago, enloquecerá a los sobrevivientes con miles de preguntas que repetirá incansablemente. Días, noches, semanas, meses. Comenzará sospechando de la culpabilidad de todos y terminará pidiendo la pena de muerte para Funes. El fiscal Lowry no se dejará influir ni por amenazas ni por amistades. Vivirá encerrado durante años buscando saber la verdad de lo que ocurrió una sola noche en medio del mar. La más mínima contradicción será motivo de nuevas preguntas de las que saldrán nuevas contradicciones. No le importará que sobre sus sospechas se enanquen muchos que quieren herir de muerte el prestigio de la Marina. Nada. El quiere descubrir la verdad y descubrirá solamente su verdad, porque el tribunal y la defensa tendrán también la suya.

A Lowry lo calificarán de enfermo mental pero hay que reconocer de antemano una cosa: allí donde hubo interés de saber la verdad a pesar de las influencias, allí se lo buscó a Lowry, el hombre que más juicios llevó en la última década del pasado siglo en las Fuerzas Armadas.

Mientras el foguista Battaglia -el más humilde de los náufragos- padecía hambre en su hotelucho de la calle Cuyo, el hombre más poderoso de la flota que partió el 7 de junio, el almirante De Solier, hacía aclaraciones en Madrid al diario “El Imparcial” sobre el naufragio de la “Rosales”: “Fuera del Río de la Plata y en alta mar se desencadenó una violentísima tempestad -dice- como no he presenciado en mi vida. Las olas eran como inmensas montañas y la fuerza del huracán era tal que nos derribaba sobre cubierta. De pronto vi desaparecer al “Rosales”, que era un magnífico cazatorpedero de 800 toneladas”.

– ¿Había algún escollo?

– Ninguno, y además la costa estaba distante.

– ¿No pudo usted prestarle algún auxilio?

– Era de todo punto imposible. ¿Cómo echar los botes al agua en medio de aquella deshecha y furiosa tempestad?

– ¿Cuándo tuvo noticia exacta del naufragio?

– A mi llegada a Bahía, donde recibí un telegrama anunciándome que de los *ciento y pico* de hombres que formaban la tripulación habían perecido setenta”.

Hasta aquí las declaraciones del orgulloso almirante De Solier, el hombre que comandaba la flota.

El fiscal Lowry odia a los periodistas, odia la difusión de noticias del juicio. En un hombre hosco, de trato duro. A pesar de eso el periodismo -principalmente el opositor- ve con simpatía la gestión de Lowry. “La Prensa” escribe el 8 de septiembre: “Continúa adelante el sumario de la “Rosales” llamado a atraer antes de mucho seriamente la atención pública. El fiscal, capitán de navío Jorge H. Lowry, ha solicitado en estos días se practiquen varias diligencias de importancia, las que no han sido atendidas aún del todo a causa del fallecimiento del contraalmirante Cordero, jefe del estado mayor de la marina”.

Pero Lowry no las tiene todas consigo. Hay muchos intereses creados. Los que quieren que el asunto pase a mejor vida y no se lo menee más no han quedado inactivos, tratan de sacarlo de en medio al singular fiscal. Comienzan los tironeos. Por eso, el 11 de septiembre, “La Prensa” escribe un suelto titulado “El sumario de la Rosales”. Allí se dice: “¿Qué es lo que pasa en ese sumario? ¿Qué explicación tienen los misterios que lo envuelven? Renunció el fiscal encargado de iniciarlo y se nombró otro para reemplazarlo y mientras este último promueve nuevas diligencias, el presidente de la República solicita que le lleven el expediente a su despacho para leerlo. Y entretanto, en los círculos navales se habla del asunto y los rumores que de allí parten trascienden en los corrillos sociales. Allí se mira con extrañeza la pesada marcha de la causa y se insinúa con reservas y precauciones que en el sumario hay declaraciones contradictorias sobre puntos capitales y sobre pormenores de importancia como indicios concurrentes al esclarecimiento de los hechos principales. Entre estos rumores corre el que no hay uniformidad en las declaraciones sobre la forma de la balsa, sobre su capacidad, sobre la manera de lanzarla al agua, sobre el número de hombres embarcados en ella. ¿Son exactos o no estos rumores? No hemos leído nosotros el expediente y por ello mismo no podemos dar un testimonio propio. Pero basta que esas voces circulen y se generalicen rompiendo el sigilo para mirar con justa alarma la situación que la demora crea. Por el honor de la marina argentina y por el de los jefes y oficiales y demás salvados de la catástrofe, pedimos que la causa sea conducida con vigor y con la mayor actividad llevándola hasta el período del debate público, como lo es el plenario. Todos, sin excepción, estamos interesados patrióticamente en que el proceso se forme en regla y que la luz plena surja en todo su esplendor, sea iluminando inocentes, como lo deseamos y debemos esperarlo, sea señalando culpas u omisiones, si hubieran sido cometidas”.

La balsa. Allí ahora se concentraba la investigación del fiscal Lowry. ¿Existió? ¿O fue una creación de todos los oficiales y tripulantes salvados para justificarse? ¿Y si no existió, quiere decir entonces que hubo gran cantidad de tripulantes que no pudieron salir de la nave y perecieron en ésta? ¿Quiere decir que el capitán Funes y sus oficiales se aseguraron la mejor lancha y dejaron a la marinería sin dirección y librada a su suerte? ¿Cuál es la verdad? Nada se podía saber, todas eras suposiciones… hasta el 13 de septiembre de 1892, en que “La Nación” trae las primeras “revelaciones” públicas de uno de los náufragos, totalmente diferentes al parte del capitán Funes y a las declaraciones periodísticas de Victorica e Irizar.

“De La Plata -dice “La Nación”- nos llega la exposición que se hallará más abajo y que no puede ser más importante pues presenta los hechos referentes a los náufragos de la “Rosales” bajo una forma completamente distinta de cómo se han hecho públicos y han sido conocidos hasta ahora. Las revelaciones que contiene el relato de un náufrago no pueden ser más graves; si ellas son ciertas, arrojan sobre el comandante y oficiales del buque náufrago responsabilidades tales que el poder público, sin faltar a su deber ni atraerse unánimes críticas no podría tardar un solo momento en hacer efectivas. No nos toca a nosotros decir lo que debe hacerse; pero es preciso que se haga la luz en este asunto y se acallen las murmuraciones, las críticas, los cargos que hace días aún antes de conocerse las declaraciones que hoy publicamos, corren de boca en boca. ¡Ojalá pudiéramos desmentir la veracidad de esas declaraciones y sostener con pruebas indudables lo que se ha dicho en un principio!”

Como se ve, “La Nación” anda con cautela, necesita este largo introito para ir al grano. Es que se sabe que la Marina reaccionará con toda susceptibilidad.

“He aquí -continúa “La Nación”- la relación que hemos recibido de nuestro corresponsal en La Plata: hace 5 días se presentó ante la subprefectura marítima del puerto de La Plata el súbdito italiano Antonio Batalla, de 19 años de edad, solicitando plaza de marinero. Como se encontrara una de ellas vacante, inmediatamente fue puesto en servicio. Dos o tres días después de encontrarse allí prestando sus servicios como tal, conversaba uno de los ayudantes con otra persona, en presencia de este marinero, de los buques que ofrecían mayores garantías para la navegación en tiempos de peligro y como aquéllos convinieron en que los veleros fueran más ventajosos, dijo éste que de haber sido de ésta clase aquel en que él había navegado hace pocos días, no hubiera estado a punto de perder la vida, ni pasado las peripecias en que milagrosamente salvó su vida”.

“Como es natural -continúa- ante tal observación fue preguntado cuándo, cómo y en qué buque había pasado ese percance. Refirió Batalla que era uno de los náufragos de la “Rosales” salvado milagrosamente junto con los demás oficiales, y que estando éstos prontos a partir, pudo, junto con otros compañeros, echarse al agua, llegando él solo a prenderse de dicho bote, pues los demás apenas si sabían nadar. A ser cierto lo que Batalla dice de cómo tuvieron lugar las cosas en presencia del peligro inminente por que pasaban los demás compañeros, se ha cometido un acto de salvajismo sin ejemplo que da la cuenta exacta del poco tino y criterio de las personas de quienes dependía la vida de tantos. Relata Batalla los hechos de la manera siguiente: que cuando su capitán y demás oficiales estuvieron convencidos de que todo el esfuerzo era inútil, en presencia de las averías ocasionadas al barco por el bravío temporal, y que nada obtendrían ya, por más que se hizo cuanto fue humanamente posible por librarle de las aguas que lo llenaban constantemente, resolvieron embarcarse en uno de los botes con dos marineros solamente que serían ocupados en dirigir las velas y remar durante el camino. Antes de abandonar el buque, el contramaestre que se decía había sido encargado de dirigir la balsa, fue designado para encerrar al resto de la tripulación en la bodega, que desesperada sobre cubierta clamaba por que no se la dejara abandonada, en tanto que la oficialidad, revólver en mano, los rechazaba. Fue en aquel momento que Batalla fue herido de un hachazo en la pierna en el instante que trataba de subir al bote en que éstos se encontraban y fue también en aquel momento que el citado contramaestre era muerto de un balazo por otro oficial, porque alegando el estado de enfermedad en que se encontraba, pedía a su capitán lo condujera junto a él y demás oficiales en camino de salvarse”.

“Dice Batalla -continúa “La Nación”- que estando cerca del buque avistaron el otro bote que se ponía en marcha con gente; que en el bote en que ellos iban llevaban un barril de caña, llegando algunos de ellos en estado de ebriedad. La muerte de 5 de ellos al llegar a tierra, la reseña conjuntamente con el resto del viaje hasta llegar a Buenos Aires, de la misma manera que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Añade que estuvo preso hasta el 5 de agosto en un piquete de marina, fecha en que fue enviado al buque “El Plata” para que pudiera continuar

trabajando como foguista de éste, trabajo que efectuó en la “Rosales” desde el 24 de mayo próximo pasado en que ingresó cuando la torpedera se encontraba en el Tigre”.

Los rumores, las versiones se encontraban ahora apoyados por las declaraciones de uno de los protagonistas de la noche del 9 de julio. El mal olor de todo este asunto llegaba ya hasta el propio despacho presidencial.

El capitán Funes seguía callado. Sólo en dos o tres oportunidades expresó a sus colegas: “muy para mí hubiera sido hundirme con mi barco, lo realmente difícil era entregar sana y salva la flor y nata de mi tripulación y enfrentar el inevitable juicio”.

Las pasiones humanas, las contradicciones y el espíritu de cuerpo quedarán en descubierto poco después, en el juicio que se ventilará. El juicio más sensacional del fin de siglo porteño.

“La Nación” era el diario que se había atrevido a publicar lo que todos sabían. La reacción ante las declaraciones del llamado Batalla fue enorme. Pero todo sufrió una insólita derivación. Un día después, “La Nación” tiene que rectificarse: “el relato que publicamos ayer referente a uno de los náufragos de la “Rosales” y en el que se aprecian los hechos en una forma distinta a la que se había presentado hasta ahora, causó la impresión profunda y suscitó los vivísimos comentarios que eran de suponer, pero es evidente que ni el público ni los principales periódicos han tomado las referencias como un hecho nuevo sino como la expresión, la condensación de un rumor que hace días flotaba en la atmósfera pero al que nadie se atrevía a dar cuerpo, a manifestar con resolución”.

“Ante todo -prosigue- en obsequio a la verdad, apresurémonos a decir que hemos sido inducidos a error al atribuir a Batalla a Battaglia, el que ha sido foguista de la “Rosales”, las referencias que publicamos ayer. El Battaglia verdadero fue aprehendido en esta ciudad y se halla detenido en la prefectura marítima, pero parece que durante el tiempo en que ha estado en libertad ha hecho a varias personas más o menos las mismas revelaciones que se han hecho públicas”.

“Hay quien cree -sigue “*La Nación*”- y son precisamente los que en privado no se recatan de formular acusaciones, hay quien cree que habría sido preferible dejar que las murmuraciones corrieran sin atribuirle importancia. No somos de esa opinión, y sería a nuestro juicio un falso patriotismo el que quisiera encubrir actos condenables y permitir la menor sombra o la menor sospecha sobre el buen nombre de algunos jefes y oficiales de la marina nacional. Si hay delito debe castigarse; pero si no lo hay, las murmuraciones deben cesar y desvanecerse. En ninguna parte, ni aun en los países regidos militarmente y donde se procede con tanta rigidez, se teme a la publicidad. Muy al contrario, se hace toda la luz posible como una satisfacción a la opinión, como una vindicación al buen nombre de la institución. Podríamos citar ejemplos, pero no es necesario: las instituciones armadas deben estar arriba de todas las murmuraciones, públicas o privadas. Aunque resultase lo que en este caso no está probado y es de esperar no lo será, que algunos individuos han faltado a su deber, no por eso sufriría si se dejasen correr las murmuraciones o se dejase formar la convicción de que las faltas se han cometido y que sin embargo se han encubierto”.

Sigue con sus explicaciones el diario de Mitre: “Preciso es reconocer que no poco ha contribuido a fomentar las críticas y las sospechas, primero la acusación de fiscales, y después la lentitud del sumario, que ahora sin embargo proseguirá con la actividad necesaria”.

En el fondo, “*La Nación*” con su aparente error ha ganado una batalla periodística: ha llevado a la luz el verdadero ambiente que rodeaba el proceso a los sobrevivientes de la “Rosales”.

Pero éstos no se mantienen impasibles. El segundo comandante Jorge Victorica reta a duelo al director de “*La Nación*”, Mitre y Vedia, mientras que el oficial Mohorade solicita al Estado Mayor de la Marina que se investiguen de inmediato las acusaciones del foguista Battaglia.

Por varios días la atención pública se ocupa del lance de honor. Son padrinos de Emilio Mitre y Vedia los señores José María Gutierrez y Guillermo Udaondo, y los de Victorica, Valentín Virasoro y el coronel Mariano Espina. Los padrinos no se ponen de acuerdo y recurren a un tribunal de honor, formado por Roque Sáenz Peña y Francisco Alcobendas, quienes darán su fallo en el sentido de que no hay lugar a duelo porque no hubo intención injuriosa.

Mientras tanto Battaglia se halla preso. Toda la furia de los oficialistas se lanza contra este singular personaje que ha pasado a ser el “cabeza de turco” de todo el menester existente. Lo tienen detenido en el piquete del estado mayor de la armada bajo la acusación de “desertor”. Fue apresado en la cervecería de Aragona, en la calle Caridad 350, donde trabajaba como cocinero.
Los periodistas logran entrevistar a Battaglia en el mismo piquete donde se halla preso. ¡Qué respeto por el periodismo se tenía en aquellos tiempos! ¡Cómo se ha retrocedido en ese sentido! Hoy sería inimaginable hacer una cosa así.

Los periodistas encuentran a Battaglia -en otras ocasiones sumamente locuaz- bastante “ablandado” en su calabozo. Le preguntan por qué trabaja como cocinero y contesta: “para no morirme de hambre porque en la marina no me pagan el sueldo”. El foguista sobreviviente se niega a ratificar o rectificar las acusaciones del “falso Battaglia” de la Plata. Pide que lo dejen tranquilo. Sólo se anima cuando le preguntan: “¿Usted vio construir la balsa en la noche del naufragio?”, y contesta resuelto: “No, yo no la vi porque estaba abajo con las bombas”.

– ¿Y cómo se salvó?

– Arrojándome al mar y prendiéndome de un borde del bote.

¿Y el comandante Funes? ¿Qué pasa con él? Sigue guardando silencio. No ha reaccionado por las acusaciones del falso Battaglia. Más, ahora es ignorado también por el grupo de oficiales sobrevivientes. Este distanciamiento se hace público en una carta donde el segundo comandante Victorica agradece a sus padrinos haber salido en defensa de su honor y en el de sus compañeros. A Funes ni lo menciona.

El 16 de septiembre, Funes pierde varios puntos: los médicos Cuñado, Quiroga y Massón proceden a revisar al teniente Mohorade. Funes había sostenido que ha Mohorade no lo puso en ninguno de los botes de la marinería porque había “sido sacudido por un golpe de mar abriéndole dos heridas en el rostro”, durante la tormenta y que por eso había quedado incapacitado. Los tres médicos señalan lacónicamente que tales heridas “son todas de contusión y algunas de origen muy antiguo; en cuanto a algunas manchas que presentan en el cuerpo son causadas por una quemadura producida hace mucho tiempo inflamando pólvora: las heridas son nueve, todas leves”.

El 24 de septiembre, Funes sale de su mutismo. Se dirige al fiscal Lowry solicitándole que apresure el expediente. En forma amarga, Funes señala que todavía el contralmirante De Solier “no ha contestado el exhorto”. Si, en efecto, al jefe de la flota en navegación se le ha enviado un exhorto. Pero De Solier no ha tenido tiempo de contestar. Tal vez sea una manera de restarle importancia a todo el episodio, o porque no es bien consciente del drama que ahora viven los sobrevivientes de la “Rosales”, enfrentando la opinión pública.

El fiscal Lowry rechaza por improcedente la protesta de Funes, y ese mismo día somete a un nuevo interrogatorio al maquinista Barbará, que duro siete horas durante las cuales no permite levantarse de la silla al declarase ni él mismo se toma un minuto de descanso.

Los diarios siguen apurando. Ya han pasado dos meses y medio del naufragio y todavía la verdad no se sabe. El 25 de septiembre, en el “Economista Argentino” escribe J. O. Manchado que “la honra nacional y nuestra marina de guerra no se verá en absoluto mancillada por decir la verdad sobre el hundimiento de la “Rosales”. Agrega: “no debemos tener un falso concepto del patriotismo”. “Cuando una nave como la “Rosales” naufraga -dice- el jefe se encuentra en presencia de este hecho: la desaparición de su nave; y él debe probar que fue una fuerza superior a la fuerza human la que hizo desaparecer su buque. Pero en este caso hay un hecho más grave aun que pesa sobre toda la oficialidad del buque náufrago. *¿Por qué se han salvado todos los oficiales pereciendo todos lo individuos de la tropa?* Es un hecho anormal, difícil de explicar indudablemente; pero que puede tener su razón de ser y que deseamos sinceramente sea esclarecido favorablemente. Pero que se entienda bien, que la honra nacional no puede estar comprometida por falta alguna imputada al jefe o a la oficialidad. Hay por el contrario un positivo interés en averiguar la verdad de lo sucedido, porque si por un falso amor propio nacional tratáremos de silenciar hechos punibles, no sólo heriríamos el sentimiento de justicia, que está en todos los corazones, sino que comprometerían la dignidad de la marina argentina”.

“¿Qué ha sucedido en aquella terrible tragedia que tenía por escenario el insondable océano? -continúa-. Un buque perdido en pleno océano sin choque de escollo, sin colisión alguna; toda su oficialidad salvada en un bote y la tropa desaparecida. No conocemos todos los naufragios pero estamos seguros que será una cosa bien rara que en el naufragio de un buque de guerra se salven todos los oficiales, pereciendo la tropa”.

Este artículo provoca un fundamental cambio en la opinión pública. Es tan directo, tan irrebatible, que ya nadie duda. Funes se queda solo, absolutamente solo. Pero Victoria y los demás oficiales todavía tratan de cambiar el panorama. Y para ello cuentan con el apoyo de las esferas adictas al gobierno nacional.

El 7 de octubre el implacable fiscal Lowry solicita al estado mayor general de la Armada la prisión del capitán Funes. A las 5 de la tarde expide la orden y el comandante Funes, acompañado por dos oficiales, es llevado a prisión. A la corbeta de guerra “La Argentina”, fondeada frente a Buenos Aires. Delgado, pálido, los ojos hundidos, Funes se deja llevar. Total, lo que le puede ocurrir no será ni pálido reflejo de lo que le deparó la suerte en la noche del 9 de julio. El, preso en medo del río de la Plata, frente a una ciudad que cree cualquier cosa de él, mientras el elegante contralmirante De Solier, el que lo dejó solo frente a su destino, pasea a su arrogancia de hombre de pro en Europa. Y todo es la casualidad. Hay que tener suerte. Porque si en vez de viento sur le tocaba viento norte, o en vez de salir el 7 salía el 8, él también, Funes, estaría con sus galones y su impecable traje azul marino en Madrid, en Nápoles, Génova o Londres.

Pero sea suerte o casualidad, tanto la suerte como la casualidad, siguen jugando en contra e Funes. “*La Nación*”, que había publicado la famosa denuncia del foguista Bataglia, que luego tuvo que desmentir porque todas las autoridades señalaron que se trataba de un impostor y no del verdadero sobreviviente de la “Rosales”, ha descubierto una nueva. Un “descubrimiento” como el mismo diario lo llama, y es éste: “Y puesto que ocurre hablar del asunto de la Rosales digamos que hemos hecho un descubrimiento. Francisco Bataglia, aquel de la sensacional historia de La Plata, desautorizo inmediatamente después de su publicación, era marinero, por más atorrante que fuera, según declaración oficial. Oficialmente también tenemos la prueba de lo que decimos. En el orden del día de la policía de la Capital correspondiente al 20 de septiembre próximo pasado se lee textualmente lo que sigue: (orden de captura) del marinero Francisco Bataglia, italiano, de 27 años, blanco, pelo rubio, ojos azules, nariz y boca regulares,

bigote rubio, soltero, *foguista,* estatura 1 m 53 cm., por pedido del Estado Mayor de la Marina. ¿En qué ayudamos? ¿Era o no marinero el que ahora resulta foguista? Y en resumida cuentas, ¿cuál es el Bataglia verdadero, el que está preso o el que fugó?”

Obsérvese qué lenguaje claro empleaban los diarios de aquella época. Esta ironía de “La Nación” *dejaba en descubierto toda una trama* bastante burdamente tejida para esconder lo que, a través de la “Rosales”, se pudiera rozar a altos personajes de la época.

Y nuevamente un día después, “*La nación*” hace gala de una fina ironía al decir: “basados en datos positivos podemos asegurar que es inexacta la afirmación hecha por algunos colegas de que permanece estacionado el sumario que se instruye a los ex jefes y oficiales de la “Rosales”. Prosíguese, al contrario, con grande actividad a pesar de que al fiscal de la causa se lo obliga a perder tiempo nombrándolo miembro de todos los consejos de guerra que se forman”.

Esto último es cierto. Todos lo juicios que se abren son entregados de inmediato a Lowry ¿por qué será? ¿Es para dilatar el proceso contra los oficiales de la “Rosales”, o porque es un hombre del cual se espera estricta y severa justicia?

Pero, ¿quién es este Lowry? Todos lo tienen por un personaje raro, uno de esos seres hechos de hielo y roca, indomables e indoblegables, pero al mismo tiempo con un sentimiento exagerado del honor, de las obligaciones, del deber. Y no faltan muchos que lo tengan por un maniático de las ordenanzas.

En realidad Lowry ha demostrado con su vida haber sido todo menos un burócrata o un advenedizo que ha ido ascendiendo de escritorio en escritorio. Su vida es notable: Jorge Holson Lowry nació en Buenos Aires en 1842, hijo del matrimonio inglés formado por Juan Lowry y Julia Palmer. A los 11 años de edad fue enviado a la escuela de Anápolis, Maryland, en la corbeta “Jamestown”. Tenía 17 años cuando regresó a la Argentina y se incorporó como soldado de Buenos Aires en la lucha contra la Confederación. Pero poco después su padre le ordenó que se embarcara en el “Asunción”, buque correo de le representación de Estados Unidos. A los 19 años se incorporó a la marina de guerra de Estados Unidos, en el cuerpo de contadores. Su primer destino es el buque de guerra “Pulasky”, con el cargo de oficial en la contaduría. Meses después le tocó concurrir en calidad de secretario a los acuerdos de paz y comercio entre Paraguay y Estados Unidos. Luego de librada la batalla de Pavón, Lowry forma parte de un destacamento de marinos del “Pulasky”, de la cañonera inglesa “Ibahay” y del buque de guerra de la misma nacionalidad “oberón”, que ocupo la aduana de Rosario hasta que llegaron las fuerzas de Buenos Aires. A los 23 años, al declararse la guerra contra el paraguay se incorpora como teniente al buque “Guardia Nacional” Y comando las baterías de proa a babor en el combate de Paso de la Cuevas. Más tarde combatirá contra as fuerzas de López Jordán, en Paraná y en 1874 a bordo del transporte “Coronel Roseti” lucha contra la cañonera sublevada “Paraná”. Lowry, aparte de gustarle la lucha dedica su tiempo al estudio de la técnica naval, por eso, en 1878 viaja a Europa en misión especial con el ingeniero torpedista Hunter Davinson, para renovar el material de la división de torpedos. Dos años después intervendrá en el bloqueo de Buenos Aires al mando del “Bermejo”. Nueve años después lo encontramos como jefe de la división torpedos de la marina de Guerra y un año más tarde está al frente del arsenal de Zárate. Y es justamente en 1892 -año del hundimiento de la “Rosales”- que Lowry es designado para ejercer la Fiscalía Genaro de la Armada. Allí lo encontramos, acaba de cumplir 50 años, tiene espesa barba que da aún severidad a su rostro, muy pocas veces alegrado por alguna sonrisa.

El expediente del juicio, cuando lo recibió Lowry tenía 220 fojas; ahora al 8 de octubre ya tiene 451. A cada uno de los maquinistas le ha tomado declaración durante dos días y ha completado el centenar de interrogatorios y analizado el informe del inspector de máquinas Ruggeroni sobre

el estado del buque antes de partir. El citado informe habla del excelente estado del casco y máquinas antes de partir la “Rosales” para rosario.

Pero el sumario no avanzará. De Solier no contesta de Europa el exhorto. Ha escrito que lo hará una vez de regreso a Buenos Aires. Lowry, mientras tanto sigue el sumkario y sorprende en contradicciones al alférez Gaudín.

Es que nuevamente ha comenzado a levantarse la sombra del alférez Miguel Giralt, el desaparecido en las cotas del cabo polonio. Se sabe que lo que más apasiona a Lowry es la investigación del destino de Giralt; por eso solicita al gobierno uruguayo la exhumación de los restos de los náufragos muertos en las costas del cabo Polonio. “La Nación” del 11 de diciembre dice: “decididamente no habrá sumario en el mundo más largo, más complicado y más lleno de dificultades de todo género, amén de las extrañas circunstancias que de tiempo en tiempo vienen a sorprender la atención pública en forma de relatos horripilantes, desapariciones misteriosas e inexplicables resistencias que el que se instruye con motivo del naufragio de la “Rosales”.

Ese mismo día Funes desde su prisión en ¡La Argentina! Da u golpe maestro: recusa al fiscal Lowry por dos razones. Por “la enemistad que V. S. me ha manifestado, como podré probarlo” y “por los procedimientos de no tomarme declaraciones e incomunicar a los testigos”.

Lowry trastabilla porque al mismo tiempo que Funes, el Jefe del Estado Mayor de la Marina se dirige al ministro Benjamín Victorica acusando a Lowry de dilatar el proceso.

Es decir, que mientras el pedido de Funes dilatará en un mes más el proceso, por el otro lado las autoridades hacen parecer como que el fiscal es un hombre que no quiere que se sepa la verdad. Y lo único que quiere Lowry es apestillar tanto a los sobrevivientes hasta que quede demostrado lo que él sospecha y de lo que él está convencido desde un principio: la culpabilidad de Funes y de todos sus oficiales.

En este tremendo tira y afloja, “La Nación” escribe el 13 de diciembre: “Empieza a conseguirse que se aprieten los tornillos de la desventaja máquina según lo demuestra la comunicación siguiente en un todo de acuerdo con las observaciones que venimos haciendo. Era natural que así sucediese. El delicado asunto de la investigación debe terminar cuanto antes por las razones que muy acertadamente señala el Estado Mayor de la Marina. Por su parte, el fiscal Lowry a elevar a la superioridad el escrito que le dirigiera el comandante Funes recusándolo, sostiene la corrección de sus procederes, abundando en datos y consideraciones al respecto. La nota del jefe del Estado Mayor de la Marina, capitán Rafael Blanco, al ministro Benjamín Victorica pide se emplace al fiscal para la terminación del sumario o llamar a sí al expediente con el propósito de arbitrar los medios que den el resultado pedido”.

Es decir, una estocada de largo alcance contra Lowry. Y el 3 de enero de 1893 e trata de darle el golpe de muerte a la actuación del severo fiscal, nombrado auditor especial en la causa de la “Rosales” al comodoro Clodomiro Urtubey, de quien se sabe que es un declarado enemigo de Lowry, con quien ha tenido grandes diferencias. Firman la resolución nada menos que el presidente de la república, Luís Sáenz Peña, y el ministro de Relaciones Exteriores, T. S. de Anchorena.

Pero Urtubey no se deja jugar en este vaivén de pasiones. Hombre limpio como es no acepta “por razones de salud”. Y la investigación se queda paralizada.

El 5 de enero se anuncia la llegada del contralmirante De Solier -quien no contestó el exhorto. A bordo de la “25 de mayo”. Pero De Solier no piensa presentarse de inmediato a declarar en la causa. Seis días después de su llegada renuncia a su cargo de jefe de la escuadra naval de

Europa y se va “a descasar al capo”. Recién el 18 entrega el parte oficial de su viaje. Es un extenso y frío informe de toda la travesía en el que apenas trae cinco líneas sobre la “Rosales”. Dice que “el buque fue perdido de vista el 8 de julio a las 6 a.m. (su foco eléctrico, y no se oyó más su silbato) sin que se percibiera ninguna señal, que de haberla visto la hubiera aprobad. A la tarde de ese día se desencadenó un furioso temporal. El 9 por la mañana empezaron a calmar el viento y el mar”.

Estas seis líneas son casi definitivas para condenar a Funes: no hizo ninguna señal pidiendo auxilio y abandono el buque en la noche del 9, es decir, cuando la tormenta ya había calmado.

Pero el sumario no caminaba. Las publicaciones opositoras comienzan de nuevo con su clamoreo de protesta. El 21 de enero, “*La Prensa*” publica un editorial titulado “Ni para atrás ni para adelante”, y con este subtítulo “¿Y el sumario por el naufragio de la Rosales?” Y sostiene: “Si se hubiera pensado en abrir una causa expresamente para que el público cansado la falle, economizando al gobierno la molestia de resolverla, tendría su explicación el sumario aludido.

“Hace más de un mes está paralizado en un incidente: el comandante Funes recusó al fiscal, quien elevó el expediente al ministro Anchorena, a cuyo departamento pasó por excusación del de Marina. Y allí se ha empantanado. El auditor de Marina, Dr. Carranza, está en Europa, con licencia, y como dice que sin un dictamen de tal funcionario el gobierno no puede pronunciarse sobre la recusación del Fiscal, el proceso no anda. ¡Vendito sea Dios! Ya que el decreto de “pase al auditor” es sustancialísimo ¿por qué no se nombra uno ad-hoc? ¡Es que ninguno quiere aceptar!

“*La Prensa*” del 1º de febrero insiste en otro editorial titulado “Por el honor de la marina”; “El sumario de la “Rosales” no puede demorarse un día más. Los periódicos europeos al amparo de un silencio oficial sobre un sumario tan prolongado como inexplicable han recogido como ciertas las más terribles versiones de aquel tremendo drama y bordando sobre ellas arrojan un borrón nefando sobre la escuadra argentina que, o debe quedar limpio con las resultancias del juicio o con el castigo de los culpables si desgraciadamente los hubiera. El “Imparcial” de Madrid, que en un primer momento se hizo eco de la versión que dio el comandante Funes, reproduce ahora las sangrientas e infames acusaciones que como cosa cierta se hicieron correr sobre aquel fingido Battaglia que apareció en la subprefectura de La Plata. No reproducimos el relato, porque en órganos poco autorizados ya vio la luz en Buenos Aires hace dos meses, pero sí pedimos que la palabra serena y justiciera del Tribunal diga en ese asunto su última palabra”.

Pero poco después la recusación contra Lowry es rechazada y prosigue el sumario.

En la calurosa mañana del 11 de marzo de 1893, cuando finalizaba ya el verano, un coche de plaza se dirige a la presidencia de la Nación. Viaja en su interior un hombre de espesa barba, mirada severa y gesto hosco. Es el capitán Lowry, fiscal del proceso de la “Rosales”, que lleva en sus manos dos enormes carpetas. Es la investigación que ha realizado durante un año y medio. No se fía de nadie y por eso va a entregarla en las propias manos del presidente de la nación. Allí están registradas todas las declaraciones de los sobrevivientes y las conclusiones del fiscal. Allí está encerrada la tragedia de la noche del 9 de julio de 1892 o por lo menos la verdad que ha tratado de descifrar Lowry entre tan dispares declaraciones de los protagonistas.

Lowry pide pena de muerte para el capitán de fragata Leopoldo Funes. Pide que sea fusilado sin más trámite. Lo acusa de la pérdida de la cazatorpedera “Rosales”, por el abandono de la misma estando aún en condiciones de flotabilidad y culpabilidad en grado criminal por el abandono voluntario y premeditado de su tripulación.

De acuerdo a la investigación de Lowry los hechos en la noche del 9 de julio en la “Rosales” se habrían desarrollado de la siguiente manera: Ya en las primeras horas del 7 de julio la gruesa

mar que corría hacía bordear mucho a la “Rosales”. Por orden del comandante de la flota, almirante De Solier, de había dispuesto que en casos de fuerza mayor “que pudieran sobrevenir en el curso de la navegación quedaban libradas al mayor criterio de cada comandante las maniobras del buque a su mando que respondieran a su mayor seguridad”. En la madrugada del 8 la nave quedó bajo el horizonte y fuera de vista de los otros buques. De Solier declaró que al perderse de vista la “Rosales” creyó que el comandante Funes, en previsión de la tempestad que se anunciaba, trataba de ponerse al abrigo de la costa. El comandante Funes respondiendo al cargo de no haber hecho señal alguna al buque insignia dice “que por la sencilla razón de no tenerle que informar nada”. Es decir, que Funes en vez de buscar abrigo de la tempestad que amenazaba a envolverle, se mantuvo a rumbo con los demás buques a la capa y a las 9 de la noche quedaba definitivamente atravesado, siendo infructuoso los esfuerzos para volverle a hacer presentar el tiempo”. “En esa situación fue envuelto, azotado e inundado por las inmensas moles de agua elevadas a enorme altura por la fuerza del torbellino y a merced de cuyos encontrados embates quedó por completo al ser apagado los fuegos de las máquinas por las grandes masas de agua y los compartimientos de las calderas que las inundaron completamente”.

Lowry demuestra a través de las encontradas declaraciones de los sobrevivientes que la “Rosales” no sufrió ningún rumbo en el casco, hecho que, de haber ocurrido, hubiera ocasionado el hundimiento en forma mucho más rápida. No habiendo rumbo, el agua penetraba al buque solamente por la cubierta. Lowry demuestra que el buque fue abandonado precipitadamente púes “aún faltaban llenarse de agua algo más de la quinta parte del volumen total de la capacidad del casco para que hubiera estado próximo a hundirse con seguridad”. Y recurre a la declaración del primer maquinista Picasso, quién dice que “esa misma noche antes de embarcarse en el bote volvió a su camarote y se vistió con varias camisetas y otras piezas de ropa interior, como igualmente otros oficiales lo hicieron en su alojamiento tomando en ellos hasta frazadas para envolver sus cuerpos”. El comisario Solernó dice que embarcó todos los víveres en botes a las 7 de la tarde del 9, los que fueron sacados de la despensa y pañoles de galleta y líquidos que estaban en el piso del sollado. El condestable Iglesias dice que “media hora antes de abandonar el buque recorrió por orden del segundo comandante los pañoles de su cargo, los que halló secos y que fue a la vez al pañol de pólvoras de popa que quedaba bajo el piso el piso de la cámara a sacar los cohetes con que proveyó a los botes” y “que estando ya embarcado en la segunda lancha hacía ya un cuarto de hora vio al comandante fuñes recorrer todo el interior del buque”.

Lowry se pregunta en sus conclusiones: “Luego ¿Cómo pudo el comandante Funes hacer esa recorrida por el interior del cuerpo del buque si hubiera estado inundado como declara el segundo comandante Victorica?” Y agrega: “resulta palmariamente demostrado que habiendo quedado el cuerpo del casco de la torpedera con un pie y medio y hasta dos, fuera del agua, al abandonarlo, como así lo acreditan las declaraciones de algunos oficiales y en particular de los maquinistas, ese buque quedaba aún en condiciones admisibles de flotabilidad habiendo sido fácil su salvamento posterior amainando el viento y la mar como sucedía entonces, si se hubiera permanecido algo más de tiempo sobre o junto a él cumplimiento con la obligación impuesta a su comandante. Es mi convicción que la torpedera continúo a flote después de su abandono y llevada a la ronza por las corrientes del río de la Plata hacia el Este, mar afuera, fue alcanzada y envuelta por el segundo ciclón del 13 de julio que la encontró un mero casco boyante, pues no tenía personal que la gobernara no quizá medio hacerlo, y que siendo presa fácil de ella completó su pérdida llenando sus demás compartimientos aún estancos y echándola a pique”.

Así juzga el primer punto el capitán Lowry. Es decir, que la torpedera se hubiera salvado ya que en la mañana del 9 la tormenta comenzaba a amainar y que Funes abandona el buque en la noche de ese día creyendo que por el agua que había entrado no podía aguantar ya más. O por

lo menos, en vez de dirigirse a la costa tendría que haberse mantenido con el bote en las cercanías de la nave.

Segundo punto: la tripulación, Lowry está convencido que el número total de tripulantes de la “Rosales” era 80. Para su salvataje en caso de abandono del buque se contaba con dos lanchas con capacidad para 10 hombres y un patrón; el guingue para 6 hombres y un patrón y un patrón y el chinchorro, para 4 hombres y un patrón. Es decir que se contaba con medios para salvarse solo 32 personas.

Lowry se remite entonces a las declaraciones de Funes para describir los momentos culminantes del abandono del buque: “apremiado la situación en que se encontraba la “Rosales”, con sus compartimientos de máquinas y calderas inundados, atravesada, a la mar y si gobierno, a las 5 de la tarde del 9 de julio se celebró consejo de oficiales y en él se arribó a la conclusión de que el buque estaba perdido y debía abandonarse”. Pero Lowry comienza a dudar que se haya hecho tal consejo de oficiales como lo exigen las ordenanzas antes de hacer abandono del buque. Y se remite a las contradicciones que surgen de las declaraciones: el segundo comandante Victorica declaró que tal consejo se realizó a las 6 de la tarde, tres oficiales dicen que fue a las 4 de la tarde, el alférez Tejera, que fue a las 3 de la tarde; el maquinista Vilavoy, que fue de 12 a 1 de la tarde, pero los que discrepan enormemente con los anteriores son el alférez Goulú, que dice que fue a las 4 de la mañana de ese día, y el marinero Revelo, quién siendo mozo de cámara de la que no se movió hasta las 7 de la noche de ese día, dice “que no había visto que se hubiera tendido reunión o cosa parecida por el jefe y oficiales”.

En la reunión se decide abandonar el buque, pero antes de construir una balsa para salvar a la tripulación que no cabía en los botes.

Y aquí comienza uno de los grandes misterios: ¿existió la balsa? Lowry desde un principio asegura que tan balsa sólo existió en la imaginación del capitán Funes. Y puntualizo todas las contradicciones de las declaraciones de los sobrevivientes. Empieza por preguntar con qué elementos se hizo la balsa. Estas son las respuestas. Funes: con una verga y dos tangones y alguna otra percha; Donovan y González: 2 tangones y 2 plumas; Vilavoy: los tangones y las plumas del buque; Picasso: una verga y una pluma; Tejera: la vergüita, un tangón, una cantidad de remos, algunos enjaretados y salvavidas. Las contradicciones en las dimensiones son todavía más llamativas. Más: hay sobrevivientes que ni siquiera la vieron. Por ejemplo, el maquinista Álvarez declara que “no había visto ningún bote arriado ni la balsa”; maquinista Barbará: “no he visto marinero alguno sobre la balsa ni la he visto construir”; comisario Solernó; “no he visto construir nada parecido a una balsa”; farmacéutico Salguero: “no he visto construir ni utilizar en el salvataje cosa parecida”; guardiamarina Gaudín: “Con respecto a la balsa no puedo decir cosa alguna”; primer maquinista Picasso: “a la balsa no sé si la hicieron”; Alférez Goulú: “no vi concluida la balsa”.

Y Lowry se pregunta: “¿A qué conclusión puede llegarse ante tanta divergencia en el relato de la construcción de una obra de tanta importancia en este caso y que necesariamente debieron verla todos los interesados sin discordar tan enormemente en sus detalles? ¿Puede admitirse acaso como posible que en un buque de tan pequeño porte como era la “Rosales”, que ya sin gobierno y atravesada a la mar, en un vendaval que arbolaba olas de 6 a 7 metros de altura, que el mismo comandante Funes en su parte dice “barrían todo lo que hallaban al paso haciendo correr mucho peligro a la gente que andaba sobre la cubierta reforzando trincas” y cuya magnitud no había disminuido al efectuarse el abandono, se hayan podido desguarnir las plumas y los tangones y andar manipulándose de un lado a otro de la cubierta para construir sobre ella jangada alguna, operación considerada por los hombres de mar como muy difícil y peligrosa en los buques de mayor porte?”

Sobre el número de tripulantes que fueron embarcados para su salvataje en la balsa, una vez construida ésta, también son fundamentales las contradicciones. Tejera declara que “no vio arriada la balsa al abandonar la “Rosales”, Funes dice que embarcaron “24 hombres con el contramaestre Lacroix”; Donovan: “12 hombres”; González: “18 hombres”, Vilavoy: “7 en todo”; Picasso: “sólo podía llevar 10 a 15”; marinero Revelo: “sólo podía resistir el peso de 10 hombres”. Por último Funes al referirse a la construcción de la balsa señala: “la mandé construir para 15 o 20” y no se preocupa de refutar las declaraciones contrarias de algunos oficiales”.

Finaliza Lowry señalando que “ante los raciocinios expuestos se arraiga en mi espíritu la firme convicción de que en el caso, todo lo referente a la balsa no fue en realidad. Rechazo pues que tal construcción se haya empleado en el embarque de la tripulación al efectuar su abandono la noche del 9 de julio”.

Si no existió la balsa, ¿cómo se distribuyó la tripulación en los botes existentes? Lowry lo describirá. Minuciosamente relatará la tragedia acaecida en la cubierta de la torpedera.

Dice Lowry que finaliza la dudosa conferencia de oficiales, Funes hizo ocupar la segunda lancha de salvataje con el alférez de navío Irizar, los maquinistas Bárbara y Vilavoy, el condestables Iglesias y el cabo Pérez con revólveres al cinto y la orden de defenderla para ser ocupada exclusivamente por los oficiales. Eligió esta lancha porque se hallaba a estribor, a sotavento, mientras que la otra lancha que se hallaba al lado de babor, que aguantaba todo el viento y la furia de las olas, fue dejada para la tripulación. Hecho esto, Funes reunió en el sollado (la cubierta inferior de la nave donde se aloja la marinería). Allí los arengó y les señaló que debía hacerse abandono del buque. Funes dice que la tripulación le contestó “con vivas a la patría, demás vocerío y algarabía”, mientras que el segundo comandante Victorica señala que “había marinería materialmente anonada por el miedo”; Gaudín dice que “el temor de la tripulación era que el buque sumergiera a cada momento bajo sus pies”, y el farmacéutico Salguero dice que “cuando tuvo lugar esa arenga el alférez Donovan y otros oficiales hacían el aparato de proseguir el achique para sostener el ánimo y el espíritu de la marinería para que no creyeran que el buque iba a pique, que comprendieron fue necesario ocultarles a todo trance para evitar el pánico”. Al mismo tiempo -continúa Lowry- las deposiciones en general dejan establecido que en esos momentos “reinaba gran confusión en todo a bordo” y “seguramente que si la tripulación se dio exacta cuenta de esa situación debió inmutarse ante el espanto que con justo motivo ha de haberse apoderado de su espíritu sobre todo en vista de escasez de medios de que se disponían para la salvación de todos y no prorrumpir en la algarabía que e le adjudicaba si bien es cierto que durante el temporal se les suministró bebida con frecuencia y cuyas porciones fueron creciendo hasta llegar a raciones extraordinarias repetidas en los momentos de producirse el abandono de la torpedera”. En esto están contestes el comandante Funes, el segundo comandante Victorica y los demás oficiales. Bien pueden haber sido esas libaciones otorgadas con tanta liberalidad en los últimos momentos las que hayan electrizado a los marineros y no la infausta noticia recibida de boca de su jefe. Tan terrible anuncio de cuya veracidad no podía dudar viniendo del mismo comandante del buque en cuya persona se concentran siempre y más en trances tan angustiosos todas las esperanza de salvación de los hombres de mar en el mundo entero, puso ciertamente a dura prueba la disciplina de la marinería de la “Rosales”.

El incisivo idioma de Lowry para describir la tragedia, sin ahorrarse ningún detalle comienza ahora a ocuparse del salvataje. Señala que hasta ese momento la disciplina de la marinería había sido ejemplar, pese a las circunstancias de habérsele dado grandes cantidades de caña, y que por eso no se explica “la medida preventiva tomada por el comandante Funes de munir a sus oficiales revólveres cargados como igualmente su persona desde las 5 de la tarde del 9 de julio. Las armas fueron tomadas por cada uno de los oficiales y otras fueron llevadas con toda anticipación a la segunda lancha, bote elegido y reservado y en el cual debía embarcarse acompañado de sus oficiales el capitán Funes y abandonar el buque a las 8 de la noche. El

primer maquinista Picasso declara que se hizo de esa arma “como una mejor protección de su persona”; el maquinista iglesias fue con la intención de pegarse un tiro prefiriendo morir de esa manera que ahogado”.

Ordenada la evacuación de la nave, los marineros se lanzan a la carrera a la primera lancha, al guigue y al chinchorro -ya que para Lowry, la balsa no existió- y al tratar de arriar hacia el mar la primera lancha ésta fue volcada por un golpe de mar lanzado a parte de los que ya la ocupaban al abismo. El resto, al ver inutilizada esa embarcación se lanzaron sobre el chichorro y el guigue, que ya estaban ocupados y con el peso de sus cuerpos los hicieron naufragar. Muchos de los desorientados marineros volvieron al casco del buque y trataron de asaltar la lancha de los oficiales.

El primer que vio esta oportunidad fue el foguista pascual Bataglia que se arrojo con todo el peso de su cuerpo en momentos en que la embarcación era descendida. El maquinista Barbará, revólver en mano se abalanzó sobre Bataglia para expulsarlo “por considerarlo un intruso” pero intervino el comisario Solernó y le salvó la vida al foguista, que se defendía con uñas y dientes. Al ver la marinería desesperada que Bataglia había conseguido lo que se proponía, quiso hacer lo mismo. En sus declaraciones, el maquinista Barbará, el alférez Goulú y Gaudín relatan como fueron rechazados. El comandante Funes sólo reconoce haber ocurrido el incidente con el marinero Víctor Montes. El segundo comandante Victorica reconoce haber sido él quien rechazó a Montes y que no fue éste “El único marinero que de intento o por equivocación se esforzó por embarcarse en el bote reservado para el embarque exclusivo del comandante y la oficialidad”. Barbará señala que predominó en todo momento una gran confusión.

Pero mientras tanto ocurría todo esto, había de 15 a 20 marineros que ignoraban todo lo que estaba ocurriendo en cubierta. Era el paisanaje del interior de Córdoba que había sido traído directamente de sus lugares de reclutamiento y embarcados en la “Rosales”. No habían visto nunca el mar, no habían visto nunca un bote. Estaban totalmente postrados por las oscilaciones y estrepadas de la torpedera, mareados, deshechos. Sólo habían comido un poco de gallera y tomado mucha caña. Pera ellos no había lugar en los botes ni aun en las balsas se ésta se hubiera salió de allí. Fue tragada por el océano junto con el casco del buque. Lowry no acusó a Funes de haber encerrado con llave a esa gente en ese compartimiento, como se atrevieron a hacerlo varias publicaciones nacionales y extranjeras, pero sí a acusarlos de no haber hecho nada para su salvataje.

Los hábiles interrogatorios de Lowry hacen confundir a Funes quien en una declaración se “olvida” de embarcar ya sea en los botes o en la balsa a ocho tripulantes, y luego, en otra deposición se confunde con esa verdadera matemática del diablo y no dice qué fue de 16 marineros. Lowry compara esto con la declaración del jefe de máquinas Picasso, quien ratifica una y otra vez de que en el sollado quedaron abandonados entre 15 y 20 marineros mareados o embriagados con caña.

La otra carta decisiva que cree tener el fiscal Lowry contra Funes es el hecho de no haber repartido los oficiales entre todas las embarcaciones de salvataje. El sabe que Funes aquí se está jugando por su oficialidad y que se juega hasta el último momento en sus declaraciones, a pesar de que el segundo comandante Victorica y los otros oficiales le dan la espalda y lo dejan solo al llegar a Buenos Aires.

Lowry en su escrito acusará a Funes “respecto al hecho de no haber dispuesto que los oficiales de guerra fueran a hacerse cargo de los otros botes en que debía embarcarse la marinería como obligan en ese caso no tan sólo las leyes militares, sino también los reglamentos de navegación de todas las marinas mercantes civilizadas y semibárbaras del mundo, fundándose en que los oficiales eran demasiado inexpertos y que los únicos competentes para ese servicio, que lo eran su segundo Victorica y su oficial Mohorade, se encontraban tan imposibilitados, el

primero por una fiebre que tenía y el otro por unas heridas que recibió en la cara y cabeza por una caída sobre la cubierta a consecuencia de las grandes oscilaciones del buque en la tempestad, resultando de las declaraciones de la única persona a bordo que estaba autorizada a emitir un juicio exacto al respecto (el farmacéutico Salguero) y éste dice que ni el uno ni el otro de estos oficiales estaban imposibilitados por esas lesiones, de carácter sumamente leve”.

Pero lo que más preocupa a Lowry es el misterio en torno a la desaparición del alférez Miguel Giralt. Es un tema que lo apasiona y desespera. Leemos su propio escrito sobre la suerte de ese joven de 22 años: “en cuanto al alférez de fragata Miguel Giralt y al maquinista Luis Silvany que formaban el complemento de la dotación de oficiales de dicha caza torpedera, no me ha sido posible descubrir la suerte que en verdad les haya cabido en el desastre a esos infortunadas jóvenes, a pesar de las diversas diligencias que he puesto en práctica con ese propósito. Respecto al alférez Giralt, particularmente, son tan contradictorias las exposiciones efectuadas envolviendo ellas su persona en tan completa y misteriosa desaparición que predisponen el ánimo a abrigar la sospecha de que se oculta algún acto criminal, sin poder precisar, sin embargo, a quién o a quiénes deba culparse de ello. Según consta en las declaraciones prestadas en el momento en que el comandante Funes estaba embarcado ya con los demás oficiales en la segunda lancha y en disposición de abandonar la “Rosales”, se suscitó un incidente con el alférez Giralt que se encontraba aún en el castillete de ese buque con motivo de acudir a embarcarse en la proyectada balsa un mayor número de marineros que los indicados para ir sobre esa construcción improvisada del momento y encargada a Giralt, incidente que terminó al ordenar el comandante Funes abandonar la balsa y embarcarse con él en la lancha, orden que dicen cumplió ese oficial inmediatamente sin réplica alguna, sin embargo de dejar dudas en el ánimo la interpretación de algunas frases en las exposiciones de los maquinistas Picasso y Alvarez sobre ese hecho. Todas esas mismas declaraciones están contestes en que Giralt abandonó la “Rosales” embarcando en la segunda lancha con el comandante Funes y los oficiales y los acompañó en ella hasta que zozobró en Punta Diablo, costa del cabo Polonio donde principia su desaparición para unos, pero no así para otros, pues tanto en las investigaciones referentes a detalles de su persona como la suerte que le cupo después de tumbado el bote en el paraje mencionado, existen divergencias notables. Unos dicen que pereció ahogado, otros que pudo haber salido con vida antes que ellos a tierra firme e internándose en los médanos haber caído extenuado de cansancio pereciendo de frío, y quedando su cuerpo cubierto con las arenas movedizas, haberse perdido todo rastro; otros que internado en la costa firme pudo haber sido asesinado para robarle, pues llevaba prendas de valor para su persona; otros, que no llevaba tales prendas que nunca vieron; unos que vestía de una manera y otros de otra”.

Lowry llega hasta allí, se detiene como para tomar aire, y se decide a presentar al tribunal su sospecha. Lowry cree firmemente en algo, pero no tiene pruebas y pese a los largos, trabajosos y tortuosos interrogatorios que ha sometido a los sobrevivientes no ha podido poner nada en claro. Leemos a Lowry: “El condestable Iglesias en su primera declaración dijo “no haber visto más a Giralt” y en su segunda expone que Giralt salió con vida a la costa conjuntamente con el maquinista Vilavoy, el foguista Bataglia y él, haciendo referencia hasta de frases cambiadas con Giralt al tiempo te tumbarse el bote, asegurando haberlo dejado por fin sobre un médano de arena con juncos donde habían descansado los cuatro unos diez minutos siguiendo después Iglesias con Vilavoy y Bataglia en dirección al faro. El maquinista Vilavoy niega terminantemente la aseveración de Iglesias, y el foguista Bataglia, perturbado, no atina apropiadamente a deshacerse de ese fantasma envuelto en una capa de goma color plomo que era Giralt, su oficial a bordo, pero que en tierra no lo conoció. A ese montículo de juntos sobre médanos de arena, en cuyas cercanías había dejado el condestable Iglesias al alférez Miguel Giralt *llegó más tarde el comandante Funes* a quien sus oficiales habían dejado extenuado de fatiga y sin fuerzas a unas tres cuadras de allí, tan extenuado de cansancio, según dice el cabo Pérez, que se resistió a sus repetidas ofertas de conducirlo con ayuda de sus brazos al faro, quedando tan bien acobijado dentro de ese resguardo que hubo de ser su tumba a no ser de la pertinacia de

los humanitarios loberos que repasando aquel paraje, recién a las dos horas de continuada pesquisa vieron colmados sus esfuerzos, encontrando allí dentro al buscado y extraviado jefe de la “Rosales”.

“*En ese paraje donde principia con visos de alguna seguridad la salvación del comandante Funes, termina el único rastro que he podido descubrir y seguir del infortunado alférez Giralt quedando después su persona envuelta en el más completo misterio, ocasionando perplejidad respeto a su destino verdadero*”.

Es decir, Lowry cree que toda la verdad de la “Rosales” se debate en el triángulo Funes-Giralt-balsa, que nunca creyó en la existencia de la balsa, en ese punto la admite para poder luego demostrar lo que no se atreve a decir directamente: *que Funes asesinó a Giralt*. Por eso describe el incidente de Giralt con Funes acerca de la balsa: Giralt es el hombre que se retoba contra Funes, discute con él precisamente sobre la construida o no construida balsa. Funes lo obliga a embarcarse con él y con los oficiales. Giralt es el que sabe la verdad, el capaz de rebelarse, el hombre que “cantará” cuando llegue a Buenos Aires. Por eso el fiscal Lowry está convencido y su pensamiento tejido sobre la base de declaraciones y contradicciones los hace poner a Funes y Giralt en el mismo médano, allí bajo ese terrible anochecer de invierno en el cabo Polonio. Para Lowry, Funes finge cansancio y no acepta la ayuda del cabo de cañón Pérez y se queda solo para dirigirse al médano donde Giralt también ha sido dejado solo por el condestable Iglesias, Vilavoy y el “atormentado” Bataglia.

Y por eso Lowry, que es un apasionado de la verdad, y que por eso puede haber caído en un error, quiere pruebas, y dice: “Fue debido a esa seguridad en la exposición de los hechos ocurridos de parte del condestable Iglesias que me apresuré a efectuar el pedido de exhorto del gobierno del Uruguay con el propósito de recobrar aunque no fuera más que el esqueleto de ese desgraciado oficial y su compañero, el maquinista Silvany. Pero las diligencias practicadas por las autoridades en el cabo Polonio han dado resultados negativos habiendo llegado el comisario de policía de aquel distrito, que parece haber hecho muchas recorridas en todas direcciones de aquellos parajes en busca de los náufragos que se decía faltaban, a negar con firmeza de convicción en sus asertos de que Giralt haya desembarcado o llegado su cuerpo a parte alguna de esa costa, pues de haber así sucedido, los hubiera hallado infaliblemente, como aconteció con el guardiamarina Heggie, quien fue encontrado muerto, internado en los médanos de arena, sin estar su cuerpo cubierto de ella a pesar de haber transcurrido tres días desde el siniestro del bote. No ha dejado de preocuparme seriamente la casualidad que los oficiales Giralt y Silvany únicamente, llenos de vida y salud, habían hecho el largo trayecto a tierra en el bote y muy particularmente el alférez Giralt, que por todas las referencias jugó un rol importante en los diversos incidentes que tuvieron lugar al abandonar la “Rosales”, hayan sido los que exclusivamente desaparecieron por completo al ser inundado y tumbado el bote entre el oleaje rompiente de una extensa y poco profunda ensenada a pocas varas de la costa firme, donde pudieron salvarse hasta los que no sabían nadar, los débiles y enfermos”.

Pero Lowry no consigue saber nada más. La verdad sobre Giralt la sabe solamente Funes o no la sabe nadie. El encuentro Funes-Giralt ha ocurrido en el médano o no ha ocurrido nunca.

Las últimas palabras con que Lowry acompaña su alegato en el sumario siembran otras dudas: ¿las heridas de Mohorade fueron ocasionadas por el temporal o por otra causa?: “El teniente de fragata Pedro Mohorade recibió también heridas en la cara y en la cabeza sobre cuyas causas hay divergencias en los pareceres de los declarantes, cuya ambigüedad tampoco ha sido disipada por el reconocimiento facultativo efectuado aquí por médicos del cuerpo de sanidad de la armada, quienes se han limitado a diagnosticarlas de contusas, sin expresar si fueron debido a arma alguna, no pudiendo tampoco por ello arribar a deducción concluyente a los efectos de esta causa”. En esto Lowry quiere dejar la impresión de que tales heridas se debieron a una reyerta en los últimos momentos del navío, pero nada más puede saber.

En su presentación final ante el plenario. Lowry quema sus últimos cartuchos y dice: “En cuanto a la desaparición del alférez Miguel Giralt -como también la del maquinista Miguel Silvany- solo me resta declarar que el más completo misterio envuelve la desaparición de esos infortunados oficiales no habiéndome sido posible rasgar el velo que cubre tan tenebroso asunto pues las diligencias del plenario no han producido más luces al respecto, y ante los resultados negativos de las investigaciones practicadas a los efectos de la causa y en presencia de los preceptos establecidos tanto en el capítulo VII del Tratado VIII de las ordenanzas militares como igualmente en otras de la Armada de que el jefe es el directo responsable de la tropa confiada a su cuidado así como un comandante de bajel lo es de sus enseres y muy especialmente de su oficialidad y tripulación y no habiendo el capitán de fragata Funes justificado suficientemente la desaparición de ellos en el naufragio y percance, es de mi parecer que debe ser responsabilizado de la vida de esos oficiales. En virtud de las pruebas que resultan de las actuaciones concluyo por hallar culpable al capitán Funes de la pérdida, por mala navegación e impericia, del buque a su mando, con más la causa agravante de haberla abandonado estando aun a flote en condiciones de que pudieran conducir a su posterior salvataje; por haber hecho abandono de su tripulación, puesto que al separarse del buque de su mando aun quedaba la mayor parte de los marineros en el empeño de embarcarse en los restantes botes que no eran suficientes para efectuar el salvataje de todos ellos, que eran -tales botes- inferiores en capacidad y resistencia al que tomó Funes para poner a salvo su persona y oficiales, cuando era su deber haber sido la última persona que tenía que abandonar el buque a su comando, delito que el Código Militar de la Armada de Francia castiga con la pena de muerte. Habiendo efectuado ese desamparo con *premeditación, astucia, abuso de autoridad y confianza* en ocasión de calamidad de naufragio y el haber efectuado el abandono de noche, circunstancias todas agravantes ante los mismos términos de las leyes militares que nos rigen como así también de encubrir las verdaderas causas de la desaparición del alférez Giralt y del maquinista Luis Silvany. Por todo lo cual concluyo porque el dicho capitán de fragata Leopoldo Funes ex comandante de la ex cazatorpedera “Rosales” sea condenado a sufrir la pena de muerte señalada en la última parte del capítulo VIII de las ordenanzas militares de 1774 contra el oficial que fuera convicto de haber desamparado con notoria malicia a la tropa confiada a su cuidado”.

Lowry pide también diez años de prisión para el segundo comandante Victorica por haber dado como construida a la balsa, haber declarado que la “Rosales” chocó con un objeto y se le abrió un rumbo, y haber sostenido reiteradamente que la tripulación se embarcó íntegramente en botes de salvamento. Para el oficial Pedro Mohorade también diez años de prisión por haberse “fingido enfermo” en el momento de peligro en que le tocaba comandar uno de los botes con tripulantes.

Para todos los demás oficiales y tripulantes sobrevivientes solicita seis años de prisión si bien reconoce que los alféreces de navío Goulú, de fragata Gaudín, los maquinistas Picasso, Barbará y Alvarez, comisario Solernó, farmacéutico Salguero y foguista Bataglia contribuyeron en parte a saber la verdad. Con esto Lowry deja expedito el camino para que ese sobresea a estos últimos.

Lowry deja su escrito ante el plenario y se retira. Su espesa barba, sus penetrantes ojos no dejan de impresionar al plenario. Lowry juega todo su prestigio; él hubiera podido ser más condescendiente, como el otro fiscal Beccar quien -a falta de pruebas- se ha lavado las manos. Pero Lowry cree haber vista la verdad, está convencido de todo lo que sospecha y cree ver en ese capitán Funes a un gran cobarde y asesino por añadidura, que ha manchado el honor de la marina argentina. Quiere verlo condenado y por eso mismo pide penas un tanto severas para miembros de la tripulación como Bataglia, el mozo del capitán Revelo, el condestable Iglesias y el cabo Pérez, para el momento de la discusión secreta cambiar la absolución de éstos por el fusilamiento del capitán Funes.

Pero si como fiscal actúa Lowry -la personificación del deber y la disciplina- frente a él se levanta el capitán de fragata Manuel José García Mansilla, que si bien será el defensor de los oficiales subalternos no tendrá empacho en defender a todos los sobrevivientes, especialmente al capitán Funes. Generoso y de constante buen humor, García Mansilla partirá de la base que todos cumplieron con su deber. A los argumentos científicos, a las contradicciones de los protagonistas señalados por el fiscal Lowry, García Mansilla contestará con generalidades, con argumentos cálidos y desbordantes de patriotismo y de solidaridad para con los compañeros acusados. Y, por sobre todo, se referirá a la tragedia que ha soportado ese núcleo de hombres que llegaron como guiñapos humanos a las rocas del Cabo Polonio. “*Sólo ellos* -dirá- *saben lo que han sufrido*”.

A la frialdad y legalismo de Lowry se opondrán las ansias de García Mansilla de salvar el honor de la Marina. Pera ello, García Mansilla usa dos armas con habilidad. Primero, la tragedia del naufragio que sorprende en alta mar a ese núcleo de marinos. La otra arma será atacar sin contemplaciones, con toda clase de epítetos al fiscal, para rebajarlo moralmente anta la opinión pública. Se nota en toda su intervención el afán de apagar con palabras rimbombantes y andanadas retóricas las sospechas que los cargos de Lowry habían dejado en el ambiente.

La descripción que hará el defensor García Mansilla de la tempestad que azotó a la Rosales queda como una página brillante. Comenzará diciendo: “*Me felicito de haber sido nombrado defensor de esta causa. He podido así penetrar en este confuso, voluminoso e irregular proceso, examinarlo con imparcialidad y despojado de mi espíritu de toda preocupación puedo venir a decir en alta voz: los procesados de la Rosales son inocentes, no han cometido ninguno de los delitos, ninguna de las causas de las que se los acusa y este consejo tiene el deber de dictar la sentencia que, a la vez, que absuelva a estos oficiales, restaure el honor de la marina argentina comprometido por los rumores malévolos que apoyándose en falsos datos se han propalado durante más de un año*”.

Refiriéndose a Lowry, dirá García Mansilla: “sólo una imaginación enfermiza ha podido encontrar delitos o faltas en las constancias del proceso”. Y entrando de lleno en el naufragio dice: “Para poder juzgar con rectitud el proceder de mis defendidos es menester reconstruir la escena que ha debido producirse en el momento supremo del abandono de la “Rosales”. Es necesario evocar los recuerdos de todos ustedes, señores miembros de este honorable consejo, de ustedes que pertenecen todos a la ruda y honrosa carrera de la marina, pidiéndoles que recuerden con conciencia lo que es una noche de temporal en el mar. Es menester figurarse la terrible agonía del pequeño barco atravesado a una mar espantosa en una noche de tinieblas y de horror; es preciso imaginar esa cubierta barrida de continuo por los golpes de mar que amenazan arrastrar a cada instante a todos sus tripulantes mientras que los lentos rolidos del barco y la pereza de sus movimientos revelan que ya no puede defenderse por mucho tiempo contra los embates de la tempestad y que está próxima la hora en la cual va a desaparecer para siempre de la superficie de los mares. El ruido ensordecedor del huracán que ahoga las voces de mando, el choque continúo de las olas que revientan contra la “Rosales”, transformada en inerte escollo bañando los entumecidos miembros de sus extenuados tripulantes, todos éstos son factores que deben tomarse en cuenta para juzgar debidamente la situación. El temporal del 9 de julio de 1892 que causó la pérdida de la “Rosales” ha sido uno de los más fuertes que ha tenido ocasión de soportar nuestra marina. El señor fiscal Lowry se esfuerza en investigar por qué se perdió la “Rosales”, si fue por rumbo, o si entró el agua por los tambuchos y tapas de carbonera. Que sea por una causa o por otra, o por las dos, la causa verdadera es que el temporal era tremendo y el barco pequeño. ¡Cuántos hermosos buques, más grandes y más fuertes que la “Rosales” han salido a la mar para no volver jamás, desapareciendo para siempre y con la agravante circunstancial de no volver ninguno de sus tripulantes! La “Rosales” se perdió por la violencia extraordinaria e inaudita del huracán. El barco se perdió en buena ley”.

García Mansilla llama a las contradicciones de los declarantes “pequeñas discrepancias”. Y rechaza la aserción de Lowry de que el total de los embarcados era de 80, con un argumento que deja a las claras el poco valor que se daba a estas cosas. Dice García Mansilla: “Sobre la “Rosales” había 75 hombres porque a pesar de figurar 80 en la lista que obra en el sumario me consta que ella no es exacta. Esa lista es la del mes de julio y nadie ignora que en nuestra Marina las deserciones son frecuentes de un mes a otro. Además la prueba de que no es exacta es que al individuo Arturo Díaz que figura como embarcado y ahogado puedo presentarlo al Consejo: está en tierra pues quedó en la casa particular del comandante Funes; el cabo Santiago Gómez quedó en el hospital y los marineros Lorenzo de Landi y otro y el foguista Augusto Delmás desertaron, dos con el Tigre y el otro en Palermo. Después de esto, ¿cómo puede atribuirse mérito legal a esa lista de junio para determinar el número de los tripulantes de la “Rosales” en el momento del siniestro?”

Cuando llega a la acusación sobre la suerte del alférez Giralt, García Mansilla no puede dejar de expresar su repugnancia por la acusación de Lowry y dice: “Debiera ahora ocuparme del cargo más grave de todos, cargo que no sólo es una injuria a mis defendidos sino que es un baldón para el cuerpo de nuestra marina, cargo cuya sola enunciación me avergüenza al pensar que ha habido quien acuse a oficiales argentinos de una acción tan cobarde como insensata. Hablo de la imputación de asesinato en la persona del alférez Giralt. No quiero ni puedo ocuparme de este punto. Semejante acusación es totalmente inmotivada y nada hay en el proceso no digo que la justifique sino que le sirva de pretexto. Estoy segura que rechazarán hasta con indignación un cargo semejante. Sin prueba de ningún género, sin indicios por fugases que fuesen, sin pretexto siquiera, si faltando a los más elementales preceptos de la justicia y el derecho se ha formulado una acusación con la que se mancharía el brillo de galones que son los nuestros y se mancillarían reputaciones de nuestros compañeros de ayer y de nuestros hermanos de armas. ¿Son éstos los deberes del fiscal Lowry? ¿Llega hasta aquí su derecho? El consejo resolverá, *yo como defensor rechazo con indignación, sin discutirla, acusación tan absurda*”.

Pero el juicio ya está decidido: el otro fiscal del plenario, el capitán de fragata Beccar, pide la absolución de los acusados. Más, califica a las acusaciones de Lowry de “infames y bochornosas”.

El remate final contra Lowry lo da García Mansilla al decir con énfasis: “lo quisiera ver al señor fiscal Lowry en una situación parecida como le tocó al comandante Funes”. Y señala que “cuando no hay plena prueba, corresponde absolución”.

Y hay absolución. Y todo se resuelve como lo siente García Mansilla al decir: “Los ecos de este proceso que ha trascendido hasta el público por las indiscreciones malévolas e infundadas han creado para los oficiales de la “Rosales”, para el cuerpo de la marina y para la República entera una gran nación, noble y generosa. Tenemos defectos, como toda nación joven, pero somos ante todo una raza viril y valiente con un glorioso legado de actos heroicos que están escritos con letras de sangre y oro en las páginas de nuestra historia. No son capaces los descendientes de los héroes de Chacabuco y Maipú, del Juncal y de los Pozos de olvidar las tradiciones de sus mayores y legar al olvido de sus deberes hasta ser infames y cobardes”.

Lowry asiste impávido a las palabras de García Mansilla, quien destroza todos los argumentos del fiscal con mazazos patrióticos. Veamos una muestra de ello: “Tristeza me ha causado -dice García Mansilla- cuando he leído en la vista del fiscal Lowry calificar de algarabía y aun dudar de que los marineros de la “Rosales” hayan proferido el grito de ¡viva la Patria! atribuyéndolo en todo caso no a sus nobles sentimientos sino a los efectos de las bebidas espirituosas que se les había repartido. ¿No es acaso ese grito de ¡viva la Patria! el grito genuino de todos los que tienen en sus venas verdadera sangre argentina? ¡Que no llegue para nosotros la hora nefasta en que se eche a la burla y se desprecie ese grito sublime! Yo por mi parte creo firmemente que

lo profirieron porque tengo fe en la nobleza de mis compatriotas y en la valentía de sus corazones y me inclino respetuoso ante el recuerdo de esa voz sublime lanzada por los marineros de la "Rosales", ese grito de ¡viva la Patria! noble y santo, y nadie tiene derecho a despreciarlo y desconocerlo. Es el grito de guerra del soldado argentino, grito que lo alienta en la desgracia y que lo ha conducido y lo conducirá a la victoria. Afirmo sin temor de equivocarme que no sólo en la cubierta de la "Rosales" sino allá en la soledad de los mares, bajo los negros nubarrones de la tempestad que envolvió a los náufragos, cuando separados del mundo entero la ola fatal deshizo sus frágiles botes y los arrastró al abismo habrá resonado potente, viril, ese último desafío al huracán, ese postrer saludo del argentino que muere al grado de ¡viva la Patria!

El párrafo final de la intervención de García Mansilla está dirigido a los náufragos: "Oficiales de la Rosales: Miren con confianza a esos sus jueces de hoy que serán mañana los que los conducirán a la victoria o a la muerte. Mírenlos con confianza que los van a absolver, y por la justicia de su fallo proclamarán al mundo entero que son dignos de pisar las cubiertas de nuestras naves a la sombra gloriosa de la bandera de Mayo".

Así harán los jueces. Condenar a Funes y a sus oficiales hubiera sido reconocer una mancha negra, un crimen inenarrable en la historia de la institución. Como jueces, jurídicamente hablando, sólo tenían como pruebas en contra las contradicciones en las declaraciones. La defensa del capitán Funes fue confiada al alférez de navío Mariano F. Beascochea.[7] Este joven oficial se tomará el trabajo ímprobo de tratar de demostrar que todos los cargos contra el comandante de la "Rosales" no podían probarse cabalmente. El también usa el método de rebajar moralmente al capitán Lowry. Son de tal calibre sus ataques contra Lowry que luego de finalizado el juicio será condenado a tres meses de arresto en un pontón por "irrespetuosa vehemencia en la defensa".[8]

Los sobrevivientes de la "Rosales" son absueltos por falta de pruebas. Y desde ese día en la Marina no se habló más de la tragedia, como si no hubiera ocurrido. Pero si bien al capitán Funes se lo absolvió y no se tomó ninguna medida disciplinaria interna contra él, lo rodeó siempre un silencio incómodo, un disimulado pero constante aislamiento.

Nunca más se le dio el mando de un buque ni pasó del grado de capitán de fragata. Se le dieron cargos administrativos. Desde los 33 años de edad debió conformarse con permanecer detrás de un escritorio. Sirvió en el Estado Mayor General, luego -por dos años- fue inspector. En 1898 estuvo adscripto a las obras del puerto militar y desde fines de ese año tuvo a su cargo uno de los juzgados de instrucción para el personal subalterno. Siempre se le vio trabajar con corrección, modestia y sentido práctico. En 1905 se retiró, al promulgarse la ley orgánica de la Armada. De esa época lo recuerda el capitán mercante Alfredo Maranesi: vivía en Belgrado, en la calle Obligado cerca de Monroe. Retirado de la marino se dedicó a negocios inmobiliarios. Funes era un hombre profundamente melancólico, algo adicto a la bebida, que se consolaba con la guitarra, del cual era un concertista nada despreciable. Años después se fue a vivir a una casa de Villa Crespo, situada en Tucumán 3764 acompañado de sus únicos amigos: su esposa María Luisa y su hijita María Rosario.

---

[7] Colaboración desinteresada del señor Jorge H. Suárez, con quien me gustaría polemizar en ciertos aspectos pero que no puedo hacerlo porque ignoro su dirección.

[8] El alférez Beascochea finalizará su alegato de tres horas señalando: "Excelentísimos señores del Consejo: he llegado al término de mi tarea, he demostrado que los cargos acumulados por el Fiscal son todos infundados. He probado que el comandante Funes no es culpable; he dejado en evidencia que antes, durante y después del desastre, la conducta observada por mi defendido era la que correspondía a un oficial de honor. Nada me queda pues, que demostrar…". A continuación pidió la absolución de culpa y cargo del acusado.

En esa misma casa falleció el 26 de marzo de 1926, a los 56 años de edad. Es decir, 24 años después de la tragedia, 24 años que vivió silencioso, taciturno, como sabiendo que la vida ya no le daría ninguna oportunidad.

De los demás oficiales, salvo Julián Irizar, ninguno pudo destacarse en su carrera. El segundo comandante Victorica llegó a capitán de navío y falleció en 1929, a los 63 años. Pedro Mohorade pidió la baja inmediatamente después del juicio y se recibió de abogado; Jorge Goulú llegó a capitán de navío y falleció en 1929, a los 57 años; Carlos González también llegó a capitán de navío y falleció en 1945 a los 77 años; Florencio Donovan llegó a capitán de fragata y falleció a los 44 años, y León Gaudín también llegó al mismo grado que el anterior.

Julián Irizar -aquel que fuera colocado en la noche del naufragio por Funes en la segunda lancha para defenderla- hizo una carrera brillante y su hazaña de recatar a Nordenskjold en la Antártica ha pasado como una de las páginas legendarias de nuestra marina.

Cuando falleció Funes, algo que otro diario publicó dos o tres líneas sobre la vida. Luego el silencio envolvió para siempre su figura. Nadie más se acordó de él. Hasta que 24 años después un pequeño aviso en la página de fúnebres de un matutino anunciaba lo siguiente: “Panteón Naval – Se emplaza a los deudos del capitán de fragata Leopoldo Funes a retirar sus restos antes del 31 de octubre de 1940 si no serán cremados y sus cenizas guardadas en una urna del mencionado panteón”.

Ese fue el último rastro dejado por el recuerdo de un hombre sin suerte, a quien la vida lo obligó a jugarse, pero no le tenía reservado un lugar entre los héroes. En cambio al almirante De Solier -el jefe de la escuadra que dejó librada a la “Rosales” a su suerte- se le recuerda hoy con el nombre de una hermosa calle que en Nuñez conduce al estado de Ríver Plate. Diferencia de destinos, diferencia de suerte.

GRAF SPEE: EL FIN DEL CORSARIO

La batalla naval del Río de la Plata -la última batalla naval de corte clásico, barcos contra barcos-, librada el 13 de diciembre de 1939, pertenece, como relato histórico, casi más a los rioplatenses que a los contenedores. Por razones de distancia los pueblos alemán e inglés no vibraron con tanta intensidad como los pueblos de ambas márgenes del Plata por la suerte de los protagonistas. Allá en Europa había muchas batallas, bombardeos, acciones bélicas y diplomáticas de todo tipo. Para ellos, la batalla del Río de la Plata fue una más. Pero los argentinos y uruguayos vieron por primera vez una acción bélica de cerca que, por sus implicancias, sacudió a los gobiernos de ambas márgenes. Pero no tanto lo político sino más lo emocional fue lo dominante de aquellos días. El combate, primero, cual si fuera una trágica justa deportiva, y el holocausto wagneriano del “Graf von Spee” y de su capitán Hans Langsdorff, después, fueron un verdadero “shock” de sentimientos para argentinos y uruguayos, que vinieron siete días grabados en la mente de todos. Siete días para la historia. Por eso lo recordamos ahora, como si fuera historia nuestra.

En la navidad de 1914, algunas familias de la nobleza alemana se sorprendieron al recibir -en vez de la característica tarjeta de saludos para las fiestas- un sobre con ribetes de luto. Adentro del sobre se podía ver una triple tarjeta que decía: “Por la sagrada voluntad de Dios, recibieron la muerte de los héroes en la batalla naval de las islas Malvinas el 8 de diciembre de 1914” y

luego se leían tres nombres. El padre y sus dos hijos: Conde Imperial Maximilian Johannes María Hubertus von Spee (Caballero de la Cruz de Hierro de 1ª y 2ª Clase), de 53 años de edad; el Conde Imperial Otto Ferdinand María Hubertus von Spee (Caballero de la Cruz de Hierro), de 24 años de edad, y el Conde Imperial Heinrich Franz Irenaus Max Hubertus von Spee (Caballero de la Cruz de Hierro), de 21 años de edad.

La tarjeta triple explicaba que el vicealmirante Spee, jefe de la flota de cruceros, había muerto al frente de su escuadra “cumpliéndose su deseo de seguir la suerte de su buque, el “Scharnhorst”, y que sus dos hijos habían perecido de las heridas recibidas en la misma batalla antes de que se hundieran los cruceros “Nuremberg” y “Gneisenau”, que tripulaban. Por último, la tarjeta transcribía una frase del Libro de los Salmos: “Me ha tocado en suerte un magnífico destino, que desde ahora será una magnífica herencia”.

Y este salmo fue premonitorio. El nombre de Graf Spee sería protagonista de un hecho de leyenda. La muerte del último corsario que actuó en el estuario del Río de la Plata.

En 1914, el vicealmirante von Spee había derrotado en forma brillante y terminante a la flota inglesa frente al Coronel, en Chile. Su osadía lo llevó hasta la misma base de los ingleses en las islas Malvinas. Pero allí estaba nada menos que el famoso vicealmirante inglés Sir Frederic C. D. Sturdee al mando de los poderosos “Invencible”, “Inflexible”, “Carnarvon”, “Cornwal”, “Macedonia”, “Kent”, “Bristol”, “Glasgow” y “Canopus”. Von Spee enarbolaba su bandera de comandante en el “Schamhorst” y detrás lo seguían el “Dresden” el “Gneisenau”, el “Nuremberg” y el “Leipzig”. Sturdee aplicó con maestría su superioridad material. El único buque alemán que pudo escapar fue el “Dresden”. El conde von Spee al recibir su buque las andanadas mortales ordenó empavesarlo y así desapareció en el mar: con la bandera imperial al tope. Los demás cruceros: el “Gneisenau”, el “Leipzig” y el “Nuremberg” fueron hundidos por sus propios medios luego de disparar todas sus municiones.

Y aquí viene lo que llama la atención y que se repetirá 25 años después: en el parte que el vicealmirante Sturdee da cuenta de su victoria al Almirantazgo inglés expresa su reconocimiento del heroísmo de la escuadra del conde von Spee. Más: él mismo felicitará al puñado de marinos alemanes sobrevivientes y expresará su “admiración por toda conducta heroica de los hombres del conde von Spee”.

Estamos ya en el 10 de julio de 1934. Ya está Adolf Hitler en el poder. Ese día, en Kiel, se celebra la botadura del acorazado de bolsillo “Admiral von Spee”. Acorazado de apenas 10.000 toneladas, es decir, un tonelaje de crucero. Es el tratado de Versalles: los alemanes no pueden tener buques de guerra de más de 10.000 toneladas. Pero se las arreglan; crean el “Taschenkreuzer”, el acorazado de bolsillo. Es decir, con pequeño tonelaje le ponen una artillería superior a la de un crucero pesado y la coraza de acero de un acorazado. Además, los ingenieros alemanes se ingenian en mostrar que 10 son 12. Es decir, hacen un buque de 12.000 toneladas pero demuestran que apenas tiene 10.000, pues interpretan que el tonelaje es sin agua ni aceite.

El 1º de julio de 1934 una maravilla de la ingeniería naval se desliza por los astilleros de Kiel. Madrina de la hermosa nave es la única descendiente del conde von Spee, su hija, la condesa Huberta von Spee (sus dos hermanos perecieron en la batalla de las Malvinas). En la ceremonia habla el almirante Erich Raeder (quien en 1945 será condenado por el Tribunal de Nuremberg como criminal de guerra). Su discurso parece inspirado por una secuencia que unirá -o mejor dicho enfrentará- a ingleses y alemanes. En sus palabras se refiere a las hazañas del conde von Spee, a su triunfo en Coronel. Y Raeder no puede dejar de referirse al jefe de la flota inglesa que fue derrotado en la batalla. Dice así: “Ese valeroso marino, el almirante británico Cradock, haciendo honor a las grandes tradiciones de su patria, luchó hasta lo último antes de perecer en el mar, junto con 1.600 de sus hombres. Después de esta tragedia, todos los

festejos de victoria que se habían planeado para la escuadra, en Valparaíso, se suspendieron a pedido del Graf von Spee. Este pedido era típico de von Spee, característicos de su hombría de bien. Rebelaba el espíritu de caballerosidad y la grandeza de alma que poseía este líder inolvidable, hasta la hora amarga en que se selló su destino en forma dramática. Fue el 8 de diciembre, en los mares helados de las Malvinas, como resultado casi inevitable de la llegada de los buques ingleses más grandes y nuevos”.

Cuando el 21 de agosto de 1939 el acorazado de bolsillo “Graf von Spee” abandonó sigilosamente el puerto alemán de Wilhelmshaven, tal vez nadie pensó que iniciaba su viaje hacia la muerte. Todavía había paz en Europa y hasta en las cancillerías se creía que la guerra iba a poder ser evitada en el último minuto. Hitler había fijado ya el 1º de septiembre para invadir Polonia y estaba convencido que Inglaterra no iba a reaccionar, que iba a ocurrir lo mismo que con Checoslovaquia. A pesar de ello, 9 días antes ordenó que los acorazados de bolsillo “Graf von Spee” y “Deustchland” salieran con rumbo desconocido para que en su momento atacaran las flotas mercantes de los países enemigos. Llevaban orden estricta de no enfrentar buques de guerra.

Es así que el “Graf von Spee” bordea las costas noruegas, pasa luego por el “corredor” de Islandia y las islas Faroes, atraviesa de noche la muy circulada ruta naviera de Estados Unidos a Europa y llega al punto convenido con el Almirantazgo alemán el 1º de septiembre. Allí lo está esperando un buque mercante germano: el “Altmark”, un tanque de 7.921 toneladas que había cargado 10.000 toneladas de combustible en Nueva Orleáns.

El “Altmark” tendrá una misión muy difícil: abastecer al buque corsario en los lugares más escondidos del mar. Sin armas, deberá pasar inadvertido en las inmensidades del océano esperando el llamado del “Graf von Spee”. Ese 1º de septiembre el “Altmark” le pasará en alta mar combustible y vituallas.

Pero por orden de Hitler, a pesar de que Inglaterra y Francia han declarado la guerra a Alemania, se impide a la marina de guerra alemana que ataque a buques mercantes ingleses y franceses. Sólo podrán entrar en acción en caso de ser atacados. Es que Hitler no quiere la guerra con Inglaterra y no puede creer que los ingleses hayan reaccionado de esa manera por la agresión a Polonia. El “Führer” confía en que -no dando motivos- todavía se puede llegar a un entendimiento.

Por eso el “Graf von Spee” pierde un mes, un mes decisivo, en que hubiera podido ocasionar estragos tremendos a la navegación inglesa, ya que el Almirantazgo británico -tal como lo escribe Churchill en sus memorias- ignoraba por completo el paradero del buque corsario alemán.

Largos días pasan los dos buques en el triángulo formado por las islas Trinidad, Santa Elena y Ascensión, es decir en la franja marina que va desde Recife y Bahía en Brasil hasta Angola en Africa. Son aguas solitarias donde ni los piratas del siglo pasado se aventuraban. Los días son de tensa espera. El ojo atento de los vigías escruta los cuatro horizontes. La guardia es constante. No tienen que ser vistos por nadie, ni por los barcos neutrales, ya que en seguida se transmitiría su posición. Mientras tanto los ánimos se van templando y se va ganando resignación. Ya se sabe que la guerra será total. Hay que tener en cuenta que la tripulación del acorazado de bolsillo es muy joven, la mayoría entre 18 y 22 años. En total son 44 oficiales y 1.080 hombres de tripulación. En el “Altmark” son 130. Entre los dos buques suman 1.254 hombres. Sólo su manutención es ya un problema difícil de solucionar pensando en que se estará en alta mar largos meses sin tocar puerto.

El 11 de septiembre has gran tensión a bordo. Langsdorff ha mandado a su avión Arado para reconocimiento por los alrededores. A sólo 30 millas avistó al poderoso crucero inglés

“Cumberland” que se dirigía a toda máquina en dirección de los buques alemanes. El Arado dio la vuelta de inmediato porque no convenía alertar por radio a su buque. Pero sorpresivamente el crucero inglés se desvió de su curso y tomó proa hacia el sur, sin avistar en ningún momento a sus enemigos.

Así llega el 27 de septiembre. Hitler se ha dado cuenta de su error: los ingleses han declarado la guerra en seria y no como excusa para negociar. El corsario ha perdido un mes precioso y además la sorpresa de los primeros días. El 27 de septiembre se despiden hasta nuevo aviso el “Graf von Spee” y el “Atlmark”. El comandante Hans Langsdorff, de 45 años, se despide del viejo lobo de mar Heinrich Dau, que ya había cumplido los 65.

El buque corsario se dirige desde su refugio directamente hacia las costas brasileñas. Allí, saliendo de Pernambuco está seguro que encontrará buques ingleses. Pero el “Graf von Spee” ya no lleva su nombre verdadero sino que en su proa figura “Admiral Scheer”, el otro acorazado de bolsillo que estaba a miles de millas marinas de allí. A los tres días avista a su primera presa, el mercante inglés “Clement”, de 5.000 toneladas, al mando del capitán Harris.

El capitán Harris relatará años después esa jornada. Dice que primero creyó que se trataba de un crucero inglés y que lo primero que hizo fue ir a su cabina para cambiarse la chaqueta. Luego recibió la orden seca y terminante de abandonar el buque. Todos los tripulantes fueron embarcados en los botes. El y el jefe de máquinas fueron recogidos por un bote motor del acorazado alemán y llevados como prisioneros. El capitán inglés relata así el hecho: “Al pasar por la popa del acorazado puede ver que se destacaban las letras de su origen que decía “Admiral Scheer”, que naturalmente habían sido pintadas por encima con pintura gris. Un toque maestro de simulación. Cuando pasamos del bote a bordo del buque de guerra, el feje de máquinas y yo fuimos escoltados hasta el puente donde conocimos al capitán Langsdorff, quien nos hizo la venia en forma naval y nos dijo, después de estrecharnos las manos: “Lo lamento, capitán, pero tendré que hundir su barco; es la guerra…”.

Aquí cabe una referencia fundamental. Es la que se refiere a sir Eugen Millington-Drake. Sin él no podemos continuar el relato. Fue el verdadero triunfador de la batalla del Río de la Plata. Porque si en el mar el resultado quedó indeciso, en tierra la ganó el representante inglés en Montevideo, sir Eugen Millington-Drake. Toda su capacidad, su simpatía y su tenacidad inglesa las volcó en la mesa de las conversaciones con el gobierno uruguayo para decidir la negativa de los orientales a permitir la estadía del “Graf Spee”. Estamos seguros que al lograr la decisión del gobierno de Baldomir, si la ocasión se hubiera presentado, el elegante sir Eugen habría presentado sus excusas al capitán Langsdorff de esta manera:

– Lo lamento, capitán, pero tendré que hundir su barco; es la guerra…

Pero ese sir Eugen Millington-Drake que logra su triunfo con todas las artes conocidas de la vieja diplomacia inglesa sufre una metamorfosis después de la guerra. Para él -como buen deportista- el “match” ha terminado. Ya su patria no está en peligro y los sentimientos humanos pueden aflorar. Desde diciembre de 1939, sir Eugen ha quedado impactado por dos cosas: por la suerte del trágico “Admiral Graf Spee” y por la figura legendaria de su comandante, el capitán Hans Langsdorff.

Emociona ver cómo ese brillante diplomático inglés, cómo ese hombre que por su inteligencia y capacidad ganaba la simpatía de todos, se dedica con la humildad del hombre de claustro a investigar, a reunir detalles, y a encontrarse con los sobrevivientes del episodio guerrero. Así, durante 25 años. Y producto de eso es su obra histórica: “El drama del Graf Spee y la batalla del Río de la Plata”. Escrita con rigorismo, con absoluta imparcialidad y con una obsesionada pasión por la verdad. Es una epopeya de los hombres del mar que ha encontrado su justo cronista.

Por eso, cualquier relato de estos episodios que quiera ceñirse a la verdad de los hechos no podrá sustraerse de citar las opiniones del diplomático inglés.

Estamos en el hundimiento del “Clement”. Sobre él dice Millington-Drake: “*Los cañones del “Graf Spee” abrieron fuego para hundir el barco y el capitán Langsdorff envió un radiograma a los apostaderos de la costa brasileña pidiéndoles que tomaran medidas para recoger los botes del “Clement”. Esto constituía un acto de humanidad característico en Langsdorff, pero era comprensible que la firma del telegrama fuera “Admiral Scheer” para despistar al enemigo. Luego, algunos de los botes fueron recogidos por un vapor brasileño y el resto llegó a las costas sin inconvenientes*”.

Sobre la llegada del capitán y el jefe de máquinas del “Clement” al “Graf Spee” en calidad de prisioneros, nos informa el libro del comandante naval inglés A. B. Campbell “La Batalla del Plata” hecho sobre relatos del capitán Harris. Dice así: “*El capitán Hans Langsdorff era un típico oficial de marina del viejo régimen imperial alemán. Era un hombre de 45 años de edad, joven aún para ser el capitán de uno de los acorazados de bolsillo alemanes. Había servido 27 años en la Armada y había sido cadete a bordo del “Grosser Kurfürst” en la primera guerra mundial habiendo participado en la batalla naval de Jutlandia. La frase ‘hermandad del mar’ no eran meras palabras para él, porque creía en esa fraternidad y cumplía fielmente con sus principios. A los dos prisioneros británicos se les dio un tratamiento adecuado a su rango. En seguida tuvieron ocasión de apreciar que el acorazado de bolsillo era la esencia de la inventiva y eficacia científica. No les fue permitido indagar ninguno de los secretos que eran el orgullo del barco, pero tuvieron amplia oportunidad de aquilatar sus características principales. Los marinos mercantes británicos, mirando trabajar a la tripulación, quedaron asombrados de la extrema juventud de la mayoría de sus integrantes*”.

Pero si bien el corsario había hecho su primera víctima, el Almirantazgo británico podía saber su existencia y su radio de operación. Desde ese momento comenzará la cacería. Langsdorff lo sabe y por eso asestará golpe tras golpe en los lugares más insospechados. Pone proa inmediatamente hacia Africa, a una velocidad de 22 nudos. El 5 de octubre captura al “Newton Beech”, cargado con 4.600 toneladas de maíz; dos días después hunde al “Ashlea” que lleva un cargamento valuado en 200.000 toneladas de azúcar. Nuevamente dos días después apresa al “Huntsman” de 8.300 toneladas, que llevan un cargamento de té capaz de satisfacer el consumo de Inglaterra por 45 días.

De todos estos barcos captura a la tripulación. Y ahora viene una anécdota bastante risueña en medio de esa lucha sin ventajas. Hundido el “Huntsman”, el “Graf Spee” llama a su buque abastecedor, el “Altmark”.

Cuenta el capitán Dau que para cortar un poco la monotonía de las largas semanas en alta mar, uno de los oficiales hizo correr la versión de que en el “Altmark” se había recibido un mensaje del “Graf Spee” en que éste comunicaba haber apresado un buque de pasajeros inglés con toda la “troupe” de chicas de las Follies de Ziegfield y que iban a ser trasladadas todas al buque mercante alemán. La noticia corrió como un reguero de pólvora a bordo. Los oficiales jóvenes eran los más entusiastas y comenzaron a cuidar por su buena presencia. Se discutió el lugar donde se les instalaría y muchos ofrecieron sus propias cabinas como real gesto de caballeros. El médico de a bordo quiso sentar el principio que él era el único autorizado de preocuparse por la salud de las famosas coristas, opinión que fue recibida con disgusto. Nunca fue tan esperado el “Graf Spee” como en aquella oportunidad. ¡Luego de tantas semanas entre hombres, ver aparecer formas femeninas…!

Heinrich Dau cuenta así el encuentro: “*De pronto aparece el “Graf Spee” en el horizonte. Se acerca a toda velocidad con su silueta clásica. Vemos que tiene un mástil con cuatro banderas.*

Creemos que quiere hacer señales. Pero no es así, lleva cuatro banderas inglesas al tope, cuatro banderas de los buques que ha apresado”.

“*Ahora sí, hace señales: traemos buena presa, dice. Nos imaginamos la alegría de los muchachos del “Altmark” porque para ellos eso no puede significar otra cosa que una buena carga de hermosas chicas. Pero hay que esperar un día más, los prisioneros están a bordo del “Huntsman”, el buque inglés apresado que ahora es conducido por oficiales alemanes. El 17 de octubre se avista al “Huntsman” para hacer frente al “Altmark”. La tripulación de este buque ha ocupado toda la borda de babor armada de prismáticos y cámaras fotográficas preparados a ver aparecer las chicas. Hay nerviosidad en la espera. De pronto, un murmullo; se acaban de divisar vestimentas multicolores… ¡no pueden ser otras que las damas norteamericanas!*”

“*Pero pronto la decepción será tremenda. Los de los vestidos multicolores no son rubias de Ziegfield sino negros grandotes e hindúes que forman parte de la tripulación de los buques ingleses…*”

Los prisioneros pasan todos al “Altmark”, las vituallas al “Graf Spee”. La caza de los cuatro últimos buques ingleses se había hecho en forma tan rápida que ninguno de ellos pudo denunciar la posición del corsario a través de la radio. Leamos lo que dice Sir Eugen Millington-Drake sobre este aspecto: “*¿Cómo fue que los llamamos de alarma lanzados por estos barcos que deberían haber dado la posición del “Graf Spee” fallaron en sus propósitos? Fue debido en gran parte al procedimiento adoptado por el capitán Langsdorff en todos los casos: el “Graf Spee” se acercaba a su víctima en forma subrepticia de modo que casi no se le veía, a excepción de su torre de control delantera, que era similar a la de dos barcos de guerra franceses muy conocidos en aquella época: el “Strasbourg” y el “Dunquerque”. Sabiendo esto, el capitán Langsdorff izaba la bandera de Francia. Los cuatro capitanes ingleses fueron engañados y uno de ellos, Edwards, del “Trevanion”, telegrafió equivocadamente al “Graf Spee” el nombre de su barco creyendo que era una ayuda. No se percató que era corsario enemigo hasta que, estando a menos de una milla, el barco viró en redondo, izó la enseña svástica y le mando un radio: “no transmitan nada, de lo contrario haremos fuego*”.

Aquí conviene citar a Sir Eugen Millington-Drake acerca del trato que Langsdorff dio a los prisioneros ingleses (incluidos negros e indios). Dice así: “*Con respecto a la comida, el capitán Langsdorff había dado órdenes de que los prisioneros recibieran la misma que su tripulación (excepto la ración extra destinada sólo para las tropas que intervenían en combate); los prisioneros ingleses recibían, pues, más alimentos que la población civil en Alemania, bajo el racionamiento de guerra*”.

Después de dejar al “Altmark” los prisioneros, el “Graf Spee” pone proa hacia el Océano Indico. En ese sentido, el Alto Comando alemán le había dado libertad de acción a Langsdorff.

El corsario, con rapidez sorprendente, pasa con todo atrevimiento a sólo 300 millas de la gran base británica de Durban. El plan de Langsdorff es dar dos o tres golpes en la ruta a Australia con el nombre de “Graf Spee” y luego volver de inmediato a aparecer en las costas sudamericanas como el “Admiral Scheer”.

El 15 de noviembre apresa al buque tanque inglés “Africa Shell”, de 800 toneladas, que iba al mando del capitán Patrick Dove. Este marino inglés escribirá tiempo después su libro “Fui prisionero del Graf Spee” sobre ese relato, el británico Michael Powell describe la escena del primer encuentro entre Langsdorff y Dove, cuando el inglés es llevado prisionero a la cabina del comandante corsario. Dove es introducido al camarote de Langsdorff: “*Luego de un instante, el capitán Langsdorff se da la vuelta poniéndose de pie. Tenía rasgos fuertes y sensitivos y ojos inteligentes e imaginativos. Usaba una pequeña y elegante barba de pirata. Su porte era airoso. Parecía tener completa confianza en sí mismo. Hubo una pausa de algunos segundos mientras*

los dos hombres se estudiaban. Luego Langsdorff sonrió amablemente y avanzando presuroso extendió su mano. Dove tuvo que estrechársela. Langsdorff comenzó hablando en un inglés perfecto. “Cómo está, capitán -preguntó a Dove-, mi oficial de abordaje me ha informado de su protesta por la captura de su barco…”.

El capitán inglés calificará más adelante a Langsdorff de “hombre extraordinario”. Calificativo que debe tener su valor partiendo de un parco lobo de mar como era Patrick Dove.

El 26 de noviembre se realiza una nueva cita entre el “Graf Spee” y el “Altmark”. Será el mismo capitán inglés Dove quien relatará el acontecimiento: “*Mis anotaciones para el día 26 de noviembre son éstas: llegó Papá Noel. Con estas palabras registré en mi diario la aparición del barco abastecedor del “Graf Spee”. Sentí vibrar al acorazado como si estuviera aminorando la marcha; luego las máquinas cesaron de funcionar. Entonces me di cuenta que, con la acostumbrada eficacia alemana, el capitán Langsdorff había concurrido a su cita con su barco abastecedor, a la hora y minutos precisos que dijera lo haría, luego de un mes de navegar a través de dos océanos. Estos dos barcos no podían comunicarse por radio para acudir a la cita ya que de hacerlo revelarían sus posiciones al enemigo. Cuando más tarde felicite al capitán Langsdorff por tal excelente hazaña de navegación, me explicó que él y su barco de abastecimiento operaban dentro de ciertos cuadros previamente establecidos de acuerdo a los días del mes, y así cada uno podía precisar, en determinado momento, dónde se hallaba operando el otro*”.

Dos días antes Langsdorff ha reunido a sus oficiales y les comunica que el “Graf Spee” pondrá proa hacia la patria. Pero agrega algo que marcará el destino final del corsario. Les anuncia que cambiará de táctica, es decir, que hundirá cualquier barco que se le ponga a tiro de cañón aun a riesgo de entrar en combate.

Aquí se ve el vuelo de la figura de Langsdorff. No es un hombre que se limitará a cumplir la orden. Si él ve que puede hacer algo más, no se arredrará y buscará el gran golpe.

En esto traeremos la opinión nada menos que de sir Winston Churchill, quien en sus memorias se refiere al “Graf Spee”. Luego de explicar las actividades del otro corsario alemán, el “Deutschland”, cuyo comandante se limitó a cumplir estrictamente las órdenes del gobierno alemán, señala: “*El “Graf Spee” fue más audaz e imaginativo, convirtiéndose pronto en centro de atención en el Atlántico Sur. Su método era aparecer en determinadas zonas por un breve período, reclamar una víctima y esfumarse nuevamente por las aguas del océano, que no dejan huellas. Luego de una segunda aparición más hacia el sur, por la ruta del Cabo, en la que hundiera solamente un barco, no se hallaron más vestigios de su paso por espacio de un mes, durante el cual nuestras patrullas de casa le buscaron por doquier, enviándose especial vigilancia al Océano Indico. Este fue en efecto su destino. El 15 de noviembre hundió un pequeño tanque británico en el canal de Mozambique, entre Madagascar y el Continente. Habiendo así denunciado su presencia en el Océano Indico con esta trampa, para atraer el cazador hacia esa dirección, su capitán Langsdorff, persona de gran capacidad, pronto retrocedió, y manteniéndose bien al sur del Cabo, volvió pronto a entrar al Atlántico*”.

Ya estamos en el 2 de diciembre. El “Graf Spee” vive sus últimos días rumbo a la muerte. Ese día apresa al hermoso buque británico “Doric Star” de 10.000 toneladas y un día después al “Tairoa”, de 8.000 toneladas. Los dos buques pueden transmitir por radio la alarma de que son atacados.

El 7 de diciembre el corsario se encuentra por última vez con el “Altmark”. A él transborda los prisioneros del “Doric Star” y del “Tairoa”. En el “Altmark” se produce el singular hecho de que por cada tripulante alemán hay más de dos prisioneros ingleses. La tripulación del tanque es de 130 hombres y el total de prisioneros es de 303. Los capitanes y los oficiales, ingleses, 27 en

total, son llevados al “Graf Spee”. Era opinión de Langsdorff que esa gente preparada debía ser trasladada a Alemania.

Pero en las Malvinas está Bobby Harwood, el comodoro que manda la flota británica que busca al corsario. Bobby Harwood es un inglés típico, calmo, de pocas palabras y, por sobre todo, inconmovible. Sólo sonríe cuando juega al golf. Conoce las aguas sudamericanas como la palma de su mano, porque gran parte de su vida se la pasó sirviendo en la zona. Harwood ha captado las señales del “Doric Star” y “Tairoa” y comienza a hacer su composición de lugar en caso de que el corsario intente atacar la vía del Plata. Y calcula bien.

Langsdorff, mientras tanto, recibe del Alto Comando de la marina alemana la certeza de que los ingleses lo andan busando por todos lados: entre el Río de la Plata y Río de Janeiro están el “Ajax”, el “Achilles”, el “Exeter” y el “Cumberland”. Enfrente, en las costas africanas el poderoso “Renown”, el portaaviones “Ark Royal”, el “Provence”, el “Bretagne”, el “Hermes”, el “Albatros”, además de tres cruceros pesados y varios destructores y submarinos. En Sudáfrica están el “Shropshire” y el “Sussex”.

Pero el “Graf Spee” sigue moviéndose en medio del mar como un muchacho camorreo que perseguido por la policía la espera en cada esquina para luego volver a desaparecer y reaparecer. Langsdorff, antes de volver a Alemania, quiere dar el gran golpe: atacar un convoy, destruir su escolta por sorpresa y luego dar cuenta de todos los mercantes.

El 7 de diciembre, el “Graf Spee” hace su última presa: el británico “Streonshalh”, de 4.000 toneladas, que lleva 5.000 toneladas de granos de la Argentina a Londres. En ese buque, los alemanes secuestran un ejemplar del “Buenos Aires Herald” que habla de la partida del gran mercante inglés “Highland Monarch". ¡Esa sí que era una presa para Langsdorff!

Con el “Streonshalh”, el “Graf Spee” llevaba 9 buques, con un total de 50.000 toneladas.

El 11 y 12 transcurren con el “Graf Spee” siempre en busca de presa. Esos días Bobby Harwood patrulla las aguas próximas al Plata. Desde que sabe de la existencia del corsario se lo ha pasado pensando en cómo hacer si de improviso se ve aparecer un acorazado de bolsillo. Estudia todos los movimientos posibles. Ha hecho maniobras en ese sentido. Y tiene tres buques muy buenos con capitanes veteranos: Bell, en el “Exeter”; Woodhouse, en el “Ajax”, y Parry, en el “Achilles”.

Amanece el 13 de diciembre. Otra vez, a la historia la hacen las casualidades. En varios días, Langsdorff no ha encontrado presa. Va creyendo que toda la navegación los aliados la hacen muy pegada a la costa. Por eso se da un día más. Si el 13 no aparece nada, pondrá proa hacía el golfo de Guinea. Bobby Harwood piensa mientras tanto que tal vez se haya equivocado en sus cálculos y que en tanto él está allí esperando atrapar al corsario, éste se encuentre a miles de millas de distancia.

Todo así hasta las 5.52 del 13 de diciembre. A esa hora, el vigía del “Graf Spee” descubre primero un delgado mástil a estribor que luego son cuatro. Se da la noticia de inmediato a Langsdorff, que ocho minutos después sabe ya que es el crucero pesado “Exeter” y ordena de inmediato ir a su encuentro a toda velocidad de sus máquinas. Al mismo tiempo se ven dos naves más. Langsdorff cree que son dos destructores y sigue impávido su marcha hacia la lucha. Está convencido que es la escolta de un convoy y que por eso tendrán misión de protección. Pero no son dos destructores, son el “Ajax” y “Achilles”. El oficial de navegación y del Estado Mayor de Operaciones, capitán Wattenberg, del “Grad Spee”, recuerda a Langsdorff en ese momento las instrucciones de evitar presentar lucha a unidades de guerra. Langsdorff contesta: “Sospecho que se trata de un convoy, las fuerzas que lo acompañan saldrán a defenderlo y entonces nos ofrecerán un buen blanco hacia donde apuntar”. Y de inmediato, el

comandante ordena: “Despejen el barco para el combate”. Con paso elástico se dirigió a la cofa de trinquete, desde donde dirigirá la operación, mientras decía: “Vamos a ver lo que pasa ahora”. Era la inquietud de su genio. Le gustaba la aventura. Tenía la sangre romántica de los que les gusta, llegada la ocasión, jugarse el todo por el todo. Al ordenar el combate jugaba toda su responsabilidad y por sobre todo, su navío, el don más preciado de un marino.

Para describir el momento de iniciación del combate basta sólo citar cómo ha titulado este capítulo Sir Eugen Millington-Drake: “*EL ENCUENTRO. COMO EN LOS DÍAS DE NELSON, A LA VISTA DE MASTILES AL ALBA, 290 MILLAS AL ESTE DEL RÍO DE LA PLATA*”.

El “Ajax” es el primero en divisar al “Graf Spee”, recién a las 6:10, cuando los alemanes ya sabían la identidad de las tres naves. Bobby Harwood da la orden al “Exeter” de investigar. El “Exeter” responde: “Creo que se trata de un acorazado de bolsillo”. Esto era a las 6:16. Harwood entonces hace izar la bandera N, un triángulo amarillo rematado por la lengüeta azul: enemigo a la vista.

A las 6:17, el “Graf Spee” rompe el fuego con sus poderosos cañones de 11 pulgadas sobre el “Exeter”. Langsdorff cree que el “Exeter” emprenderá la retirada para quedar fuera de tiro. Pero Bobby Harwood, flemáticamente comunica al “Exeter” que siga su rumbo y de aproxime al corsario.

Langsdorff no ha querido ir al puente blindado donde estaría totalmente protegido. No, va a la cofa del trinquete donde quedará a cara descubierta, sin ninguna protección, pero él dice que desde allí ve mejor el movimiento de los tres buques. Las secas andanadas de los poderosos cañones del “Graf Spee” cubren al “Exeter”. La tercera salva estalla en medio del crucero inglés matando a la tripulación del tubo de estribor, destruye pasillos internos, los dos aviones y los reflectores. El “Exeter” comienza su fuego sin disminuir la velocidad. Son las 6:24. La batalla alcanza su culminación. El “Exeter” dispara 8 salvas pero el “Graf Spee” le contesta con una precisión increíble inutilizándole la torre, barriendo el puente y matando a todos los tripulantes que están allí menos el capitán Bell. La timonera queda bloqueada. El capitán Bell queda incomunicado pero no se inmuta. Si Bobby Harwood le ordena seguir adelante él seguirá mientras las máquinas caminen. No puede comunicarse por medio del telégrafo interno y entonces con toda tranquilidad organiza una cadena humana de mensajeros que van gritándose con voces roncas las órdenes de su impasible capitán.

Las salvas atruenan el mar. Hombres rubios que juegan con la muerte. Si no estuviera presente la muerte sería un hermoso juego de destreza. Y a pesar de la muerte, es nada más que un juego. Porque si fuera en serio tendríamos que pensar qué cosa más irracional es enfrentarse en medio del mar, allí alejados de sus patrias a miles de millas.

¿Por quién tomar partido? ¿Por ese pequeño gran acorazado, de hermosas líneas, orgullo del ingenio humano? ¿O por esas tres unidades veloces impregnadas del clásico estilo inglés en el mar que se mueven como si estuvieran seguras de la victoria, como si no contaran las andanadas del león enjaulado? ¿Por quién jugar las simpatías? ¿Por ese capitán germano que parece una figura salida de la imaginación febril de los adolescentes luego de leer a Julio Verne, a Salgari, a Melvilla? ¿O por ese Bobby Harwood impasible, sereno, para quien las andanadas son nada más que corners en contra en un partido que ganará en tiempo suplementario? Porque Bobby Harwood ve desangrarse al “Exeter”, lo ve despedazado, lo ve gemir y vibrar como si estuviera por hundirse para siempre, y sin embargo lo deja allí para preocuparse de envolver al alemán con sus naves ligeras.

El “Exeter” está descalabrado. Su capitán Bell, herido en las piernas, pero, en medio del combate, hace pasar la orden a la cadena humana que lleva sus comunicaciones: “Una silla para el capitán Bell”. Y le suben una silla. Ordena disparar torpedos contra el “Graf Spee”. Y el

corsario elude con maniobras matemáticas. A cada momento parece que toca el agua con los mástiles. Es el mismo Hans Langsdorff que comanda el timón.

Mientras trata de liquidar al “Exeter”, el “Graf Spee” tiene prendidos a los garrones a las dos unidades de Harwood que no le dan tregua. Los disparos del “Achilles” y el “Exeter” llegan al “Graf Spee”. Harwood, como buen deportista, cree en la suerte. Y la suerte está de parte de él. Porque un match de fútbol, la pelota, por cuestión de milímetros, puede pegar en el travesaño y entrar al arco, o desviarse.

Es lo que le pasa a sus andanadas. Allí está el capitán corsario en medio de la cofa del trinquete del “Graf Spee”, todo de blanco, con su barba de pirata. Y las esquinas de una granada, por milímetros, lo alcanzan en el hombro. Langsdorff no pestañea. Vienen más esquirlas que le penetran dolorosamente en el brazo. Sigue impasible. Pero empieza a sangrar profusamente. Sólo permite que lo venden superficialmente. Hasta que la explosión de una granada lo derriba al suelo. Hans Langsdorff cae y pierde el conocimiento. Reina el desconcierto, hasta que el primer oficial de comando toma el mando.

Son minutos decisivos. Langsdorff se recupera. Está mareado. Por unos minutos tiene blanco el cerebro. El “Graf Spee” se paraliza por momentos. Harwood, desde su lugar protegido, sigue impertérrito su plan. Ordena que sea lanzado al aire el avión del “Ajax”.

Son las 6:37 de la mañana. De pronto, la sorpresa. El corsario vira a babor y comienza a lanzar una humareda negra. Es el artilugio para ganar tiempo. Harwood empieza a sonreír como cuando juega golf. Sigue dándole duro. Pero el “Graf Spee” se mueve como un bailarín en el mar, hace unos zig-zags increíbles.

¿Pero por qué esa indecisión del “Graf Spee”, si ya tiene al “Exeter” liquidado? De haber golpeado una vez más a la nave más grande de Harwood y luego lanzado unas cuantas salvas de las 11 pulgadas, la batalla estaba decidida. Pero esa indecisión de Langsdorff, los historiadores y los testigos la atribuirán a la pérdida de conocimiento que tuvo al recibir el impacto de una granada. Al recuperar el sentido, ya Langsdorff no era el mismo. Dio la impresión de querer ganar tiempo como para recapitular todo lo sucedido y volver a empezar.

Al crucero “Exeter” le queda una sola batería que sigue disparando. He aquí la descripción del oficial del “Exeter” William Johns, como pantallazo de la batalla: “*Fue mientras disparábamos desde el control local que, estando en el centro de la posición, entre dos cañones, podíamos ver al “Grad Spee” justo frente a nosotros, enarbolando lo que me pareció la bandera más grande que viera en mi vida, la svástica alemana. Tenía un aspecto maligno y eficiente, y mientras nos disparábamos mutuamente, se le veía claramente recortado contra el agua azul en esa hermosa mañana de sol*”.

Mientras tanto, en el interior del “Graf Spee” hay 27 oficiales británicos prisioneros y todos los hombres del “Streonshalh”. El oficial radiotelegrafista del “Huntsman”, B. Mc. Corry relata cómo pudieron enterarse del curso de la batalla: “*El capitán Dove, uno de los capitanes más conocidos entre los prisioneros, y yo éramos altos y podíamos ver a través de los dos agujeros que había en la puerta de nuestro cuarto. Pasábamos a nuestros camaradas de a bordo un comentario continuado de las actividades de los alemanes imitando el antiguo estilo de los comentaristas de los partidos de fútbol de la B. B. C. de Londres*”.

A las 7:10, el “Graf Spee” desatiende el “Exeter” y ataca al “Ajax” y al “Achilles”. Tres andanadas de 11 pulgadas barren la borda del “Ajax”, pero los ingleses aciertan en el centro del “Graf Spee”. El “Exeter” sigue atacando con sólo un cañón. El “Graf Spee” vuelve a dirigir sus cañones contre él y sólo puede enfrentar con cuatro cañones a los 16 de los cruceros ligeros ingleses. Una granada de 6 pulgadas da debajo de donde está Langsdorff y mata a dos

marineros y corta las dos piernas del teniente Grigat. El “Graf Spee” da con toda fuerza pero también recibe las dentelladas de los ingleses que no le dan tregua.

Aquí llega otro momento en que la suerte juega su parte. Bobby Harwood con el “Exeter” casi mortalmente herido y con el “Ajax” bastante maltrecho ordena interrumpir la acción y retirarse. De seguir así, el “Graf Spee” hubiera terminado con ellos. Y Harwood ha cumplido con su misión: herir al corsario y luego, con sus naves ligeras. Seguir hostigándolo desde lejos y avisar su paradero a otras fuerzas.

El “Graf Spee” no hace ninguna tentativa de perseguir a los británicos para darles el mazazo final. Al contrario, sorprendentemente se cubre de humo artificial y pone rumbo al Río de la Plata.

Harwood está sorprendido. Ordena de inmediato seguir desde lejos con el “Ajax” y el “Achilles”. El “Exeter” se está inundando y ya no puede hacer uso de ningún cañón, pero puede realizar hasta una velocidad de 18 nudos. Harwood le manda regresar a Malvinas mientras ordena al poderoso “Cumberland”, que está en Puerto Stanley, que salga en dirección al Río de la Plata.
¿Qué ha pasado mientras tanto en el corsario? Aprovechando la tregua de la retirada de los británicos Langsdorff inspecciona los daños. Las cocinas, el destilador de agua potable y los separadores de petróleo no funcionan. Además el boquete del casco le impedirá -según Langsdorff- huir a alta velocidad, sortear las escuadras enemigas y llegar a Alemania. Es un trayecto demasiado largo y no puede dar ventajas. El no sólo piensa en cómo salir del paso en la batalla que está desarrollándose sino que piensa en el futuro. Por eso toma una determinación que sorprende a sus oficiales: entrar en Montevideo, reparar rápidamente las averías y salir abriéndose paso a cañonazos.

Pero si la batalla naval -vista en pérdidas- la había ganado en su primer acto, Langsdorff perdería la batalla diplomática. Meterse en ese momento en Montevideo era lo mismo que meterse en Inglaterra. Porque allí había un verdadero mariscal de la diplomacia que se llamaba Sir Eugen Millington-Drake, y un canciller uruguayo llamado Guani…

En la batalla, el “Graf Spee” ha perdido al oficial Grigat, que murió sin anestesia, preguntando cómo iba la batalla, y 35 marineros. Además lleva 60 heridos. El “Exeter” ha perdido 61 hombres: 5 oficiales y 56 tripulantes; el “Achilles”, 4 tripulantes; y el “Ajax” 7 tripulantes. En total, de ambos lados, 108 hombres muertos.

En el intervalo se procede a ordenar los buques y operar a los heridos; la mayoría de los cuales tienen que ser intervenidos sin anestesia. A medida que transcurre el día, Bobby Harwood no puede reprimir su sorpresa al ver que el “Graf Spee” se está metiendo en el Río de la Plata. A unos veinte kilómetros de distancia los siguen implacablemente los dos cruceros livianos ingleses. A las 18:15, muy cerca de Punta del Este, el alemán dispara dos salvas contra el “Ajax”, que tendió una cortina de humo y contesta con cinco andanadas. Frente a Piriápolis, el “Graf Spee” sigue sus andanadas, esta vez contra el “Achilles”, para mantenerlo a distancia. El “Achilles” contesta una por una. La última andanada del “Graf Spee” fue a las 21:43, más afuera de playa Atlántida.

Los fogonazos se ven desde Montevideo. Veamos lo que dice el teniente de artillería del “Achilles” R. Washbourn sobre aquellos instantes: “*A la puesto del sol nos deslizamos al abrigo de la costa y pasamos entre la isla de Lobos y la tierra firme. El “Graf Spee” se veía magníficamente perfilado contra el cielo, todavía luminoso después de la puesta del sol, mientras nosotros debíamos estar casi invisibles. Fue una tentación tremenda. Estábamos justamente por fuera del límite de tres millas que nosotros reconocemos, pero dentro de las aguas territoriales reclamadas. Poco después de la puesta del sol, a 22.000 yardas, el “Graf Spee” nos dio la excusa que esperábamos y con júbilo musité de nuevo DISPAREN, por el*

micrófono. Hubo justo tiempo para cinco liadísimas andanadas antes de que las cosas se nos volvieran demasiado bravas y luego viramos otra vez bajo cortina de humo. La puntería de los alemanes es maravillosa, considerando el pésimo blanco que presentábamos. Supongo que usan telemetría enfocando nuestros fogonazos”.

A las 22:50 el “Graf Spee” entra al puerto de Montevideo sin necesidad de prácticos, por sus propios medios sorprendiendo a las autoridades navales uruguayas que esperaban un previo aviso.

Por todos lados, en el “Graf Spee” se huele a “*fuego, sangre y acero*”, un olor “*que nunca más abandonó al corsario*”. La frase no es nuestra. Es del oficial de artillería del “Graf Spee”, Federico Guillermo Rasenack, una figura que queremos reservar para la segunda parte de esta historia, pero a quien podemos definir como el Ulrico Schmidel de la batalla del Río de la Plata. Rasenack será el hombre que llevará día por día un diario de la vida a bordo y de los acontecimientos vividos por el corsario. Lo hace humildemente, llevado por su talento de periodista vocacional.

“Por hoy no hay más guerra para nosotros”: es la inconfundible voz de Langsdorff por el micrófono que incita a ir a dormir a todos sus hombres antes de llegar a Montevideo. El mismo no dormirá por unos cuantos días. Tendrá tiempo después.

En Montevideo y en Buenos Aires habían llegado ya las primeras noticias del combate a mediodía del mismo día 13. Desde ese momento nadie se separó de las radios. En los cafés de las avenidas de Mayo y 18 de Julio no se habló de otra cosa ese día. A la tarde llegó la noticia que el acorazado alemán había hundido al “Exeter”. Luego, la persecución del “Graf Spee”. Alegría alternada en “fuelles” y “pinchafuelles”.

Cuando el “Graf Spee” llegó a Montevideo, los primeros en subir son las autoridades portuarias uruguayas para inquirir por qué el buque alemán había entrado al puerto a tanta velocidad, sin luces y sin práctico a bordo. Fueron conducidos a la cabina de Langsdorff. A los pocos minutos entró el comandante alemán con manchas de sangre en la cabeza, mientras un enfermero trataba de terminar de vendarle un brazo que también había sufrido una herida. Al mismo tiempo, los uruguayos le ofrecieron desembarcar los heridos para que fueran mejor atendidos, claro está bajo el status de su internación. Langsdorff agradeció pero sólo permitió bajar a un herido gravísimo que tenía quemaduras en la cara y en el cuerpo y que falleció horas después.

Durante toda la madrugada, Langsdorff conferencia con el ministro plenipotenciario alemán. Otto Langmann. Este le dio a entender que se había equivocado al creer que Montevideo era un puerto neutral y que tratara de no quedarse más de 48 horas. Pero Langsdorff necesitaba más tiempo para las reparaciones y para especular con el posible llamado de submarinos alemanes al estuario del Plata.

Al amanecer, Langsdorff hace saber a los oficiales mercantes prisioneros que dentro de algunas horas quedarán en libertad. El capitán Dove, el ex capitán del “Africa Shell”, pide verlo para despedirse. A pesar de toda la actividad que Langsdorff tiene que desplegar en esas horas lo recibe por unos minutos. Michael Powell, sobre la base de datos de Dove reconstruyó el diálogo. Dove dice así:

“*Langsdorff tenía heridas en la cara, producidas por esquirlas y se había afeitado el bigote y la barba. Tenía el brazo derecho en cabestrillo. Pero aunque su confianza y jovialidad le habían abandonado, su cortesía de caballero y amabilidad permanecían inmutables. No había amargura en su tono cuando me saludó:*

– Ah, capitán -dijo sacudiendo la cabeza- lamento de veras que ustedes hayan tenido que estar metidos en lo de ayer; me alegro que ninguno de ustedes esté herido.

– Pero usted sí está herido, capitán -le respondí-.

– No, sólo un poco…

– Pero, ¿no estaba a cubierto? -le pregunté-.

– Era imposible -me explicó-, tenía tres buques británicos que vigilar y no podía perder de vista a ninguno de ellos.

En seguida me expresó su gran admiración por los hombres del “Exeter”.

– Fueron magníficos, espléndidos luchadores. Con mis disparos puse fuera de acción sus cañones delanteros. Les aplasté el puente. Pero volvieron a pelearme con sólo un cañón. Mucho después que creí haberles dejado fuera de combate, volvieron a atacarme. Cuando se pelea con bravos como ésos no se puede sentir ninguna enemistad, solamente se quiere estrecharles las manos. Ustedes los ingleses son duros; no saben cuándo están derrotados. ¡El “Exeter” estaba derrotado pero no quiso saberlo!

Luego extendió su mano derecha, herida como estaba, para estrechar la mía.

Más adelante -como si ya se hubiera enterado en las pocas horas que se encontraba en tierra uruguaya- dijo: “Este no es un puerto amistoso para Alemania”.

Por último dice Dove: “Langsdorff me entregó dos cintas de gorras que habían pertenecido a dos de sus marineros muertos en la batalla:

– Me agradaría que usted y el capitán Pottinger (del “Ashlea”) las conserven -finalizó gravemente”.

Mientras Langsdorff esperaba la resolución del gobierno uruguayo e iniciaba las reparaciones por sus propios medios, un hombre singular no perdía el tiempo. Ya al salir el sol había estado en el puerto a prudencial distancia mirando al “Graf Spee”. Era un hombre alto, de porte distinguido y una sonrisa permanente dibujada en la comisura de los labios. Era Sir Eugen Millington-Drake. Además de inglés es diplomático. Esa sola frase bastaría para describirlo. Es un hombre conocido en todos los círculos uruguayos: culturales, deportivos y políticos. Juega el tenis, va a presenciar partidos de fútbol -sintetiza lo imposible: es “hincha” a la vez de Peñarol y Nacional-, da conferencias, y practica un método que lo ha llevado a ganar muchas simpatías inglesas y uruguayas en actos públicos. Además, es gran amigo de los ministros uruguayos, especialmente de Guani, el canciller.

En su visita a Guani ese día Millington-Drake le recuerda la convención de La Haya, en la que un buque de guerra no puede reparar averías salvo aquellas que no le permitan su perfecta navegabilidad. Inglaterra desea que no se le dé plazo alguno al “Admiral Graf Spee”.

Mientras tanto, Langsdorff tiene la evidencia de que se ha metido en una ratonera. El único astillero uruguayo, Regusci y Voulminot, se rehúsa terminantemente a tratar con los alemanes. Además le hacen saber que las organizaciones obreras uruguayas negarán permiso a los obreros para reparar el “acorazado nazi”.

El examen de las averías llevó al ingeniero jefe del “Graf Spee” a calcular en 14 días el tiempo necesario para repararlas. De inmediato la legación alemana en Montevideo puso el pedido en

manos de Guani. Pero éste respondió con un subterfugio: el gobierno uruguayo debía por sí mismo asegurarse de ello e inspeccionar las averías. Dilema para Langsdorff: ¿quién le aseguraba que el informe uruguayo no iba a ser conocido después por el enemigo? Pero decide aceptar, no tenía otra salida. A las 19 se presentan los inspectores uruguayos quienes luego de revisar las averías contestan con evasivas las preguntas de los oficiales alemanes de cuánto calculaban el tiempo que a su criterio necesitaban para la reparación.

Esa misma tarde, el ministro alemán y Langsdorff piden una entrevista a Guani. En el momento en que entran, por otra puerta sale con paso elástico Sir Eugen Millington-Drake. Guani los recibe con sonrisa engolada. Es gordo, de ojos pequeños y movedizos. Los invita a sentarse. Langsdorf agradece pero queda de pie. Su uniforme blanco, su rostro quemado por el sol y la sal, su mirada que lleva ya un atisbo de la tragedia contrastan con la figura y los gestos de cortesía de salón del canciller Guani. Langsdorff no entiende cuando, a su pedido de largo plazo para reparar las “serias averías”, Guani -con toda socarronería y picardía rioplatense- hace un gesto de falsa sorpresa y le contesta: “¿Cómo, sí en Berlín el parte oficial de ustedes dice que el Graf Spee sólo recibió impactos menores?

Al abandonar el despacho de Guani, Langsdorff está convencido de que con ese hombre no va a poder obtener nada. Por eso, cuando llega al buque, reúne a todos los oficiales y con gran optimismo les propone un plan: romper el bloqueo por la noche y tomar el canal hacia Buenos Aires. Sabe que en la Argentina hay simpatías por Alemania y que el propio ministro de Marina, el almirante León Scasso, es partidario del Eje.

En el momento en que se realiza la conversación con los oficiales, llega al estuario del Río de la Plata el poderoso crucero pesado “Cumberland” de 10.000 toneladas, en un viaje directo desde las Malvinas. Bobby Harwood, desde el “Ajax” lo recibe con un “Muy complacido de verlos”.

Esa noche, Langsdorff no resuelve nada. El día siguiente -el segundo de su estada en Montevideo- ocurre un hecho significativo. Se presenta en la cancillería uruguaya Sir Eugen Millington-Drake para solicitar algo totalmente contrario a lo que había pedido el día anterior: que no se permita la salida del “Graf Spee” del puerto de Montevideo.

Es que el diplomático inglés había recibido desde Londres la orden de tratar de retener al corsario alemán en puesto hasta el martes siguiente, porque ese día precisamente llegarían al estuario del Plata el portaviones “Ark Royal” y el acorazado “Renown”.

Millington-Drake se vale de una argucia: la Ley Internacional establece que ningún buque de guerra puede abandonar puerto neutral si antes lo ha hecho mercante enemigo; sólo podrá hacerlo 24 horas después. De inmediato hace partir al mercante inglés “Asworth”. El diplomático inglés entrega a Guani la nota respectiva. El mismo Millington-Drake cuenta en su libro la escena: “*El Dr. Guani leyó la nota con expresión confundida y luego dijo con una sonrisa algo sarcástica: “Seguramente éste es un cambio de su nota de ayer”. A lo que le repliqué: Sólo un cambio de táctica, señor ministro’*”.

Mientras ocurría esto, el comandante Langsdorff despedía a sus 37 caídos.

Una multitud inmensa acompañaba el cortejo al cementerio del Norte. No sólo está allí la colonia alemana sino miles de uruguayos y, también, los prisioneros ingleses que acaban de ser liberados. ¡Qué rasgo! Allí estaban los ingleses y depositaron una corona: “A los bravos hombres del mar, de sus camaradas del Servicio Mercante Británico”. Es que unos y otros pertenecían a una misma raza: la de los bravos.

Langsdorff, cuando llego a bordo, tendrá una mala noticia. Él la presiente, no está hecho para el papeleo, la burocracia, las vueltas y amagos de la política. El gobierno uruguayo ha suscripto un decreto por el cual se le dan 72 horas a la nave para dejar Montevideo.

Sir Eugen Millington-Drake escribe 25 años después sobre esta decisión: “*Los oficiales técnicos alemanes declararon que las reparaciones no podrían ser hechas en menos de catorce días mientras que los técnicos uruguayos, evidentemente influidos por presión de carácter político, confirmaron que 72 horas serían suficientes, de acuerdo a las reglas de la Ley Internacional. La verdad estaba a mitad de camino entre los dos…*”

Es ese mismo Sir Eugen que ha dispuesto las cosas de tal manera que apenas el “Graf Spee” prenda sus máquinas ya lo sabrá Bobby Harwood. Desde todos los barcos de Montevideo espían al corsario herido, y alrededor de éste se trabaja día y noche, sus propios tripulantes tratan de reparar desesperadamente las averías. Pero el “Graf Spee” está irremisiblemente acorralado. De las dos disyuntivas, una es peor que la otra: si se queda más días más naves británicas lo esperarán; si sale enseguida, tendrá que hacerlo sin cocinas, sin agua potable, y con agujeros en el casco que no serán perdonados por las tormentas del Atlántico Norte.

Además, Hans Langsdorff tiene un terrible secreto: le quedan municiones de 11 pulgadas solamente para media hora de combate.

Langsdorff no espera más. Comunica tres puntos al Alto Mando Naval alemán a través de cables cifrados de la Legación:

1. El “Renown” y el “Ark Royal”, lo mismo que cruceros y destroyers, cerca de Montevideo. Cerrado bloqueo nocturno. Ninguna perspectiva de romperlo y salir más afuera para conseguir llegar a la Patria.

2. Intento llegar al límite de las aguas neutrales. Si puedo luchar para abrirme camino a Buenos Aires con las municiones que me quedan todavía, lo intentaré.

3. Como de la salida forzada podría resultar la destrucción del “Spee” sin la posibilidad de causar avería al enemigo, solicito instrucciones para saber si hundo al barco (pese a la escasa profundidad del estuario del Río de la Plata) o me someto a la internación”.

Enviado el mensaje, Langsdorff espera. Todavía tiene tiempo de visitar al ministro de Defensa uruguayo, el general Campos reconocido aliadófilo, para agradecer el haber permitido el desembarco de marinos alemanes para concurrir a las exequias de sus compañeros muertos en la batalla. Sobre esta entrevista, el general uruguayo escribió unas líneas que son significativas. Dice Campos: “*El capitán Langsdorff era un oficial brillante y joven aún (apenas tendría 45 años), de porte distinguido, que habla francés, en cuyo lenguaje nos entendemos sin dificultad. Lucía muy bien en su uniforme blanco aunque estaba pálido y demacrado. Era refinado al hablar y sus modales eran corteses y respetuosos, lo que denotaba la educación esmerada de un caballero de cuna. Tenía medallas, incluyendo la Cruz de Hierro, que atestiguaban su excelente foja de servicios, ya que era considerado como uno de los mejores oficiales de la armada alemana. Era un oficial de una “élite” y se comportó como tal en los breves momentos que duró nuestra entrevista. Estaba conmovido y aunque amable, fue parco en palabras y gestos*”.

La respuesta de Alemania es: “La posición uruguaya es totalmente incomprensible teniendo en cuenta las condiciones y la posición legal del “Spee”. Y exigía del ministro alemán que tratara de obtener más plazo. Pero no hay nada que hacer. Todo el gobierno uruguayo es absoluta y totalmente aliadófilo. Y así lo comunica el ministro alemán en Montevideo.

Llegamos al sábado 16 de diciembre. Desde la mañana se llena el puerto de Montevideo. El público no separa los ojos del corsario. Las alternativas son transmitidas por radio, como un partido de fútbol. También hay una transmisión en inglés. Bobby Harwood, con sólo encender el radio está enterado de los mínimos detalles del movimiento exterior del “Graf Spee”.

La suerte del acorazado de bolsillo se está resolviendo, mientras tanto, en una reunión del Alto Comando Naval alemán. El Gran Almirante (Grossadmiral) Raeder escucha el informe de los peritos. Y decide que se le dé amplia libertad de acción al comandante Langsdorff. El es quien tiene que resolver y no los hombres que están sentados alrededor de una mesa. A las 13 horas, Raeder visita a Hitler; en la entrevista está el brigadier general Jodl, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht (ahorcado en Nuremberg en 1946). Hitler escucha en silencio y aprueba la decisión de Raeder de dar libertad de acción a Langsdorff, con la sola excepción de no permitir ser internado en Uruguay. Todos los documentos estudiados por los ingleses y los alemanes y los testigos desmienten terminantemente la versión aparecida en aquellos días en los diarios “Crítica” y “Noticias Gráficas” de Buenos Aires y los diarios uruguayos de que Hitler había ordenado telefónicamente a Langsdorff destruir al buque sin combatir. Langsdorff jamás habló telefónicamente desde Montevideo con Alemania. Recibida la contestación de Alemania, el ministro Langmann visitó a Guani para pedir por su intermedio una entrevista con el presidente uruguayo.

Pero Guani, con su característica sonrisa engolada, le contestó que daría trámite al pedido de entrevista siempre que Langsdorff reconociera y aceptara el plazo de 72 horas para abandonar aguas uruguayas. A raíz de esa respuesta se produjo un incidente verbal entre el diplomático alemán y Guani. Pero mientras esto ocurría, Sir Eugen Millington-Drake seguía actuando. Había concurrido a denunciar que en acción secreta, 11 obreros alemanes de Buenos Aires acababan de subir a bordo del “Graf Spee” con un motor y planchas de acero. Y pedía la inmediata internación del “Graf Spee” por flagrante contravención de la neutralidad uruguaya. Al mismo tiempo, Sir Eugen entregaba a Guani la hora de partida de otro buque inglés, el “Dunster Grange” por lo que le solicitaba que no permitiera la salida del “Graf Spee” por otras 24 horas. En un cable que Sir Eugen mandó inmediatamente después al Foreign Office y que reproduce en su libro, deja todo en claro de cómo Guani actuaba “con neutralidad”. Este es el texto del cable enviado el 16 de diciembre a las 9:30: “*Telegrama 165, urgente: El Dr. Guani está más calmo y amistoso. Me informó que en el curso de su entrevista con el ministro alemán este último le había hecho responsable personalmente por cualquier consecuencia de la negativa de extender el plazo para las reparaciones. En vista del casi inerme estado del Uruguay, el asunto era grave. El hizo una apelación a las naciones más grandes del continente americano y había encontrado total simpatía y ofertas de ayuda. Además me pidió que persuadiera al Gobierno de Su Majestad para que no lo presionara tanto, pues parecía que estaba a punto de alinear a todas las naciones del continente americano contra Alemania. Por último, me informan que el capitán Langsdorff piensa aprovechar la bruma de la madrugada y zarpar mañana domingo, entre las 3 y las 5*”.

Luego de la entrevista fallida entre Langmann y Guani, Langsdorff no espera más. Elabora su plan hasta el último detalle. Todo lo hace en la legación alemana. Llega al barco a las 2 de la madrugada del domingo. Sus fieles oficiales lo están esperando. Langsdorff los reúne en su cabina y sólo dice cuatro palabras: “*Das Schiff wird gesprengt*”. El barco será volado.

Comienza entonces una labor de precisión. Todo tiene que ser destruido pero nadie del exterior debe sospechar nada. Esa madrugada, mientras todos trabajan en el desarme, los ingleses esperan que parta de un momento a otro. Nadie duerme. Ni adentro ni afuera del “Graf Spee”. La transmisión por radio sigue toda la noche porque para todos es el “ahora o nunca”. Es la última noche que le queda al corsario para poder huir. Porque si no lo hace, a las 20 del domingo será internado por las fuerzas uruguayas. Pero el “Graf Spee” no sale. Amanece y el corsario está allí. ¿Por qué no ha aprovechado la última noche?

Amanece el domingo, y el corsario sigue allí. Toda la mañana habrá febril trabajo. Luego hay unos movimientos raros. Al “Graf Spee” se aproxima el mercante alemán “Tacoma” que ancla muy cerca. Sobre la borda de ambos buques se extienden lonas de manera que es imposible ver lo que ocurre. Sir Eugen es informado de inmediato y corre al Ministerio de Relaciones Exteriores para exigir que se interne al “Tacoma” por auxiliar al corsario. Pero Guani no se atreve. Hay nerviosidad. ¿Después de todo qué pueden hacer si el “Graf Spee” se resiste? Guani convoca a reuniones pero de ahí no pasa. Comunica al “Graf Spee” que no podrá partir hasta las 18 porque recién a esa hora se cumplirán las 24 de la partida del mercante inglés “Dunster Grange”. Langsdorff le contesta lacónicamente que partirá a las 18:15. Gran alboroto cuando se recibe la comunicación. Además de preparar todo el plan, Langsdorff ha pasado redactando un documento en el cual dice su parecer sobre la posición de Uruguay. Al zarpar lo envía a través de la legación alemana a Guani. Pero Guani se rehúsa a recibirlo. La carta se dará luego a publicidad. Llama la atención la versación jurídica de Langsdorff con respecto a la aplicación de la Ley Internacional y de casos análogos al “Graf Spee”. Remata la nota diciendo que la actitud del gobierno uruguayo no consulta los sentimientos verdaderos del pueblo oriental.

Son las 18. Ha llegado el momento. El corsario ya sale a buscar la muerte. Dejemos que un historiador inglés, Dudley Pope, testigo del drama, nos relate esos momentos: “*El buque de guerra alemán se había convertido en el centro de la atención mundial; docenas de cronistas y locutores de diversas nacionalidades se habían congregado en Montevideo, durante los últimos tres días, y varias estaciones de radio transmitían sus comentarios directamente, los que, como es natural, se escucharon a bordo de los cruceros británicos. Para los montevideanos el domingo prometía ser un día dramático, en tanto la multitud se agolpaba en los sitios más estratégicos. A las 18, un gran pabellón nazi fue enarbolado en el palo del trinquete del “Graf Spee” seguido de otra bandera en el palo mayor, mientras una de sus anclas se levaba lentamente. La segunda amarra se levantó del lecho del río con sordo rumor de aguas, y casi imperceptiblemente, el corsario de bolsillo comenzó a moverse. Para la multitud, el ‘Graf Spee’ parecía una visión majestuosa, ya que sin la ayuda de remolcadores, Langsdorff lo hizo maniobrar hasta poner proa al mar. Luego aumentó la velocidad; y con el pabellón nazi flameando al viento, el ‘Graf Spee’ salió por la escollera, en su último viaje. Quince minutos más tarde, el ‘Tacoma’ zarpaba siguiendo la misma ruta*”.

“*La multitud* -continúa Pope- *que ahora llegaba a un tercio de millón, se mantenía silenciosa parada en los muelles, embarcaderos, escolleras, y a lo largo de la costa, mientras el acorazado salía por la escollera hacia el canal, rumbo al sudeste. Todavía se veía como una poderosa máquina de combate y muchos pensaron que entraría en acción y que el rumor de su autohundimiento era sólo un ardid para despistar a los británicos. De pronto vieron que cambiaba de curso. Viró a estribor hasta quedar apuntando hacia el oeste, hacia el ocaso. ¡Se iba a Buenos Aires! Navegaban hacia el pontón Recalada, marcación del canal de entrada a Buenos Aires, pero no había ido lejos por esta nueva ruta cuando aminoró la marcha y paró. Pero pocas personas entre la vasta multitud se dieron cuenta que el “Graf Spee” llevaba la tripulación estrictamente necesaria, y ni aún nuestro Servicio de Inteligencia británico se percató que se componía de un mínimo de 43 hombres*”.

En efecto. Durante todo el día, la tripulación había sido transportada al “Tacoma”. Y Langsdorff había previsto todo: desde Buenos Aires vinieron dos remolcadores y una chata, de bandera argentina.

Ahora está allí, en medio del río, con 43 hombres y su capitán. El oficial alemán Wattenberg cuenta así los últimos instantes: “*No puedo ni deseo decir mucho del último viaje de nuestro hermoso barco. Todos nos encontrábamos en nuestros puestos, solos, con nuestros pensamientos. Tampoco nuestro Capitán dijo mucho. Luego de anclar se puso en marcha el reloj de tiempo para encender las cargas… 20 minutos de intervalo para que los marineros y los*

técnicos del ‘Kommando’ tuvieran suficiente tiempo para subir a una lancha y dirigirse al ‘Tacoma’. A último momento, los cinco oficiales nos reunimos con nuestro Capitán en el alcázar, se arriaron la bandera y el pabellón y luego subimos a la lancha que esperaba al costado del barco”.

Otro oficial alemán presente, Hans Gota, describía así esos momentos decisivos: “la alarma suena a bordo por última vez. Se han colocado seis cabezas de torpedos en distintas partes del barco y seis hombres, con temple de acero, han conectado los acumuladores al reloj de tiempo para que funcionen a las 8 menos veinte. Estos hombres, con sus sacos de provisiones, sus salvavidas y sus pistolas en el bolsillo, salieron con determinación del cuarto de máquinas y de las torres de proa y de popa a la cubierta superior. El capitán Langsdorff los contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, suban al bote (él fue el último) y adelante, rumbo a Buenos Aires.

El buque corsario ya está solo. Los últimos destellos del sol caen sobre el Río de la Plata. Son los hermosos ocasos de nuestra latitud, hermosos pero con esa tristeza muy propia de la pampa que se traslada a las aguas marrones del Plata. El hormiguero humano de los muelles está en silencio. No se oye ni el lejano ruido de los tranvías. De pronto, una tremenda columna de humo envuelve al navío y se eleva a más de 300 metros de altura; luego comienzan a levarse luces de todos los destellos. Las llamaradas y las explosiones se suceden en cadena. Se ven dos cañones de once pulgadas lanzados al aire como si fueran escarbadientes.

La multitud queda atónita. La expresión es igual en todos los rostros: la boca semiabierta, la mandíbula colgando, los ojos vidriosos. Así, esa inmensa masa mira el holocausto del último corsario. Hasta que por allí alguien rompe a llorar y muchos comienzan a desahogarse. Se origina entonces un murmullo, como un rugido, la gente quiere balbucear algo. Algunos gritan. ¿Contra quién? Contra nadie ni a favor de nadie. Es un hecho inexplicable. Los seres que están allí viendo el fin de la nave sufren, les duele el hecho. Para ellos, la nave no tiene nacionalidad. Es tal vez el marco romántico que ha rodeado a ese buque fantasma que emergió del medio del mar para presentarse una madrugada en Montevideo.

Luego, casi de improviso, la multitud comenzó a dispersarse con rapidez, como si la hubiera invadido un sentimiento apocalíptico, como si el sol se hubiera oscurecido de repente. O tal vez sólo era un sentimiento de vergüenza, de amargura o de desilusión por algo inexplicable.

Pero el capitán Langsdorff no tenía tiempo de condolerse por la pérdida de su barco. Ahora debe ganar su última batalla para lo cual debe obrar con celeridad. Los dos remolcadores argentinos “Coloso” y “Gigante” y la chata “Chiriguana” de la misma bandera, aguardan al lado del “Tacoma”. De inmediato la tripulación del “Graf Spee” que está en el “Tacoma” empieza a bajar por las escalas de gato hacia ellos. He aquí el relato de Rasenack:

“*Nos recuerda un asalto a un castillo de la Edad Media, al revés. Al Sr. Millington-Drake le fallaron sus cálculos, pues no había contado con esto y ahora juega su última carta. Ha movilizado a todos los remolcadores de Montevideo. Vienen hacia nosotros a toda máquina y llegan en el momento preciso en que le último tripulante baja del “Tacoma”. Los remolcadores uruguayos tratan de encerrar a los remolcadores argentinos poniéndose de lado para obligarlos a entrar en Montevideo. Hay una corta lucha. Cada vez que intentan lanzarnos un cabo, nosotros lo rechazamos y empujamos a los remolcadores uruguayos a un lado. Los uruguayos pronto abandonaran el ataque y vuelven a Montevideo*”.

Pero los uruguayos no se dan por vencidos y mandan al aviso de guerra “Zapicán” al mando del comandante Sghirla. Y ahora viene el episodio que tal vez diga más a las claras la condición de hombre de mando que tenía Langsdorff. El capitán del “Graf Spee” venía en una lancha del acorazado y llevaba la bandera de guerra. Nos imaginamos la depresión íntima que sufría Langsdorff en ese bote pequeño, en medio del río. Pero cuando ve venir al buque de guerra

uruguayo, va directamente hacia él y pide hablar con el comandante uruguayo. Sale a la borda el comandante Sghirla y Langsdorff le pregunta si sabía quién era él. A lo que Sghirla le respondió que lo reconocía como el capitán Langsdorff, del “Graf Spee”. Langsdorff le replicó que estaba a su disposición por si quería detenerlo. Sghirla, sorprendido, sólo atinó a responderle que no tenía orden superior. Entonces Langsdorff le pregunta si tiene cañones, a lo que Sghirla, siempre sorprendido le responde que sí. El comandante del “Graf Spee” le dice: “Si lo desea puede hundir mi lancha”.

Eso ya era demasiado par Sghirla que le contesta: “No faltaba más, capitán”, le hace la venia y pone proa a Montevideo “para informar a la superioridad”. Desde ese momento ya nadie molestará a los fugitivos que llegarán a Buenos Aires a la mañana siguiente.

Todo había terminado en el Uruguay. También la misión de Sir Eugen Millington-Drake. El mismo relata su última visita a Guani: “*A la mañana siguiente, cuando fui a ver al Dr. Guani y le comenté la escena del hundimiento del ‘Graf Spee’ como algo que evocaba al ‘Ocaso de los Dioses’, él anotó con sequedad que los alemanes tenían una tendencia marcada hacia lo wagneriano*”.

Poco antes de llegar a Buenos Aires, a los fugitivos les salió al encuentro en un remolcador el embajador alemán en Argentina, barón von Thermann, quien iba acompañado de otras embarcaciones en las que miembros de la colonia germano-argentina traían frutas frescas, leche y otros alimentos para la hambrienta tripulación del “Graf Spee”, que iba extremadamente apretada en la lancha y remolcadores. A las 10 llegaron al puerto, plagado de público, que les tributó un recibimiento entusiasta. Pero parece que nuestras autoridades portuarias siempre sufrieron del mismo mal o por lo menos no se sintieron conmovidas por el episodio. Humorísticamente, Rasenack escribe en su diario: “*Pero las autoridades portuarias se tomaron su tiempo, y por primera vez aprendimos el significado de la palabra paciencia. Recién por la tarde se permitió atracar y desembarcar*”.

Los tripulantes fueron alojados en el Hotel de Inmigrantes y los oficiales en el Arsenal de la Marina, contiguo a aquél.

En la mañana siguiente, el gabinete nacional resolvió internar a toda la tripulación. Comenzó la dificultosa tarea para los empleados administrativos argentinos de anotar nombres y cargos. Las dificultades idiomáticas eran grandes, como, por ejemplo, cuando se encontraban palabras como “Oberstabgefreiten” (cabo de señales).

Langsdorff quiso estar en todos los trámites con el embajador von Thermann. Luego, a la tarde del martes 19 de diciembre entró en el Hotel de Inmigrantes y, para no hacer una formación grande, fue reuniendo a toda la tripulación en grupos a los que les fue repitiendo las mismas palabras. Hans Gota contará así esos últimos momentos: “*Al atardecer, el Capitán se dirigió nuevamente a nosotros; en un tono de sincera camaradería expresó su satisfacción por el amplio recibimiento que recibiéramos en la Argentina y porque nuestro destino se encontraba en buenas manos. Los germano-argentinos velarían por nosotros y nos ayudarían en todo sentido. Al finalizar su discurso recordó a nuestro barco. Declaró que para hacer frente a futuras críticas, no le había faltado valor para pelear, aun contra un enemigo poderoso, y buscar una honorable tumba de marino, pero de haberlo hecho así nosotros hubiéramos perecido con él. Nadie entendió lo que realmente quiso decir, y de éstas serían las últimas palabras que nos dirigía. Había cumplido con su última tarea y mil jóvenes le agradecerían por hallarse aún con vida*”.

Esa noche la pasa Langsdorff de sobremesa con sus oficiales, con el consejero de la embajada alemana y con amigos de la colonia germano-argentina. Los últimos testigos recuerdan haberlo visto absolutamente tranquilo sin dejar notar en nada la determinación que iba a adoptar tan

sólo un par de horas después. ¿Qué hizo esa noche? Su ayudante, Hans Dietrich, relata que fue el último en retirarse y al pasar por la ventana del cuarto del comandante, lo vio escribiendo.

En efecto, Langsdorff escribió tres cartas esa noche. La primera, a su esposa; la segunda, a sus padres, y la tercera, a su embajador, barón von Thermann.

El texto de esta última carta es bien explicativo de su determinación y de su concepto del honor. La transcribimos íntegra porque creemos que es el mejor testimonio que quedó sobre su personalidad. Dice así:

“*19 de diciembre, 1939. Al embajador, Buenos Aires. Excelencia: Luego de una larga lucha interior, llegué a la grave decisión de echar a pique al acorazado de bolsillo GRAF SPEE para evitar que cayera en manos enemigas. Estoy seguro de que, considerando las circunstancias, ésta era la única solución a adoptar, luego de haber conducido a mi barco a la trampa de Montevideo. Hubiera sido un fracaso completo cualquier tentativa de hacerse a la mar con las municiones que quedaban. Y sin embargo solamente en alta mar podía echar el barco a pique, luego de utilizar esas municiones restantes, para impedir que cayera en manos del enemigo. Antes de exponer mi barco al peligro de caer en parte o completamente en manos del enemigo, decidí no luchar sino destruir el armamento y hundir el barco. Era evidente que esta decisión mía podría ser mal interpretada, ya fuera intencional o inconscientemente, por personas ajenas a mis motivos y atribuirla en parte o por completo a motivos personales. Por lo tanto decidí, desde un principio, sufrir las consecuencias que esta decisión llevara implicada, puesto que un Capitán, con sentido del honor, no puede separar su propio destino del de su barco*.

Postergué mi decisión lo más que pude mientras me sentí responsable por el bienestar de la tripulación bajo mis órdenes. Luego de la decisión tomada por el gobierno argentino en el día de hoy, no puedo hacer nada más por la tripulación de mi barco. Tampoco podré tomar parte activa en el conflicto actual de mi patria. Ahora sólo puedo probar, con mi muerte, que los soldados del Tercer Reich se encuentran prontos a morir por el honor de su bandera.

Solamente yo soy el responsable del hundimiento del acorazado ADMIRAL GRAF SPEE. Soy feliz al poder evitar, pagando con mi vida, cualquier reproche que pudiera hacerse sobre el honor de la bandera. Iré al encuentro de mi destino con inquebrantable fe por la causa y el futuro de la Patria y de mi Führer.

Escribo esta carta a su Excelencia en la quietud de la noche, luego de reflexionar con calma, a fin de que usted pueda informar a mis oficiales superiores y contradecir cualquier rumor público, si así fuera necesario. (Firmando) LANGSDORFF, Comandante del acorazado ADMIRAL GRAF SPEE”.

Langsdorff había pedido a sus oficiales tener la última bandera que enarboló su buque. Esa amplia bandera la desplegó sobre su lecho, sobre el cual él se extendió vestido con su uniforme de gala. Y allí mismo se descerrajó un tiro en la sien derecha.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, extrañados los oficiales de su comandante no presidiera la mesa como era habitual, enviaron al teniente Dietrich a ver qué ocurría. Fue este joven oficial quien primero halló muerto a su comandante.

Pero si el hundimiento del buque corsario había conmocionado al público uruguayo, la noticia del suicidio de Hans Langsdorff causó estupor en el sentimental hombre argentino. Fue tema de semanas enteras. La participación de los argentinos en las exequias del comandante corsario fue tal que sorprendió a los mismos marinos alemanes. Días después, el segundo comandante del “Spee”, capitán Walter Kay, escribiría en un informe: “*El efecto moral de la muerte voluntaria*

del capitán Langsdorff en la opinión pública argentina ha sido extraordinario y hasta influido en parte a círculos que hasta ahora no simpatizaban con nosotros”.

La prensa, que hasta ese día había sido totalmente contraria a los hombres del SPEE y a Langsdorff, a partir de su muerte le rindió respetuoso homenaje. “La Nación” trajo a toda página un título que sintetizaba la actuación de Langsdorff: “Ya en salvo los hombres confiados a su mando, puso término a su vida el comandante del Graf Spee”.

El velatorio se instaló en el propio arsenal de Marina de la Dársena Norte. Al mismo concurrieron el ministro de Marina, León Scasso, y el capitán de navío Abelardo Pantín. El desfile ante el féretro fue incesante. Al día siguiente, 21 de diciembre, a las 16 fue retirado el féretro. Precedían a la carroza fúnebre dos coches con 10 oficiales alemanes y 3 vehículos con ofrendas florales. Trescientos marinos alemanes rindieron honores. El cortejo tomó por avenida Alem, Pueyrredón, Santa Fe, Cabildo y Federico Lacroze, hasta el cementerio Alemán. Cuando se bajó el ataúd encabezaba el cortejo el teniente de fragata Ascher, quien llevaba las condecoraciones de su comandante (el mismo Ascher que luego perecería tres años después en la batalla del “Bismarck”).

Luego del responso del pastor protestante, habló el embajador von Thermann, quien posteriormente leyó el telegrama de pésame de Hitler; después lo hicieron el segundo comandante Kay y, por la marina argentina, el capitán de navío Daniel García. Caía el atardecer cuando se dio el postrer saludo al capitán corsario: sus marinos entonaron la vieja y triste canción “Ich hatte einen Kameraden…”. El capitán y su buque ya estaban en su último puerto. Juntos, como cuando con su barba rubia, subido en el puente de comando, atisbaba el horizonte en busca de presas.

Pero allí no se termina todo. La figura del GRAF SPEE y de su capitán iban a supervivir hasta nuestros días. Para sus oficiales, ese mismo 21 de diciembre, comenzaba la tarea de pensar en huir para continuar la guerra. De los cincuenta oficiales, cuarenta y cuatro lograron escapar en los seis meses siguientes. Los otros 6 debieron quedarse por orden del Alto Comando alemán. Para llegar a Alemania cada uno tuvo que vivir una aventura diferente. No alcanzarían centenares de páginas para describir las peripecias de aquellos jóvenes hombres.

La hospitalidad argentina fue ancha y generosa. A los marinos se les dio amplia libertad. Todos recordarán las singulares figuras de ellos con sus gorros con coletas caminando principalmente por las calles de Belgrado, Olibos y Villa Ballester. Los oficiales, en cambio, estuvieron obligados a quedar bajo custodias en el arsenal naval. El primero en huir fue precisamente en teniente Ascher, quien fue también el primero en morir. Escapó en enero de 1940, a los pocos días de la muerte de Langsdorff. Llegó a Alemania por avión vía Buenos Aires, Brasil e Italia. Luego lo siguieron los tenientes Dietrich y Bludau, quienes lo hicieron a través de Bariloche, atravesaron los Andes a pie y llegaron a Chile. Bludau tomó un barco que lo llevó a Japón. De allí se dirigió a Wladivostok y tomó el tren transiberiano (la Unión Soviética todavía no se hallaba en guerra) y así llegó a Alemania. Dietrich llegó a Bolivia a través de Chile. De allí a Río de Janeiro y luego por avión a Italia.

Pero estas huidas trajeron grandes complicaciones al gobierno argentino que, ante la presión británica, decidió internar a los oficiales alemanes en la isla Martín García. Dos días antes, al enterarse, deciden escapar 13 de ellos. Para lograr el propósito, el ex ingeniero electricista de a bordo hizo un cortocircuito en las instalaciones del arsenal y en la oscuridad desaparecieron los trece complotados. Entre ellos estaban los oficiales Wattenberg, Klepp y Rasenack. Wattenberg llegó a Alemania, fue destinado como comandante del submarino Nº 162 que hundió barcos aliados por un total de 86.000 toneladas (es decir, más que el “Graf Spee”) hasta que fue capturado en la isla Trinidad. Fue llevado prisionero a los Estados Unidos, huyendo

espectacularmente en 1945 del campo de prisioneros, escondiéndose durante cinco semanas en las montañas del Colorado.

Todas estas vidas novelescas que les tocaban en suerte a estos jóvenes arrancados de sus hogares por el destino parecen incomprensibles hoy, a 34 años de aquellos sucesos. Leamos a Rasenack, cómo pudo llegar a su país: “*A pesar de declaraciones emitidas por fuente enemiga, ninguno de nosotros había dado su palabra de honor de que no abandonaría la Argentina durante la guerra. ¡Yo necesitaría casi medio año para llegar de vuelta a Alemania y no fueron pocas mis aventuras! Llegue a Chile como ingeniero checoslovaco de la fábrica Skoda. Desde allí continué mi viaje como corredor de vinos, de nacionalidad búlgara. En la zona del Canal de Panamá fui internado por la policía secreta norteamericana en un barco italiano junto a otro de mis compañeros. Con la ayuda del jefe de este cuerpo de policías, de quien me había hecho muy amigo, conseguimos trasladarnos a un buque japonés, en el que llegamos a Méjico y después a Estados Unidos. Desde allí cruzamos el Pacífico hasta Japón. Atravesamos Corea, Manchuria, Siberia y Rusia como comerciantes alemanes y llegamos a Alemania el 1º de septiembre de 1940, al año exacto de estallar la guerra*”.

Los ingleses tenían un servicio especial de informaciones en Buenos Aires y Montevideo para prevenir la huida de los oficiales del SPEE. El teniente de fragata Diggins, que había sido el primer ayudante de Langsdorff, trató de salir de Montevideo en 17 oportunidades. Pero tuvo que hacer pacientes esperas para lograr su propósito. Entre esas esperas paseaba a caballo de incógnito por la playa de Carrasco. Y Sir Eugen Millington-Drake gusta de contar ahora, como buen deportista que acepta un gol en contra, que tiempo después se enteró que Diggins “¡se paseó a caballo con mis hijas, niñas menores de 20 años!”

Los oficiales Dittmann, Frohlich y Herzberg, llegados a Alemania fueron destinados a buques mercantes armados en corso. Finalmente Herzberg murió en el “Komet” durante un combate frente a El Havre en 1942.

En agosto de 1940 escapó de Martín García un grupo de 17 oficiales. Poco antes, la marinería había sido dividida por el gobierno en grupos de 100 y distribuidos en las provincias de Mendoza, San Juan, Córdoba y cerca de las ciudades de Santa Fe y Rosario. Gran parte de los tripulantes conocieron mujeres argentinas, se casaron con ellas y tuvieron hijos argentinos. Pero la guerra no iba a terminar para ellos a pesar de que en 1945 todo había acabado en Berlín.

La situación política argentina se reflejó en la suerte de los marineros del “Garf Spee”. En los últimos días del Tercer Reich, la Argentina declara la guerra a Alemania. Por consiguiente, los hombres del Spee pasan a ser prisioneros de guerra. Pero la oposición interna al gobierno de Farrel y de Perón no se considera satisfecha y sigue acusando al gobierno de nazi fascista. Se forma la Unión Democrática y principalmente los dirigentes del partido Comunista exigieron el juzgamiento y la expulsión de todos los nazis. En los diarios argentinos de principios de 1946 se puede leer con sorpresa que acusan a los marineros del “Graf Spee” de ser marinos piratas, de haber atacado a indefensos buques neutrales, etc. ¡A un año de haber terminado la guerra! Por otra parte el gobierno de la Unión Soviética exige a la Casa Blanca que sean expulsados de la Argentina los marineros del Spee.

El gobierno argentino tambalea, son los días difíciles de febrero de 1946. Y, al fin, el gobierno se rinde y con la firma de Farrel y Juan I. Cooke se decreta la deportación de todos los marineros del “Graf Spee”, sin distinción. Algunos pueden huir pero a la postre, 811 integrantes de la tripulación del “Spee” fuertemente custodiados, son concentrados en Campo de Mayo y entregados a los ingleses quienes los embarcaron en el “Highland Monarca”. Para eso -¡oh ironía!- llegó a Buenos Aires el crucero ligero “Ajax” (aquel en que estaba Bobby Harwood durante la batalla) para custodiar a los prisioneros. Se dividen así, sin ningún sentido, 400

familias. Triste espectáculo fue el de aquel 16 de febrero de 1946 cuando decenas de esposas y niños despedían a sus padres que eran llevados como prisioneros a más de un año de terminada la guerra. Evidentemente, un producto de la situación política interna argentina, en la que jugaba un gran papel el embajador norteamericano Spruille Braden. En esos días se publica el Libro Azul del Departamento de Estado de los Estados Unidos, evidentemente dirigido a aplastar la candidatura de Perón y en la cual se acusa abiertamente al gobierno de Farrel de actividades nazis al demorar la entrega de los hombres del “Graf Spee”. En el diario comunista “La Hora” se festeja la entrega de los prisioneros y, en el comité central del Partido Comunista, el señor Victorio Codovilla brinda en un ágape por los hombres del “Highland Monarca” y del “Ajax”.

El hecho es tan deprimente que Sir Eugen Millington-Drake, por decoro y por su característica sensibilidad, lo pasa por alto y no le consigna en su libro.

¿Qué pueden hacer los hombres del “Graf Spee” en la Alemania del hambre y de las ruinas? Sólo piensan en sus familias argentinas. No bien llegados allá comienzan a pensar como huir y regresar al Río de la Plata. Es decir, justo lo contrario de 1940. Y en eso reciben la solidaridad de muchos que juegan sus vidas y sus cargos por traerlos. Es así como poco a poco y por todos los medios, los hombres del Spee regresan a esta hospitalaria tierra. Hasta que pasan dos años. Cambia la política. Perón y Estados Unidos coquetean, ya olvidados de sus antiguas desavenencias. Y producto de ello es la resolución del Departamento de Estado del 4 de febrero de 1948. Al día siguiente, la Cancillería argentina dará el siguiente comunicado: “La embajada de los Estados Unidos de Norteamérica ha comunicado a esta Cancillería que por decisión del Departamento de Estado de la Unión, las autoridades estadounidenses en la zona de ocupación norteamericana en Alemania, permitirán salir a los ex marinos del “Graf Spee” que durante su internación en la Argentina contrajeron enlace con mujeres de nuestro país”.

Volvamos a hoy. Hemos relatado esta historia sin querer defender ideas, hombres ni actuaciones. Sólo quisimos hablar de un episodio que singularmente fue protagonizado por lo que nos gusta llamar “la hermosa gente”. Figuras como Hans Langsdorff, como Sir Eugen Millington-Drake, como Bobby Harwood, sólo se pueden encontrar en las epopeyas. Son figuras definidas, son las que hacen la historia del género humano sin proponérselo. Son los que en las tragedias dan orgullosamente el rasgo de la calidad del hombre. A nosotros nos gusta esa gente. No nos gusta tomar partido por Adolf Hitler, por Winston Churchill, por José Stalin.

Pero en cambio sí nos gusta describir las hazañas de un Hans Langsdorff, para nosotros, los rioplatenses, el último corsario. Sí: nos gusta describir la simpática sonrisa de Sir Eugen, nada más que un gentleman; y la impasibilidad de un Bobby Harwood, quien sólo se alteró cuando un cañonazo alemán le destruyó los palos de golf en la cabina. Pero hay alguien más. Se llama Federico Guillermo Rasenack. Fue el Ulrico Schmidel del raid del “Graf Spee”. No sólo escribió el diario de todas sus hazañas y de la tragedia, no sólo huyó para servir a su Patria viviendo una odisea inolvidable sino que volvió a la Argentina y constituyó el Círculo de Camaradas del Graf Spee. Con su paciencia y su genio ha ayudado a Si Eugen en su libro incomparable. Y todos los meses preside la reunión de los ex combatientes del acorazado de Langsdorff, en un local de Belgrano. Y lo excepcional del motivo de la reunión no es el resentimiento sino el recuerdo. Mes a mes se reúnen los antiguos combatientes y sus familias.

A ese Círculo se debe que la viuda del capitán Langsdorff y su hija visitaran la Argentina en 1954, y pudieran estar junto a la tumba de su esposo y padre. En esa ocasión, la señora Ruth Langsdorff, esposa del marino -hoy ya fallecida- señaló que quería que su esposo descansara para siempre en tierra de Buenos Aires, junto a sus compañeros muertos en el Río de la Plata.

¿Por qué los destinos trágicos están llenos de casualidades? Hans Langsdorff fue padre de tres hijos -dos varones y una hija- al igual que aquel legendario vicealmirante Von Sppe. En 1937,

Langsdorff pierde el primer hijo, un estudiante. Y en 1945, justo el día de su muerte, el 20 de diciembre, su bienamado hijo mayor Hans Joachim, de 20 años de edad, muere en una acción de submarinos individuales contra las esclusas de Amberes. Se repetía un destino. Como final de toda esta historia heroica pero amarga digamos la única frase que siempre nos sirve de consuelo: a todos estos hombres les tocó vivir un destino que no buscaron, pero que supieron vivir íntegramente.

Pero por otra parte, ¡qué lástima de hombres! Toda esa fuerza, toda esa nobleza dada en aras de la destrucción, del odio, del dolor. ¡Qué hermoso que todos ellos hubieran dado sus vidas por el bien de la humanidad, en epopeyas de descubrimientos de nuevos mundos, de adelantos científicos, o en ayudar al hombre que sufre en otros continentes! ¡Qué bien hubieran cumplido en esforzarse para evitar catástrofes, en volver verdes los desiertos, en salvar a los niños que mueren de hambre! ¡Si ese hierro retorcido a cañonazos se hubiera empleado en escuelas, en hospitales, en lugares de recreo para hacer un hombre nuevo, sano, bueno. La humanidad necesita tantos héroes que es una lástima, una tragedia, que hayan empleado sus mejores energías, hayan empeñado sus vidas en una lucha negativa, sin sentido!

Por eso, ante la tumba de Hans Langsdorff hemos pensado muchas veces ¡qué héroe! ¡qué lástima de héroe!